RENÉ G. FAVALORO



¿CONOCE USTED A San Martín?

DEBOLSILLO

A la juventud argentina

PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

Me imagino que la primera pregunta que todos ustedes se harán debe ser de dónde este cirujano cardiovascular quiere venir a hablarnos de historia. Sucede que he sostenido siempre que a la tarea específica, por más intensa que sea, hay que agregarle algún pasatiempo para desconectarse de cuando en cuando y recuperar energías. Aunque parezca un contrasentido, cambiando el trabajo se produce la recuperación.

Mis pasatiempos preferidos son la huerta y la indagación histórica, preferentemente argentina. Desde niño aprendí, ayudando a mi abuela materna, a entremezclarme con la tierra a pura pala, azada y rastrillo, cultivando con esmero toda clase de vegetales. Aún conservo las primeras emociones de ver transformarse semillas pequeñas en la inmensa variedad de frutos que toda la familia consumía durante el año. Con el tiempo, esto llegó a ser parte inseparable de mi existir. Ni las nieves de Cleveland pudieron impedir que durante su corto verano mi huerta, a la vera de un pequeñísimo arroyo, me saludara con su verdor cuando llegaba al atardecer, después de estar enclaustrado varias horas en el quirófano. En estos últimos años, los continuos viajes al exterior por razones docentes han hecho que en la huerta de Arditi, partido de Magdalena, se entremezclen semillas de diversos países con las del nuestro y es común que, en la víspera de mi partida, los pobladores me recuerden aquellas de su preferencia.

Machihembrado con mi patria —como diría don Luis Franco—, he tratado de conocer su historia, quizás inducido por las enseñanzas recibidas en el Colegio Nacional de la Universidad de La Plata a través de los profesores Mateo y Carlos Heras, de inmensa calidad humana, que sabían imbuirnos de conocimientos fuera de lo clásico, en libre discusión académica. Por ese entonces ya valorábamos, por ejemplo, las ideas de Mariano Fragueiro. ¿Las conocen ustedes? A medida que he ido profundizando las lecturas, estoy convencido de que existen falencias significativas en la enseñanza, que se han ido repitiendo con el pasar del tiempo y han servido para que la verdadera historia de nuestro país permanezca casi oculta y distorsionada.

Dentro de mis lecturas, ocupa un lugar preferencial el general don José de San Martín, con quien durante largos años hemos estado dialogando a través de diversos libros, folletos y artículos. El análisis cuidadoso de su vida, a mi entender, demuestra que la gran mayoría de los argentinos —civiles y militares— no la conoce en profundidad y, por el contrario, en infinidad de ocasiones San Martín ha sido y es utilizado para defender intereses bastardos, en especial a través de comparaciones y paralelismos, tratando de justificar desviaciones perniciosas de nuestro pasado lejano y reciente.

A mediados de enero de 1986, viajé a los Estados Unidos para participar del simposio organizado para celebrar los setenta y cinco años del doctor Willlem J. Kolff, padre de los órganos artificiales desarrollados en los últimos años. De regreso estuve recluido durante tres semanas, rodeado de libros y apuntes relacionados con la Gesta Sanmartiniana, varias veces leídos anteriormente. Como resultado de aquella ardua tarea nacieron estas páginas, que sentí obligatorias por los momentos difíciles

que hoy le toca vivir a nuestro país.

La armazón de este ensayo lo constituye la conferencia que, en circunstancias especiales, pronuncié en Bahía Blanca en marzo de 1978, a pedido de mi siempre recordado amigo el doctor Marcos Benamo, al hacerse cargo de la presidencia de la Sociedad de Cirugía del Sur. Espero se comprenda que fue escrito por un simple aficionado a la historia y no por un historiador. Si el lector desea a su vez cotejar y ampliar las conclusiones aquí transmitidas, le aconsejo leer de entre los tantos escritos los pocos libros enumerados en la bibliografía. Quizás el valor que tiene es que, frente a un país enfermo, un cirujano utilizó el mismo análisis crítico que diariamente en su profesión le facilita llegar a un diagnóstico, con un mínimo margen de error.

Sólo espero que contribuya a que los argentinos encontremos el camino que nos lleve a ubicarnos correctamente en este difícil momento histórico que nos toca compartir y para que no seamos engañados, una vez más, como tantas veces lo fuimos.

René G. Favaloro

Capítulo I
EUROPA

Los relatos históricos, en general, presentan pequeños y grandes defectos que son el resultado de variadas circunstancias relacionadas con la investigación. Para ser honesta, debería basarse en hechos concretos y documentos valederos.

No siempre ocurre así. A veces, como consecuencia de que lo que es válido hoy puede variar por nuevos hallazgos, pues el conocimiento histórico ocasionalmente es definitivo (como se verá, por ejemplo, al analizar la Conferencia de Guayaquil). Además, hay que ser muy cuidadoso con las conclusiones, porque aquí interviene el historiador que, como todo ser humano, tiene sus inclinaciones y partidismos que pueden enturbiar el resultado final.

Todavía nos queda por investigar el origen documental, pues si proviene del actor debe aceptarse que es de buena fe y que no está distorsionado para su propio beneficio, en especial si la narración de los hechos es efectuada por el personaje histórico varios años después de los acontecimientos. Generalmente, ocurre que es más un justificativo de su participación adecuada a los nuevos tiempos históricos que la expresión de la verdad con sólido contenido ético.

Serían varios los ejemplos que podría brindar, en particular de estos últimos años, sobre acontecimientos históricos que viví con intensidad desde que tengo uso de razón y que han sido y son actualmente distorsionados por las propias mentiras de sus actores y continuadores.

Siempre se nos ha enseñado que nuestro Héroe nació en Yapeyú el 25 de febrero de 1778. Sin embargo, trabajos de José Pacífico Otero, autor de una de las obras capitales sobre la vida del Libertador, demostrarían que fue en el '77, pues su hermana María Elena nació en el '78.

Es bien sabido que, después de una breve estada en Buenos Aires, la familia se traslada a España y a los seis años José comienza su educación en el Seminario de Nobles, para ingresar posteriormente como cadete, a los doce años de edad, al regimiento de Murcia. La solicitud está fechada el 1.º de julio de 1789. Mitre recalca que el uniforme de Murcia era celeste y blanco, quizá como premonición del

camino que seguiría su vida.

A los trece años de edad —todavía un niño— combate en Melilla y luego en Orán, donde la plaza permanece sitiada y sufre de hambre e insomnio por treinta y siete días. En el momento en que los niños dedican su tiempo al colegio y a los juegos propios de la edad, San Martín da los primeros pasos en su largo camino junto al esfuerzo y al sufrimiento. En 1793 es incorporado al Ejército de Aragón y luego al de Rosellón, comandado por el general Ricardos, brillante estratega que combatía la invasión de los franceses. Es de destacar que sus hermanos Manuel Tadeo y Juan Fermín han sido incorporados a otros regimientos y combaten del mismo modo al invasor.

No es muy conocida su experiencia de marino que dura poco más de un año. El regimiento de Murcia, al que pertenece, es embarcado en el buque *La Dorotea* en febrero de 1797 y cae prisionero de los ingleses en julio del ’98. Una vez más, su vida está signada por privaciones y penurias propias de aquella época, con alimentación deficiente y pésimas condiciones de higiene. Es muy posible —no existen pruebas fehacientes— que, por ese entonces, haya tenido los primeros contactos con las nuevas ideas revolucionarias originadas en la Revolución Francesa, al mismo tiempo que aprende algunas lecciones de matemática y dibujo.

En 1804 lo encontramos en Cádiz por primera vez y es ascendido a capitán segundo. Es importante resaltar que Cádiz era un puerto de gran tráfico marítimo, inclusive con las colonias del Nuevo Mundo. Había pues, como es lógico, gran intercambio de ideas. Aquí surgirían, después, las primeras células de las logias y las sociedades secretas.

En 1805 pasa al regimiento de Murcia a las órdenes del general Castaños. En 1808, en Madrid, sobreviene el histórico movimiento de la rebelión española contra Napoleón y, como consecuencia, participa en las batallas de Arjonilla en junio del mismo año, donde ocurre un hecho similar al de San Lorenzo en que fue auxiliado por el sargento Juan de Dios, y en la de Bailén un mes después cuando, por su coraje y arrojo, es ascendido a teniente coronel y recibe una medalla de oro recordatoria.

En ese mismo año de 1808, cuando regresa a Madrid, comienza a sentir molestias respiratorias calificadas como asma y dolores imprecisos atribuidos a reumatismo. Las enfermedades del general San Martín han sido estudiadas por varios autores, entre ellos Adolfo Galatoire y Mario S. Dreyer. Sin embargo, creo que el análisis científico del profesor Federico Christmann, de la Facultad de Medicina de la ciudad de La Plata, es el más cercano a la realidad. Sostiene que el proceso pulmonar grave padecido a los treinta años por este oficial joven y sano debe catalogarse como un cuadro neumónico o pleuroneumónico sin relación con la herida sufrida en el

pecho en el año 1801 y no precisamente como de origen tuberculoso pues se recupera en pocos meses, después de estar bajo licencia con goce de sueldo.

A fines de 1809, a su pedido, fue destinado nuevamente al ejército de Cataluña al mando del general Coupigny. Dos años después pasa a Cádiz, y participa el 15 de mayo en la batalla de Albuera entre los ejércitos franceses derrotados por las fuerzas aliadas de Inglaterra, España y Portugal al mando del general Beresford —¡el mismo que cinco años antes se había rendido en Buenos Aires!—.

Pero no son las actuaciones militares los hechos más destacados de esta estadía en Cádiz. Ya dije que este puerto era de real significación por el intenso intercambio no solo de mercaderías sino de ideas y noticias, incluyendo las de América. Aquí se publicaba el *Semanario Patriótico* que, con seguridad los americanos, y entre ellos San Martín, leerían. Así, en el número editado el 21 de febrero de 1811 se expresaba:

"…¿qué hay que extrañar en los movimientos de los americanos? Al cabo de trescientos años de un régimen de hierro, razón es que se acuerden de que son hombres, y que aspiren a elevarse al grado de felicidad que la naturaleza les señala. Los campos feracísimos que los rodean están sin cultivo, las ciudades sin industria y sin talleres, los puertos sin comercio y sin navíos. La Madre Patria, que con mano igual debía dispensar sus dones, abre todos los tesoros de la prosperidad al europeo, y los cierra duramente al americano. Para aquel son las luces, la civilización, los honores, los empleos; para este el abandono, la ignorancia, la degradación y el olvido… ¿Cuáles son las demostraciones de atención que da la metrópoli a aquellos pueblos? Enviar virreyes que los insulten con su fasto y soberbia; magistrados que los tiranizan con su dureza y sus injusticias; empleados de todas clases, que sin ningún pudor los devoran. Contemplad, añaden, esa raza de hombres infelices a cuyos abuelos arrancasteis el dominio del país; y a quienes en cambio con las leyes más benéficas habéis querido favorecer y acariciar en vuestros códigos inútiles. ¿Qué han ganado en ello? Lo mismo que nosotros. Examinad su población desde los tiempos de la conquista hasta los tiempos presentes y hallaréis una disminución espantosa. Los pocos que restan, envueltos en la ignorancia más crasa, degradados con un tributo servil y personal, sumergidos en la miseria más deplorable, apenas se diferencian en inteligencia y facultades morales de los brutos que sirven a vuestro recreo. ¿No es tiempo ya, europeos, que luzcan mejores días a estos climas desventurados?

"Al oír estas últimas quejas, parece que levantándose del polvo que los cubre, y mostrando su frente ensangrentada el fiero Moctezuma y su faz lívida el inocente Atahualpa, vienen a quejarse a la tierra de la

fiereza inhumana de sus terribles vencedores. Mas no son ellos, no son sus descendientes, no son tampoco sus pueblos los que así hablan. Son, ¿quién lo creyera?, los nietos de los fundadores del dominio español en aquellos parajes, los de sus primeros pobladores, y los de los emigrados españoles que bajo la protección, las leyes y el gobierno de la metrópoli, en diferentes tiempos se han trasladado a ellos. ¿Por qué especie de prodigio político o moral la causa de estos disidentes está tan de antiguo identificada con la del indigente americano? ¿Cuáles son las quejas que los criollos en calidad de tales tienen que alegar contra Pizarro, Dávila y Cortés?".

Muy poco se diferencia de lo expresado por Bolívar en la famosa carta de Jamaica en septiembre de 1815:

"La posición de los moradores del hemisferio americano ha sido, por siglos, puramente pasiva: su existencia política era nula. Nosotros estábamos en un grado todavía más abajo de la servidumbre; y por lo mismo con más dificultad para elevarnos al goce de la libertad.

"…Los americanos, en el sistema español que está en vigor, y quizá con mayor fuerza que nunca, no ocupan otro lugar en la sociedad que el de siervos propios para el trabajo y, cuando más, el de simples consumidores; y aun esta parte coartada con restricciones chocantes: tales son las prohibiciones del cultivo de frutos de Europa, el estanco de las producciones que el Rey monopoliza, el impedimento de las fábricas que la misma Península no posee, los privilegios exclusivos del comercio hasta los objetos de primera necesidad, las trabas entre provincias y provincias americanas, para que no se traten, entiendan, ni negocien; en fin, ¿quiere usted saber cuál era nuestro destino? Los campos para cultivar el añil, la grama, el café, la caña, el cacao y el algodón, las llanuras solitarias para criar ganados, los desiertos para cazar las bestias feroces, las entrañas de la tierra para excavar el oro que no puede saciar a esa nación avarienta.

"… el lazo que la unía a la España está cortado… más grande es el odio que nos ha inspirado la Península que el mar que nos separa de ella…".

Opiniones concordantes son vertidas por O'Higgins el 20 de noviembre de 1817: "…Como si la naturaleza hubiese adjudicado los ricos frutos del Nuevo Mundo exclusivamente a la Península, la política del S. D. Fernando VII se empeña en alejar de estas costas la industria, las luces y la comunicación del resto de nuestros semejantes y estrechar el sistema colonial hasta esclavizar el pensamiento en las cárceles de la Inquisición…". También por San Martín en carta al conde de Castlereagh el 11 de abril de 1818: "Es sabido —añade— la conducta que los españoles han guardado con sus colonias: sabido es igual el género de guerra que han adoptado para volverlas a subyugar. Al siglo de la ilustración, cultura y filantropía, estaba reservado el ser

testigo de los horrores cometidos por los españoles en la apacible América. Horrores que la humanidad se estremece al considerarlos, y que se emplea con los americanos que tenemos el gran crimen de sostener los derechos de la voluntad general de sus habitantes: en retribución de tal conducta los hijos de este suelo han empleado los medios opuestos".

Bastaría con solo mencionar los principales impuestos aplicados por España: encomenderos, mita, Bula de Cruzada, media anata, mesada eclesiástica, subsidio de galera, el diezmo, el quinto, cobos, Almojarifazgo, de Corso o Avería, Lanzas, penas de cámara, de puertos, bodegas y pasos reales, etc. Sugiero leer entre otros *La ciudad indiana,* de Juan Agustín García, para profundizar conocimientos sustanciales de la colonización española. Recordemos además que el tránsito de los mares estaba reservado exclusivamente a embarcaciones españolas.

No obstante estar prohibido vender, imprimir y traficar en América libros sin licencia del Consejo de Indias, bueno es tener en cuenta por ejemplo que en la primera biblioteca pública de Buenos Aires, que funcionaba desde 1794 y a la que el obispo don Manuel Azamor y Ramírez donara dos mil ciento tres volúmenes, se podía encontrar, además de libros de teología, volúmenes de filosofía, derecho, historia y geografía, sin excluir obras de Montesquieu, Voltaire y Rousseau. Lo mismo ocurría en Chuquisaca, donde los futuros doctores leían sigilosamente a los filósofos europeos de avanzada. Recordemos también que Mariano Moreno tradujo el *Contrato social* de Rousseau, que Nariño hizo lo mismo en 1794 con la *Declaración de los derechos del hombre y de los ciudadanos* y Belgrano con el *Farewell Address* de Washington.

Es indudable que el hecho más trascendente que ocurre en Cádiz es la incorporación de San Martín a las logias, que tanta importancia tendrán posteriormente en la Gesta Libertadora y que se originaran en Londres, a través de Francisco de Miranda, esparciéndose por Europa, principalmente por España y Francia. Si bien el primer precursor de la independencia americana fue el ex jesuita Juan José Godoy (uno de los tantos expulsados en 1767, nacido en Mendoza el 10 de julio de 1728 y quien, junto a otro ex jesuita, el arequipeño Juan Pablo Viscardo, prepara el terreno en Londres después de haber pasado por España), es indudable que cabe a Miranda la tarea fundamental de la organización y planificación de las logias en sus cuatro estadías en Londres en 1785, 1798, 1801 y 1807. Se establece allí la sede de la Gran Reunión Americana a través de la cual sus integrantes se prometen trabajar por la independencia de América juramentándose —como anota Mitre— a "no reconocer por gobierno legítimo de las Américas sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea

voluntad de los pueblos y de trabajar por la fundación del sistema republicano.”

Hay que enfatizar que Miranda remarcaba la necesidad de trabajar por la independencia americana libre de todo dominio extranjero, a pesar de sus relaciones íntimas con los gobernantes ingleses de quienes solo esperaba ayuda y no deseos de conquista. Así, por ejemplo, lo deja estampado en carta que remite al Cabildo de Buenos Aires el 24 de julio de 1808, después de la Reconquista y la Defensa contra las tropas británicas: “En estos eventos he tenido la doble satisfacción de ver que mis amonestaciones anteriores a este gobierno en cuanto al impracticable proyecto de conquistar o subyugar nuestra América, no solo fueron bien fundadas, sino que repeliendo V.S. con heroico esfuerzo tan odiosa tentativa ofrecieron al mismo tiempo la paz y amistad al enemigo; bajo la honrosa condición de una sólida y libre independencia. Hecho tan glorioso, como memorable en los anales del Nuevo Mundo; y un monumento inmortal para el pueblo y magistrados de la ciudad de Buenos Aires…”.

Es indudable que Miranda poseía una personalidad muy particular, claramente resumida por Piccirilli cuando sostiene: “Es el propulsor por antonomasia de la libertad de los dominios españoles en América. Se ha aproximado a dialogar de sus propósitos con los grandes de los Estados Unidos de Norteamérica; ha bregado tenaz, una y otra vez, con los cancilleres y los lores británicos para hacer considerar sus proyectos; se ha armado soldado de Francia revolucionaria y ha llegado a ser mariscal de sus ejércitos. Ha recorrido todas las regiones de Europa para conocer a sus hombres y estudiar sus instituciones. Ha pasado por Rotterdam y Amsterdam; se ha detenido en Prusia para observar la organización de su ejército; ha cruzado Sajonia y se ha apeado en Viena. Viajero infatigable, se ha asomado a Constantinopla; ha gozado los paisajes soledosos de Italia y el cielo diáfano de Grecia. En sus marchas y encuentros constantes, ha tenido interlocutores cautivantes y poderosos; en Potsdam ha platicado con Lafayette en una fiesta; en un recibo de París ha conocido a Napoleón que decía de él que era ‘un Quijote, con la diferencia de que no estaba loco’. En el escudriñar afanoso ha recogido el elogio de hombres prominentes como Jeremías Bentham, que le escribía: ‘Ojalá viva Ud., mil años, por la gracia de Dios’, y ha gozado de la privanza deslumbrante de la emperatriz Catalina II de Rusia. Cruzado, ha sido saludado por la victoria en los campos de batalla y ha padecido luego bajo el terror de Robespierre. Caballero del mundo, en París, allá en el barrio de las Tullerías, en la calle San Florentín, ha gustado de la comodidad y las luces de la fiesta, y ha tenido también su ‘affaire de coeur’. Amigo de madame de Stäel y dedicado a las ‘musas y a las gracias’, amó los libros y fue filósofo a punto tal que, penetrando en su casa, el visitante

pudo, en verdad, creer que estaba en Atenas, en la casa de Pericles." Es interesante destacar, como lo especifica su biógrafo William S. Robertson, que: "Proponía investir con el poder ejecutivo a un descendiente de los Incas, al cual se daría el título de 'emperador' y cuyo cargo sería hereditario. El poder legislativo se atribuiría a un congreso, cuya Cámara alta, o Senado, se compondría de cierto número de senadores o 'caciques' vitalicios, elegidos por el emperador entre los ciudadanos que hubiesen desempeñado cargos importantes. Los miembros de la Cámara baja, llamada 'de los comunes', serían designados por sufragio popular, por un plazo de cinco años, y podrían ser reelegidos. Su persona sería inviolable durante su mandato, salvo en caso de crímenes capitales. Los jueces federales los nombraría el jefe del ejecutivo, eligiéndose entre los miembros distinguidos de la magistratura. Sus funciones serían vitalicias, y solo podrían ser exonerados como consecuencia de un juicio por prevaricato." Es decir un tipo de monarquía constitucional semejante a la que años después Belgrano propone sin éxito al Congreso de Tucumán.

Poco a poco se van incorporando a la logia, además de un grupo importante de ex jesuitas, O'Higgins todavía adolescente; Carlos Montufar, Bejarano y Rocafuerte de Ecuador, quien llegaría a presidente; José C. Valle, jurisconsulto de Honduras; Pedro José Caro, de Cuba; Servando Mier de México; Antonio Nariño y Pedro Fermín de Vargas de Nueva Granada; Simón Bolívar y Andrés Bello, de Caracas; San Martín, Alvear y Zapiola del Río de La Plata; Carrillo, de Lima; Padilla, de Cochabamba; Iznardi, de Guatemala.

Precisamente con estos decididos americanos, es que el precursor constituyó en Londres en 1797 la Logia de los Caballeros Racionales con el subtítulo de Logia de Lautaro, como resultante de La Gran Reunión Americana. El subtítulo perduró con el tiempo (¿llevaría intrínseca la idea del cruce de los Andes?), ramificándose en Cádiz, Buenos Aires, Mendoza, Chile y Perú. Progresivamente se establecieron relaciones con los "amigos del pueblo de París". Es indudable que todas poseyeron características masónicas similares a la Gran Logia de Londres.

Es este un tema que, a pesar de haber sido tratado en profundidad por diversos autores, sigue hoy discutiéndose la mayoría de las veces, a mi entender, por falta de conocimientos. Se acepta que las logias existieron pero no se acepta su carácter masónico, en particular por la mayoría de los católicos practicantes. Basta con revisar la correspondencia entre los héroes de la independencia, para darse cuenta de que su arquitectura fue definitivamente masónica. Así, por ejemplo, O'Higgins escribe el 17 de marzo de 1819 a San Martín: "Anoche se resolvió 0-0 que nuestro amigo don Manuel Borgoño salga

hoy mismo con toda diligencia a convenir con V. varios puntos de que dicho amigo instruirá a V. verbalmente.” Dos días después, en otra carta le dirá: “…estoy aguardando su resolución y graduar mi contestación conforme a ella y de la 0-0 que esta noche se reunirá.” Es lógico pues aceptar lo expresado por Ernesto Palacio: “La mayoría de sus miembros eran masones practicantes, empezando por San Martín y Pueyrredón, según testimonio de don Vicente Fidel López que tenía motivos para saberlo.” Por otra parte las memorias del general Tomás de Iriarte son taxativas en cuanto a la existencia de la masonería y la participación de San Martín. Además, Otero nos refiere la existencia de un documento numismático: la medalla diseñada por el escultor Jean-Henri Simon por encargo de la Logia masónica La Parfaite Amitié en Bruselas en 1825, al instalarse en esa ciudad el Libertador, que reproduce al general San Martín, de perfil, en una de sus caras. Esta medalla, que prueba la participación de nuestro héroe en la masonería, está incluida en el libro de Bonifacio del Carril *Iconografía del general San Martín*, publicado en 1971.

Cabe al padre jesuita Guillermo Furlong la importante contribución de recalcar que la antítesis masonería-religión católica solamente tiene justificación a partir del año 1884, cuando León XIII dicta su encíclica *Humanum genus* bajo el título de *Secta Massonum*. Antes de este documento, la Iglesia Católica solo había condenado algunas organizaciones de tipo masónico por su carácter decididamente antirreligioso. Esto no ocurría con la Logia Lautaro, de carácter fundamentalmente político y militar. Así se explica que algunos de sus miembros pertenecieran a la Iglesia Católica, particularmente en América.

Veintiocho años más tarde, el 11 de septiembre de 1848, San Martín en carta al mariscal peruano don Ramón Castilla certifica su iniciación en la Logia Lautaro y su decisión de participar en las gestas emancipadoras: “Usted me hace una exposición de su carrera militar. A mi turno, permítame le dé un extracto de la mía. Como usted, yo serví en el Ejército español en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de Teniente Coronel de Caballería. En una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar.”

Alberto Palcos nos recuerda que, en la logia, San Martín tomó el nombre de Arístides, el gran ciudadano griego que se eliminó del mando del ejército para que Milcíades pudiera ganar la batalla de Maratón. ¿Sabía entonces San Martín que correría el mismo destino en Guayaquil? Cuando en 1811 San Martín penetra por primera vez en

aquella casa de Londres, situada en Grafton Street 27, Fitzroy Square, encontrándose con Andrés Bello, Luis Méndez, Servando Teresa Mier, Alvear y Zapiola, su destino quedaba definitivamente amalgamado al de las logias. Ya veremos la importancia que esta asociación tendrá en el devenir de los acontecimientos históricos que la tiene como principal protagonista.

Quizá sea este el momento de analizar si San Martín fue o no católico ferviente. Como ocurre casi siempre, las opiniones son encontradas. Sin duda provenía de una familia católica y su educación juvenil fue cristiana. Contrajo matrimonio con misa de Velaciones, pero recordemos que lo hizo con la hija del cabildante y comerciante Escalada, representante del grupo conservador porteño. Más adelante, mandó a cantar misa en el Convento de San Carlos después del combate de San Lorenzo. En Mendoza, en el acto de la jura de la bandera del Ejército, bordada día y noche por las damas mendocinas y su esposa, se produce la adopción de la Virgen del Carmen como patrona del ejército. Después de la batalla de Maipo, asiste al tedeum de Gracia.

Pero quizá todos estos actos sean reflejo de los consejos que recibe de Belgrano, en carta del 6 de abril de 1814: "La guerra, allí, no solo la ha de hacer V. con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas; pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y solo por este medio han atraído las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos la religión.

"Acaso se reirá alguno de este mi pensamiento; pero V. no debe dejarse llevar de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además, por ese medio conseguirá V. tener al ejército bien subordinado; pues él, al fin se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos, y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden."

Autores como Armando Tonelli, José Luis Trenti Rocamora, y muy en especial el erudito padre Guillermo Furlong, sostienen que San Martín no solo era un católico práctico o militante, sino hasta ferviente y apostólico. Sin embargo, Ricardo Rojas afirma que San Martín tuvo el sentimiento religioso de un cristiano libre. Rómulo Carbia enfatiza que creía en Dios y nada más y a esto se reducía el panorama de su vida espiritual. Enrique de Gandía afirma: "Era católico por tradición inmemorial y practicaba el catolicismo cuando las circunstancias lo conducían a ello… Los testimonios de quienes conocieron de cerca a San Martín confirman su indiferentismo religioso. Ninguno lo presenta como a un perfecto católico. Siempre como a un tolerante con todas las religiones, como a un creyente en un Dios y nada más." Quizás a ello se deba que solo por primera vez

invoca a Dios como ayuda en carta a Tomás Godoy Cruz del 24 de enero de 1817, un día antes de su salida de Mendoza para reunirse con el resto de las tropas que habían partido antes: "...Dios mediante...", "Dios me dé acierto...".

Al decir de Félix Frías, no obstante que su testamento comienza "En el nombre de Dios Todopoderoso a quien reconozco como Hacedor del Universo..." sus disposiciones testamentarias nos lo ofrecen como despojado de sentimientos de hombre fervientemente católico, lo cual corrobora al redactar las Máximas para su hija. La séptima dice: "Inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones."

A su vuelta de Lima y estando en Valparaíso, Mary Grant, escritora inglesa que a través de Zenteno, antiguo secretario de San Martín, logra tenerlo un día entre sus invitados, refiere en su extensa crónica sobre América que en un momento dado, al tratarse cuestiones teológicas, el ilustre general expresó que la religión era necesaria para el sacerdote y el vulgo pero inútil para el hombre docto.

Piccirilli en su documentado libro reactualiza una carta dirigida a don Tomás Guido, desde Bruselas el 6 de abril de 1830, que incluía algunas reflexiones sobre el gobierno de Buenos Aires, entre las que se encuentran las siguientes: "Están en su sana razón —escribe— los representantes de la Provincia para mandar entablar relaciones con la Corte de Roma en las actuales circunstancias: yo creía que mi malhadado país no tenía que lidiar más que con los partidos, pero desgraciadamente veo que existe el fanatismo, que no es un mal pequeño: afortunadamente nuestra campaña y pueblo se compone (en razón de su educación) de verdaderos filósofos, y no es fácil empresa moverla por el resorte religioso: ¡negociaciones con Roma! Dejen de amortizar el papel moneda, y remitan un millón de pesos y conseguirán lo que quieran. He aquí el caso de nuestra rancia amistad. Yo soy ya viejo para militar, y hasta se me ha olvidado el oficio de destruir a mis semejantes; por otra parte, tengo una pacotilla (y no pequeña) de pecados mortales cometidos y por cometer, ainda más. V. sabe mi profundo saber en latín, por consiguiente esta ocasión me vendría de perilla para calzarme el obispado de Buenos Aires, y por este medio no solo redimiría todas mis culpas sino que, aunque viejo, despacharía las penitentas con la misma caridad cristiana como lo haría el casto y virtuoso canónigo Navarro de feliz memoria. Manos a la obra, mi buen amigo. Yo suministraré gratis a sus hijos el Sacramento de la Confirmación, sin contar (las) mis oraciones por su alma que no escasearán. Yo creo que la sola objeción que podrá oponerse para esta mamada es la de mi profesión, pero los santos más famosos del almanaque ¿no han sido militares? Un San Pablo, un San Martín ¿no fueron soldados como yo, y repartieron sendas cuchilladas

sin que esto fuese un obstáculo para encasquetarse la Mitra? Basta de ejemplos." Anotadas estas opiniones, le indica al amigo cómo debe proceder para ahorrar en el franqueo de la correspondencia y, bajo la impresión del pensamiento dominante, finaliza: "Admita V. la Santa bendición de su nuevo Prelado con lo cual recibirá la Gracia de que tanto necesita para libertarse de las pellejerías que le proporcionará su empleo: yo se la doy con la cordialidad de su viejo amigo."

Es evidente, como tantas veces ocurre en el análisis histórico, que cada autor utiliza los documentos de acuerdo con su conveniencia espiritual. Después de comparar una vez más lo ocurrido a través de los años y meditar sin apasionamiento, podemos concluir en que las logias eran masónicas y que San Martín estaba imbuido de sólidos principios cristianos, creía en Dios y era tolerante con todas las religiones. ¡Ciertamente, un católico ferviente no se atrevería a calificar al Vaticano como "la corte de Roma" a la cual era muy fácil convencer remitiendo un millón de pesos! Concordando plenamente con lo manifestado a Basil Hall en Perú, su campaña libertadora "no fue una guerra de conquista y de gloria sino tan solo de opinión; guerra de principios nuevos y liberales, contra el prejuicio, la beatería y la tiranía." Su claro ecumenismo queda expresado en carta a Guido del 6 de septiembre de 1832: "Dígame usted con franqueza a qué grado se halla en nuestra patria la tolerancia religiosa, pues por los rumores que corren parece que la cosa no anda muy segura." Indudablemente los rumores tenían basamentos sólidos dado que Tomás de Anchorena había reemplazado a Guido en el gabinete de Rosas desde mediados del año '30. Bastaría solo con recordar el decreto del 8 de febrero de 1831 firmado por el propio Anchorena: "… en algunas escuelas públicas de primeras letras establecidas en esta ciudad por personas particulares, se descuida notablemente la enseñanza de la doctrina cristiana, conforme a la ley y moral de la Iglesia Católica Apostólica Romana, y considerando que tan escandalosa omisión debe necesariamente producir muy funestas consecuencias contra el orden y la tranquilidad pública por cuanto tiende a propagar la ignorancia y desprecio de la religión del Estado, ha acordado y decreta… (cerrar toda escuela pública)… cuyo director, maestro y ayudante no sea tenido y reputado públicamente por católico o no destine de ahora en adelante el sábado de cada semana a la enseñanza de la doctrina cristiana", para entender que "en nuestra patria la tolerancia religiosa no andaba muy segura."

Después de veintidós años sirviendo a España, presenta la solicitud de retiro y permiso para trasladarse a Lima. Hubiera sido muy sospechoso haberlo hecho para dirigirse a Buenos Aires, como seguramente ya lo tenía decidido. Se desconoce el texto de la solicitud, según lo certifica Otero, quien la buscó con sumo empeño.

De cualquier manera, los motivos invocados pueden hallarse en el dictamen redactado el 26 de agosto de 1811, en la isla de León dirigido a la Regencia: “Paso a manos de V.E. como mi informe, la adjunta instancia del teniente coronel don José de San Martín, capitán agregado al regimiento de caballería de Borbón, en solicitud de su retiro con solo el uso de uniforme de retirado y fuero militar, con destino a la ciudad de Lima con objeto de arreglar sus intereses, abandonados por las causas que expresa.

”Este oficial ha servido bien los veintidós años que dice y tiene méritos particulares de guerra, principalmente los de la actual le dan crédito y la mejor opinión. Por mi parte hallo fundado el motivo que expone para pedir su retiro y traslación a América, pues cuando las causas de conveniencia lejos de perjudicar al servicio producen un bien conocido al Estado en general, deben ser atendibles como sucede a este individuo cuyos intereses abandonados por la imposibilidad de manejarlos inmediatamente, no rinden con perjuicio suyo y del Rey, como hacendado contribuyente.

”En este supuesto soy de dictamen que puede concederse a este capitán el retiro que solicita con solo el uso de uniforme de retirado y fuero militar con destino a la ciudad de Lima para atender a sus intereses y cuidar de la subsistencia de dos hermanos que deja en los ejércitos de la Península. Si Vuestra Excelencia lo cree conveniente podrá elevarlo al Consejo de Regencia para su resolución.”

Como se ve, las razones son poco claras pues San Martín no tenía “intereses en Lima” y sus hermanos mantenían “su subsistencia” pues estaban incorporados al ejército. De cualquier manera, por Real Decreto de la Regencia, es autorizado a partir el 6 de septiembre de 1811, notificándose al mismo tiempo al virrey del Perú. Se embarcó el 14 (o el 19) del mismo mes con destino a Londres, repitiéndose que lo hizo con pasaporte falso que obtuvo a través de su amigo lord Macduff, quien había intercedido ante el diplomático inglés en España, Charles Stuart. Es lógico dudar de que la salida de San Martín de España fue subrepticia pues, como muy bien lo remarca Otero, estaba autorizado para hacerlo y nada impedía que fuera a Londres, ya que por aquel entonces las relaciones entre ambos países eran excelentes. Es posible aceptar la intermediación de Macduff pues este, lord del condado de Banff y conde de Fife, es el primero de la numerosa lista de amigos y agentes británicos del gran capitán que aparecen a lo largo de su vida. Es el mismo que, después de Chacabuco, le escribe desde Edimburgo el 3 de junio de 1817: “He tenido siempre una gran amistad por usted… y desde mi llegada a España he estado siempre diciendo a mis compatriotas: paciencia, un hombre por allá sorprenderá a todos.” Es el mismo que lo recibe en sus dominios después de la gesta emancipadora haciéndolo promover

a ciudadano perpetuo de Banff.

La actuación de San Martín en España ha sido claramente resumida por Mitre: “Veintidós años hacía —ha escrito— que San Martín acompañaba a la Madre Patria en sus triunfos y reveses, sin desampararla un solo día. En este lapso había combatido bajo sus banderas contra moros, franceses, ingleses y portugueses, por mar y por tierra, a pie y a caballo, en campo abierto y dentro de murallas. Conocía prácticamente la estrategia de los grandes generales, el modo de combatir de todas las naciones de Europa, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales…”. Por sobre todas las cosas había adquirido una sólida formación militar que aplicaría en América al organizar las tropas a su mando.

En Londres se hospeda en casa de Alvear y allí conoce a Manuel Moreno, Tomás Guido, Servando Teresa Mier, Zapiola y Andrés Bello, que poco después lo recordará como “uno de los más fervientes revolucionarios”.

Después de permanecer casi tres meses en Londres, se embarca en enero de 1812 en la fragata inglesa *George Canning* en compañía del capitán de infantería don Francisco Vera, el alférez de navío don José Zapiola, el capitán de milicias don Francisco Chilavert, el alférez de carabineros don Carlos Alvear y Balbastro, el subteniente de infantería don Antonio Arellaño y el primer teniente de guardias valonas barón de Olembert.

Así están enumerados en la edición de *La Gaceta* del 13 de marzo, órgano del gobierno, anunciando el arribo el día 9 del mismo mes y comunicando al pueblo que “han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la patria.”

Enrique de Gandía, a través de sus investigaciones históricas y en especial por la carta de Mariano Castilla —fechada en Londres el 13 de agosto de 1812 dirigida a Robert P. Staples, cónsul inglés en Buenos Aires—, sugiere que el viaje de San Martín y demás acompañantes fue organizado y pagado por el gobierno de Francia a través de negociaciones iniciadas por el edecán del mariscal Víctor, algún tiempo prisionero en Cádiz. ¡Así involucra indirectamente a Napoleón como precursor de la Gesta Sanmartiniana!

Si se lee con detención la carta de Castilla —que no es más que un informante—, se verá una frase que hace dudar de todo su contenido pues presenta a San Martín como enemigo de Gran Bretaña y ya veremos a lo largo de este ensayo que los hechos demuestran todo lo contrario, lo cual no niega que las ideas que originaron la Revolución Francesa influyeron grandemente en el pensamiento político del Libertador. No hay más que recordar los libros que lo acompañaron a

lomo de mula durante toda la campaña y que analizaré más adelante en el capítulo quinto.

Capítulo II
EN EL RÍO DE LA PLATA

A su llegada a Buenos Aires, San Martín gozaba de buena salud y excelente capacidad física que le otorgaban sus treinta y cinco años. Era alto de talla, de facciones varoniles en su rostro moreno donde se destacaban, además de su nariz fuerte un poco encorvada, sus ojos negros y profundos, enmarcados por cejas abundantes y pómulos algo salientes que impresionaban a sus interlocutores. El general Espejo, que convivió durante largos años junto al general San Martín y después escribió preferentemente sobre la organización del Ejército de los Andes, el paso de la cordillera y la entrevista de Guayaquil, relata así esa particularidad del Libertador: "…su mirada era vivísima, que al parecer simbolizaba la verdadera expresión de su alma y la electricidad de su naturaleza; ni un solo momento estaban quietos aquellos ojos; era una vibración continua la de aquella vista de águila; recorría cuanto le rodeaba con la velocidad del rayo, y hacía un rápido examen de las personas sin que se le escaparan aun los pormenores más menudos."

A esos negros ojos tremendamente expresivos solo podemos imaginarlos ya que, según Sarmiento, ningún artista pudo jamás reproducirlos. El propio San Martín, al enviar a Miller su retrato realizado por Madou, precisamente a pedido de su colaborador inglés que estaba redactando sus memorias, concuerda con el gran sanjuanino: "Los que lo han visto dicen que, aunque se parece bastante, me ha hecho más viejo y los ojos los encuentran defectuosos."

Por ese entonces, el gobierno estaba a cargo del Primer Triunvirato, constituido por Feliciano Antonio Chiclana, Manuel de Sarratea y Juan José Paso, actuando como secretarios José Julián Pérez, Vicente López y Bernardino Rivadavia, que reconoció a San Martín el grado de teniente coronel el 16 de marzo de 1812, al mismo tiempo que se lo nombró comandante del escuadrón de Granaderos a Caballo por organizarse. Es de destacar la comunicación que envía Rivadavia al jefe del estado mayor don Francisco Javier de Viana: "… que se han expedido despachos de Teniente Coronel de Caballería a don José de San Martín, de Sargento Mayor a don Carlos de Alvear y

de Capitán a don Matías Zapiola, para que el primero levante un escuadrón de Granaderos de a Caballo, y al efecto se le previene a V.S. que con aquellos oficiales y extrayendo de los Dragones de la Patria diez o doce hombres y los cabos y sargentos sobrantes agregados al propio cuerpo se forme la base y creación del expresado escuadrón bajo los principios y maniobras de la nueva táctica francesa de caballería: proponiendo V.S. los oficiales que crea dignos para ocupar los empleos con que ha de dotarse aquel cuerpo." Quedaban así expresadas la confianza y la fe del gobierno por sobre las murmuraciones que lo tildaban de agente inglés (¡el sable corvo que trajo al Río de la Plata era similar al que usaban los corsarios ingleses!) o pagado por el gobierno francés.

Como claramente lo ha analizado Piccirilli, San Martín dejó específicamente documentado el motivo del viaje en su renuncia como jefe del Ejército de los Andes el 25 de abril de 1819, en la respuesta a Miller, entre abril y mayo de 1827, y en la carta enviada al general peruano don Ramón Castilla el 11 de septiembre de 1848. Todas ellas son similares y coincidentes, por lo cual transcribimos lo expresado en la última: "…resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar…" y lo reafirma en la proclama del 22 de julio de 1820, datada en Valparaíso poco antes de zarpar hacia el Perú: "Yo servía en el ejército español: veinte años de honrados servicios me habían traído alguna consideración, sin embargo de ser americano; supe la revolución de mi país y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, solo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi Patria."

En su nueva tarea, San Martín dicta rígidas normas de disciplina que quedan ejemplificadas en el Código de Honor de los oficiales, la mayoría jóvenes de las principales familias de Buenos Aires. Transcribimos algunas de dichas disposiciones:

"Delitos por los cuales deben ser arrojados los oficiales:

1) Por cobardía en acción de guerra, en la que aun agachar la cabeza será reputada tal.

2) Por no admitir un desafío, sea justo o injusto.

3) Por no exigir satisfacción cuando se halle insultado.

4) Por no defender a todo trance el honor del cuerpo cuando lo ultrajen en su presencia o sepa ha sido ultrajado en otra parte.

5) Por poner la mano a cualquier mujer aunque haya sido insultado por ella.

6) Por no socorrer en acción de guerra a un compañero suyo que se halle en peligro, pudiendo verificarlo.

7) Por presentarse en público con mujeres conocidamente

prostituidas.

8) Por hacer un uso inmoderado de la bebida en términos de hacerse notable con perjuicio del honor del cuerpo.”

Es de destacar la reunión mensual para oficiales y cadetes en casa del comandante donde se juzgaba severamente, pero en forma democrática, la conducta de los mismos. San Martín exigía se vigilase diariamente el cumplimiento del Código establecido. A la menor acusación, sin la presencia del denunciado, se trataba en común y con absoluta libertad de opinión la denuncia, nombrándose una comisión de tres oficiales de mayor grado para investigar el hecho. Sus resultados se comunicaban a la Junta Extraordinaria, en la que había la misma libertad de decisión. Si el acusado resultaba inocente, se lo hacía entrar en el salón y se le daba entera satisfacción. Si resultaba culpable, se le exigía solicitara su licencia absoluta y en el ínterin —hasta serle otorgada— no podía presentarse en público con el uniforme. En caso de contravenir la orden “le será arrancado a estocadas por el primer oficial que le encuentre”. Todo esto se hacía por “la obligación que tiene todo oficial de honor de no permitir en el seno del cuerpo ninguno que no corresponda a él”. Se mantenía así la dignidad del famoso regimiento del cual surgieron diecinueve generales y más de doscientos jefes y oficiales que pasearon su bandera desde San Lorenzo hasta Ayacucho.

Pero San Martín no se ocupaba solamente de la oficialidad. En la Plaza del Retiro participaba personalmente de la instrucción de los soldados, que se realizaba mañana y tarde, en los términos más sencillos y comprensibles.

Cuando estuvo adiestrado el primer escuadrón, fue agregando otros hasta formar un regimiento, por lo cual fue ascendido a coronel el 7 de diciembre de 1812. Más adelante veremos cómo utiliza a hombres de la campaña, especialmente de San Luis.

Así describe Sarmiento, en la conferencia de París al ser admitido en el Instituto Histórico de Francia el 1.º de julio de 1847, y en presencia de San Martín, la transformación del gaucho a granadero: “Hoy empieza a ser conocida en Europa la palabra *gaucho* con que en aquella parte de América se designa a los pastores de los numerosos rebaños que cubren la pampa pastosa. Es el gaucho argentino un árabe ‘que vive, come, y duerme a caballo’. El lazo que maneja con una increíble destreza le somete toda la creación animal, sin excluir el jaguar y el león, a quienes acomete sin temor. Los que huyen de su aproximación no están libres del tiro certero de sus bolas, que hace girar en torno de su cabeza y lanza como un rayo sobre el objeto que le sirve de blanco, seguro de ligarlo estrechamente, sin que le sea posible hacer un movimiento, marchar o desembarazarse.

”…El gaucho no se preocupa de saber si el caballo que monta es salvaje o domesticado. En cualquier estado que lo encuentre en la pampa, echa el lazo sobre él, lo ensilla y lo somete de grado o por fuerza a su voluntad. Su alimento exclusivo es la carne asada en las llamas y saturada de cenizas. Pocos pueblos hay que resistan con mayor estoicismo toda clase de privaciones y de fatigas. Es un bárbaro en sus hábitos y costumbres, y, sin embargo, es inteligente, honrado y susceptible de abrazar con pasión la defensa de una idea. Los sentimientos de honor no le son extraños, y el deseo de fama como valiente es la preocupación que a cada momento le hace desnudar el cuchillo para vengar la menor ofensa.

”De estos gauchos formó San Martín un regimiento a la europea, añadiendo, a las dotes de equitador más osado del mundo, la disciplina y la táctica severa de la caballería del imperio.”

San Martín incluyó, en la división que mandó en auxilio de Sucre, un escuadrón de ese cuerpo modelo, que participó de las batallas de Riobamba y Pichincha. Bolívar quedó tan impresionado de la disciplina y valor de los granaderos, que los hizo su guardia de honor, llamándolos de Riobamba en memoria de aquellas jornadas. El general Mosquera decía, al referir de Sarmiento, que “cuando vimos el ejército de San Martín conocimos por la primera vez lo que era jerarquía militar. Entre nosotros (ejército bolivariano) no había sino general en jefe y soldados.”

Ocho meses después de desembarcar, el 12 de noviembre de 1812, se casa con María de los Remedios Escalada, niña de 14 años que impresionó vivamente al Libertador desde el primer momento, durante una tertulia en casa de sus padres —como lo dejara documentado Juan Cruz Ocampo—. No podemos descartar algunos cálculos de conveniencia. ¿Pensaba San Martín en lo que podía representar para sus fines el apoyo de una familia poderosa? ¿Pensaban los Escalada en lo que significaba la incorporación en la familia de un militar de prestigio?

Además de la tarea militar, junto con Alvear y Zapiola, organiza la Logia Lautaro, sucursal de la de Cádiz, a través de la cual y con la incorporación de ciudadanos de diversa extracción comenzarán a tender los hilos políticos que harán converger hacia el logro de la independencia.

Vicente Fidel López y Mitre atestiguan que esos tres oficiales fueron “los fundadores de la masonería política en el Río de la Plata”. Con el tiempo y a pesar del secreto absoluto, que por otra parte corrobora San Martín ya en el exilio, en contestación a Miller desde Bruselas el 19 de abril de 1827: “No creo conveniente hable usted lo más mínimo de la Logia de Buenos Aires; estos son asuntos privados y aunque han tenido y tienen una gran influencia en los acontecimientos

de la revolución de aquella parte de América, no podrán manifestarse sin faltar por mi parte a los más sagrados compromisos", se puede aseverar que a los fundadores se fueron acoplando el doctor don Antonio Sáenz, el canónigo don José María Serrano, don Matías Patrón, don Pedro Carrasco, el director don Juan Martín de Pueyrredón, el director de Chile don Bernardo O'Higgins, el secretario de estado don Gregorio Tagle, el de guerra don Matías Irigoyen, el general Belgrano, el coronel mayor don Matías Zapiola, el de igual clase don Juan Ramón Balcarce, el coronel don Hilarión de la Quintana, el coronel don Manuel Escalada, el comandante de cazadores don Celestino Vidal, el de cívicos don Luciano Montes de Oca, el de húsares don Domingo Sáenz, el teniente coronel don Mariano Escalada, el coronel mayor don Toribio Luzuriaga, don Tomás Guido, el oficial de secretaría don Julián Álvarez, el escribano don Justo Núñez, el doctor don Juan José Cossio, don Bernardo Vélez, don Manuel Pinto y don Bernardo Monteagudo.

Una de las participaciones políticas iniciales de la logia fue su actuación directa en el primer cuartelazo de nuestra historia —el 8 de octubre de 1812—, que estableció el Segundo Triunvirato formado por Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte. Frente a la casa del Cabildo aparecieron los Granaderos a Caballo, el Segundo Regimiento de Infantería y el Cuerpo de Artillería, en apoyo de un movimiento popular de no más de mil personas.

El movimiento del 8 de octubre estaba justificado, ya que en realidad el Primer Triunvirato respondía fundamentalmente a los sectores de la poderosa asociación entre terratenientes y comerciantes. Gozaba de poco prestigio popular y había firmado, por ejemplo, un tratado con Elío, rompiendo con Artigas y deshaciendo el pacto de la confederación con el gobierno patrio de Paraguay, lo que llevó posteriormente a su separación de las Provincias Unidas. En el terreno económico, sancionó efectivamente, por primera vez, el libre cambio rebajando los aranceles y autorizando a los extranjeros —entiéndase ingleses— a comerciar directamente.

El nuevo Triunvirato significó el asentamiento de las ideas liberales, que están claramente representadas en las decisiones tomadas por la Asamblea del Año XIII, semejantes a las establecidas en España por las Cortes de Cádiz en 1812, como lo resalta Enrique de Gandía.

Sobreviene después el combate de San Lorenzo, el 3 de febrero de 1813, cuando los granaderos tienen su bautismo de fuego bajo el mando de su jefe que, montando un bayo con cola cortada al corvejón —distintivo de toda la caballada del ejército, por la aversión del criollo a montar un parejero rabón—, galopaba a dos cuerpos de caballo delante de sus hombres. Ocurre entonces la famosa caída y son

bien conocidas las actuaciones de Baigorria y Cabral, que salvan su vida pero no impiden que Zavala, jefe español, le aplique a San Martín un hachazo en la cabeza, primera herida patria que dejará como recuerdo la cicatriz que llevaría desde ese momento.

Por el contrario, no es tan conocida la actuación del capitán Justo Bermúdez, quien, desesperado por no haber podido impedir la evasión del enemigo, al alterar las órdenes de San Martín se quita el torniquete (había sido amputado, herido en una de sus piernas), se desangra y fallece once días después.

San Martín sabía reconocer los actos de valor de sus subordinados que, a su vez, generaban y mantenían el espíritu de disciplina y sacrificio. Como consecuencia, se dirige al gobierno después de haber enviado el parte del combate expresando: "Como sé la satisfacción que tendrá V.E. en recompensar las familias de los individuos del regimiento, muertos en la acción de San Lorenzo, o de sus reclutas, tengo el honor de incluir a V.E. la adjunta relación de su número, país de nacimiento y estado. No puedo prescindir de recomendar particularmente a V.E., a la viuda del capitán Justo Bermúdez, que ha quedado desamparada con una criatura de pecho, como también a la familia del granadero Juan Bautista Cabral, natural de Corrientes, que, atravesado con dos heridas, no se le oyeron otros ayes que los de viva la patria, ¡muero contento por haber batido a los enemigos!; efectivamente a las pocas horas falleció, repitiendo las mismas palabras."

Es de destacar la hidalguía con que se trató a los vencidos. A solicitud de Zavala, con quien el Libertador tiene una entrevista, envía alimentos, en especial para los heridos. Este es el sello que San Martín pondrá a toda su Gesta Libertadora, que resalta con justicia Juan Turrens: "No tomó rehenes ni exigió rescates, no tomó venganzas y aconsejó no tomarlas, humanizó la lucha y no abusó del poder de que dispuso. Luchó contra el enemigo de aquel momento, y media América debe su libertad a su acción, singularizada por su deseo de encontrar la paz y hacer cesar todo posible derramamiento de sangre."

Existen ejemplos suficientes de los cuales rescatamos la carta al virrey Pezuela desde Santiago, en octubre del año '17 para proponerle un canje de prisioneros, y por sobre todo la entrada en Lima evitando derramamientos de sangre no obstante que, a veces, sus deseos no eran correspondidos por las tropas realistas. En carta a lord Macduff del 9 de septiembre de 1817, San Martín le expresa: "¡Qué sentimientos de dolor, mi querido amigo, debe despertar en vuestro pecho el destino de estas bellas regiones! Parecería que los españoles estuvieran empecinados en convertirlas en un desierto, tal es el carácter de la guerra que hacen. Ni edades ni sexos escapan al patíbulo…".

San Martín era extremadamente cuidadoso del honor del ejército bajo su mando, como queda demostrado en la proclama redactada el 30 de septiembre de 1817, después de Chacabuco y dirigida a los oficiales y soldados del ejército realista: "…Por el capitán de dragones don Antonio Fuentes, prisionero de guerra el 10 del corriente sobre Talcahuano, he sabido que los individuos que componen el ejército real están persuadidos, o se les ha persuadido de intento, que las tropas de la patria no dan cuartel a los rendidos. Semejante imputación ultraja de un modo inicuo al Ejército Unido que mando y a mí mismo. Desmientan esta calumnia más de 2000 prisioneros y 80 oficiales tomados en Chacabuco y dispersos por varias partes. Desmienta esto mismo el general Marcó del Pont. El derecho de gentes me autoriza para pasarlo por las armas, después que en la gaceta de su gobierno me ofreció no la muerte propia de un militar, sino la horca como a un asesino o salteador. Con todo, él disfruta de las consideraciones debidas a un prisionero.

"Señores oficiales y soldados enemigos, hagan ustedes la guerra con coraje en favor de sus opiniones, pero jamás crean imposturas que degradan al siglo ilustrado en que vivimos, y que ofenden a mi ejército con tanta injusticia…".

La guerra en el sur era muy diferente de las luchas bolivarianas. Sarmiento nos da cuenta en su conferencia de París de una carta de Morillo a Fernando VII: "La obra de la pacificación —dice— debe hacerse precisamente de la misma manera que la primera conquista fue establecida. No he dejado vivo en el reino de Nueva Granada un solo individuo de suficiente influencia o talento para conducir la revolución." Y a esta nota acompaña la lista de doscientos doctores, nobles o ricos propietarios, fusilados o ahorcados, mientras los diarios de México (entonces reincorporado a la dominación española) se encargan de enumerar los veinticinco o treinta mil criollos de todas clases, rangos y sexos, que habían expiado en las matanzas, en los suplicios o en los tormentos, el delito de la insurrección.

Bolívar responde con su ardor excesivo desde Valencia en su famoso reto de guerra a muerte. Desde la toma de esta ciudad, la lucha será "sin tregua ni cuartel" y desde Trujillo lanza el escalofriante desafío: "¡Españoles y canarios: contad con la muerte, aun siendo indiferentes, si no obráis activamente en obsequio de la libertad de América! ¡Americanos: contad con el perdón y la vida aun siendo culpables! ¡Que desaparezcan para siempre del suelo colombiano los monstruos que lo infectan y que lo han cubierto de sangre!". Boves lo aceptará extremándose así el horror de la guerra que ocasionará miles de muertos y la destrucción casi total de ciudades y pueblos venezolanos.

Pocos días después de San Lorenzo, el 20 de febrero, Belgrano

triunfa en Salta, pero las alegrías de esos dos acontecimientos desaparecen en pocos meses pues el Ejército del Norte es derrotado en Vilcapugio y Ayohúma el 1.º de octubre y el 14 de noviembre de 1813, respectivamente. Esas derrotas, junto a las crecientes diferencias con Artigas, la restauración de Fernando VII con la abolición de la Constitución de Cádiz y el restablecimiento de la monarquía absoluta, hacen que los "alvearistas", que controlan la Asamblea General y el Segundo Triunvirato, decreten la creación del Directorio designándose a don Gervasio Antonio de Posadas, tío de Alvear, como Director Supremo.

Por ese entonces, San Martín acababa de ser enviado a Tucumán con el fin de hacerse cargo del Ejército del Norte, encontrándose con Be1grano en la Posta de Yatasto. Comenzó así una amistad basada en el mutuo respeto que perduró y se acrecentó con los años. Belgrano, dando prueba de su natural modestia, pasó a comandar el Primer Cuerpo de Infantería, función desde la cual colaboró y secundó a San Martín con entera nobleza.

Tarea ardua fue la del Libertador para poner orden en un ejército tan deteriorado, al que introdujo las normas de las tácticas modernas, principalmente en la caballería. Una vez más reclamaba de sus hombres el máximo de disciplina, dictando personalmente una academia práctica y teórica. Es aquí donde junta a pardos y morenos en el Regimiento 7 de Infantería que, con tanta valentía, lo acompañarían en la Gesta Americana. Y es aquí en el norte donde, por primera vez, el 22 de abril de 1814, expone en carta a Nicolás Rodríguez Peña su proyecto: "No se felicite con anticipación de lo que yo pueda hacer en esta. No haré nada y nada me gusta acá. La Patria no hará camino por este lado del Norte que no sea una guerra defensiva y nada más: para esto bastan los valientes gauchos de Salta con dos escuadrones de buenos veteranos. Pensar otra cosa es empeñarse en echar al pozo de Ayrón hombres y dinero. Ya le he dicho a Ud. mi secreto. Un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza para pasar a Chile y acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos para concluir también con la anarquía que reina: aliando las fuerzas pasaremos por el mar para tomar Lima. Ese es el camino y no este, mi amigo."

En honor a la verdad, el plan había sido esbozado previamente por el teniente coronel Enrique Paillardele quien, desde Moxos, el 29 de noviembre de 1813 lo llevó a consideración del gobierno. Debe tenerse en cuenta que el proponente era uno de los más cercanos colaboradores de San Martín hasta abril de 1814.

Recientemente Rodolfo H. Terragno, en *Memorias del presente,* ha sostenido que el plan fue elaborado por el mayor general sir Thomas Maitland y presentado en 1800 a Henry Dundas, secretario de guerra

del gobierno de William Pitt el joven. Dicho autor afirma que numerosos indicios lo persuadieron de que, a través de lord Macduff, Beresford u oficiales ingleses en España, San Martín conocía el plan de Maitland. Recordemos además que Guido, después del fallecimiento de San Martín —increíblemente—, también se atribuye la autoría. A mi entender son antecedentes anecdóticos que conviene conocer, pero una cosa es planear y otra ejecutar, que es lo que precisamente hizo San Martín con tanto esfuerzo.

Al reorganizarse el ejército e instruido Güemes en la guerra de guerrillas —que con tanto coraje ejecutó después junto a sus paisanos —, San Martín decide dejar el Ejército del Norte. Para ello, tomando como pretexto el deterioro de su salud, como lo atestigua Paz en sus *Memorias* y es admitido por sus dos grandes biógrafos, Mitre y Otero —aunque Lamadrid sostiene: "Es efectivo que el general estuvo enfermo pues vomitó sangre en varias oportunidades"—, solicita licencia el 27 de abril de 1814 que Posadas acuerda el 6 de mayo. Después de descansar aproximadamente un mes en la hacienda *Las Enramadas,* situada a treinta y siete kilómetros de Tucumán, se dirige a Córdoba, más precisamente a Saldán, distante veinte kilómetros de la ciudad. Quizá convenga resaltar que durante este paso por Córdoba lee un libro trascendental: *Comentarios reales de los Incas*, redactado en España por el Inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y de una coya cuzqueña, donde se narra en detalle la organización comunitaria del Imperio Incaico y su destrucción por los españoles. San Martín piensa que ese libro, que había sido prohibido por las autoridades españolas, debe ser publicado encabezando una lista de contribuciones voluntarias para la tarea que nunca se llegó a cumplir. He leído en detalle una edición peruana y creo sigue teniendo la misma actualidad, por lo que recomiendo su lectura a los jóvenes.

Desde Córdoba, solicita al Director Supremo el humilde empleo de Gobernador Intendente de Cuyo. Posadas, que en realidad tenía gran estima por San Martín, preocupado, le ofrece la gobernación de Córdoba velando por su salud, ofrecimiento que el Libertador rechaza.

Entonces interviene la logia y muy especialmente Alvear, accediendo al pedido original y pensando que, cuanto más lejos esté de Buenos Aires y en un lugar secundario, como era Mendoza por aquel entonces, San Martín desaparecería de la escena política y militar. Tengamos en cuenta que el nombramiento de San Martín como gobernador de Cuyo ocurre en agosto de 1814, dos meses después de que Vigodet rindiera Montevideo a las fuerzas encabezadas por el ambicioso Alvear el 20 de junio, hecho que aumentaba marcadamente su prestigio. Después de tres meses en Córdoba, San Martín llega a Mendoza el 1.º de septiembre y asume el gobierno el 6 del mismo mes.

Capítulo III
EN MENDOZA

Una vez instalado San Martín en Mendoza, Posadas le comunica el 24 de septiembre de 1814 que su esposa partía hacia allí. Para costear el viaje, el director le ha facilitado seiscientos pesos que San Martín devolverá hasta el último centavo.

Remedios hizo la larga y penosa travesía, acompañada de su sobrina Encarnación de María, quien sería después señora de Rawson. En otro carruaje la seguían la esposa y la hija del coronel Manuel Corvalán. Así, Remedios permanecerá junto a su esposo el mayor tiempo de su vida —dos años—, y mendocina será la única hija del Libertador. El 24 de enero de 1817, en vísperas del primer cruce de los Andes, ambas emprenderán el regreso a la Capital.

Mientras tanto, en Chile la revolución del 18 de julio de 1810 se vio paralizada por banderías y apetitos personales con la aparición de dos figuras destacadas: Bernardo O'Higgins, hijo natural del virrey español del mismo apellido y de una nativa de catorce años, y José Miguel Carrera, proveniente de una de las familias de mayor fortuna del país, quien tenía dos hermanos, ambiciosos como él, Juan José y Luis, y una hermana, Javiera, de carácter dominante, que con el tiempo habría de convertirse en la dirigente del grupo.

Con el correr de los acontecimientos —no es este el motivo del trabajo—, las fuerzas chilenas se dividen y chocan en los llanos de Maipo en agosto del '14, quedando Carrera dueño del campo. Las tropas realistas muy reforzadas, intiman a los dos grupos cuando estaban por enfrentarse por segunda vez y finalmente O'Higgins es sitiado en Rancagua el 1.º de septiembre y, sin ayuda de Carrera en un acto de extrema valentía y coraje, rompe el cerco realista salvando a su gente y a sí mismo.

Pero Rancagua marca el fin de la lucha y solo les queda a los chilenos el éxodo, protegidos por una división argentina al mando de Las Heras. San Martín en persona organiza el auxilio a los emigrados y se dirige a la cordillera con alimentos y mulas de silla, prevenido contra Carrera, a quien sabía —por informes de Mackenna, fray Justo Santa María de Oro, Yrisarri y otros distinguidos chilenos— altanero y ambicioso. Y los hechos lo confirman. Carrera pretende organizar su

propio cuartel y desconocer la autoridad de San Martín, quien sigilosamente lo rodea con sus pocas tropas, y le da diez minutos para entregarse. Así, Carrera se doblega a las exigencias del gobernador el 30 de octubre de 1814. Se manda una comisión de chilenos a recoger los dineros públicos salvados por los Carrera en la retirada, argumentando que no podían ser propiedad de una familia, por lo que son depositados en las arcas de la provincia para utilizarlos precisamente en beneficio de la libertad de Chile.

Después de desarmados, los Carrera y sus tropas son enviados a Buenos Aires pues San Martín decía “no quiero emplear a esos soldados que sirven mejor a su caudillo que a la Patria”. Desde entonces, se abre entre los Carrera y San Martín una profunda enemistad. Por el contrario, se inicia una estrecha solidaridad y comprensión mutua —con el tiempo se transformaría en franca amistad— con O’Higgins. El Libertador había acertado una vez más en la elección de sus colaboradores.

Después de superar tan difícil trance, San Martín se dedica a recorrer la gobernación de Cuyo, que contaba con aproximadamente cuarenta mil habitantes, robustos, industriosos, ahorrativos y acostumbrados a la fatiga. Es importante recordar que Mendoza fue la primera en responder al gesto revolucionario. El 25 de junio de 1810 un Cabildo abierto proclamó la revolución y juró obediencia al gobierno nacional.

Durante sus viajes recorre Mendoza, San Juan y San Luis. En todas partes se lo recibe con entusiasmo y establece amistades que le serán de suma utilidad para sus propósitos.

En las zonas de riego, la propiedad estaba dividida en lotes en los que se cultivaban viñedos, olivares, cereales y frutas, de donde provenían los vinos, aguardientes, frutas secas, dulces, harinas y salazones. Se comerciaba con Chile y el litoral, cruzando la pampa en carretas tiradas por bueyes o mulas.

Los sistemas de irrigación con represas, canales y acequias permitían el desarrollo de alfalfares tan importantes para el ganado. Existían herreros que no solo herraban el ganado, sino que fabricaban arados, talabarteros para los aparejos y monturas, mecánicos para ruedas de los molinos de agua, ingenieros prácticos en los canales de riego, mineros que tenían nociones de metalurgia, arrieros conocedores de los pasos de las montañas e hilanderas que trabajaban tejidos de lana y algodón. Había en San Luis abundante ganado, lana, curtiembres y jinetes vigorosos, diestros en el arma blanca —como consecuencia de la guerra con los indios—, de donde saldrían la mayoría de los granaderos.

El gobierno era municipal, cada ciudad con su Cabildo. Los municipios se dividían en cuarteles (secciones) a cargo de decuriones

—siguiendo viejas costumbres romanas—, que eran los jueces de paz, semejantes a organizaciones municipales por barrios.

El gobierno de San Martín no excluía la energía y hasta el rigor. Para obtener los fondos necesarios para la creación del Ejército de los Andes, San Martín toma una serie de medidas que Mitre señala de la siguiente manera: "Aquí es donde se revela el genio observador y previsor de San Martín, servido por una voluntad incontrastable que no retrocedía ante la imposición de ningún sacrificio en pro de su causa, y un instinto conservador, que constituye la originalidad de su plan financiero. Secuestráronse los bienes de los prófugos; pusiéronse en almoneda las tierras públicas; creose una contribución extraordinaria de guerra pagadera por cuotas mensuales; se recogieron los capitales a censo pertenecientes a manos muertas, usando sus intereses; se dispuso del fondo de redención de cautivos de los frailes mercedarios, para redimir otros cautivos; se organizaron las donaciones gratuitas en especie y dinero; realizáronse las propiedades de las temporalidades de la provincia; se apropiaron los diezmos al servicio civil; se gravó con un peso cada barril de vino y con dos cada uno de aguardiente que se extrajese del territorio, con el carácter de contribución voluntaria; el producto de los alcoholes se aplicó al servicio militar; se declararon de propiedad pública las herencias de los españoles que morían sin sucesión, todo lo que, unido a los impuestos de papel sellado, ramo de pulperías, multas y otros arbitrios, regularizó la percepción de la renta, acrecentando el fondo común. No bastando esto, se estableció un impuesto general y uniforme sobre todos los habitantes, basado en el capital de cada individuo, previo catastro levantado por el Cabildo, prestándose gustosos todos a declarar de buena fe sus bienes bajo del juramento y oblando cuatro reales por cada mil pesos de capital, sin que fuese necesario rectificar sus leales declaraciones. Por excepción, solía hacerse uso del arbitrio de empréstitos forzosos, pero siempre con intervención del Cabildo, y con arreglo a una repartición equitativa, que pesaba sobre los españoles y portugueses desafectos. Además, cuando era necesario, se usaba de las cabalgaduras y de las carretas gratuitamente, se confiscaban temporalmente los alfalfares para las caballadas del ejército y se disponía sin retribución de las personas para los trabajos públicos, y como todo esto se hacía con orden, por igual y alternativamente, la oferta generalmente se anticipaba a la exigencia. Los artesanos se prestaron a servir en talleres militares a ración y sin sueldo; las mujeres contribuían con sus labores, cosiendo gratuitamente los uniformes de los soldados, y para que no quedase nadie sin contribuir al sostén del erario, hasta los muertos fueron cotizados. Existía indivisa en Mendoza la testamentaría del gran patriota argentino-chileno, don Juan Martínez de Rozas, a quien tan

señalado papel hemos visto representar en esta historia, y San Martín, interpretando su voluntad póstuma, manifestó a su albacea por medio del fiscal, que si Rozas viviera contribuiría con parte de su fortuna a la Reconquista de Chile, y de buena o mala gana le hizo oblar en tesorería la cantidad de 12.000 pesos a título donativo patriótico."

A ello hay que agregar los capitales de propiedad del convento de monjas de la Buena Esperanza, las rentas de los capitales a censo de diversas cofradías, el préstamo de veinte mil pesos del comercio de Mendoza y, con la aprobación del gobierno nacional, se gravaron con hipoteca los fondos generales de hacienda de la provincia para garantizar un préstamo de cuarenta y cuatro mil pesos, del que participaron prestamistas de Mendoza por veinticuatro mil, de San Juan por dieciocho mil y de San Luis por dos mil.

No debemos olvidar a las damas mendocinas, quienes, junto a Remedios, ofrecieron sus joyas a la patria con estas inolvidables palabras: "Los diamantes y las perlas sentarían mal en la angustiosa situación en que se ve la provincia y peor si por desgracia volviésemos a arrastrar las cadenas de un nuevo vasallaje." Investigaciones recientes de Alfredo Gárgaro demuestran que fueron enviadas al gobernador de Buenos Aires que se preparaba para hacer frente a una posible expedición española.

Claro que San Martín predicaba con el ejemplo: dona la mitad de su sueldo y en febrero de 1816 pide se reduzca a un tercio pues, recibiendo doscientos cincuenta pesos mensuales, cobraba solamente ciento veinticinco, lo que no le alcanzaba para mantener su hogar. No es esto ninguna novedad en la trayectoria del general San Martín, ya que reafirma lo hecho como comandante de Granaderos a Caballo, cuando cobrando ciento cincuenta pesos por mes dona un tercio al erario público.

Para la formación del Ejército de los Andes, se encuentra al llegar con solo veinte o treinta hombres que con el nombre de blandengues residían en el Fuerte de San Carlos. Desde Buenos Aires recibe compañías del Batallón número 3, cincuenta artilleros y compañías del Regimiento de Granaderos. En Mendoza se decide la creación de un batallón de línea. Por ese entonces, el 10 de enero de 1815, se produce el ascenso de San Martín a coronel mayor, hecho que rehúsa. Veremos repetido este gesto nuevamente en Mendoza, y después de Chacabuco y Maipo.

Mientras tanto, las fuerzas directoriales en su lucha contra Artigas son derrotadas en Guayabos por Fructuoso Rivera, por lo que Posadas renuncia y es reemplazado por Alvear como Director Supremo. Para San Martín, esto constituyó una mala noticia pues conocía las ambiciones desmedidas de Alvear y su falta de escrúpulos patrióticos. Lo había analizado en profundidad desde los tiempos de Londres y

además tenía en cuenta su amistad con los Carrera. Como presiente el golpe, solicita se le conceda licencia aduciendo razones de salud. Alvear, por resolución del 8 de febrero de 1815, concede la misma indicándole se dirija a Rosario, jurisdicción de la capital en ese entonces, ordenando al coronel Gregorio Perdriel lo reemplace.

Perdriel llega a Mendoza el 21 de febrero de 1815, a pesar de las reservas que le hace llegar San Martín por el estado de ánimo que existe en dicha población. Damián Hudson relata que grupos populares llegaban hasta la casa del nuevo gobernador, lo insultaban y lo amenazaban con cometer violencias contra su persona.

Mientras tanto, el Cabildo convoca a gran número de habitantes que después de corta deliberación le indica a Perdriel que debe esperar la resolución por tomar, pero el nuevo jefe insiste en que se reconozca su autoridad. Se suceden nuevas manifestaciones populares, esta vez apoyadas por un escuadrón de milicias sin armas, que algunos atribuyeron a manejos ocultos de San Martín. Así Mitre refiere: "… haciéndose notar en contradicción a sus máximas disciplinarias que las milicias concurrieran a la plaza desarmadas cuando se hallaban bajo su mando militar."

Ante esas nuevas manifestaciones que involucraban a toda la comunidad y no obstante que en un principio San Martín insistió en la conveniencia de recibir a Perdriel, el general propuso resignar el gobierno ante el Cabildo, que rehusó aceptar su dimisión o pedido de licencia, exigiendo su continuidad en el mando y peticionando ante Alvear en ese sentido. Ante los hechos consumados, el director supremo ordena el regreso de Perdriel dejando a San Martín la opción de continuar o dejar la gobernación, según lo aconsejara su salud. El Libertador quedaba así afianzado en el gobierno de Cuyo, mientras que Alvear solo duraría en el poder apenas noventa y siete días más, ante el sublevamiento y deserción de la mayoría de las tropas y el descontento popular. El juicio definitivo de San Martín con respecto a Alvear ha quedado estampado en la carta que envía a Sarratea desde París en 1837, donde expresa: "Me dice usted la parte tan activa que Alvear tuvo en todas las intrigas de aquella época. Es este un hombre que no es digno de llamar la atención de toda persona que se respete un poco. Sin el anuncio que usted hace de su situación estoy muy persuadido de que él acabará como ha vivido, es decir, en la execración de sus conciudadanos."

Mientras tanto, el gobierno central de Buenos Aires decreta el 28 de enero de 1815 el ingreso en las armas de todos los esclavos de diecisiete a veinte años otorgándoles la libertad en el momento de su incorporación. San Martín lo aplica con rigurosidad en Mendoza y, frente a la gran resistencia de los dueños, dicta un decreto declarando la obligatoriedad del ingreso de las dos terceras partes de los aptos

para el servicio de las armas, haciéndolo cumplir con tal rigidez que el propietario de un solo esclavo debía contribuir con doscientos pesos como equivalente de los dos tercios que teóricamente debería aportar.

Con estos recursos el ejército recibió cientos de negros, pardos y mulatos que, según referencias de Nuria Salas, llegaron a constituir la mayoría y formaron los Regimientos 7 y 8 de Infantería.

El 2 de abril de 1815 decreta: “…todo americano desde la edad de catorce a quince años cumplidos se aliste en el ejército en el perentorio término de un mes…”, haciendo muy pocas excepciones, ya que: “…no hay pretexto ni motivo que exima de este alistamiento.”

Era preciso ocuparse del parque militar. Entre los emigrados chilenos había llegado un modesto fraile franciscano, nacido en la ciudad de Mendoza, que se dedicaba al estudio de la física, química y matemática. Recomendado por algunos jefes chilenos y con la intuición que caracterizaba a San Martín al elegir sus colaboradores, designó a fray Luis Beltrán director de la maestranza, con el grado de teniente de artillería el 1.º de marzo de 1815. Aceptado el cargo, este fraile, con ayuda de trescientos operarios, comenzó a fundir cañones, balas y granadas utilizando hasta el metal de las campanas que bajaba de los campanarios mediante ingeniosos aparatos de su propia invención.

Uno de los grandes problemas de la época era el aprovisionamiento de pólvora pero entonces también San Martín encontró al hombre apropiado para esta misión: el ingeniero José Antonio Álvarez Condarco, que había estado anteriormente a cargo de la fábrica de Mixtos en Córdoba. Con el abundante salitre de Mendoza, por indicación de San Martín y después de tres o cuatro meses de experimentación, se fabricaba pólvora de la mejor calidad, comparable a la que se importaba de Inglaterra y de menos precio que la elaborada en Córdoba o Tucumán.

El Libertador se ocupaba hasta de los más pequeños detalles. Así, por ejemplo, para el vestuario elige la bayeta, tejido rústico de lana de oveja, que se confeccionaba en abundancia especialmente en San Luis, y que abatanada por un mecanismo ingenioso inventado por un chileno, Dámaso Herrera, se transformaba en un tejido abrigado, resistente y cómodo. Sin dejar de lado las botas. De esta forma lo relata Alonso Piñeiro: “Así se ocupaba de cosas que solamente un espíritu mezquino podría calificar de pequeñas. Como la preocupación por el hecho de que parte de sus tropas —las mandadas por Las Heras — estuvieran absolutamente descalzas. El hecho surge de un documento inédito que damos a conocer ahora. Se trata del oficio que envió San Martín al gobernador intendente de Córdoba, donde le explica precisa y literalmente, que dicha tropa ‘absolutamente está descalza’ y le pide la remisión de quinientos pares de zapatos. La

solicitud la hacía el Libertador, porque en Córdoba podía conseguirse esa partida por la mitad del precio que en Mendoza. Pero no vacilaba en detallar con minucia las características del calzado: 'su calidad ha de ser fuerte, de dos suelas, y el material de suela descarnada, altos de hebilla, y sobre todo grandes, exceptuando algunos pares como para tambores'. San Martín pedía a su colega de la ciudad mediterránea que adoptara las providencias del caso con la brevedad exigida por las circunstancias 'de unos valerosos soldados que acaban de llegar de una campaña dilatada'. Desde luego, San Martín aclaraba que el importe se librará a cargo de la Caja cuyana, 'que inmediatamente será satisfecho.'"

Quería botas grandes pues antes de iniciar el cruce de la cordillera las hará rellenar de cuanto trapo se encuentre para proteger del frío los pies de los soldados. ¿Se habrán acordado de estas preocupaciones sanmartinianas los que prepararon la toma de las Malvinas?

A mediados del año, la conscripción efectuada no le provee la cantidad de soldados que necesita, por lo cual el 14 de agosto del año 1815 exhorta a la población "a preferir la muerte antes que volver a la esclavitud" y ordena se efectúe un sorteo de los solteros de dieciséis a cincuenta años con pocas y raras excepciones y, si este recurso no diera la cantidad de soldados suficientes, entraban en la lista los casados sin hijos.

Es de destacar que no todo se obtiene por decreto. El patriotismo de los nobles cuyanos los lleva a efectuar desprendimientos de toda clase, que sería largo enumerar. Vaya solo un ejemplo: José Vicente Zapata oferta a San Martín el préstamo de dos mil pesos fuertes "sin otro interés que cuando el estado se halle en desahogo de la lucha que sostenemos me lo devuelva" al mismo tiempo que dona "en beneficio del estado, doce novillos gordos, doce mulas y doce caballos que por ahora tengo en mis pobrezas por hallarse fuera de esta mi tropa."

Gran cantidad de anécdotas han sido recopiladas por diversos autores, en las que resalta a veces el humor del que sabía hacer uso San Martín. A una señora acusada de haber hablado contra la patria, manda sobreseerla en su causa con la obligación de que entregase al proveedor diez docenas de zapallos para el ejército. Pero la mayoría de las veces predominaba la energía. A un oficial que requiere aumento de sueldo por no alcanzarle el que se le asigna para vivir, le comunica: "…extráñase el desahogo con que aspira… a gravar al estado… cuando todos los jefes y oficiales del ejército sufren iguales privaciones." A los curas: "…hagan ver en sus pláticas y sermones la justicia con que la América ha adoptado el sistema de la libertad", en la inteligencia de que tomaría providencias muy serias si no cumplían con tan sagrado deber. Releamos los argentinos de hoy —todos, civiles y militares— estos decretos con detención. Es de esperar nos hagan

reflexionar y sirvan de ejemplo para despertar la responsabilidad social en cada uno de nosotros.

Por otra parte, el Libertador estimula a los extranjeros neutrales a alistarse y los ciudadanos ingleses son los primeros en responder solicitando formar, a su propia costa, una compañía para defender los derechos del hombre, declarando no poder mirar con indiferencia los riesgos que amenazaban al país.

Al mismo tiempo se velaba por el progreso moral y material del pueblo. Así, por ejemplo, se aplica por primera vez la vacuna antivariólica, además de fomentar la instrucción pública. Se mejoran los canales de riego, estimulando la producción agrícola con la introducción de nuevas semillas y plantas, sin descuidar la industria minera y disponiendo el cateo y laboreo de algunas minas de cobre y plomo, además de la explotación intensiva de salitre, tan necesario, como he mencionado anteriormente.

El comercio que se realizaba con Chile había quedado paralizado, pero San Martín muy pronto lo reemplazó con las provincias vecinas y con Buenos Aires.

Por sobre todas las cosas había orden, austeridad y estricta economía en la utilización de los caudales públicos y él mismo era un ejemplo en su actividad diaria por la severa contracción a sus deberes oficiales, demostrando absoluta responsabilidad y voluntad inquebrantable. Vestía el uniforme de granaderos con botas de montar y el típico sombrero falucho de hule. Se levantaba a las cuatro, preparaba su propio café mientras limpiaba sus botas. A las cinco recibía a su secretario, con quien trabajaba toda la mañana, avaro en el tiempo, como comenta Mitre "pues contaba los minutos consultando siempre su cronómetro". Al mediodía almorzaba, casi siempre solo en la cocina, puchero o asado, algún dulce mendocino y dos copas de vino. En verano dormía la siesta unas dos horas, sobre un cuero tendido en el corredor de la casa.

En la tarde volvía al trabajo inspeccionando las reparticiones públicas, sin descuidar la instrucción militar. Por la noche recibía algunas visitas, a veces jugaba al ajedrez y a las diez en punto las despedía. La cena era frugal y a veces continuaba trabajando.

Por aquel entonces su salud empeora, reapareciendo los vómitos de sangre que lo mantienen postrado en cama por diecinueve días y, como lo atestigua el general Espejo, durante tres meses solo consigue dormir sentado sobre una silla. Es el mismo Espejo el que nos narra: "…su médico, el Dr. Zapata, lo cuidaba con incesante esmero induciéndolo no obstante, y por desgracia, a un uso desmedido del opio, a punto de que —convirtiéndose esa droga, a juicio del paciente, en una condición de su existencia— cerraba el oído a las instancias de sus amigos para que abandonase el narcótico…".

San Martín siguió usando opio en forma moderada, como lo señala por ejemplo Pueyrredón, quien refiere que al despertarlo por la mañana "…le daba la llave de una alacena para que le alcanzara un vasito que tenía una medicina preparada de antemano con un licor verdoso y grueso que tomaba de un sorbo." El profesor Christmann —a quien ya me he referido— deduce que para calmar el dolor provocado principalmente por la enfermedad ulcerógena de su estómago, el licor verdoso y denso era sin duda extracto de opio elixir paregórico. La necesidad del estupefaciente ha hecho que algunos hayan tratado de calificarlo como un opiómano empedernido cuando, en verdad, fuera de los episodios agudos, solo hizo uso moderado de él.

Señala Mitre que en aquella época, a los treinta y siete años de edad, físicamente parecía un viejo. Galván Moreno en su libro publicado en 1942 incluye los siguientes comentarios que, creo, siguen teniendo la misma actualidad: "Este endeble estado de salud, adquirido en las fatigas y contrastes de sus campañas, hacen más admirable la obra realizada. Era un enfermo, casi un valetudinario, y, sin embargo, trabajaba por diez y producía por cien. Magnífico ejemplo para las generaciones actuales, que se plantan ante cualquier obstáculo, esperando, en la inercia, la obsecuencia y el sensualismo, que el destino les solucione raquíticos problemas: huérfanas de ideales, paupérrimas de entusiasmos, incapaces de concebir las grandes empresas y menos hacer nada por ellas, aunque la salud y los medios rebasen sus posibilidades."

Por ese entonces desde Europa llegaban muy malas noticias. Con el apoyo de la Santa Alianza, Fernando VII se consolida y envía un número importante de contingentes militares al Nuevo Mundo, que irían abatiendo la revolución desde México a Colombia, reforzando también las fuerzas en Perú. El 29 de noviembre de 1815 Rondeau y el Ejército del Norte son vencidos totalmente en Sipe-Sipe por las fuerzas realistas al mando del general Pezuela, verdadero desastre que produjo gran desmoralización en todo el país, incluyendo el ejército de Cuyo. Por ello San Martín invitó a todos sus oficiales a un banquete donde se lo vio recuperado, franco y jovial. Al concluir se puso de pie y propuso un brindis general: "Por la primera bala que se dispare contra los opresores de Chile del otro lado de los Andes." Estas palabras fueron pronunciadas con tono vibrante que conmovieron a todos y como dice Mitre: "Desde aquel momento el Paso de los Andes y la Reconquista de Chile dejaron de ser una idea para transformarse en un hecho real."

Convendría resaltar que, además de todos los inconvenientes que debió sortear para llegar a formar el Ejército de los Andes (como la incomprensión, en especial de los hombres de Buenos Aires

enfrascados en sus luchas internas por defender sus privilegios, en particular la defensa del puerto único, con su aduana que les otorgaba incalculables beneficios), tuvo que seguir aguantando la maledicencia y los rumores insidiosos que lo acompañaban desde su regreso. Y Mendoza no podía ser la excepción. Así queda comprobado en dos cartas a Tomás Godoy Cruz, la primera del 29 de noviembre de 1815: "¡Ay, amigo! ¡Y cuánto cuesta a los hombres de bien la libertad de su país! Basta decir a Ud., que no en una carta, sino en tres o cuatro, se dicen lo siguiente: 'Uds. tienen en esa un jefe que no lo conocen: él es ambicioso, cruel, ladrón, y poco seguro de la causa, pues hay fundadas sospechas de que haya sido enviado por los españoles. La fuerza que con tanta rapidez está levantando no tiene otro objeto que oprimir a esa Provincia, para después hacerlo con las demás.' Ud. dirá que me habré incomodado. Sí, mi amigo, un poco. Pero, después que llamé la reflexión en mi ayuda, hice lo que Diógenes, zambullirme en una tinaja de filosofía, y decir: todo esto es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto…". La segunda carta del 24 de febrero de 1816: "…sus cartas me manifiestan el odio cordial con que me favorecen los diputados de Buenos Aires. La continuación hace maestros, así es que mi corazón se va encalleciendo a los tiros de la maledicencia. Y para ser insensible a ellos me he aferrado con aquella sabia máxima de Epicteto: 'Si l'on dit mal de toi et qu'il soit veritable, corrige-toi: si ce sont des mensonges, ris en'. 'Si hablan mal de ti y esto es verdad, corrígete. Si son mentiras, ríete'. En fin, mi amigo, nada siento los tiros disparados contra mí, sino que la continuación hace aburrir a los hombres más estoicos…".

Quizá sirvan también para demostrar que no era un militar común, pues a su formación específica se agregaban conocimientos filosóficos que provenían de sus lecturas, como ya veremos.

En Buenos Aires fluctuaban las opiniones sobre la forma de llevar adelante la revolución, en particular con la disgregación parcial de la logia desde la caída de Alvear que por otra parte había contribuido a su desprestigio. El principal confidente de San Martín seguía siendo Tomás Guido, a quien le expresaba sus dudas: "En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que los maturrangos nos manden, y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto, y, peor que esto, el que el honor nacional se pierda… Amigo mío: hasta ahora yo no he visto más que proyectos al pequeño…, pensemos en grande, y si la perdemos, que sea con honor."

Así llegamos a la proclamación de la Independencia, el 9 de julio de 1816 y a la elección de Pueyrredón como director supremo. Es bien conocida la directa e importante intervención de San Martín a través de los representantes de Cuyo y muy en especial la legendaria carta a

Tomás Godoy Cruz. Conviene aquí resaltar que el 9 de julio se proclama la Independencia de las Provincias Unidas de Sud América —es decir de toda la América hispana— y no solamente de las provincias del Río de la Plata, como lo han destacado Ricardo Rojas y Enrique de Gandía.

Es de real significación la entrevista con Pueyrredón en Córdoba el 20 y 21 de julio de 1816. En carta a Godoy Cruz San Martín da cuenta de su resultado: “En dos días con sus dos noches hemos transado todo. Ya no nos resta más que empezar a obrar. Al efecto, pasado mañana partimos cada uno a su destino con los mejores deseos de trabajar en la gran causa.” No podía ser de otra manera entre dos hermanos de la logia.

De regreso a Buenos Aires una de las primeras medidas de Pueyrredón es nombrar a San Martín general en jefe del Ejército de los Andes, desligándolo de la gobernación de Cuyo, para la cual es designado el general Toribio Luzuriaga. A propuesta de Pueyrredón, el 3 de octubre de 1816, el Congreso de Tucumán lo designa brigadier de Estado lo que significaba la Capitanía General con el tratamiento de Excelencia; el 17 del mismo mes se comunica lo dicho a San Martín, quien no acepta, como lo había hecho previamente por propuesta del Cabildo de Mendoza y como lo repetiría en noviembre de 1816, al enterarse —por el Censor de Buenos Aires— que el Cabildo de Mendoza, en absoluto secreto, había peticionado nuevamente al gobierno central el grado de brigadier general. El Libertador solicita se publique una nota que termina diciendo: “Estamos en revolución y a la distancia puede creerse, o hacerlo persuadir genios que no faltan, que son acaso sugestiones mías… Protesto a nombre de la Independencia de mi patria no admitir jamás más graduación de la que tengo, no obtener empleo público, y el militar que poseo, renunciarlo en el momento en que los americanos no tengan enemigos. No atribuya usted a virtud esta exposición y sí al deseo que me asiste de gozar de tranquilidad el resto de mis días.”

Desde entonces se dedica de lleno a lo estrictamente militar. La instrucción de las tropas se realiza en el campamento de El Plumerillo, a seis kilómetros de Mendoza. Allí reside San Martín no obstante ir una o dos veces por día a Mendoza a visitar la maestranza, el parque y las demás dependencias, controlando así el equipamiento del Ejército. Su caballo predilecto era un hermoso animal negro de trote largo. Juan Gregorio Lemos ejerce escrupulosamente la administración; el doctor Diego Paroissien, inglés naturalizado en el país, organiza el cuerpo médico y un antiguo revolucionario chileno, el doctor Vera y Pintado (quien con la supervisión de San Martín redactó un Código de Justicia Militar de cuarenta y un artículos sobre los deberes militares y penas para sus infractores) dirige rígidamente la justicia militar. Vale

recordar la introducción de dicho Código: “La Patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas, ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene. La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta, cuanto es creada para conservar el orden de los pueblos, afianzar el poder de las leyes y dar fuerza al Gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares. A proporción de los grandes fines a que son ellos destinados, se dictaron las penas para sus delitos; y para que ninguno alegue ignorancia, se manda notificar a los cuerpos (del ejército)…”.

Por ese entonces —12 de octubre de 1816—, se dirige al gobierno de Mendoza solicitando se le concedan cincuenta cuadras de tierra con la siguiente justificación: “Es muy natural al hombre prever la suerte que se propone pasar en la cansada época de su vejez. El estado de labrador es el que creo más análogo a mi genio, y como un recurso y asilo a las inquietudes y trabajos de una vida toda ocupada al servicio de las armas.

”Mi fortuna menguada no me ha proporcionado jamás un fondo rural con que contar para este estado…

”El corto número de cincuenta cuadras llena mi aspiración y deseos, mas no puedo contar con ellas si V.E. no me hace acreedor a que se me señalen por título de merced y gracia.

”…Es decir que las cincuenta cuadras que pido por merced sólo valen doscientos pesos. No los tengo, y en caso de tenerlos las compraría. La voluntaria cesión de la mitad de mis sueldos me ha reducido a pasar una vida frugal, y sin el menor ahorro para embolsar, ajustándome a una economía tan estrecha como la porción de sueldo con que contaba.”

Luzuriaga comunicó la solicitud al Cabildo de Mendoza que decidió acordárselas, agregando doscientas más para su hija Tomasa Mercedes, nacida el 23 de marzo de 1816, recalcando que “nada tenía de graciable” y que se sentían felices por “buscar el descanso de sus penosas y heroicas tareas en el cultivo de los campos” escogiendo a esta provincia y ser él uno más de sus vecinos. Luzuriaga le comunica que la concesión se hará en la *Villa Los Barriales* (después *Villa San Martín*). San Martín acepta con una condición: “La merced de doscientas cuadras en las tierras baldías de *Los Barriales*, que la generosidad de este gobierno se digna dispensar a mi hija doña Tomasa… la acepto desde luego con la expresión más viva de mi eterno reconocimiento. Pero a nombre de la donataria hago cesión de ellas en favor de los individuos de mi ejército que más se distinguiesen en la campaña que vamos a emprender…”.

Posteriormente en nota al señor gobernador de la Intendencia de

Cuyo y al Cabildo de la ciudad de Mendoza el 22 de agosto de 1817, expresa que dispone del tercio de los productos de la finca para lo siguiente: "…Las expresiones con que este ilustre cuerpo me favorece sólo son dignas de su generosidad.

"Obligados a hacer el bien de nuestro semejantes por la naturaleza y por la sociedad, yo nada he añadido a estos sentimientos sino la afección particular a ese virtuoso pueblo, y una justa correspondencia a la que ha manifestado hacia mi persona.

"Desde luego convengo en que la asignación del tercio de los productos de la finca que se me ha donado se aplique al colegio: pero con calidad que sea para la dotación de una cátedra de matemática y geografía…

"…Yo me lisonjearé que V.S. convencido de estos principios, lo esté igualmente de los vivos deseos que me asisten por la prosperidad de Mendoza, y que en su bella juventud forme las más fuertes columnas sostenedoras de la libertad y decoro nacional para que en el templo augusto de la Ley sea la Provincia de Cuyo uno de sus mejores ornamentos…".

Años más tarde, desde el cuartel general de Huaura el 2 de febrero de 1821 escribe a don Pedro Nuñez, encargado de cuidar su chacra *Los Barriales*, la carta siguiente: "Querido Pedrito: He recibido su apreciable del 7 de octubre, a la que tengo el gusto de contestarle. Mucho he sentido sus males, y es preciso que se cuide Ud. mucho: primero es la salud antes que todo. Veo lo que Ud. me dice en el triste estado en que se halla la villa y sus vecinos. Nada me importa el que nuestros potreros sean en donde todos concurren por su seguridad. Auxilie Ud. a los pobres con ellos y con granos y herramientas que pueda; no se le dé cuidado que, Dios mediante, en concluyendo la campaña, *Los Barriales* tiene que ser el paraíso de Mendoza y el auxilio de todos los infelices; no hay que desmayar que Dios todo lo tiene que componer: Vuelvo a Ud. a encargar el cuidado que debe tener con mi señora Da. Josefa Ruiz; no se olvide Ud. de enviarle algunas cositas de las que produzca la chacra, igualmente algunas carguitas de leña. Nada me ha dicho Ud. del caballo y de las yeguas; si han salido algunos potrillos buenos, regale el que le parezca a algunos amigos curiosos, pero con la condición que no los tienen que capar. Nuestra campaña es muy feliz. Dios mediante, muy en breve entraremos en Lima…".

En estas dos cartas quedan expresados nuevamente su devoción por la libertad directamente relacionada con la educación, y su profundo sentido de la solidaridad social, dirigida particularmente al "auxilio de los infelices". Debemos confesar que siglo y medio después nuestra sociedad, con muy pocas excepciones, carece precisamente de ciudadanos que comprendan que particularmente la solidaridad social

participativa es el basamento indispensable de un mundo más equitativo y más justo. Estoy convencido de que solamente lo lograremos a través de la educación, además de leyes adecuadas que eliminen nuestro atraso.

Para completar el Ejército de los Andes pide y exige por todas partes, y es tanto que Pueyrredón le contesta el 2 de noviembre de 1816:

"Van los despachos de los oficiales.

"Van todos los vestuarios pedidos… Si por casualidad faltasen de Córdoba en remitir las frazadas, toque usted el arbitrio de un donativo… de ese vecindario y el de San Juan, no hay casa que no pueda desprenderse sin perjuicio de una manta vieja, es menester pordiosear cuando no hay otro remedio.

"Van cuatrocientos recados.

"Van hoy por el correo, en un cajoncito, los dos únicos clarines que se han encontrado.

"En enero de este año se remitieron a usted 1.389 arrobas de charqui.

"Van los doscientos sables de repuesto que me pidió.

"Van doscientas tiendas de campaña o pabellones, y no hay más.

"Va el mundo.

"Va el demonio.

"Va la carne.

"Y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo a bien que en quebrando, cancelo cuentas con todos y me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando y ¡carajo! no me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la fortaleza."

No obstante, el 25 de noviembre le envía quinientos mil cartuchos y catorce mil pares de herradura para completar las dieciocho mil. Todos colaboran sin distinción; así, como símbolo del espíritu del pueblo cuyano, Pedro Sosa, tropero de carretas, se compromete a traer en cuarenta y cinco días una carga indispensable y urgente de fusiles. Pensar que tenía que recorrer aproximadamente trescientas leguas de ida y de vuelta al lento paso de los bueyes. ¡No solo cumple sino que se niega a recibir la paga de doble flete y premio especial ofrecido por el general!

Es bien conocida su famosa guerra de zapa, primero con Osorio y después con Marcó del Pont, y es necesario remarcar que para la misma lo ayuda la Logia Mendocina formada con los mismos principios de la Lautaro de Buenos Aires y a la cual pertenecieron muchos notables de Cuyo, los principales jefes del ejército y emigrados chilenos a las órdenes de O'Higgins, quienes, a su vez, formarían después la Logia de Santiago.

Es larga la lista de espías esparcidos a los dos lados de la cordillera: habría que destacar al doctor Manuel Rodríguez, Pedro Aldunate, Pedro de la Fuente y Juan Pablo Ramírez, que actuaron en Chile y en Cuyo, al respetable vecino de Mendoza, Pedro Vargas, que se convierte en godo acérrimo para actuar como espía.

Es digna de reproducir la descripción que hace Galván Moreno con tanto realismo: "El gobernador lo manda prender, lo carga de grillos, le impone exhaustivas multas. Cuando Vargas está en la cárcel, como es natural, su familia intercede por él. Hay llantos, lamentos, súplicas. El gobernador, invocando la humanidad, lo pone en libertad; pero lo destierra a San Juan por un tiempo. Más tarde le permite regresar a Mendoza. Entonces vuelve a ser preso, sigue el mismo proceso. Su destierro es San Luis. Durante esos confinamientos, a los que lleva la marca de los grillos y la fama de los castigos recibidos por su obsecuencia a la Corona, Vargas es agasajado por los residentes españoles partidarios del rey. Como mártir de la causa, merece toda confianza. En los círculos de esas intimidades se traman planes, se barajan esperanzas, se transmiten las noticias relacionadas con la causa. Todos los planes de los españoles monarquistas están al alcance de Vargas, quien tiene acordados con San Martín horas y lugares secretos de reunión. El general de los Andes maneja así todos los secretos del enemigo. Solo están en el eje de este plan San Martín y su ejecutor, con reserva tan absoluta, que la esposa de Vargas, perteneciente a una familia de grandes patriotas, hace pública su decisión de repudiar al esposo realista. Más aún, intenta divorciarse, separarse totalmente de él. San Martín maneja algunas influencias para avenir tan buena patriota con tan renegado esposo, barajando la posibilidad de que así pueda ser útil a la patria. Este buen argentino, cuyo heroísmo no cejó ni ante el desprecio de sus connacionales y sus familiares, ni ante el ultraje que implicaba el ser paseado a veces por la ciudad, cargado de grillos, rindió sus servicios a la causa de la libertad, sin cejar un instante en sus esfuerzos, sin una queja, sin una vacilación, guardando la más impenetrable reserva, hasta que, después de Chacabuco y Maipo, San Martín hizo conocer al Gobierno la verdadera situación de Vargas, pidiendo para él la recompensa que merecía su inigualable abnegación y estoicismo."

El Libertador necesita conocer en detalle los pasos de Uspallata y Los Patos, para lo cual selecciona a José Antonio Álvarez Condarco, ingeniero y ayudante de campo de fidelísima memoria, y lo envía a Chile con el pretexto de hacer conocer oficialmente a Marcó del Pont la declaración de la Independencia del Congreso de Tucumán. Al comunicarle la decisión le dice: "Mayor, voy a darle a Ud. una misión diplomática muy delicada… Es que me reconozca los caminos de Los Patos y Uspallata y que me levante dentro de su cabeza un plano de

los dos, sin hacer ningún apunte, pero sin olvidarse de una piedra. Lo despacharé por el camino de Los Patos, que es el más largo y el más lejano, y como es seguro que así que entregue Ud. el pliego que lleva lo despedirán con cajas destempladas por el camino más corto, que es el de Uspallata (si es que no lo ahorcan), dará Ud. la vuelta redonda y podrá, a su regreso, formarse un croquis sobre el papel. Vaya a prepararse y, sobre todo, ¡secreto!".

Marcó del Pont recibió el acta y mandó a su portador a casa del coronel Morgado. Una vez que intimaron, Álvarez Condarco se anotició de que muchos oficiales realistas tanto en España, como aquí en América, habían formado una asociación para luchar por el restablecimiento de la abolida constitución progresista de Cádiz. Militares españoles de alta reputación pertenecían a esta logia de Santiago e intercambiaron ideas con Álvarez Condarco, quien los interiorizó de las verdaderas razones de la causa americana. Marcó del Pont lo sometió a consejo de guerra, pero ya era tarde: sus componentes en alguna manera habían trabado cierto grado de amistad y fue absuelto. Marcó del Pont lo expulsó inmediatamente y San Martín obtuvo las noticias que anhelaba.

La simulación más conocida de esta guerra de zapa es el parlamento con los indios pehuenches, pidiéndoles permiso para pasar con su ejército por el sur de Mendoza. Pocos días después Marcó del Pont "conocía los planes de San Martín".

Preocupaba al Libertador qué alimento —además de vino, aguardiente, queso, ajo y cebolla— sería el más adecuado para las tropas durante el cruce de las montañas.

Se decidió por el "charquicán" preparado con carne salada secada al sol, que posteriormente se molía, agregándole un poco de ají. Así quedaba reducido su volumen, facilitando su transporte en la propia mochila del soldado. El agregado de harina de maíz y agua caliente en el momento de ser utilizado, resultaba en un alimento de muchas calorías con buen paladar. San Luis solamente proveyó tres mil quinientas arrobas de charqui.

Capítulo IV
EL CRUCE DE LOS ANDES

"Lo que no me deja dormir es no la oposición que puedan hacerme los enemigos, sino atravesar estos inmensos montes" (carta a Tomás Guido del 14 de junio de 1816). Cuando he transitado la cordillera deteniéndome en algunos lugares recorridos por San Martín y su ejército, o las veces que desde el avión pude observarla, cuando las nubes estuvieron ausentes, ha sido difícil imaginar que por aquellos años el Ejército Libertador lo hubiera ejecutado con tanta precisión ante la falta absoluta de caminos.

El cruce únicamente era posible por sendas tortuosas al borde de profundos precipicios que, al no existir cartas topográficas, eran conocidas solo por baqueanos, en especial después de dejar atrás la precordillera. San Martín elaboró el proyecto manteniendo profundo secreto. Se cuenta que uno de los hombres de más confianza le preguntó por qué paso se haría la invasión, recibiendo como respuesta: "Si mi almohada conociera ese secreto la mandaría quemar."

Cuando tuvo el proyecto definitivo reunió a los generales y jefes de cuerpo y les expuso, mapa por delante, el plan de operaciones reservándose las fechas y recordándoles las instrucciones de Pueyrredón: la campaña por iniciarse tenía como único objetivo la independencia de América de los reyes de España, evitando todo intento de saqueo, opresión o conquista y dejando bien en claro que no se conservaría la posesión del país auxiliado. El 15 de enero llamó a Las Heras y, bajo palabra de honor de guardar absoluto secreto, le comunicó la responsabilidad que tendría de iniciar la verdadera campaña el 18 de enero por Uspallata al frente de ochocientos hombres.

El cruce de los Andes ha sido analizado en detalle por Julio Olmos Zárate, en una publicación del Instituto Nacional Sanmartiniano de 1973. En realidad son seis rutas, dos al norte en dirección a Copiapó —la Serena y Coquimbo—, dos al centro —hacia el valle de Aconcagua y las cuestas de Chacabuco— y dos al sur con destino a San Gabriel, Curicó y Talca.

El movimiento de tropas comenzó en septiembre de 1816 al mando

del capitán de caballería don José León Lemos inicialmente con veinticinco blandengues reforzados en noviembre con treinta milicianos, con el objetivo de distraer al enemigo y hacer creer que por allí vendrían otras tropas. Trata de sorprender la guardia de San Gabriel, pero se lo impide un temporal por lo que, al llegar, aquellos habían huido y acamparon posteriormente en Los Pinquenes, reuniéndose finalmente a las tropas de San Martín.

El 9 de enero parte desde San Juan y a través del paso de Guana el teniente coronel Juan Manuel Cabot. En los primeros días de febrero controlaba toda la provincia de Coquimbo. Más o menos en la misma fecha el teniente coronel Francisco Zelada, que había partido originariamente de Tucumán, en compañía del capitán Nicolás Dávila, desde San Juan atraviesa la cordillera por el paso de Comecaballos, ocupando la ciudad de Copiapó el 12 de febrero.

El 14 de enero desde El Plumerillo el teniente coronel Ramón Freire con ochenta infantes y veinticinco granaderos, cruza la cordillera por el paso del Planchón el 1.º de febrero. Las arbitrariedades de los realistas en el sur de Chile, provocaron un gran recibimiento con la adhesión de los patriotas chilenos que aumentan sus efectivos significativamente. Ocupa la ciudad de Talca sin luchar, pues había sido evacuada previamente. La expedición de Freire provocó gran pánico entre los realistas puesto que se creyó que por allí venía realmente todo el ejército. Para fomentar esa creencia, los soldados vestían los uniformes de todos los cuerpos que integraban1as fuerzas libertadoras. Además, falsos agentes habían diseminado el mismo secreto y es por ello que Marcó del Pont envía mil hombres al sur que no llegan a participar de la batalla de Chacabuco.

El coronel Juan Gregorio de Las Heras parte de El Plumerillo el 18 de enero de 1817 con el batallón número 11, con treinta y cinco jefes y oficiales, seiscientos ochenta y tres soldados y treinta granaderos, seguido al día siguiente por el capitán fray Luis Beltrán (había sido ascendido) al frente del parque y la maestranza siguiendo la ruta del paso de Uspallata. En Picheuta un destacamento realista, muy superior en número, sorprende la pequeña avanzada patriota —un cabo, cinco soldados y ocho milicianos— en la madrugada, por lo cual deben rendirse. Al conocer los hechos, Las Heras dispone que parte de la tropa salga inmediatamente en persecución del enemigo trabándose en lucha en Potrerillos y derrotando a los realistas que abandonaron el campo de batalla.

El 1.º de febrero se reanuda la marcha alcanzándose las cumbres (3.400 metros) en la madrugada del 2. Parte del ejército cruzó por el paso Bermejo y la otra por el de Iglesias.

Había comunicación a través de baqueanos con el resto de las tropas que avanzaban por Los Patos, y así el 3 de febrero Las Heras

recibe órdenes de regular su marcha y demorarse dos días para llegar a destino al mismo tiempo. Sobreviene el combate de Guardia Vieja donde el sargento mayor Martínez, al frente de ciento ochenta hombres, derrota a unos cien realistas que ocupaban el caserío. El 6 se reanuda la marcha y en tres jornadas llegan a Santa Rosa de los Andes. La reunión del ejército en el valle de Aconcagua era un hecho, ya que las columnas que avanzaban por Los Patos hacen su entrada en San Felipe el mismo día.

Es de destacar la tarea del capitán Beltrán y sus hombres, quienes deben realizar prodigios. Las piezas de artillería habían sido envueltas en gruesas capas de lana y forradas con pieles frescas de vaca, para evitar su deterioro en las posibles caídas. Zorras angostas e implementos mecánicos adaptados por Beltrán facilitaban la travesía. Barreteros y camineros a veces debían abrir pasos vírgenes bordeando los precipicios o ensanchando los preexistentes. A menudo tenían que levantar a pulso las zorras o sostenerlas por medio de cuerdas en las laderas. Con constancia, abnegación, inteligencia y patriotismo hicieron posible la travesía sin perder un solo cañón o fondo de municiones.

Entre el 19 y el 25 de enero el grueso del ejército al mando de San Martín, Soler y O'Higgins, parte a través del paso de Los Patos debiendo sobrepasar alturas de cinco mil metros. Lo realizaron en forma escalonada dividiendo las tropas adecuadamente. San Martín parte el 25, después de despedirse de las autoridades y de su esposa, montado en mula sillera, protegido por una chaqueta guarnecida con pieles de nutria y un capotón de campaña con vivos encarnados y botonadura dorada. Llevaba cubierta su cabeza con el famoso sombrero falucho forrado de hule, como lo describe Mitre.

Seguir la marcha del grueso del ejército se hace difícil pues la documentación es incompleta. El día 3 Soler alcanza los Pinquenes y, por orden de San Martín, destaca al mayor Arcos para que avance y se fortifique en las gargantas de Las Achupallas en precaución de que los realistas, a raíz del combate de Los Potrerillos, puedan obstaculizar la unión de las dos columnas principales.

Teniendo noticias del avance de Arcos, los realistas se emboscaron en el valle de Chalaco, un poco al norte de Achupallas, donde se produce el combate destacándose el teniente Juan Lavalle. Los realistas huyen siendo perseguidos alrededor de dos leguas. El valle de Putaendo quedaba así en poder de los patriotas. El jefe de las fuerzas realistas, coronel Atero, que defendía el valle del Aconcagua, es vencido en Las Coimas por Necochea. Después de esta acción el cuartel general se encuentra desde el 9 de febrero en la Villa de los Andes, en el valle de Aconcagua, próximo a Chacabuco.

He descripto con cierto detalle el cruce de los Andes para que se

comprendan las grandes dificultades que debieron sortearse y se entienda por qué Mitre dice al respecto: “Es una combinación estratégica, un compuesto de atrevimiento, de observación y de cálculo, que en su conjunto asombra y analizando se adivina y se impone por lo concreto de su concepción y la exactitud de su ejecución.”

El recuento final es elocuente del esfuerzo realizado. Si bien perecieron muy pocos hombres por la puna, el intenso frío y los accidentes ocurridos (no hay cifras exactas), de diez mil seiscientas mulas sólo restaban cuatro mil trescientas; de mil seiscientos caballos, a pesar de haber sido herrados con doble clavazón solamente quinientos quince llegaron, de los cuales doscientos estaban en perfectas condiciones.

Se lo ha comparado con las campañas de Aníbal o Napoleón: craso error, pues la primera fue realizada por venganza y codicia y la segunda por ambición, mientras que en el paso de los Andes San Martín y sus tropas tenían como meta la independencia de América y la defensa de la libertad. Por otra parte, si lo analizamos desde el ángulo puramente militar, el paso de los Andes por San Martín y sus tropas no puede parangonarse con el cruce de los Alpes por Napoleón, como lo demuestra claramente el coronel Leopoldo R. Ornstein en 1960 en la revista del Círculo Militar, número 656, de donde he tomado el siguiente cuadro, que es de por sí claro y definitorio de la tarea sobrehumana que debieron realizar las tropas del Ejército Libertador:

Factores comparativos	*Napoleón*	*San Martín*
Frente de la zona de operaciones	160 km	800 km
Ancho de zona montañosa	100 km	350 km
Alturas máximas flanqueadas	2.500 m	5.000 m
Recorridos	Máx.: 280 km Mín.: 135 km	Máx.: 750 km Mín.: 380 km
Rodados	Franqueó con todos sus vehículos y artillería (incluida la pesada)	Franqueó sin poder llevar ningún rodado.
Recursos en la zona	Existían varios centros poblados y valles con producciones diversas.	Total ausencia de poblaciones. Valles áridos sin producto alguno.

Quizá solamente se lo pueda comparar al cruce de los Andes ecuatorianos por Bolívar, dos años después, que tuvo como resultado la batalla de Boyacá.

El 8 de febrero, San Martín necesitaba conocer noticias detalladas de la situación del enemigo. A tal fin envió al campesino chileno Justo Stay —o Estay (figura de las dos maneras en los libros consultados)—, baqueano de su entera confianza, quien durante la preparación del ejército había cruzado varias veces la cordillera llevando órdenes de San Martín a sus agentes en Chile. El día 11 regresa Stay con transcripción de las órdenes secretas de Marcó del Pont copiadas en su propia secretaría por los espías. Además, disfrazado de roto, había

contado uno por uno los soldados enemigos cuando cruzaban el río Mapocho y los elementos bélicos de que disponían.

En posesión de estos datos, y en especial anoticiado de que iban llegando tropas desde el sur, San Martín convocó a Junta de Generales informándoles que había cambiado su idea primitiva de dar batalla el día 14, adelantándola dos días. En la noche del 11, llegando a Manantiales, separó sus fuerzas en dos divisiones: una bajo las órdenes de Soler con instrucciones de atacar por el oeste y otra al mando de O'Higgins, que atacaría por el este, debiendo ambas dar asalto en forma conjunta. El general chileno no resistió el deseo de avanzar y ordenó el ataque antes de tiempo, siendo rechazado. Mediante el envío de Álvarez Condarco, San Martín insta a Soler, desde lo alto de la cuesta, a que apresure su avance. Aunque O'Higgins nuevamente se había adelantado, con la llegada de Soler el combate se torna favorable para los patriotas. En ese momento, San Martín a la cabeza de los granaderos, lanzándose a la carga contra el ala derecha de la posición enemiga, decide definitivamente el éxito de la batalla a la una de la tarde.

Marcó del Pont abandonó Santiago el mismo día 12 a la noche. Huyó hacia Valparaíso pero fue alcanzado en la noche del 15, tomado prisionero por una partida de granaderos y enviado posteriormente a San Luis. Sin embargo, es de destacar que se produce aquí el primer error militar al no organizarse la inmediata y enérgica persecución del resto de las tropas realistas que se dirigían hacia el sur. Si bien hay que aceptar el desgaste producido por el cruce de los Andes, se contaba con suficientes pertrechos y hombres para terminar prontamente con la guerra en Chile, previéndose lo que costarían después Cancha Rayada y Maipo.

San Martín entra en Santiago por una calle apartada eludiendo los homenajes. Renuncia dos veces al gobierno, no obstante el voto unánime del Cabildo. Finalmente O'Higgins es designado director supremo. Se debe insistir en la austeridad con que desempeñaban sus tareas aquellos patriotas. Valgan como ejemplos: San Martín llega a Santiago con lo puesto y solo gasta ciento seis pesos y siete reales en componer su capotón de campaña, forrar su chaqueta agregándole cinco cueros de nutria, remendar las botas y componer su famoso sombrero falucho. El único lujo fue renovar las cintas de su reloj y en eso gastó cuatro reales.

Su secretario José Ignacio Zenteno, a quien San Martín conoció en Mendoza entre los emigrados chilenos en absoluta pobreza, cuando se ocupaba de techar el rancho donde vivía, andaba en zapatos rotos, por lo cual le manda comprar un par de botas. Su escribiente Uriarte estaba casi desnudo y ordena entregarle veinticinco pesos para vestirse.

Por ese entonces, el gobierno de Buenos Aires decreta una pensión vitalicia de seiscientos pesos anuales para su hija y expide a San Martín los despachos de brigadier general que una vez más rechaza, contestando: “Me considero sobradamente recompensado con haber merecido la aprobación por el servicio que he hecho. Es el único premio capaz de satisfacer el corazón de un hombre que no aspira a otra cosa. Antes de ahora tengo empeñada solemnemente mi palabra de no admitir grado ni empleo alguno militar ni político. Por lo mismo espero que V.E. no comprometerá mi honor para con los pueblos, y que no atribuirá a mi amor propio; cierto de que, en el empleo a que me ha elevado, sacrificaré gustoso mi existencia en obsequio de la patria.”

Ante esa respuesta, el gobierno insiste devolviendo el despacho que San Martín rehusaba aclarando: “Jamás podrá dejar comprometido el honor acrisolado de V.E. a cuyo mérito y apreciables virtudes debe considerarse desproporcionada aquella distinción.” Al recibir esta comunicación San Martín envía al Congreso de las Provincias Unidas su rechazo definitivo en estos términos: “Comprometida solemnemente mi palabra de no admitir empleos públicos ni de mayor graduación que el que tengo… he reclamado y devuelto el despacho con que se me distinguía y me favorecía pero se ha negado absolutamente a mi súplica… por eso es que recurro a Vuestra Soberanía para que se sirva mandar no tenga efecto dicha gracia, en la inteligencia de que Vuestra Soberanía ni mi modo de pensar no permitirá exista en sus ejércitos un oficial que no sabe cumplir lo que promete.”

Solo espero que las decenas y decenas de militares que al término de su carrera y después del retiro han recibido como tributo o recompensa empleos públicos —de preferencia alguna embajada— o, lo que es peor, pasaron a ocupar posiciones prominentes en empresas comerciales nacionales o extranjeras, al solo efecto de “facilitar” las gestiones coyunturales de las mismas, mediten en el silencio de la noche este sustancial mensaje sanmartiniano. A los jóvenes oficiales solo quisiera decirles que deben incorporarlo como norma definitiva, que está dentro de lo lógico y razonable “no atribuyéndose por ello ninguna virtud” para “gozar de tranquilidad el resto de sus días.”

Después de enviar a Las Heras al sur, donde se mantiene parte del poderío español, decide viajar a Buenos Aires en compañía de su edecán O’Brien y Stay, y deja constituida junto a O’Higgins la logia. Al pasar nuevamente por Chacabuco se detiene por un instante frente al montículo donde habían sido enterrados los negros y les rinde tributo diciendo: “Pobres negros, llevaron la peor parte.”

Capítulo V
SAN MARTÍN Y LA CULTURA

En viaje a Mendoza, San Martín recibe la noticia de que el Cabildo de Santiago ha decretado entregarle diez mil pesos para gastos de viaje, dinero que rechaza en nota fechada en Mendoza el 17 de marzo agregando: "Y para que no se malogren del todo sus deseos permítame que destine últimamente ese fondo a un establecimiento que haga honor a ese benemérito reino: la creación de una biblioteca nacional perpetuará para siempre la memoria de la municipalidad: la ilustración y fomento de las letras es la llave maestra que abre las puertas de la abundancia y hace felices a los pueblos; ese que ha sido la cuna de las ciencias ha sufrido el ominoso destino que le decretaron los tiranos para tener en cadenas los brillantes ingenios de ese país; yo deseo que todos se ilustren en los sagrados libros que forman la escuela de los hombres libres."

Detengámonos aquí para analizar sumariamente la relación entre San Martín y la cultura.

En su tiempo existía la idea generalizada —en aquellos que no lo conocían de cerca— de que San Martín carecía de instrucción, basándose fundamentalmente en los errores de ortografía tan comunes en sus cartas y documentos y en su falta de preparación en su niñez y juventud, más aún si recordamos que comienza su vida militar a edad muy temprana. Las faltas de ortografía eran muy comunes en su época —¡lo siguen siendo hoy!— y además San Martín le atribuía más importancia al contenido, al concepto que quería expresar, que al estilo y la ortografía. Sin embargo, así como lo señala el capitán de fragata Teodoro Caillet-Bois en publicación del Instituto Nacional Sanmartiniano: "Cuando quiere cuidar el estilo sabe hacerlo; su proclama de despedida a los peruanos… es de insuperable belleza."

Su formación es la típica de un autodidacta, obtenida a través de la lectura, llegando a coleccionar más de setecientos volúmenes, la mayoría de los cuales trae desde Europa y lo acompañan permanentemente hasta llegar a Lima (su "librería" como él decía, según Otero). Debemos recordar, además, que habla muy bien el francés y bastante bien el inglés y el italiano.

Antes de realizar el cruce de los Andes, procedió personalmente a

hacer el inventario de sus libros con el título *Cuaderno que consta a la razón de los libros que se hallan encajonados en Mendoza pertenecientes al señor don José de San Martín.* Fueron once cajones y la nómina completa puede encontrarse en el trabajo de José Pacífico Otero, en la ya citada publicación del Instituto Nacional Sanmartiniano. Se reproducen a continuación algunos de ellos:

El diccionario de Rosier: en 16 tomos.
Cultura de las Viñas: 2 tomos.
Beaux-Arts: 4 tomos.
Architecture: 3 tomos.
Matemática: 4 tomos.
Calendrier du jardinier: 1 tomo.
Tratado de Legislación Civil y Penal: 3 tomos.
Comedias de Calderón de la Barca.
Relation de la dernière campagne de Bonaparte.
Revolución Francesa: 3 tomos.
Introducción al estudio de las Bellas Artes.
Émile ou de l'Education, por J.J.Rousseau: 4 tomos.
Encyclopédies: 10 tomos.
Rosier: curso completo de agricultura: 12 tomos.
Obras de Montesquieu: 12 tomos.
Journal des observations physiques: 2 tomos.
Maniobras navales: 2 tomos.
Dictionnaire d'architecture civile et hydraulique.
Dictionnaire de musique.
Táctica naval.
Compendio de la Navegación.
Histoire de Marie-Antoinette: 4 tomos.
Revolución de Francia: 4 tomos.
Histoire des philosophes modernes: 7 tomos.
Romans de Voltaire: 2 tomos.
Contes de Voltaire.
Poèmes de Voltaire.
Épîtres de Voltaire.
Ilíada de Homero: 3 tomos.
Les principes de la philosophie.
Herrera: De Agricultura.
Elementos de mineralogía.
El tomo 2, de las Lettres de Cicerón.
El tomo 2, de las Aventuras de Telémaco.
Espectáculo de la naturaleza: 4 tomos.

Los libros de historia son los más numerosos, doscientos cincuenta

volúmenes, y las obras militares son sesenta y tres; los demás comprenden cartas náuticas, de viaje, oficios prácticos en especial los referentes a la agricultura, enciclopedias, derecho, matemática, bellas artes y literatura, de donde se destacan los filósofos griegos y los autores franceses, siendo Montesquieu su preferido.

A fines de 1816 solicita a Pueyrredón el envío de una imprenta a lo que el director supremo accede, llegando esta a Mendoza en diciembre del mismo año pero sin los impresores que debían manejarla, por lo cual no puede ser llevada a Chile y fue así como el gobernador Luzuriaga pudo dar a conocer el triunfo de Chacabuco en el primer impreso que circuló en Mendoza. Posteriormente la traslada a Santiago, donde se comienza a editar la *Gaceta de Santiago de Chile* y al decidirse el repaso de los Andes vuelve a Mendoza, aunque incompleta, comenzando a funcionar solo en 1820, como propiedad de la provincia en forma continua, quedando al cuidado de Juan Escalante.

El 23 de octubre de 1818, San Martín crea la Biblioteca de Mendoza mediante testamento que redacta antes de partir para la campaña final hacia Lima. En esta ciudad crea la tercera biblioteca por decreto del 28 de agosto de 1821, donando su "librería" privada e inaugurándola el 17 de septiembre de 1822 en acto solemne donde expresó: "Señores: La Biblioteca es destinada a la ilustración universal, más poderosa que nuestros ejércitos para sostener la independencia. Los cuerpos literarios deben fomentar aquella, concurriendo sus individuos a la lectura de los libros, para estimular a lo general del pueblo a gustar las delicias del estudio. Yo espero que así sucederá; y que este establecimiento, fruto de los desvelos del gobierno, será frecuentado por los amantes de las letras y de su patria." Por desgracia la Biblioteca de Lima se incendió en 1943 salvándose solo siete libros de la colección de San Martín.

Pero entonces no termina su relación con la cultura. Por decreto del 23 de febrero de 1822 establece escuelas gratuitas de primeras letras en los conventos religiosos y el 6 de julio del mismo año resuelve la creación de una escuela normal de maestros, las reformas de los métodos de enseñanza primaria y el establecimiento de una escuela normal de niñas "que el gobierno español ha mirado siempre con una maligna intolerancia."

En la ancianidad don José gustaba de prolongadas y variadas lecturas (impedidas en parte por las cataratas de las que fue operado en 1846, a los sesenta y nueve años de edad), como también de largas conversaciones con amigos de inquietudes similares. Así lo recuerda Félix Frías respecto a Alfredo Gerard, bibliotecario de Boulogne-sur-Mer, con quien San Martín tenía fuertes vínculos y que posteriormente acompañara sus restos mortales y redactara la primera noticia

necrológica sobre el Libertador.

Esos libros de su última estadía en Francia fueron donados por Mariano Balcarce a la Biblioteca de Buenos Aires el 7 de marzo de 1856. En la nota que acompaña la entrega de los ciento nueve volúmenes, con todo acierto manifiesta: “Creo llenar los deseos e intenciones de mi señor padre quien siempre fue amigo de las letras y el progreso.” Es de destacar que incluía, entre otras, obras de Plutarco y Diderot.

Sus ideas sobre la importancia de la educación están claramente expuestas en la circular dirigida a los preceptores de las escuelas públicas, siendo gobernador de Cuyo desde el campamento de El Plumerillo el 17 de octubre de 1815:

“La educación formó el espíritu de los hombres. La naturaleza misma, el genio, la índole, ceden a la acción fuerte de este admirable resorte de la sociedad. A ello han debido siempre las naciones las varias alternativas de su política. La libertad, ídolo de los pueblos libres, es aún despreciada por los siervos, porque no la conocen. Nosotros palpamos con dolor esta verdad. La Independencia Americana habría sido obra de momentos si la educación española no hubiera enervado en la mayor parte nuestro genio. Pero aún hay tiempo. Los pobladores del nuevo mundo son susceptibles de las mejores luces. El destino de preceptor de primeras letras que V. ocupa le obliga íntimamente a suministrar estas ideas a sus alumnos. Recuerde V. que esos tiernos renuevos dirigidos por manos maestras formarán algún día una nación culta, libre y gloriosa.

”El Gobierno le imprime el mayor esmero y vigilancia en inspirarles el patriotismo y virtudes cívicas, haciéndoles entender en lo posible que ya no pertenecen al suelo de una colonia miserable, sino a un Pueblo libre y virtuoso.

”A cuyo fin y para excitar este espíritu en los niños, como en el común de las gentes, cumplirá V. exactamente desde la semana actual la superior orden relativa a que todos los jueves se presenten las escuelas en la Plaza Mayor a entonar la Canción Nacional.”

Estos clarísimos conceptos siguen teniendo hoy, a ciento setenta y un años, la misma trascendencia si pensamos en la vergonzosa cantidad de niños analfabetos y semianalfabetos que deambulan por nuestra patria, debido a la alta deserción escolar existente en nuestro país.

Capítulo VI
DESPUÉS DE CHACABUCO

Después de cruzar la cordillera, procura evitar toda recepción; cambia la hora de llegada a Mendoza el 17 de marzo y entra por otra calle. Permanece allí un solo día y continúa viaje a Buenos Aires, adonde arriba a principios de abril. Una vez más elude las manifestaciones populares al entrar en la ciudad de madrugada, sin poder impedir que comenzaran en forma incontenible al día siguiente.

Su viaje tenía como propósito el convenir con Pueyrredón y los demás amigos de la logia las medidas conducentes a proseguir la empresa hacia Lima. San Martín había salido de Santiago portando cien mil pesos y recibió después otras dos remesas de cien mil cada una. Con Pueyrredón decide enviar a Estados Unidos de América a Manuel H. Aguirre, con un poder otorgado por O'Higgins para adquirir o hacer construir dos fragatas y contratar la tripulación correspondiente. Sus gestiones fueron por demás difíciles y sufrió hasta encarcelamiento a pedido del cónsul español en Nueva York.

Se convino también el envío a Inglaterra de otro agente con el mismo fin. Para esta misión fue seleccionado José Antonio Álvarez Condarco, quien se encontraba por ese entonces en Chile. Es precisamente este colaborador quien contrata a lord Cochrane en mayo de 1817 para trasladarse a ese país y asumir el mando de la escuadra.

Aparte de esta misión pública, Álvarez Condarco estaba encargado, en forma reservada, de colocar en Londres a nombre de San Martín y O'Higgins una suma de dinero de la cual no se ha conocido la cantidad exacta (para algunos veinticinco mil, para otros cien mil). "Los documentos que con este punto se relacionan, escritos en cifra —escribe Mitre—, han permanecido secretos durante más de sesenta años. Solo tres personas los han conocido, de las cuales dos han muerto, siendo el último el autor de esta historia, que los descifró personalmente… la historia en presencia de los documentos que la forman, no debe a los grandes hombres, por lo mismo que son grandes, sino la verdad, para que se presenten a la posteridad tales como fueron, dejando a ella pronunciar el fallo definitivo. Pero antes de ser conocido el hecho y pronunciado el fallo, el destino se encargó

de verificar el balance final haciendo desaparecer los fondos en cuestión sin que San Martín los utilizase en ningún tiempo.” Cuando San Martín llegó a Londres comenzando su ostracismo, ¡se encontró con que Álvarez Condarco había perdido ese dinero en el juego!

Galván Moreno, al transcribir las razones dadas por el ilustre historiador, sostiene que no justificarían la falta si ella existió. Recurriendo a los archivos de San Martín, dice: “Pero no está probado que esa suma no perteneciera a San Martín o que este la hubiera obtenido por medios en pugna con su honestidad. Lo que él dejó de percibir por renuncia a sus sueldos en Mendoza y por no aceptar las donaciones que se le hicieron, superan fácilmente esa cantidad.” Creo sinceramente que San Martín dio pruebas claras de su honradez a lo largo de su vida. Este episodio ha sido utilizado para dudar de su integridad ética por los eternos mediocres de turno que pululan en la historia de todos los tiempos. Su corta mirada solo les sirve para enturbiar sus propios sentimientos.

Después de adquirir tres mil fusiles y otros armamentos, San Martín inicia su regreso el 20 de abril de 1817 acompañado por el teniente coronel Tomás Guido, quien iba a desempeñar el cargo de representante del gobierno de Buenos Aires y que tuvo destacada gestión al uniformar las relaciones de los dos estados con Europa. Menos afortunadas resultaron sus tareas en el orden político interno acusado de exagerado “argentinismo”.

San Martín llegó a Santiago el 11 de mayo no pudiendo esa vez evitar las manifestaciones populares, pues se lo esperaba desde hacía tres días en las afueras de la ciudad. Al llegar al Palacio de los Obispos, su residencia, se encontró con una rica vajilla de plata, obsequio del gobierno. En su carta a O’Higgins le expresa: “A mi regreso de Buenos Aires encontré que la generosidad del Gobierno de Ud. había puesto a mi disposición una vajilla completa de plata: no estamos en tiempo de tanto lujo: el Estado se halla en necesidad y es necesario que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto doy orden para que se ponga a disposición de V.E. dicha vajilla, como asimismo el sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que por el que he tomado daré a V.E. una noticia reservada de su distribución…”. Y termina diciendo: “Admita V.E. esta pequeña obligación como hija de los sentimientos que me animan por el bien, prosperidad e independencia del estado de Chile, suplicando muy encarecidamente tenga a bien reservarla al público.”

Por fin el Cabildo, insistiendo en testimoniar su gratitud, consiguió que San Martín aceptara escriturar a su nombre la chacra que había pertenecido al prófugo español Beltrán, pero el Libertador estableció como condición la de destinar “…la tercera parte de sus productos para el fomento del Hospital de Mujeres y dotación de un vacunador

que, recorriendo la provincia, la libre de los estragos de la viruela.”

Mientras tanto la campaña del sur, primero a cargo de Las Heras y después del propio O’Higgins (quien delega el mando en el coronel argentino Hilarión de la Quintana), fracasa después de intentar la toma de Talcahuano el 6 de diciembre de 1817, debiendo regresar a Santiago. El año ’17, iniciado con la victoria de Chacabuco, terminaba con un contraste que alentaba a los realistas.

San Martín seguía viviendo en medio de una sencillez espartana semejante a la de Mendoza. Se levantaba a la madrugada, trabajaba primero con su secretario, aproximadamente a las diez recibía al jefe de estado mayor y poco más tarde atendía a las audiencias públicas y ayudaba a todos por igual, ricos o pobres, civiles o militares e inclusive a los soldados. Trataba, personalmente, de dar solución a los diversos problemas con amplia cordialidad.

Seguía comiendo solo y en la cocina, quizá para no exponer su estómago a aquellos manjares que pudieran perjudicarlo. Después de una breve siesta, seguía trabajando. Algunas tardes recibía a ciertas visitas o salía a dar un paseo en un alazán tostado o en un zaino oscuro, que por aquel entonces eran sus caballos predilectos. Asistía, de cuando en cuando, a algunas reuniones sociales, donde la juventud chilena y la argentina confraternizaban haciendo gala de buen humor, del que sabía usar con discreción pero con bastante picardía y del que no excluía a las damas.

No obstante, la intensa tarea y las innumerables preocupaciones deterioran una vez más su salud. Su organismo estaba tan debilitado que, al creer cercana su muerte, presenta su renuncia el 7 de julio: “El beneficio de mi patria —dice en ella— será el último deseo que me acompañe al sepulcro: por esta razón debo prevenir que el estado de mi salud me tiene expuesto a una próxima muerte, y que en este caso podrían resultar males incalculables a la causa si no se previene con anticipación nombrando al que debe sustituirme.” Por ese entonces, recrudecen los vómitos de sangre que el doctor Zapata confirma en carta a Guido el 16 del mismo mes, notificándole sus temores por la vida del Libertador. El gobierno acepta su renuncia y el 28 de agosto designa interinamente al general Antonio González Balcarce y le aconseja: “…cuide muy especialmente el estado de salud.” Esta vez la enfermedad de San Martín provoca real alarma, como se puede comprobar a través de las cartas de Belgrano del 26 de septiembre y de Pueyrredón del 22 de octubre.

Una vez más sorprende a todos. Después de un corto descanso se recupera y, pensando en Lima, comienza su tarea de infiltración psicológica —semejante a la guerra de zapa— antes de cruzar los Andes.

Es necesario entender que el Virreinato del Perú comprendía un

vasto territorio, típico imperio colonial, que tenía a la opulenta Lima por capital, defendida por la fortaleza de El Callao y con una población de un millón y medio de habitantes de diversas razas, sin cohesión entre sí. Existía antagonismo entre el norte y el sur, entre la costa y las sierras y entre la raza blanca que, como en la generalidad de América, se hallaba dividida entre europeos y americanos.

Al célebre movimiento insurreccional de Túpac Amaru de 1780 sucedieron otras intentonas revolucionarias, entre las que podemos destacar la de principios de siglo en Cuzco, encabezada por José G. Aguilar y por el doctor Manuel Ubalde, ambos ahorcados; la de 1809 encabezada por Antonio M. Pardo y Mateo Silva, condenados a dura cárcel; la de 1811 en Tacna, por Francisco A. Zela, que murió en prisión; la de 1813 en Huánuco con el fusilamiento de todos sus jefes; y la más importante, la de 1814 en el Cuzco, que ha quedado en la historia como la “Rebelión de Pumacahua”. Este movimiento fue encabezado por los hermanos José Vicente y Mariano Angulo, quienes depusieron a las autoridades y constituyeron una junta de gobierno en torno al brigadier indígena Mateo Pumacahua. A pesar de reunir a más de veinte mil hombres, fueron derrotados por los realistas en marzo de 1815 y ejecutados todos los jefes.

Los patriotas se reunían secretamente, descollando entre ellos José de la Riva Agüero quien escribe un libro: *Manifestación histórica y política de la revolución de América y más específicamente de la parte que corresponde al Perú y al Río de la Plata*, que es publicado en Buenos Aires y fue de gran utilidad en la guerra de zapa que San Martín realizó en Perú.

Ya para los años 1816 y 1817 existía una verdadera logia en Lima que, el 6 de noviembre de 1817 —como refiere Petriella—, envía a uno de sus miembros —Franklin— para entrevistar a San Martín, con una carta firmada por Caupolicán que contenía una amplia exposición, principalmente del estado político y militar de los países del continente. Además, contando con cierta libertad de prensa declarada por las nuevas corrientes de España —que se instaura en Perú en 1811 —, aparece lo que podríamos calificar como el primer periódico independiente con el título de *El Peruano*, y lo hace también en el año ’12 *El Satélite del Peruano*, en cuyo primer número el limeño José Baquijano y Carrillo se atrevió a escribir: “Por patria entendemos la vasta extensión de ambas Américas. Cuantos habitan el Nuevo Mundo somos hermanos, somos una misma familia, tenemos los mismos intereses. Unámonos con lazos indisolubles y seremos invencibles y dignos de componer una nación. No debemos tener por hermanos a los que se oponen a la felicidad de la América y desean que se continúe el antiguo gobierno colonial y el cetro de hierro que ha regido por tres siglos España y las Indias.” Todo este principio de

prensa libertaria termina en 1814 con el restablecimiento del absolutismo en España.

De todas maneras, como ha quedado demostrado, existía en el Virreinato del Perú un alto grado de disconformidad que sería muy bien aprovechado por el Libertador desde que desembarca en tierras peruanas.

El primer acto de infiltración lo planifica San Martín con la ayuda de su amigo el marino inglés William Bowles quien, habiendo sido destinado a la estación naval de Sud América para "proteger al comercio inglés", conoció al Libertador poco antes de que partiera para hacerse cargo del Ejército del Norte. Desde entonces, mantuvieron una estrecha amistad, analizada en profundidad por Piccirilli en su documentado libro; allí se puede encontrar la lista de otras nueve importantes figuras inglesas, que estuvieron relacionadas con el Libertador a lo largo de su vida. Como verdaderos amigos se encontraban lord Macduff, William P. Robertson, James Paroissien, John O'Brien, William Miller, Samuel Haigh, John Miers, Basil Hall y Robert Proctor, además del comodoro Bowles. No faltó, como aclara Piccirilli: "…quien no lo quisiera, como lord Cochrane; quien antes de conocerle le tuviera aversión, como Mary Graham; quien lo difamara, como William B. Stevenson…". Bowles había sido enviado en 1813 al Río de la Plata y en 1817 su gobierno le encomienda la misma tarea en el Pacífico.

A fines de octubre, San Martín decide efectuar un canje de prisioneros y le escribe al virrey Pezuela el 30 de dicho mes de la siguiente manera: "En esa se hallan algunos confinados por la divergencia de opiniones, si V.E. tiene a bien regresen al seno de sus afligidas familias, estoy pronto a remitir a V.E. los que se hallan en Chile y las Provincias Unidas en igual caso, o a las personas que V.E. me indique. Estoy seguro que la filantropía de V.E. suavizará en cuanto esté a sus alcances los horrores de la actual guerra, yo ofrezco a V.E. hacerlo así, y ambos tendremos el placer de hacer algún bien a nuestros semejantes. Nuestras afecciones particulares nada tienen que ver con nuestra representación pública, y ya que el destino fatal nos hace enemigos sin conocernos, lo seré sólo en la batalla pero no en los sentimientos de afecto y consideración…".

En realidad esto no es más que un pretexto, pues envía la carta con el sargento mayor de su ejército, Domingo Torres, quien no despertaría sospechas por su baja graduación pero que, dotado de altas cualidades personales, estaba encargado en verdad de comenzar los contactos con los patriotas limeños. Es precisamente Bowles, quien al mando de la fragata inglesa *Amphion*, parte de Valparaíso el 1.º de noviembre transportando a Torres. Ni tonto ni perezoso Pezuela, que estaba preparando nuevas tropas para la reconquista de Chile —como

lo deja narrado en sus crónicas—, manifiesta a Bowles: "…y que la Nación inglesa ha protegido desde el principio a los insurgentes de esta América con armas, municiones y buques, me puso en la necesidad de contestarle, a presencia de Vacaro que o bajase a tierra inmediatamente dicho parlamentario bajo la protección de la nobleza de los Generales españoles, para tratar conmigo desde territorio español y no desde el extranjero (como debía considerarse su buque) y se allanase a permanecer en el puerto del Callao hasta quince días después de la salida de la citada expedición contra Chile, o que de lo contrario saliese a la mar en el término de veinticuatro horas…".

Y así ocurrió. Aceptada la propuesta, Osorio abandonó El Callao hasta Chile el 9 de diciembre de 1817 y Bowles zarpó diez días después pero sin dejar de cumplir su misión.

El virrey no dejó de recibir cortésmente a Torres, pero lo envió a la fortaleza bajo vigilancia para impedir cualquier contacto. Sin embargo, los patriotas limeños lograron burlar las dificultades, en especial a través de la señora Brígida Silva, quien tenía un hijo que trabajaba en la fortaleza. Así, Torres pudo mantener un activo intercambio de ideas principalmente con López Aldana, Riva Agüero y Quirós, quienes le suministraron datos valiosos que pudo llevar a San Martín.

Marino de vasta experiencia, Bowles, a pesar de zarpar de Lima en la fecha convenida, arribó a Valparaíso ¡un día antes de que lo hiciera la flota española de cuatro fragatas que se presentó para bloquear el puerto! La misión estaba cumplida y Torres dio cuenta en detalle a San Martín de lo acontecido.

Capítulo VII
CANCHA RAYADA Y MAIPO

Casi al mismo tiempo del regreso de Torres, Osorio llegaba al sur de Chile con tres mil cuatrocientos hombres para unirse a Ordóñez, quien ya contaba con otros mil setecientos bien adiestrados. Por disposición del virrey todas las fuerzas quedaban al mando de Osorio, el mismo que había vencido la revolución chilena de 1814.

En un principio, pareció que Osorio cumpliría las indicaciones de Pezuela de ocupar primero la ciudad de Concepción, dejar una guarnición en Talcahuano, desplazarse por el mar hacia el norte, desembarcar en las inmediaciones de Valparaíso y de allí marchar a Santiago. A fines de febrero y a pocos días de haberse declarado oficialmente la Independencia de Chile —12 de febrero de 1818, primer aniversario de la batalla de Chacabuco—, de acuerdo con los informes recibidos, San Martín se convence de que los realistas habían abandonado el plan inicial y avanzaban con todos sus efectivos por tierra desde el sur. El 4 de marzo Osorio atraviesa el río Maule y va al encuentro de las tropas patriotas, que avanzaban desde el norte. San Martín había expresado a sus colaboradores más cercanos: "El enemigo marcha con aceleración pero yo voy a ahorrarle la mitad de la distancia."

En las proximidades de Talca, en el paraje conocido como Cancha Rayada —una planicie cortada por aberturas o zanjas naturales—, los dos ejércitos estaban separados solamente por poco más de media legua el día 19 de marzo. La superioridad del Ejército Unido era manifiesta. Contaba con siete mil seiscientos hombres y treinta y tres piezas de artillería, mientras que los realistas disponían de cuatro mil seiscientos hombres y sólo catorce piezas de artillería.

Osorio estaba temeroso sabiendo que a sus espaldas tenía el río Maule, que hacía muy difícil la retirada. Analizada la situación, reúne a los oficiales y prevalece el plan de Ordóñez de atacar esa misma noche por sorpresa. Un espía de San Martín le informa que todos los realistas habían aceptado dicha resolución, quizá guiados por la desesperación, y ordena un cambio inmediato de las posiciones. Se entra entonces en un terreno lleno de suposiciones: o le dan la orden de cambiar posiciones a un oficial (Barros Arana culpa al sargento

mayor de ingenieros Antonio Arcos) que, en connivencia con los españoles, no la cumple correctamente creando una inmensa confusión en el movimiento de las tropas, o San Martín, por el exceso de confianza frente a tan visible superioridad, deja formadas sus líneas a la vista del enemigo. Lo concreto es que los realistas atacan aproximadamente a las ocho de la noche cuando solamente la primera división, al mando del coronel Hilarión de la Quintana, había alcanzado a tomar su nueva posición, aunque perdido contacto con su jefe que había regresado al estado mayor para recibir órdenes.

La confusión es total y se produce el desbande de las fuerzas patriotas. Sólo reinan el caos y el desorden: San Martín ve morir a su lado al ayudante Juan José Larrain, chileno. O'Higgins recibe una herida en el codo. Hay un momento en que las mismas columnas realistas se tirotean entre sí. No obstante, San Martín alcanza a dar órdenes convenientes para salvar todo lo que se pueda y, cruzando el Lircay, se dirige a Santiago.

Cabe a Las Heras, que se hace cargo de la jefatura de la primera división, organizar dentro de lo posible la retirada alrededor de la medianoche. Y, sin ninguna duda, Las Heras estuvo a la altura de las circunstancias y se transforma en el salvador del Ejército Unido. Manda formar una sólida columna, a la que se van agregando los demás con orden de pena de muerte al que se separe diez pasos. Así lo describe Sarmiento: "Tres mil quinientos bravos seguían sus órdenes que no sus pasos, porque él marchaba el último de todos. ¡Desgraciado el soldado que se separase un paso de la columna cerrada en que se retiran formados! ¡Desdichado de aquel que se detenga a aplacar la sed que el cansancio y el polvo estimulan!". A la madrugada ya había recorrido veintiséis kilómetros. Desde entonces en adelante solo hubo períodos de descanso de una hora con disciplina inflexible. De esta manera, Las Heras se reúne con San Martín y O'Higgins en San Fernando y comienza la reorganización del ejército. Es allí donde San Martín escribe el parte de la derrota, y comunica que ya cuenta con cerca de cuatro mil hombres y se lamenta por la pérdida de la artillería de los Andes (veintiséis cañones, el parque y las municiones), pero aclara que todavía conserva la de Chile.

La noticia del desastre de Cancha Rayada llegó a Santiago el 21 de marzo y, como es lógico, produjo gran pavor en la población. Muchos solo pensaban en huir. Así lo describe Samuel Haigh: "Las calles se llenaron de mulas de carga y vehículos que sacaban de la ciudad a los emigrantes con sus esposas y familias. El número de los que se dirigieron a Mendoza fue muy grande y personas que ocupaban altas posiciones en el gobierno fueron las primeras en partir." Entre ellas, Bernardo de Monteagudo, temeroso de la venganza de Osorio. Antonio Arcos se trasladó prontamente a Valparaíso para buscar algún buque

extranjero donde embarcarse.

La noticia llega también sin demora a Buenos Aires y el director Pueyrredón le escribe a San Martín: “Nada de lo sucedido en la poco afortunada noche del 19 vale un bledo, si apretamos los puños para reparar los quebrantos. Nunca es el hombre público digno de admiración y respeto, que cuando sabe hacerse superior a la desgracia, conservar su serenidad y sacar todo el partido que quede al arbitrio de su inteligencia. Una dispersión es un suceso muy común y la que hemos padecido cerca de Talca será reparada en muy poco tiempo.” Y así ocurriría.

Cuando eran muchos, entre ellos el general Brayer, los que aumentaban la confusión asegurando que el ejército patriota estaba deshecho y que era imposible reorganizarlo, aparece un chileno, el doctor Manuel Rodríguez, quien había ayudado a San Martín en la guerra de zapa y carga sobre sí la tarea de levantar los ánimos e infundir coraje a sus conciudadanos. Montado a caballo recorría las calles de Santiago y arengaba a las multitudes con verbo inflamado. El público comienza a seguirlo y reclama se reúna el Cabildo. Allí Rodríguez pronuncia enérgico discurso y dice: “Es preciso, chilenos, resignarnos a perecer en nuestra propia patria.” Fue el hombre que las circunstancias requerían en momentos tan difíciles. Lástima grande que acontecimientos posteriores —muy poco claros— terminaron trágicamente con la vida de este patriota.

San Martín entra en Santiago en la tarde del día 25 —O’Higgins había llegado un día antes— cubierto de polvo, sin haberse quitado las ropas ni siquiera las botas durante varios días, pero, como lo describe S. Haigh en su libro, a pesar del cansancio no había perdido el ánimo.

Después de conferenciar con O’Higgins y al cruzar la plaza entre los vítores de la muchedumbre, este, que lo acompañaba, le pidió que hablara. San Martín, pronunció entonces lo que, según Mitre, sería el primero y último discurso de su vida, y recibió grandes aclamaciones: “¡Chilenos! Uno de aquellos acasos que no es dado al hombre evitar hizo sufrir a nuestro ejército un contraste. Es natural que este golpe inesperado y la incertidumbre os hicieran vacilar; pero ya es tiempo de volver sobre vosotros mismos y observar que el ejército de la Patria se sostiene con gloria al frente del enemigo; que vuestros compañeros de armas se reúnen apresuradamente y que son inagotables los recursos del patriotismo. Los tiranos no han avanzado un punto de sus atrincheramientos. Yo dejo en marcha una fuerza de más de 4000 hombres sin contar las milicias. La Patria existe y triunfará y yo empeño mi palabra de honor de dar en breve un día de gloria a la América del Sur.”

Ese mismo día, llama a junta de guerra donde escucha callado diversidad de opiniones, en ocasiones bastante encontradas. En un

momento dado, manda a llamar al capitán Beltrán y le pregunta: “¿Cómo estamos de municiones?”. El fraile levanta la mano y dice: “Hasta el techo.” La verdad era que no había ni diez mil cartuchos de fusil en los depósitos y San Martín lo sabía, pero necesitaba que renaciera el optimismo. Ante la respuesta, San Martín resuelve que debía esperarse al enemigo y dar batalla, lo cual fue aceptado por todos.

Así se estableció el campamento en los llanos de Maipo, a dos leguas de Santiago. Beltrán trabaja sin descanso, ayudado por obreros, mujeres y hasta niños; repite y quizá supera lo hecho en Mendoza. Rehace el parque hasta fundiendo cañones. Según Espejo, ¡se llegaron a fabricar cincuenta mil cartuchos diarios!

El 28 llega Las Heras al campamento. Se lo recibe como a un héroe, y en verdad lo era, con salva de veintiún cañonazos y las campanas de los templos a vuelo. Su uniforme estaba hecho jirones. San Martín ordena se le entregue la mejor casaca de su propio guardarropa y ¡la mejor casaca del Libertador estaba remendada! En los primeros días de abril, se habían reunido cinco mil quinientos hombres, veintiuna piezas de artillería y equipo para entrar en batalla.

El ejército realista, que permanece en Talca contra la oposición de Ordóñez hasta el 24 de marzo, comienza su avance el 25, el 28 llega a San Fernando y el 30 se produce el primer encontronazo entre las tropas de avanzada: doscientos hombres y sesenta granaderos, mandados por el capitán Cajaraville, a pesar de la inferioridad numérica, desbaratan a los españoles, quienes dejan treinta muertos, entre ellos un jefe, cuyo uniforme fue enviado al grueso del ejército patriota, donde produjo gran efecto moral.

En su avance, el día 4, el ejército realista estaba en la hacienda *Lo Espejo,* frente al ejército patriota que ocupaba una meseta con el nombre de Cerrillos, en su parte oriental y de Loma Blanca en su parte occidental.

Son de destacar las instrucciones reservadas impartidas por San Martín a los jefes de cuerpo: “Los jefes perorarán con denuedo a la tropa antes de entrar en batalla, imponiendo pena de la vida al que se separe de su fila, sea al avanzar, sea al retirarse.

”Se dirá a los soldados de un modo claro y terminante… que si algún cuerpo se retira, es porque el General en Jefe lo ha mandado así por astucia.

”Si algún cuerpo de infantería o caballería fuere cargado con arma blanca, no será esperado a pie firme, sino que le saldrá cincuenta pasos al encuentro con bayoneta calada o con sable.

”Los heridos que no puedan andar con sus pies no serán salvados mientras dure la batalla…

”Cuando se levanten, en donde se halle el General, tres banderas a

un mismo tiempo… gritarán todas las tropas: Viva la Patria, y en seguida cada cuerpo cargará el arma al enemigo que tenga al frente.

”Se perseguirá con calor, y luego que esté rota la línea enemiga, y al toque de llamada, todos estarán en línea. Los señores Jefes del Estado deben estar persuadidos de que esta batalla va a decidir la suerte de toda la América y que es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos…”.

Concluye recomendando: “…a los jefes de caballería llevar a su retaguardia un pelotón de veinticinco a treinta hombres para sablear a los soldados que vuelvan cara, así como para perseguir al enemigo mientras se reúne el resto del escuadrón.”

Estas instrucciones, indican a las claras no solo que se iba a jugar el destino de esta parte de América sino que el jefe de las tropas patriotas, el general San Martín, estaba en el cenit de su vida militar.

Al entrar la noche del 4, y a pesar del intenso tiroteo de las vanguardias, San Martín durmió envuelto en su capote militar en un molino situado a la orilla del camino. Al amanecer del 5 con poncho y sombrero de campesino, acompañado de sus ayudantes, se adelanta al galope a un punto de observación para examinar por sí mismo los movimientos del enemigo y cuando los ve exclama: “Qué brutos son estos godos, Osorio es más torpe de lo que yo esperaba”, y dirigiéndose a sus acompañantes agrega: “El triunfo de este día es nuestro. El sol por testigo.” Y era cierto pues como relata Haigh: “…ni una sola nube obscurecía el brillante y eterno azul del firmamento; los pájaros cantaban y los azahares esparcían un perfume delicioso, en la brisa había esa balsámica suavidad del aire tan propio del clima.” Sarmiento recuerda que estábamos en otoño: “El otoño esmaltaba la vegetación con sus lánguidos matices, anunciando la decadencia periódica de la naturaleza y entregando una a una las hojas de que se visten los árboles, al despotismo del invierno, que no gusta de la risueña alegría de las otras estaciones.”

Unas horas más y el esplendor de la naturaleza se vería conmovido por el fragor de una batalla que alteraría su encanto, solo que esta vez lo sería en nombre de la libertad.

No todos sentían la misma responsabilidad: por ejemplo, el general Brayer a las diez y media de la mañana, cuando San Martín de a caballo tomaba las últimas disposiciones, se presenta y solicita permiso para retirarse a los Baños de La Colina por razones de salud: “—Con la misma licencia que el señor General se retiró del campo de batalla de Talca puede hacerlo a los Baños —repuso fríamente San Martín, aludiendo a la conducta del francés en Cancha Rayada—, pero —agregó— como en el término de media hora vamos a decidir la suerte de Chile, y La Colina está a trece leguas y el enemigo a la vista, puede V.S. quedarse si sus males se lo permiten.”

Brayer insistió aduciendo el malestar de su pierna herida a lo que San Martín respondió: "'Señor General, el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que V.S.' Después, dio vuelta a su caballo y ordenó a Balcarce que hiciese saber al ejército que el general de veinte años de combates quedaba suspenso de su empleo por indigno de ocuparlo": así lo relata Mitre. Samuel Haigh, que fue testigo de la batalla, dice que San Martín respondió con una expresión más breve pero más demostrativa: "Señor General ¡es usted un carajo!".

Por la tarde, después de seis horas de lucha aguerrida —mil quinientos muertos realistas y ochocientos criollos—, la victoria patriota era completa. El primer parte de la batalla, escrito entre el tendal de muertos y heridos, fue breve: "Acabamos de ganar completamente la acción. Nuestra caballería los persigue hasta concluirlos. La Patria es libre." Samuel Haigh fue el portador de este mensaje a Santiago. Recordemos que entre las tropas realistas estaba el batallón de Burgos, invicto en decenas de combates.

Es por demás conocida la escena que reproduce la llegada de O'Higgins, con su brazo en cabestrillo, y el abrazo histórico de los dos héroes. Pero quedaron por ahí cientos de soldados, suboficiales y oficiales de menor jerarquía que ofrendaron sus vidas o resultaron heridos, maltrechos o inválidos y que no figurarán jamás en las páginas de la historia. Recordemos, por lo menos a uno de ellos, al sargento Vasconcelos que, herido gravemente en la boca, recibe orden de retirarse al hospital. Venda como puede con un pañuelo su herida, lo que no impide la pérdida abundante de sangre. Es atacado por cinco españoles también heridos, Vasconcelos se defiende con entereza y valentía, elimina a cuatro y estaba a punto de ser vencido por el quinto cuando aparece una partida de milicianos que lo salva.

Recordemos también que, después de Maipo, el general José Antonio Balcarce asistió al tedeum de gracia con una camisa que le prestó un amigo, como relata Mitre, y expresa: "…grandes tiempos aquellos en que los generales gloriosos no tenían ni camisa para ponerse."

Como trofeos de la batalla, se encontraban casi todos los elementos con que contaban los realistas, además de dos mil cuatrocientos sesenta y tres prisioneros entre los que se hallaba Ordóñez, el oficial más capacitado que tenía el ejército español. El coronel Manuel Escalada fue elegido para llevar el parte a Buenos Aires y tardó solamente once días. Se dice que Pueyrredón lo leyó con los ojos llenos de lágrimas.

La persecución fue encomendada al coronel Zapiola pero, una vez más, como después de Chacabuco, se demoró y seiscientos españoles alcanzaron a llegar a las fortificaciones de Talcahuano.

El gobierno de Buenos Aires, por decreto que le fue comunicado el

20 de abril, reiteró el nombramiento de brigadier general diciendo: “Es llegado el caso de que se preste a aceptar esta condecoración seguro de que en ello nada menos se interesa que el decoro del gobierno y el honor y dignidad de la nación.” San Martín, firme en sus convicciones, lo rechaza con términos parecidos a lo expresado después de Chacabuco.

Capítulo VIII
LAS RENUNCIAS. EL REPASO DE LOS ANDES. LA DESOBEDIENCIA

Dos hechos, que por razones de este trabajo no vamos a analizar en profundidad, venían a ensombrecer el triunfo de Maipo y a desprestigiar directamente a O'Higgins e indirectamente a San Martín.

El primero de ellos es el fusilamiento en Mendoza de los hermanos Juan José y Luis Carrera que se hallaban presos por distintas causas. Con la noticia del desastre de Cancha Rayada y en medio de la zozobra que había provocado, Luis Carrera confiesa, después de haber sido denunciado por uno de sus cómplices, que estaba preparando una revolución para derrocar al gobernador Luzuriaga en Mendoza y luego dirigirse al sur de Chile.

El gobernador, asesorado por tres abogados, entre ellos Monteagudo, que había huido después de Cancha Rayada, firma el fallo condenatorio y los Carrera son ajusticiados el 8 de abril a las cinco de la tarde. Solo un rato después el coronel Manuel Escalada llegaba con la noticia del triunfo de Maipo que, quizá, de haber arribado antes, hubiera evitado esas muertes estériles, a pesar de que O'Higgins en carta a San Martín expresaba, el 9 de septiembre de 1817: "…los Carrera siempre han sido lo mismo y solo variarán con la muerte; mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones… Un ejemplar castigo y pronto es el único remedio que puede cortar tan grave mal. Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran…". Hay pruebas fehacientes de que San Martín se oponía a la ejecución; sin embargo, en especial para los opositores de O'Higgins, esto era solo una infame comedia.

La muerte de los Carrera precipitaría la de don Manuel Rodríguez, quien pregonaba contra el supuesto despotismo de O'Higgins y la influencia argentina, solicitando se convocara a un Cabildo abierto y a la reunión de un Congreso Nacional para circunscribir los poderes del director supremo. Rodríguez, como siempre, agitaba a los ciudadanos, por lo que es puesto preso por los edecanes de O'Higgins y asesinado poco después por el teniente Manuel Navarro, por orden de Rudecindo Alvarado, durante el viaje a Quillota, donde iba a ser juzgado. Todo esto ocurría mientras San Martín estaba en Buenos Aires.

Estos dos sucesos han sido motivo de relatos e interpretaciones diferentes pero no cabe duda de que, si bien O'Higgins es el responsable directo, no actuó por simple venganza sino más que todo por estar convencido de tener que asegurar la existencia del estado chileno, sin descontar la intervención e influencia de la logia. A mi entender, son representativos de los tantos hechos que han quedado registrados en la historia de América latina, como consecuencia de la intolerancia e incomprensión en los repetidos períodos de convulsiones que la caracterizan.

Volvamos a San Martín. Viaja de Chile a Buenos Aires el 12 de abril y en El Salto, a diez kilómetros de Santiago, toma asiento a la sombra de un árbol solitario y hace encender una hoguera, quema la correspondencia secreta del general Osorio que él mismo había abandonado en su huida y que O'Brien, ayudante del Libertador que lo acompaña en este viaje, había recogido. Se trataba de una numerosa colección de cartas que el jefe español fue recibiendo, en particular después de la derrota de Cancha Rayada y que comprometía a muchos habitantes de Santiago, algunos de ellos de significativa figuración, quienes, frente al desastre, de pronto se habían convertido en obsecuentes realistas. San Martín solicitó a O'Brien que guardase absoluto secreto de lo que había visto o podido leer. El General de los Andes demostraba así su comprensión de los hechos ocurridos y su tolerancia para con la debilidad de muchos de los que se hacían pasar por verdaderos patriotas.

Al llegar a Mendoza cientos de personas se arremolinaron a su alrededor y le expresaron su profundo agradecimiento hasta que, finalmente, fue tomado en brazos desde su caballo y transportado en andas a la casa de su amigo don Manuel Molina.

Permaneció en Mendoza solamente tres días y apuró la marcha hasta llegar a Buenos Aires el 11 de mayo a las seis de la mañana, una vez más sin avisar la hora de su arribo y, como lo describe Piñeiro: "… sin duda dirigiendo melancólicas miradas al arco de triunfo que se había levantado en la calle de las Torres hasta la Plaza de la Victoria." Sin embargo, en los días subsiguientes no pudo eludir los homenajes, entre ellos la sesión especial del Congreso el 17 de mayo en presencia del director Pueyrredón y de una inmensa muchedumbre que lo aclamaba. San Martín, puesto de pie, agradeció enfatizando que la victoria se debió a todos sus compañeros de armas y renovó su juramento de salvar a la Patria o de morir en la demanda.

Pero el Libertador no había venido en busca de homenajes. Su idea central en esos momentos era la de obtener apoyo económico para la formación de la escuadra que lo llevaría a Lima. El mes de junio fue dedicado a discutir este proyecto con sus amigos de la logia y en los primeros días de julio se reunió con Pueyrredón en su quinta de San

Isidro, junto a los ministros de estado y los miembros más representativos de la Logia Lautaro. Si bien se reconoció lo difícil de la tarea, se concertó por unanimidad que se acordarían al ejército de los Andes quinientos mil pesos por obtener a través de un empréstito.

Satisfechos sus deseos, San Martín emprende el regreso a Mendoza acompañado por su esposa y a los pocos días, el 22 de agosto, recibe un oficio del director supremo donde le anuncia la imposibilidad de conseguir el dinero y le dice que quizá, con mucho esfuerzo, se podría juntar la tercera parte. El 25 de agosto, Pueyrredón confirma lo expresado en la carta anterior: "…no hay remedio, amigo, no se sacan de aquí los quinientos mil pesos aunque llene las cárceles de capitalistas." Reconfirmando el 2 de septiembre: "…¡Ah mi amigo! ¡en cuántas amarguras nos hemos metido con el maldito empréstito!… Estoy ahogado, estoy desesperado. Ayer he dicho que se me proporcionen arbitrios, o que se me admita mi dimisión de este lugar de disgustos y amarguras…".

Frente a esta realidad, el 4 de septiembre de 1818 San Martín renuncia al mando del Ejército Unido: "Resuelto a hacer el sacrificio de mi vida, marchaba a volverme a encargar del Ejército Unido, no obstante que el facultativo don Guillermo Colisberry, que también me asistió de mi enfermedad en el Tucumán, me asegura que mi existencia no alcanzará a seis meses; sin embargo todo lo arrostraba en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando… Mis débiles servicios estarán en todo tiempo prontos para la patria en cualquier peligro que se halle… Ruego a V.E. tenga la bondad de admitir en beneficio del Estado los sueldos que me corresponden por mi grado, pues teniendo con qué subsistir cómodamente, me son innecesarios."

Es fácil comprender que la renuncia de San Martín estremeció a los gobiernos de Chile y Buenos Aires, a sus amigos directos y a los miembros de la Logia Lautaro, pero si se recuerdan los enormes sacrificios realizados por el pueblo de Cuyo, no era tanto lo que se exigía a la república. San Martín no había comprendido todavía, y no sé si lo comprendió después, que la política de Buenos Aires restaba, en vez de sumar fuerzas a la revolución. Por mantener sus privilegios, en particular los económicos, se desentendía del resto mientras se profundizaban las disensiones internas. De cualquier manera, había conseguido producir una conmoción total. Bastaría recordar:

a) El 15 de septiembre Guido le escribía: "…y ha sido una puñalada para mí la noticia de su renuncia."

b) El 20, O'Higgins le expresaba: "Compañero y amigo amado, semejante a un flechazo me ha sido su apreciable del 6 del presente

que contesto… cualquiera sea la causa que haya motivado la resolución de V. y esté a los alcances de su compañero y este Estado el remediar, yo le aseguro su allanamiento.”

c) El coronel Manuel G. Pinto, en nombre de la logia, en carta reservada del 22 de septiembre le recuerda: “…en fin si V. desea la felicidad de su país, es llegado el caso de que obre a su consecución bajo el último sacrificio indicado porque así lo exige el imperio de la razón, NUESTROS COMPROMISOS y el objeto a que están consagrados sus verdaderos AMIGOS.”

d) Manuel Belgrano, desde Tucumán, en carta fechada el 26 de septiembre dice: “Desengáñese V., se hará un mal al país si se le admite su solicitud de relevo… si mi voto vale de algo, si mi amistad merece lugar en la voluntad de V., le conjuro a V. por ella y por la patria misma que se traslade a Chile.”

La reacción buscada por San Martín con su renuncia le fue comunicada por el ministro de guerra de Buenos Aires, don Matías Irigoyen, el 16 de septiembre: “…se han dictado providencias muy eficaces, cuyo feliz resultado se presiente, y en este concepto me ordena el Sr. Director diga a V.S. que desde luego puede ir librando contra esta Tesorería General las cantidades que indispensablemente considere necesarias hasta el lleno de la suma convenida sin perjuicio de que se tendrá especial cuidado de hacer, sin las dichas libranzas, las remesas que permita la oportunidad, a entregarse a la orden de V.E.”

Y en carta confidencial Pueyrredón agregaba: “…Encontré el remedio en mi misma desesperación, y hoy puedo asegurar a V. que se hará efectivo el empréstito. Por lo demás, dejémonos ahora de renuncias, que si fue disculpable la de V. por las circunstancias, no lo es ya: y porque también juro a V. por mi vida, que si llegase V. a obstinarse en pedirla, en el acto haré yo lo mismo. Hemos de salir con honra del empeño ayudándonos recíprocamente. Aliento, pues, mi amigo: cuente V. con todos los recursos que pueden proporcionársele aquí.”

La ocasión de librar contra la tesorería se le presentó bien pronto, pues a través del correo de Chile acababan de llegar a Mendoza caudales de particulares destinados a Buenos Aires y equivalentes a casi doscientos mil pesos. San Martín se apoderó de los mismos y entregó en cambio letras de crédito contra el gobierno de Pueyrredón, que debió pagarlas sorprendido y con cierto desagrado. Así San Martín podía recomenzar su empresa.

Mientras tanto, en Chile comienza la formación de la escuadra que obtiene su primer barco, el bergantín español *Águila*, a través de una estratagema. Después de Chacabuco, se ordenó que en el puerto de

Valparaíso se mantuviera izada la bandera española. La tripulación del *Águila*, al creer que el puerto estaba en manos de los realistas, entró y fue apresada. Su primera acción fue rescatar a los cautivos chilenos en la isla de Juan Fernández, entre los cuales se encontraba Blanco Encalada, que sería después el primer jefe de la escuadra chilena.

Poco a poco, se incorporaron nuevos barcos que fueron rebautizados con nombres americanos: *Lautaro, Chacabuco, Araucano, San Martín, Maipo, Garbarino.* En su primera acción capturaron en Talcahuano la fragata española *María Isabel* (rebautizada *O'Higgins*) tras difícil batalla y, poco después, en la isla Santa María, transportes españoles con ochocientos hombres. En noviembre de 1818 regresaba a Valparaíso la escuadra chilena, que había cosechado las primeras glorias marinas.

Casi al mismo tiempo, el 18 de febrero de 1818, se produce el arribo de Thomas A. Cochrane quien había aceptado la proposición de Álvarez Condarco y cumpliría después una tarea signada por su extraordinaria valentía pero, ensombrecida por su soberbia y apetitos materiales desmesurados. Blanco Encalada le cede el mando y queda como segundo comandante.

Con la llegada de Cochrane, la flota chilena tomará parte en una serie de acciones navales de trascendencia, entre ellas el bloqueo de El Callao. El 5 de febrero de 1820, después de cruenta lucha y de ocupar los fuertes que la protegían, se apoderan de Valdivia. Desde ese momento, el Pacífico quedaba dominado por los patriotas y San Martín tenía asegurado el camino hacia Lima por las aguas.

Volvemos a San Martín. Regresa a Santiago cuando las nieves se lo permiten y entra de incógnito el 29 de octubre de 1818, para dedicarse de lleno a planificar la expedición a Lima. Faltaba terminar con los españoles que quedaban en el sur. Durante la ausencia de San Martín, la tarea había sido encomendada al coronel Zapiola pero, más tarde y frente al desarrollo de los acontecimientos, fue necesario organizar un ejército de ocho mil cuatrocientos hombres al mando del general Balcarce.

Al regresar San Martín a Chile, como siempre con el deseo de evitar inútiles derramamientos de sangre, propone al coronel Sánchez —jefe español de reconocida capacidad— dar término a la lucha en condiciones honrosas, oferta que Sánchez no acepta. La guerra recomenzó con energía y concluyó con la derrota de las últimas tropas realistas en Chile, como lo reafirma el parte enviado por San Martín a Buenos Aires: "…creo no engañarme, asegurando a V.E. que ha concluido para siempre el poder español en estas partes…". *La Gaceta* de Buenos Aires destacaba el mérito importante de Balcarce.

Comienza entonces un período que Mitre ha documentado cuidadosamente como el REPASO DE LOS ANDES, planificado con

esmero por la astucia de San Martín, en quien sigue firme la idea fundamental de la expedición a Lima como etapa culminante de la independencia americana.

Frente a la tranquilidad que le daba el dominio de los mares, se produce en Santiago un período de quietud que va a ocasionar desinteligencias entre San Martín y el gobierno chileno, concomitante con los primeros síntomas del espíritu anárquico que después llevaría al país a la ruina.

San Martín comienza a ejecutar su plan que solo él conoce. El 15 de noviembre de 1818 se dirige a Pueyrredón en estos términos: "El ejército de los Andes en Chile está muy pronto a ser disuelto y amenazado por la miseria. Así, en descargo de toda responsabilidad y en cumplimiento de mi obligación y de mi honor, lo represento a V.E.… Salvemos al menos el ejército, repase los Andes en la coyuntura muy favorable que pudiera brindar la fortuna para la gloriosa conclusión de nuestra empresa.

"Las necesidades del ejército unido van subiendo a punto de producir males de difícil reparación. La existencia de la fuerza y disciplina es incompatible con la falta de socorro del soldado." Detalla a continuación lo que se debe a las tropas y lo que podría hacerse para remediar el mal que denuncia y concluye por pedir "particular atención" a ese asunto "en que se juegan consecuencias del mayor interés para la nación".

A fines de noviembre insiste: "El Estado de Chile está en una completa bancarrota; su actual administración ni es respetada, ni amada, y solo se sostiene por las bayonetas del Ejército de los Andes, pero este apoyo desaparecerá por la falta de medios para su subsistencia en razón de que no hay cómo sostenerlo… de lo contrario soy de opinión en que V.E. lo mande repasar los Andes para poderlo utilizar del modo y forma que tenga por conveniente…".

Al mismo tiempo trata de forzar al gobierno chileno para que lo ayude. El 16 de enero de 1819 le comunica: "…Los ojos de la América, o por mejor decir los del mundo, están pendientes sobre la decisión de la presente contienda con los españoles, con respecto a la expedición del Alto Perú. Todos aguardan sus resultados y saben que el general San Martín es quien está nombrado para decidirlo… Ante la causa de América está mi honor; yo no tendré patria sin él y no puedo sacrificar un don tan precioso por cuanto existe en la tierra… Espero que V.E. tenga la bondad de decirme si ese Estado se halla en disposición de aprontarme los efectos que tengo pedidos y en qué tiempo…". Pero O'Higgins le contesta que Chile no dispone del dinero y sugiere buscar los seiscientos mil que él cree necesarios en otra parte.

Mitre nos detalla que, casi al mismo tiempo del intercambio de

esta correspondencia, se ponían en venta cinco buques tomados por la escuadra chilena destinados a transportar las tropas a Lima, y se confirma que no se pensaba seriamente en la expedición. Por fortuna, la venta no se realiza por gestión directa de San Martín.

Por ese entonces reservadamente le escribe a Guido: "…No hay la más remota esperanza de que se verifique la expedición al Perú… la conducta de este gobierno está manifiestamente clara de que su objeto es no solo que no se verifique la expedición proyectada, sino la de desprenderse del ejército de los Andes, poniéndonos en un estado de desesperación tal que tengamos que pasar la cordillera o comprometernos a disgustos de la mayor trascendencia."

A mediados de febrero se dirige al gobierno de Chile y le indica que el estado anárquico existente en algunas provincias del Plata lo obligan a marchar a Cuyo. O'Higgins no está muy convencido de que el Libertador tomará esa decisión. Sin embargo, el 16 de febrero de 1819 parte para Cuyo acompañado de cincuenta cazadores a caballo y cincuenta artilleros con ocho piezas de artillería. Al llegar a Mendoza comunica su resolución a O'Higgins, quien ahora sí se da cuenta de la magnitud de lo ocurrido.

El gobierno de Buenos Aires le hace saber, el 27 de febrero, que accede a sus indicaciones pensando en que realmente San Martín con su prestigio podía jugar un papel fundamental en las luchas intestinas que ocurrían en nuestro país por aquel entonces. Le comunicaba: "…que desde el momento en que reciba y quede un puesto de esta suprema orden se disponga a repasar y repase efectivamente la cordillera con las esforzadas legiones a su mando."

El 1.º de marzo Matías Irigoyen lo enfatiza diciéndole: "Pienso que sería muy conveniente que Ud. no se separase del ejército hasta dejarlo a esta parte de la cordillera."

Con la autorización de su gobierno, San Martín ordena el 9 de marzo desde San Luis (donde se encontraba a raíz de una sublevación de oficiales realistas, tomados prisioneros en Chacabuco y Maipo, y prontamente conjurada) el repaso de mil cien hombres de las tres armas. Se produce aquí la reconciliación con Monteagudo.

Tomás Guido, en una extensa carta a San Martín el 18 de marzo, analiza los pasos dados por el Gran Capitán concluyendo que, en su opinión, "preparaba la ruina de América". Una vez más la Logia Lautaro intervenía, aconsejando que se satisficieran las exigencias de San Martín para proseguir la guerra de la independencia y, el 17 de marzo, O'Higgins le comunicaba a San Martín que un enviado de la logia iba a Mendoza con instrucciones precisas, lo que es a su vez confirmado por Guido.

El enviado no era otro que el sargento mayor Manuel Borgoño, que cumplió su misión sin inconvenientes, ya que previamente las logias

(la de Buenos Aires y la de Chile) habían tomado la decisión mencionada. Al regreso de Borgoño, O'Higgins le escribe nuevamente el 3 de abril de 1819, con la aceptación final: "Muy señor mío y amado amigo: Tengo la satisfacción de comunicar a V. cómo, habiéndose oído en 0-0 al sargento mayor don Manuel Borgoño, el cual aseguró la absoluta deferencia de V. respecto de nuestras opiniones sobre el repaso de la cordillera mandado hacer al Ejto. de los Andes, y ulteriores operaciones consiguientes, se acordó: que todo el ejército permanezca en el país con el fin de realizar la expedición de armas al Perú, fuerte de cinco mil o más hombres, a más tardar, dentro de dos meses y medio contados desde hoy…".

Esta vez, por razones políticas, San Martín aceptó el grado de brigadier general que Chile le ofrece. En el oficio de aceptación del 1.º de abril de 1819 decía a O'Higgins: "Ya sería una ingratitud si no admitiese el despacho de brigadier con que nuevamente me condecora el Estado de Chile y que V.E. me remite en su apreciable oficio del 20 pasado. Mi protesta de no admitir otro empleo que el de coronel mayor, era con relación solo a las Provincias Unidas; mi delicadeza me había hecho renunciar el que en 15 de junio de 1817 me remitió V.E. con igual condecoración. Está V.E. persuadido que la admisión que hago de este empleo no es nominal y que sabré sostenerlo en beneficio de ese Estado con el mismo interés y decisión que si hubiera nacido en él."

Días antes de comunicar la aceptación del cargo, lo que preanunciaba el reinicio de la lucha por la independencia, dispuso el regreso de su esposa a Buenos Aires. Partió con Remedios desde Mendoza el 24 de marzo de 1819 y la acompañó hasta el Río Quinto donde, sin saberlo, se despidieron para siempre pues no volvieron a verse.

Por esa misma fecha —mediados de marzo— escribe a López y a Artigas y trata de apaciguar los ánimos en la lucha largamente entablada entre Buenos Aires y los caudillos. Las cartas son muy semejantes. De la de Artigas podemos rescatar: "Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón…" y agrega: "Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de nuestros enemigos que quieren atacar nuestras libertades." ¿Comprendía San Martín en profundidad lo que pasaba todos estos años en el Río de la Plata y que concluiría en la anarquía total del año '20? Quizá no tenía suficiente información para entender que, principalmente, los terratenientes y comerciantes de Buenos Aires y algunos caudillos del interior defendían, en el fondo, sus propios intereses no obstante que la guerra con España no estaba definida.

No olvidemos por ejemplo que en el año 1816 San Martín le

escribió a Guido: "Yo opino que los portugueses avanzan con pies de plomo esperando a su escuadra para bloquear a Montevideo por mar y tierra y en mi opinión se la meriendan. A la verdad, no es la mejor vecindad, pero hablando a usted con franqueza, la prefiero a la de Artigas." Con toda seguridad, desconocía las instrucciones de Artigas a la Asamblea del Año XIII o la negativa de aceptar la oferta de Alvear que le ofrecía la separación del Uruguay.

Sin duda, no distinguía bien las raíces profundas de la lucha entablada y que seguiría a través del tiempo con diferentes nombres pero con los mismos basamentos. ¿Acaso tiene alguna diferencia con lo que ocurre en nuestros días en que los argentinos seguimos enfrentados, desgastando nuestras energías por luchas menores de neto contenido sectorial, sin entender que un país en ruinas, como consecuencia de la decadencia moral de sus clases dirigentes —todas: civiles y militares—, solo puede emprender su reconstrucción después de replantear la necesidad de la verdadera y honesta unidad nacional? Y cuando digo *verdadera y honesta*, es porque ya no creo en meras declamaciones espurias en donde el concepto de unidad nacional se utiliza precisamente para encubrir y proteger, a través del tiempo, una sociedad pervertida e injusta que solo se transformará si somos capaces de realizar los cambios profundos de su estructura arcaica. ¿Aprenderemos alguna vez las lecciones de la historia?

A mi entender, hizo muy bien en escribir: "Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas." Estaba forjado para una sola causa: la libertad de América. Así justifico plenamente que no mandara las tropas a Tucumán cuando recibió órdenes del gobierno en 1819 y que presentara su renuncia, aunque por reales razones de salud, el 25 del mismo mes: "A V.E. consta el estado de mi salud, tanto más agobiada cuanto han sido las circunstancias bien penosas que me han acompañado por el término de siete años; el único modo de que pueda prolongar mi existencia es la tranquilidad y separación absoluta de todo negocio, por lo tanto ruego a V.E. me conceda mi retiro a esta provincia sin sueldo alguno, pues en el caso de que me hallase en necesidad, ocurrirá a la bondad de V.E. para que la socorriese…".

El ministro Matías Irigoyen le responde poco tiempo después que, en vista de su estado de salud "y como sus servicios los reclama el interés general", solo se le acuerda licencia por el término de un mes.

Un poco más tarde, el 10 de junio de 1819, Pueyrredón termina su ciclo y días después escribe a San Martín: "Al fin fueron oídos mis clamores, hace seis días que estoy en mi casa libre del atroz peso que me oprimía en el pasado. Ofrezco a usted pues mi libertad, mi satisfacción y la más constante amistad con que seré eternamente de usted."

Rondeau lo sucede en el poder y a él se dirige San Martín el 21 de junio al reiterar su renuncia en términos definitorios: "Por lo tanto, ruego a V.E. se sirva permitirme pueda pasar a prestar servicios al Estado de Chile, en el que soy brigadier, cuyo empleo admití con la aprobación de V.E.; la causa que defiende aquel Estado está identificada con las de estas provincias, y los cortos esfuerzos que pueda hacer podrán refluir en ambos. Sírvase V.E. admitir, entonces, con el mayor respeto y sumisión la renuncia que hago de los empleos que poseo en este Estado, concediéndome la gracia que con tanta justicia solicito."

Pero sobreviene un acontecimiento que está a punto de tirar por la borda los planes elaborados por el Libertador. En julio de ese mismo año el gobierno de Buenos Aires tiene noticias fundadas de que España armaba una expedición de veinte mil hombres. Rondeau pensó que la presencia de San Martín era imprescindible en Buenos Aires para convenir y organizar la defensa y así se lo comunica. A pesar de que su estado de salud era calamitoso partió de Mendoza rumbo a Buenos Aires en los primeros días de septiembre, no sin antes esbozar un plan marítimo, con la ayuda de la escuadra chilena, que comunica a O'Higgins, en carta del 28 de julio de 1819. Al llegar a San Luis, donde pensaba estar solo unos pocos días, su mal estado de salud lo retiene hasta principios de octubre y desde allí llega hasta la posta del Sauce donde se entera de que las montoneras de Santa Fe, junto a Artigas, han reiniciado la guerra contra Rondeau (sería derrotado en Cepeda el 1.º de febrero del año '20). En vista de los acontecimientos y de acuerdo con su juramento de no manchar su sable con sangre patriota retorna a Mendoza llegando el 17 de octubre de 1819.

En los primeros días de noviembre ordena al general Alvarado suspenda la marcha de las tropas estacionadas en San Juan en dirección a Buenos Aires, en cumplimiento de órdenes de Rondeau, con la idea de que regresaran a reunirse con el ejército patriota en Chile. Por ese entonces se entera de la revolución de Tucumán con prisión del general Belgrano. Rápidamente la anarquía se extendía por toda la república.

A San Martín se le presentaban sólo dos caminos para terminar su obra, la disciplina o la desobediencia. No fue difícil la decisión conociendo su manera de pensar y sus objetivos. El 26 de diciembre, por tercera vez, presenta su renuncia y comunica que pasa a los Baños de Cauquenes a reponer su salud. Conducido en una camilla transportada por sus soldados y acompañado por su médico el doctor Colisberry y el capitán Beltrán, partió de Mendoza en los primeros días de enero del año '20 para reunirse con su ejército. Este permanecería a su lado a pesar de que el Congreso de Buenos Aires había comunicado al gobierno de Chile la necesidad de que a la

brevedad posible se pusieran en marcha, para cooperar con los planes militares del gobierno del Directorio.

Al llegar a Chile, O'Higgins salió a recibirlo acompañado por la plana mayor del Ejército Unido. Se terminaba así de materializar la desobediencia. Y, como lo sostiene Mitre, con el pasar del tiempo se comprendió que San Martín tomó la decisión correcta aunque sentaba un peligroso ejemplo.

San Martín interpreta que su desobediencia dejaba al ejército argentino sin tener un gobierno en cuyo nombre proceder. Esta idea debe haberlo preocupado pues, sin consultar a nadie y al regreso de los Baños de Cauquenes el 26 de marzo de 1820 con su salud bastante restablecida, redactó una nota de su puño y letra al coronel Las Heras que rotuló: "Este pliego no se abrirá hasta que se hallen reunidos todos los señores oficiales del Ejército de los Andes y solo en su presencia se verificará."

El ejército se hallaba en Rancagua. Las Heras, en cumplimiento del mandato, reunió el 2 de abril de 1820 a todos los oficiales, en cuya presencia leyó la comunicación. El Libertador así se expresaba: "El Congreso y director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes, y de consiguiente creo de mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales del Ejército de los Andes para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar de este medio los riesgos que amenazan a la libertad de América." Incluía además algunas normas con que debía realizarse la elección prohibiendo "…toda discusión que pueda preparar el ánimo en favor de algún individuo", y finaliza: "…de la íntima unión de nuestros sentimientos pende la libertad de la América del Sud."

Leído el documento, por unanimidad se resolvió, como era lógico esperarlo: "queda sentado como base y principio que la autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar, porque su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable. En esta inteligencia, si por algún accidente o circunstancia inesperada, faltase por muerte o enfermedad el actual, debe seguirse en la sucesión del mando el jefe que continúe en el próximo inmediato grado del mismo Ejército de los Andes." Esto pasó a la historia como el Acta de Rancagua.

Al día siguiente, Las Heras comunicó a San Martín por escrito el resultado de la reunión: "Al asegurar a V.E. el orden que se observó en este acto por la oficialidad del ejército, debo agregar la sorpresa que causó el contenido de la citada nota, y añadir que se dejó ver bien el justo sentimiento que le causaba la idea que V.E. pudiera desconfiar

de su subordinación y respeto, u olvidar alguna vez sus sacrificios en obsequio de la causa común del país.” Dejando así entrever cierto desagrado que confirmó en carta confidencial: “En verdad, mi general, yo nunca hubiera creído que usted me hubiera puesto en tanto y tamaño apuro; en fin, ya está hecho, y por el resultado se acabará usted de convencer qué clase de sujetos son sus amigos, y si he de hablar a usted la verdad, están tan resentidos, que los he oído hablar de un modo decidido y fuerte; se creen agraviados porque con el paso dado por usted, ellos están en la necesidad de tener que hacer otro tanto por su parte cada uno.”

Se creaba así un peligroso antecedente. Su autoridad dependía de una resolución de sus subordinados en estado deliberativo que repercutiría de alguna manera en posteriores acontecimientos por ocurrir en Lima.

Capítulo IX
DE VALPARAÍSO A LIMA

El 6 de marzo de 1820 el gobierno de Chile nombra a San Martín General en Jefe del Ejército Libertador del Perú. A fines de mayo está en Valparaíso organizando los últimos preparativos de la expedición. Existe un sinfín de dificultades que el general, con el apoyo total del gobierno de Chile, irá resolviendo poco a poco, en especial la de convencer a Cochrane de que se debían transportar no menos de cuatro mil soldados.

En un principio, como lo relata Espejo, se contaba con cuatro mil setecientos cincuenta y nueve soldados pero, después de una depuración —como resultado, en especial, del estado de salud de algunos de ellos—, quedaron cuatro mil ciento dieciocho, además de veintitrés jefes y doscientos setenta y tres oficiales. Al mismo tiempo San Martín realizaba una escrupulosa inspección del armamento, municiones, monturas, equipamiento, con el mismo celo que había demostrado en Mendoza antes del cruce de los Andes.

El 22 de junio hizo pública una proclama a los habitantes del Río de la Plata en la que analizaba la situación interna de su propio país devastado por la anarquía y justificaba su desobediencia. Es necesario transcribirla en extenso, pues creo tiene hoy la misma actualidad si la sabemos comprender en sus conceptos más trascendentales. Así se expresa: “Voy a emprender la grande obra de dar libertad al Perú.

”…os manifestaré las quejas que tengo; no de los hombres imparciales y bien intencionados, cuya opinión me ha consolado siempre; sino de algunos que conocen poco sus propios intereses y los de su país porque al fin la calumnia, como todos los crímenes, no es sino obra de la ignorancia y del discernimiento pervertido.

”…Diez años de constantes sacrificios sirven hoy de trofeo a la anarquía; la gloria de haberlos hecho es mi pesar actual, cuando se considera su poco fruto. Habéis trabajado un precipicio con vuestras propias manos y, acostumbrados a su vista, ninguna sensación de horror es capaz de deteneros.

”El genio del mal os ha inspirado el delirio de la federación. Esta palabra está llena de muertes y no significa sino ruinas de devastación.

”Compatriotas:
”…Si dóciles a la experiencia de diez años de conflictos, no dais a vuestros deseos una dirección más prudente, temo que cansados de la anarquía suspiréis al fin por la opresión, y recibáis el yugo del primer aventurero feliz que se presente, quien, lejos de fijar vuestros destinos, no hará más que prolongar vuestra incertidumbre.

”Voy ahora a manifestaros las quejas que tengo, no porque el silencio sea una prueba difícil para mis sentimientos, sino porque yo no debo dejar en perplejidad a los hombres de bien, ni puedo abandonar enteramente a la posteridad el juicio de mi conducta, calumniada por hombres en que la gratitud algún día recobrará sus derechos.

”Hasta el mes de enero próximo pasado, el general San Martín merecía el concepto público en las provincias que formaban la unión, y solo después de haber formado la anarquía ha entrado en el cálculo de mis enemigos el calumniarme sin disfraz y recurrir sobre mi nombre los improperios más exagerados.

”Pero yo tengo derecho a preguntarles: —¿Qué misterio de iniquidad ha habido en esperar la época del desorden para denigrar mi opinión?

”Compatriotas:

”Yo os digo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros me habéis acriminado aun de no haber contribuido a aumentarlas, porque este habría sido el resultado, si yo hubiese tomado una parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral y me exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia ahumase mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, suponiendo que la de las armas me hubiera sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y solo desenvainará la espada contra los enemigos de la independencia de Sud América. En fin, a nombre de vuestros propios intereses, os ruego que aprendáis a distinguir los que trabajan por vuestra salud, de los que meditan vuestra ruina; no os expongáis a que los hombres de bien os abandonen al consejo de los ambiciosos: la primera de las almas virtuosas no llega hasta el extremo de sufrir que los malvados sean puestos al nivel con ellas, y ¡desgraciado el pueblo donde se forma impunemente tan escandaloso paralelo!

”¡Provincias del Río de La Plata!, el día más célebre de vuestra revolución está próximo a amanecer, voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo menos que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país; y sea cual fuere mi

suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado; y que no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.”

Una amiga de Mendoza, Josefa Morales de los Ríos, el 28 de agosto, posiblemente después de conocer la proclama, le escribe: “Tener méritos, mi general, y no tener enemigos es imposible.” Nada ha cambiado a través del tiempo en nuestra sociedad.

Quizás, otro factor determinante de la proclama haya sido que al preguntarle el gobierno de Chile bajo cuál bandera se haría la expedición, contestó decididamente que con la de Chile, ya que las mayores erogaciones y el análisis de los elementos navales así lo justificaban. Desde este momento, ¡por primera vez su actuación era independiente del gobierno de su patria! Se hace necesario aclarar, no obstante, que el Ejército de los Andes siguió usando su propia bandera.

Finalmente, el 20 de agosto de 1820 la expedición zarpó del puerto de Valparaíso en ocho buques al mando de lord Cochrane con el título de vicealmirante de Chile. Jefe del Estado Mayor era el general Juan Gregorio de Las Heras, y generales de división, Juan Antonio Álvarez de Arenales y Toribio Luzuriaga. Antonio Álvarez Jonte era auditor de Marina y Tomás Guido, con el título de coronel, acompañaba al Libertador en calidad de primer edecán. Bernardo Monteagudo, Juan García del Río y Dionisio Vizcarra iban como secretarios de Guerra, de Gobierno y de Hacienda, respectivamente.

Cuando el *San Martín* se hizo a la vela llevando al Libertador y a su estado mayor, recibió un oficio que incluía el despacho de capitán general del ejército de Chile, que se le enviaba a último momento para que no tuviera tiempo de rechazarlo.

En alta mar Cochrane, que en el *O’Higgins* encabezaba la expedición naval, al abrir su pliego de instrucciones leyó con sorpresa —pues creía tener cierta independencia con la flota—: “El capitán general don José de San Martín es el jefe a quien el gobierno de la república ha confiado la exclusiva dirección de las operaciones de esta grande empresa… no podrá V.E. por sí mismo obrar con el todo o parte de los buques de guerra de su independencia, sino que observará absolutamente la línea de conducta que respecto de las operaciones de la escuadra le trazare y fuera trazando el general, según él lo creyese conveniente…”.

El 30 la expedición se encuentra con un furioso temporal, que hace temer por la fragata *Águila* que con setecientos hombres y gran cantidad de pertrechos de guerra se cree desaparecida. Por suerte, días después en Pisco vuelve a unirse al convoy.

El plan de San Martín se basaba sobre la posibilidad de que los

realistas se convencieran de que el ataque se haría por el sur, por lo que resolvió desembarcar en la bahía de Paracas a tres leguas de Pisco y doscientos sesenta kilómetros al sur de Lima. No obstante no estar de acuerdo, Cochrane debió acatar por las instrucciones recibidas previamente. El desembarco se inició el 8 de septiembre de 1820, con una división al mando de Las Heras que ocupó la villa de Pisco, después de transitar el polvo calcinado de las playas en un día de sol abrasador, agravado por la sequía tan común en aquellos parajes.

El 12, San Martín desembarcó y plantó un árbol como símbolo de la libertad, hecho que fue acompañado con salvas de artillería. El día 13 toda la tropa estaba en tierra, acampó en el valle de Chinchas con cuartel general en Pisco. Una vez más el Libertador recomienda a sus soldados: "…acordaos que vuestro gran deber es consolar a la América y que no venís a hacer conquistas, sino a libertar a los pueblos… Los peruanos son nuestros hermanos y amigos; abrazadlos como a tales y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de la batalla de Chacabuco." Estableció severísimas sanciones para los que no las cumplieran incluida la pena de muerte.

Como primera medida, San Martín publicó un manifiesto en el que declaraba libres a todos los esclavos que se incorporaran al ejército y aclaraba que los propietarios serían indemnizados. Más adelante, el 21 de febrero del '21, ya en Huaura especificaba: "…siempre que no ejecuten hostilidad directa contra la causa de América durante la guerra."

El virrey Pezuela, que se había enterado del desembarco el 11 de septiembre, se apresuró a mandar un enviado que se presentó en el cuartel general el día 14 y propuso un armisticio para iniciar conversaciones con miras a la posible finalización de la guerra, ofrecimiento que fue aceptado por San Martín. Se suspendieron las hostilidades hasta el 4 de octubre y se reunieron los comisionados en Miraflores, a once kilómetros de Lima, sin llegar a ningún acuerdo.

El 5 de octubre Arenales inicia la primera campaña a las sierras por órdenes de San Martín, quien simulaba al mismo tiempo invadir el valle de Cañete para confundir a los españoles. El 21 del mismo mes, el Libertador estableció la bandera blanca y encarnada de la nueva nación del Perú y el escudo nacional, donde se destacaba el sol naciente, símbolo de la cultura indígena: confirmaba así que la campaña se hacía por la independencia de esos territorios.

El 25 de octubre el ejército estaba nuevamente embarcado. Algunos han criticado la negativa de San Martín de no atacar directamente a Lima pero, sin embargo, era lógico que no lo hiciera, pues las fuerzas realistas eran ampliamente superiores en número (veintitrés mil ciento veintidós hombres, de los cuales trece mil trescientos ochenta y cuatro constituían la guarnición de la capital).

Por ello San Martín una vez más ha planificado todo para que la primera etapa, aprovechando el descontento latente al cual ya me he referido, estuviera dedicada a obtener nuevas fuerzas y recursos y entonces sí, en una segunda etapa empeñarse en combates decisivos. El mismo Pezuela reconocía el acierto de esta táctica en carta al embajador español en Río de Janeiro, en diciembre del año '20: "La seducción se va propagando rápidamente y el desfallecimiento de los buenos deja reducida la causa de la nación a un corto número de defensores."

A fines de octubre de 1820 la flota avistaba El Callao y, como medida psicológica, San Martín decide hacer una ostentación de fuerzas. Para ello la flota, con ocho buques de guerra, entra en la bahía manteniéndose fuera del alcance de los cañones. De esa manera, como dice Espejo: "La expedición libertadora y la capital del Perú estaban en nuestra exhibición." Una parte de la escuadra permaneció en el bloqueo del puerto y el resto se dirigió hacia Ancón, situada a treinta y seis kilómetros al norte de Lima.

Empezaban a producirse hechos favorables. El 9 de octubre tiene lugar la revolución de Guayaquil, que triunfa y le envía a San Martín, en calidad de prisioneros, al gobernador realista Pascual Vivero y a su segundo José Elizalde. El Libertador los traslada a Lima sin condición alguna y los deja en libertad. Bien sabía que este acto de generosidad incrementaría la popularidad de los patriotas.

El 5 de noviembre, en una acción llena de audacia encabezada personalmente por Cochrane, catorce botes, burlando la vigilancia, abordan la *Esmeralda* mientras su tripulación descansaba. En uno de los más audaces golpes de mano que registra la historia naval, después de cruenta lucha, se apoderan de la nave, más dos cañoneras y consiguen después salir del puerto. Con este trofeo de incalculable valor —basta recordar que estaba equipada con cuarenta y cuatro cañones—, la flota patriota quedaba reforzada. San Martín quiso dar a la *Esmeralda* el nombre del almirante inglés pero Cochrane declinó el honor, por lo que fue rebautizada con el nombre de *Valdivia.*

Desde Ancón, no obstante que Cochrane y algunos oficiales insistían en el ataque directo a Lima, San Martín ordenó proseguir hacia el norte tomando el puerto de Huacho a ciento cincuenta kilómetros de El Callao. Desembarca todas sus tropas que se trasladan al valle del Huaura, donde acampan el 19 de noviembre en una campiña bien regada y arbolada, con abundantes víveres y forrajes, pero infectada por el paludismo en su forma clínica terciaria (y no fiebre amarilla como refiere la mayoría de los historiadores), que fue un verdadero martirio para patriotas y realistas por igual.

Nuevos acontecimientos daban la razón a San Martín. El 2 de diciembre se produce la sublevación del batallón de Numancia,

compuesto en su mayor parte por naturales de Venezuela y Santa Fe de Bogotá al mando del colombiano Tomás Heres. Se agregaban así a las fuerzas patriotas seiscientos cincuenta hombres, que San Martín colmó de honores y les confirió la custodia de la bandera del Ejército Libertador.

El 24 de diciembre, previa reunión del Cabildo, el general José Bernardo Tagle y Portocarrero, marqués de Torre Tagle, mandó a prisión al obispo Carrión y Marfil y a sus partidarios, fervientes realistas. El 29 de diciembre enarboló la bandera —símbolo de la independencia peruana— creada en Pisco e insurreccionó la Intendencia de Trujillo que ocupaba casi todo el norte y era de gran valor, no solo por sus .trescientos mil habitantes sino por su producción agrícola. Piura siguió a Trujillo el 4 de enero del '21 y contribuyó con cuatrocientos treinta infantes y doscientos veinte soldados de caballería. De esa manera todo el norte del Perú, desde Chancay a Guayaquil, estaba junto a los patriotas.

Además, partidas de montoneros comandadas por el teniente coronel Isidoro Villar, que como salteño conocía bien cómo moverse en ese terreno, interceptan caminos, se apoderan de víveres y cabalgaduras y contribuyen a la confusión. Mientras tanto, la deserción aumentaba en las tropas realistas al mismo tiempo que crecía la desconfianza.

Los oficiales realistas, a través de una conspiración y reunidos en junta de guerra el 29 de enero de 1821, desplazan a Pezuela y La Serna asume como nuevo virrey. Inmediatamente pretendió llegar a un entendimiento con San Martín, para lo cual los delegados de ambas partes se reunieron en la Hacienda de Torre Blanca —Retes— con resultados negativos.

Por esa época, las tercianas comienzan a castigar a ambos bandos. El paludismo provoca estragos; los realistas llegaron a tener veinte muertos por día y cerca de tres mil enfermos, y los patriotas no les iban a la zaga con más de mil quinientos afectados y cientos de convalecientes. El propio San Martín cayó enfermo, como lo atestigua en carta a O'Higgins del 3 de marzo de 1821.

El capitán de fragata Manuel Abreu, enviado por el rey de España, llega al campamento patriota el 25 de marzo de ese mismo año como parte de la nueva política liberal de entrar en contacto con las fuerzas patriotas en toda América y con el fin de buscar alguna forma de solución pacífica, como consecuencia de la Orden Real del 11 de abril de 1820 que volvía a restablecer en España la Constitución liberal de Cádiz de 1812.

Con la llegada de Abreu a Lima, el virrey decidió iniciar tratativas de paz y designó al propio Abreu, junto a Manuel del Llano y José María Galdiano para que lo representaran. Se reunieron en Punchauca

el 4 de mayo de 1821 con Tomás Guido, Juan García del Río y José Ignacio de la Rosa en representación de San Martín. El 23 del mismo mes acordaron un armisticio provisorio de veinte días que, no obstante ser prorrogado, no llevó a acuerdo alguno.

Evidentemente ambos bandos solo buscaban ganar tiempo, en particular para permitir reponerse a los soldados enfermos. El 2 de junio se entrevistan personalmente, en forma por demás amistosa, el Libertador y el virrey. San Martín propuso, con gran sorpresa de los presentes, se proclamara la independencia del Perú bajo una regencia presidida por La Serna, con quien colaboraría un representante por cada una de las partes hasta que llegara al país un príncipe de la Casa Real de España, ¡reconocido como monarca constitucional!

De regreso a Lima, La Serna se reunió con sus jefes que, encabezados por el general Valdés, desecharon la propuesta pues no tenía la aprobación de las Cortes. Así se le comunicó a San Martín el 4 de junio de 1821 y se propuso suspender las hostilidades y establecer una línea demarcatoria de este a oeste por el río Chancay, hasta que una delegación fuera a España, solución que San Martín descartó por completo.

La propuesta monárquica del Libertador ha sido analizada y criticada en extenso por la mayoría de los autores que han escrito sobre San Martín. Podemos resumir las tesis sustentadas, de la siguiente manera:

a) Una verdadera claudicación de los principios de la Gesta Libertadora establecidos desde sus orígenes por la Logia Lautaro.

b) Comprometer a los jefes realistas en el reconocimiento de la independencia peruana, que quedaba claramente establecida.

c) La actitud del Libertador fue sincera pues respondía a las ideas monárquicas que sostenía desde hacía tiempo y no por circunstancias del momento.

Analicemos brevemente la última hipótesis. Para su total comprensión aconsejo leer con detenimiento el libro de Piccirilli.

Recordemos que desde su iniciación los miembros de la Logia Lautaro, ya desde Cádiz, habían decidido que: “Siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuanto esté a tu alcance a que los pueblos se decidan por él.”

Con el correr del tiempo, muchos de sus miembros cambiaron su manera de pensar originada en el Iluminismo del siglo XVIII. Tengamos en cuenta, no obstante, que en 1790 Miranda, el precursor, proponía investir con el poder ejecutivo a un descendiente de los incas pero con una Cámara Baja elegida por sufragio popular, como lo he

señalado anteriormente, es decir, el equivalente de una monarquía constitucional.

No hay dudas de que el Libertador ha demostrado a través de sus actos la formación republicana y ya veremos más adelante, a través de las medidas tomadas en Perú, su acendrado amor por los derechos esenciales del hombre. Pero, la anarquía reinante por doquier desde su llegada al Río de la Plata lo va convenciendo de que el gobierno republicano es una utopía y que solo la monarquía podrá poner orden. Así, desde Mendoza apoya las ideas monárquicas en el Congreso de Tucumán, en especial en sus sesiones reservadas y vuelve sobre el tema en carta a Guido desde esa misma provincia el 31 de diciembre de 1816: "…dígame V. con ingenuidad, con nuestro carácter, ambición, falta de costumbres, ninguna ilustración, y el encono mutuo de los Partidos y hombres particulares, ve V. ni remotamente un porvenir regular a nuestra felicidad futura… Poseído de virtudes republicanas, mas atento a las necesidades, a aquello que veía y palpaba, aspiraba a soluciones monárquicas porque así convenía para la salud del pueblo."

Las mismas ideas las transmite al comodoro Bowles, su amigo y confidente, quien las comenta en sus comunicaciones a Londres del 2 de mayo de 1817 y del 14 de febrero de 1818: "Está (San Martín) sin embargo decididamente a favor de un gobierno monárquico como el único adecuado al estado de la sociedad en este país…". Agregaba: "Solamente la moderada y amigable intervención de alguna potencia amiga puede terminar con las convulsiones presentes y prevenir otras nuevas y más serias…".

Nuevamente aparecen estas ideas en la misión Gómez-Irisarri, asunto planeado por Pueyrredón, San Martín y O'Higgins, en aras de una monarquía constitucional en 1819, y por sobre todo en la misión García del Río-Paroissien designada en Perú el 24 de diciembre de 1821 y entre cuyas instrucciones dice: "Explorar como corresponde y aceptar que el príncipe de Saxe-Coburgo o en su defecto uno de la dinastía reinante en la Gran Bretaña pase a coronarse emperador del Perú… permitiéndose venir acompañado a lo sumo de una guardia de trescientos hombres…".

Quizá, la explicación de estas ideas pueda encontrarse en la carta a Guido, enviada desde Bruselas el 6 de enero de 1827, donde podemos leer: "…conocido que, para defender la causa de la independencia, no se necesita otra cosa que un orgullo nacional (que lo poseen todos hasta los más estúpidos salvajes) porque para defender la Libertad se necesitan Ciudadanos no de Café, sino de instrucción y elevación de Alma, capaces de sentir el intrínseco (y no arbitrario) valor de los bienes que proporciona un Gobierno representativo… por inclinación y principios amo el Gobierno Republicano, y nadie, nadie lo es más

que yo: pero mi afección particular no me ha impedido el ver que este género de Gobierno no era realizable en la antigua América Española, porque carece de todos los principios que lo constituyen, y porque tendrían que sufrir una espantosa anarquía, que sería lo de menos, si se consiguiesen los resultados; porque la experiencia de los siglos nos demuestra que sus consecuencias son las de caer bajo el Yugo de un Déspota, traslado al tiempo."

Las ideas monárquicas del Libertador, en conclusión, eran consecuencia del estado de educación de las colonias mantenidas en el atraso durante la ocupación feudal española, pero no el resultado de sus convicciones que eran profundamente republicanas.

Bolívar, a quien se lo ha presentado como un absoluto defensor de los gobiernos republicanos, quizá también cansado de las continuas luchas entre los que habían sido sus propios colaboradores, coincide con San Martín en la última parte de su carrera política, cuando le expresa, en el año 1825, al capitán Thomas Malling: "Debemos buscar alivio en Inglaterra —expuso—; no tenemos ningún otro recurso; y no solo le permito sino que le pido que comunique nuestra conversación y someta el asunto a consideración del Gobierno de Su Majestad Británica en la forma que conceptúe más adecuada, sea oficialmente o de otra manera. Puede usted decir que jamás he sido enemigo de la monarquía por principio general; por el contrario, la considero esencial para la dignidad y el bienestar de nuevas naciones, y si alguna vez emanara del Gabinete Británico alguna propuesta para el establecimiento de un gobierno regular, es decir, de una monarquía o monarquías en el Nuevo Mundo, encontrarán en mí un constante y firme propulsor de sus miras, completamente dispuesto a apoyar al soberano que Inglaterra proponga colocar y apoyar en el trono...".

Como reafirmación de la segunda de las tesis que hemos planteado, Otero dice: "Si algo se destaca es el genio político que lo acompañó en ese instante como negociador." El mismo San Martín explicaba a Miller en carta escrita en tercera persona, el 9 de abril de 1827: "El general San Martín, que conocía bien a fondo la política del gabinete de Madrid, estaba bien persuadido que él no aprobaría jamás ese tratado, pero como su principal objeto era de comprometer a los jefes españoles, como de hecho lo quedaban habiendo reconocido la independencia, no tenían otro partido que tomar que el de unir su suerte a la de la causa americana." Evidentemente el "genio político" estuvo presente en su conferencia con La Serna y si no hubiera sido por la participación activa principalmente del general Valdés, representante del más rancio absolutismo español, la independencia hubiera sido reconocida de hecho y la sangre derramada después hasta 1824 hubiera sido evitada. Las conferencias se prolongaron hasta fines de junio sin llegar a ninguna solución satisfactoria.

Volviendo a la campaña militar, recordemos que el 5 de octubre de 1820, San Martín había enviado a las sierras una división de mil doscientos cuarenta hombres a las órdenes de Álvarez de Arenales. Este general, nacido en España en 1770 y enviado a Buenos Aires después de completar su educación, pasó a formar parte del ejército realista y se plegó al partido criollo en el histórico movimiento de Chuquisaca. Fue llevado a prisión en las casamatas de El Callao, de donde logra fugarse y, después de pasar por el ejército del Alto Perú, se incorpora al de los Andes en 1819. Mitre lo describe muy bien de esta manera: "Reunía a un carácter recto un sentimiento profundo de la justicia y el deber. Cuidaba de los intereses públicos, más que los suyos propios, que se reducían a bien poca cosa. No tenía más escolta que un ordenanza para su servicio y custodia, ni más tren que un caballo de batalla y una mula de marcha en que llevaba su ligero equipaje. Él mismo ensillaba y desensillaba sus cabalgaduras. Sabía herrar como un herrador de oficio. Él mismo remendaba sus botas y su uniforme. Cuidaba poco de su vestido y San Martín tenía cuidado… de hacerle repasar su guardarropa sin que él lo notara. Jamás recibió regalos ni obsequios de nadie, ni siquiera un ramo de flores. Él mismo conducía sus provisiones en una alforja, que se reducía a queso y un pedazo de carne fría." ¡Alguien más parecido a San Martín, imposible!

Arenales inicia su avance hacia Ica con el propósito de atacar el campamento de Quimper, quien se retira precipitadamente a Nazca sin poder impedir que doscientos de sus hombres, naturales del Perú, desertaran y se incorporaran a los patriotas. El teniente coronel Rojas, con doscientos cincuenta hombres de caballería, sale en su persecución y lo derrota completamente en Nazca.

Arenales, prosiguiendo su marcha, llega a Huamanga el 31 de octubre, después de recorrer más de cuatrocientos kilómetros. La expedición había pasado inadvertida. Solo a fines de octubre llegan las primeras noticias al cuartel general realista. Arenales sigue avanzando y el 9 de noviembre en Jauja alcanza a una fuerza realista que se había replegado, compuesta de seiscientos hombres, y una vez más triunfan las tropas bajo su mando. Días después Rojas ocupa Tarma.

El virrey, desde Lima, despacha una fuerte división a las órdenes del general O'Reilly, al mismo tiempo que ordena a Ricafort que desde Arequipa envíe al batallón Extremadura para combinar sus movimientos con las tropas de O'Reilly. El 5 de diciembre Arenales llega al cerro Uliachín.

El ataque a las tropas venidas desde Lima solo era posible si se atravesaba una zona pantanosa entre las lagunas de Petarcocha y Yanamate y, no obstante el peligro que significaba el quedar expuestos al fuego del enemigo, Arenales no vacila en lanzarse al ataque, en medio de una nevada, y persigue exitosamente a los realistas. A pocas

leguas de Pasco, al ser alcanzada, la caballería enemiga se pasó a las filas patriotas con su jefe el coronel Santa Cruz. O'Reilly y la infantería fueron tomados prisioneros.

Suerte diferente tuvo la retaguardia patriota al mando de Bermúdez y de Aldao, que cubría las espaldas de Arenales. A pesar de haber sublevado a los indios, fue derrotada con grandes bajas. Los realistas cometieron toda clase de barbaridades, extendiendo el terror a toda la región. Ricafort y sus soldados pasaron a cuchillo a más de dos mil indígenas, con saqueo e incendio del pueblo de Cangallo.

Mientras tanto, Arenales marchaba hacia la costa y abandonaba las sierras para reunirse con el grueso de las tropas patriotas en Retes, el 8 de enero de 1821. El abandono de las sierras ha sido considerado un error importante atribuido, por algunos historiadores, a una orden equivocada transmitida por el general Alvarado, que San Martín habría tratado de detener. Otros conceptúan que fue decisión propia de Arenales a pesar de que él siempre lo negó. De cualquier manera, con orden o sin ella, fue aprobado por San Martín.

Arenales, después de haber recorrido más de mil kilómetros, demostró cómo unos pocos hombres imbuidos de un ideal superior hicieron sentir el sabor amargo de la derrota a fuerzas a veces superiores que, con Ricafort, seguían evidenciando de qué forma actuaban los realistas en determinadas circunstancias. La expedición había conseguido ampliamente los propósitos de la misión encomendada. Trece banderas y cinco estandartes, que Arenales entregó personalmente a su jefe, eran testigos del esfuerzo realizado. El 13 de enero de 1821 las tropas se hallaban nuevamente en Huaura.

A comienzos de marzo de 1821, San Martín envía al coronel Miller conjuntamente con Cochrane al mando de seiscientos hombres hacia los puertos intermedios de El Callao a Valparaíso, y se logra ocupar primero Arica y después Tacna. Con el fin de contener la invasión, Ramírez, a cargo del ejército realista del Alto Perú, dispuso que tropas acantonadas en Puno, Oruro y Moquegua se reuniesen en el valle de Tacna a las órdenes del coronel José S. La Hera. Al enterarse Miller del propósito de Ramírez, ataca las tropas por separado antes de que se reúnan en Tacna y las bate en Moquegua y La Calera.

Miller abandona Tacna, pues tiene gran parte de sus tropas enfermas por las tercianas y se dirige a Arica para reembarcarse. Como Cochrane ya había partido, se apodera de cuatro buques mercantes y se dirige nuevamente hacia el norte. Llega a Pisco y ocupa el pueblo el 23 de julio de 1821. Ante esta sorpresa, las tropas realistas se retiran y son perseguidas por los patriotas y los indios. Miller y sus tropas quedan así en posesión de la mayor parte del distrito de Ica. La campaña a los puertos intermedios por el arrojo y decisión de su comandante fue, como se ha visto, altamente exitosa.

José Félix Aldao, mientras tanto, decide seguir actuando por su cuenta en la sierra después de la primera expedición de Arenales, con pequeñas partidas de montoneros e indios sublevados. Despliega un valor excepcional en acciones desarrollada entre Tarma y Huamanga y se pone a las órdenes del coronel peruano Agustín Gamarra, quien, por mandato de San Martín, se hacía cargo de estas operaciones. En uno de los pequeños combates de esta guerra de guerrillas, queda gravemente herido el detestado general Ricafort, quien tuvo que ser transportado en camilla a Lima.

San Martín, al enterarse de la intención del virrey de trasladarse a la sierra, decide adelantarse y destaca nuevamente a Arenales, tres meses después de haber cumplido su primera campaña. Así el 26 de abril de 1821, en Oyón se reúne con las tropas de Gamarra y el 11 de mayo se apodera de Tarma, Jauja y Huancayo sin que los realistas, bajo el mando de Carratalá, aceptaran combate alguno.

En Jauja, Arenales tiene noticias de que los españoles se aprestan a evacuar Lima, razón por la cual escribe a San Martín el 7 de julio, y le propone un plan concreto con el fin de mantener su dominio en la sierra. En la creencia de que su plan sería aprobado, y con el conocimiento profundo que tenía del terreno, trasladó su ejército —por ese entonces cuatro mil trescientos hombres— a tomar posiciones favorables. El 11 de julio estaba en Huancayo con la idea de batir a Canterac —que había salido de Lima por órdenes de La Serna el 25 de junio— en Huancavelica, mientras sus tropas flanqueaban la cordillera. Se repite lo ocurrido en la primera campaña y Arenales abandona la sierra.

A pesar de las investigaciones del coronel Leopoldo Ornstein, quien sostiene que San Martín le había recomendado a Arenales no comprometerse en acciones decisivas mientras no tuviera seguridad de vencer, la mayoría de los autores atribuye el repliegue a órdenes de San Martín, obsesionado por la toma de Lima y el problema que le planteaba la fortaleza de El Callao. Remarquemos que dos días antes de que Arenales estuviera en Huancayo —11 de julio—, las primeras tropas patriotas entraban en Lima. San Martín lo hizo el día 10.

Quizá se perdió entonces la oportunidad de que la historia cambiara su curso y la Gesta Libertadora terminara mucho antes.

El asedio a la ciudad de Lima se hacía cada día más difícil para San Martín, pues su ejército se debilitaba progresivamente, no solo por la inercia sino fundamentalmente por el paludismo. No mucho mejor estaban las tropas realistas, afectadas por el mismo mal además de la falta de alimentos. Es así como, a pesar del fracaso de Punchauca, los delegados de ambas partes volvieron a reunirse, esta vez en Miraflores con el solo hecho de ganar algo de tiempo para sus planes militares y permitir la recuperación de sus tropas.

Se llegó así a un nuevo armisticio por otros doce días, y se estipuló que San Martín permitiría la introducción de cierta cantidad de víveres en Lima, actitud que no tuvo la aprobación total de su oficialidad pero que sirvió para ir ganando adeptos dentro del pueblo limeño, acentuándose así el deseo general de la capitulación.

El 7 de junio de 1821, el Cabildo, dirigiéndose al virrey, solicita una paz inmediata que fundamenta al decir: "…En contorno de veinte y cinco leguas no reina sino la más espantosa devastación. Los ganados, las sementeras, los frutos, todo ha perecido por el furor del soldado. Provincias, las más ricas y opulentas, han sucumbido a la fuerza prepotente del enemigo; otras se hallan amenazadas de igual fracaso; y esta virtuosa capital sufre un bloqueo el más horroroso por el hambre, el latrocinio, la muerte. Entre tanto el soldado no respeta aun el último resto de propiedades, y acaba hasta con los bueyes que surcan la tierra y la fertilizan con su sudor en beneficio del hombre. Si continúa así esta plaga ¿cuál será en breve nuestra suerte, cuál nuestra miserable condición?… La paz es el voto general del pueblo… Los pueblos se reúnen a porfía bajo el pabellón del general San Martín. Centenares de hombres desertan de nuestros muros para no perecer de necesidad. Un enjambre de ladrones obstruye los canales de nuestra provisión, insulta y saquea nuestros hogares. El público increpa agriamente nuestro silencio, y ya son de temer males peores y más terribles que la misma guerra."

San Martín contaba pues con sólidos argumentos de que Lima sería ocupada sin derramamiento de sangre y es bien conocida la transcripción de Basil Hall, que escuchó del propio San Martín y que justificaba así su actitud: "La gente pregunta por qué no marcho sobre Lima al momento. Lo podría hacer e instantáneamente lo haría si así conviniese a mis designios, pero no conviene. No busco gloria militar, no ambiciono el título de conquistador del Perú, quiero solamente librarlo de la opresión. ¿De qué me serviría Lima si sus habitantes fueran hostiles en opinión política? ¿Cómo podría progresar la causa de la independencia si yo tomase Lima militarmente y aun el país entero? Muy diferentes son mis designios. Quiero que todos los hombres piensen como yo y no dar un solo paso más allá de la marcha progresiva de la opinión pública; estando ahora la capital madura para manifestar sus sentimientos, le daré oportunidad de hacerlo sin riesgo. En la expectativa segura de este momento he retardado hasta ahora mi avance; y para quienes conozcan toda la amplitud de los medios de que dispongo aparecerá la explicación suficiente de todas las dilaciones que han tenido lugar. He estado ciertamente ganando, día por día, nuevos aliados en los corazones del pueblo. En el punto secundario de la fuerza militar, he sido por las mismas causas igualmente feliz, aumentando y mejorando el ejército libertador,

mientras el de los realistas ha sido debilitado por la escasez y deserción.”

Frente a la situación imperante, el virrey decide la evacuación y el 25 de junio Canterac, al frente de la mayoría de las fuerzas españolas, abandona la ciudad y se dirige hacia Huancavelica. Posteriormente La Serna anunció mediante una proclama, la decisión tomada y delegó el mando en el marqués de Montemira para mantener el orden y hacerse cargo de la entrega de Lima. Inteligentemente y para demostrar que la lucha seguiría, dejó dos mil hombres a cargo de la fortaleza de El Callao y el 6 de julio inició la retirada hacia el este de la ciudad.

Representantes del Cabildo se presentaron ante San Martín y le suplicaron se hiciera cargo de Lima. Como primera medida, ordenó retirar las guerrillas que la circundaban y que inspiraban temor a sus habitantes. La hizo rodear con tropas de línea, que ubicó a más distancia para llevar tranquilidad a los limeños.

Sólo el 9 de julio, quizá con la fecha de la declaración de la independencia en el recuerdo, el primer contingente de tropas patriotas ocupó Lima al caer la noche. Al atardecer del día siguiente, como era su costumbre, sin ninguna ostentación entró de incógnito acompañado solamente por un ayudante y se dirigió al Palacio de los Virreyes, para entrevistarse con el marqués de Montemira. A las diez y media de la noche se retiró hacia Mirones —equidistante entre Lima y El Callao—, donde había hecho acampar al ejército para poner sitio a la fortaleza.

El 14 de julio se dirigió al Cabildo y sugirió la conveniencia de convocar a una Junta General, que analizaría si el pueblo estaba decidido por la independencia. La reunión tuvo lugar al día siguiente y, por unanimidad, resolvieron: “…que la voluntad general está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquier otra extranjera.” Así se lo transmitieron al Libertador.

Las primeras medidas de San Martín, a través de una serie de bandos, tendían a mantener el orden. Se dispuso:

a) Todo militar español debía presentarse en el término de cuarenta y ocho horas ante el marqués de Montemira, bajo pena de reclusión.

b) Para disipar el miedo de algunos españoles que mantenían sus casas cerradas se disponía que si no las abrían en el término de tres días pasarían a ser del estado.

c) Aquellos que no se acomodaran a vivir bajo las nuevas instituciones obtendrían sus pasaportes para salir del territorio y el gobierno proporcionaría los buques correspondientes.

d) En el término de tres días todos los habitantes entregarían las armas que tuviesen en su poder.

e) Todo individuo que se encontrase robando por el valor de dos pesos arriba sufriese la pena de muerte, para lo cual se crearía una junta militar de cinco miembros y dos defensores.

f) Se tomasen, quitasen y destruyesen los escudos de armas del rey de España de los edificios públicos del estado. En su lugar debía colgarse un escudo con la inscripción: “Lima independiente”.

g) Para proteger a los españoles de todo exceso populachero dispuso: “Que todo aquel que cometiese este género de excesos, opuestos a la blandura americana, al decoro y a la buena y racional educación, sea denunciado al señor gobernador político y militar de esta capital para que, verificado el hecho, se le apliquen las penas correspondientes a tan reprochable procedimiento.”

h) Todo esclavo que no se hubiese incorporado al ejército o a las partidas que actuaban en favor de la causa patriota fuese devuelto a poder de su amo sin castigo alguno (ya veremos como esta fue una medida provisoria necesaria durante los primeros días, en aras de la tranquilidad).

i) Acudir a un empréstito en el que, en el plazo de seis meses, cada uno estableciese su cuota voluntariamente.

j) Se fijaba el día 28 para la solemne proclamación de la independencia.

Ese día, en medio de la plaza, se había levantado un gran tablado. Las autoridades partieron del Palacio de los Virreyes, donde ya residía San Martín y, una vez sobre el mismo, este recibió de manos del marqués de Montemira la bandera que había creado en Pisco. Al hacerla ondear exclamó de viva voz: “El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa, que Dios defiende.” La muchedumbre acogió sus palabras con indescriptible entusiasmo.

Después de tantos esfuerzos San Martín —digámoslo en sentido figurado— era dueño de esa metrópoli señorial que tan bien describe Sarmiento: “La ciudad de Lima era entonces una corte, por el lujo, la disipación y los placeres, que embellecía la residencia de los virreyes. Hasta hoy conserva aquella ciudad, en sus costumbres, algunos vestigios de lo que antes fue. Era el Edén de las colonias; el sueño dorado de los españoles; pues era fama que sus casas estaban revestidas de plata, y sus mujeres eran las rivales felices de las graciosas andaluzas.” ¡Y San Martín encontró la suya en los brazos de la bellísima quiteña Rosa de Campusano!

El 2 de agosto, por decreto que firmó en su carácter de Capitán General del Ejército y en Jefe del Libertador, expresa: “Quedan unidos desde hoy en mi persona el mando supremo político y militar de los departamentos libres del Perú bajo el título de Protector.” Designaba a

Juan García del Río ministro de Estado y de Relaciones Exteriores, a Bernardo Monteagudo ministro de Guerra y Marina y a Hipólito Unanue (médico peruano) ministro de Hacienda.

Esta resolución ha sido criticada por varios autores, quienes estimaron que, como en Chile, debió haber elegido a un peruano. San Martín se justifica en la proclama que dirige al pueblo el mismo día del decreto: "…Espero que, al dar este paso, se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sí solo la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida tan agitada; pero tengo sobre mí una responsabilidad moral, que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y Provincias Unidas del Río de la Plata me han hecho conocer los males que ha ocasionado la convocatoria intempestiva de congresos cuando aún subsistían enemigos en aquellos países: primero es asegurar la independencia, después se pensará en establecer la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído; y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento mismo en que sea libre su territorio haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir. La franqueza con que hablo debe servir como un nuevo garante de la sinceridad de mi intención…".

No debemos descartar la intervención de la logia, pues en carta reservada del 10 de agosto de 1821 manifiesta a O'Higgins: "Los Amigos (léase Logia) me han obligado terminantemente a encargarme de este gobierno: he tenido que hacer el sacrificio pues conozco que, al no hacerlo así, el país se envolvía en la anarquía…".

Hay que agregar que la revolución peruana no había producido todavía un hombre comparable a O'Higgins para hacerse cargo de las difíciles tareas que se avecinaban. No obstante, en algo limitaba sus poderes pues una de las primeras medidas fue formar —agregando a la ciudad los suburbios y los partidos de Yauyos, Cañete, Ica y Huarochiri— un solo departamento, al que denominó de la Capital o Lima a cargo del coronel José de la Riva Agüero.

Capítulo X
DE LIMA A GUAYAQUIL

La primera y principal tarea por realizar después de haber sido ocupada Lima por el Ejército Libertador y la escuadra que lo acompañaba era tomar El Callao, plaza fuertemente fortificada con dos mil soldados a las órdenes de La Mar y por demás pertrechada.

San Martín decidió bloquearlo por mar y por tierra, para lo cual ordenó a Cochrane intensificar el bloqueo marítimo, mientras Las Heras distribuía las fuerzas terrestres entre Legua y Bellavista. Cochrane insistía en que debía realizarse una acción violenta e informa al Libertador que el capitán Crosby había conseguido violar la cadena que protegía el puerto y, sin ninguna pérdida, había incendiado dos barcos y se había apoderado de otros tres. San Martín contestaba que solo por excepción se debía efectuar algún otro ataque. No obstante, el 14 de agosto Las Heras realiza una acción arriesgada, que no da más resultado que la toma del general Ricafort, herido en el combate.

El 9 de agosto Cochrane trató de negociar directamente con La Mar y le ofreció los buques necesarios para su traslado, a cambio de parte de los incalculables caudales existentes en El Callao. Esto no fue aceptado por el jefe realista y sirvió para aumentar las disidencias con San Martín.

Una vez más San Martín, tratando de llegar a un acuerdo, se reúne con una junta de pacificación de El Callao, que recibe las condiciones que el Libertador propone para un armisticio. La junta decide consultarlas con La Serna, quien no las acepta pues ya tiene decidido atacar Lima para eliminar el sitio de El Callao. Selecciona las mejores tropas que se han recuperado en las montañas y confía la expedición a Canterac.

Al llegar las noticias a Lima, el genio militar de San Martín vuelve a encenderse y, moviendo su ejército a tres kilómetros de Lima, lo desplaza de tal manera que, cuando Canterac lo reconoce, entiende que son inexpugnables. No le queda otro camino que dirigirse hacia la costa y refugiarse en El Callao por “la puerta abierta” que, según Ornstein, le había fabricado el Libertador el 9 de septiembre. Se dice que San Martín, al ver lo que ocurría, le dijo a Las Heras: “¡Están

perdidos! ¡El Callao es nuestro! No tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la sierra se los van a comer. Dentro de ocho días, tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas.”

Y así ocurrió. El 16 de septiembre Canterac debió salir de El Callao en busca del camino hacia sus cuarteles. Pero es indudable que, como dice Mitre, la inacción del ejército patriota “había relajado su fibra” porque no podía perderse esta segunda oportunidad.

Solo el 17 envió a Las Heras en su persecución, que fue tibia y sin una combinación táctica eficiente. Fue continuada por Miller con solo ochocientos hombres, pero tampoco podía tener buen resultado. Es difícil entender por qué San Martín no se lanzó con el grueso del ejército. Otero considera que ello no ocurrió, porque ya había entrado en negociaciones con La Mar para la entrega de la plaza.

Quizá, también influyó en su decisión el hecho de que San Martín sabía que Cochrane había concebido un plan con el fin de apoderarse de la fortaleza, para luego insurreccionarse. San Martín pensaría que, al ir tras Canterac, le brindaba a Cochrane la oportunidad para realizar sus deseos. Los planes de Cochrane están probados en carta a O’Higgins del 10 de agosto donde ponía énfasis en “los cinco millones de pesos que encierran las murallas de El Callao” que evidentemente lo inquietaban.

Las negociaciones con La Mar fueron rápidas: comenzaron el 18 y la plaza se rindió el 21. Las condiciones estipuladas eran bastante generosas: “la tropa veterana de la guarnición podría pasar a reunirse con el ejército realista de Arequipa; la tropa de la Concordia podría reunirse con sus familias, y los integrantes de la marina española podrían residir en Lima o en El Callao y luego salir del Perú dentro del período de cuatro meses; todos los individuos existentes en las fortalezas podrían sacar libremente sus propiedades; los buques fondeados en El Callao continuarían bajo la propiedad de sus actuales dueños pudiendo salir libremente del puerto; los prisioneros de una y otra parte serían canjeados clase por clase y hombre por hombre.” No obstante, es importante recalcar que la gran mayoría de los soldados pasaron a formar parte de las filas patriotas, entre ellos el propio general La Mar. San Martín y sus tropas quedaron así dueños de la más grande fortaleza de América del Sur: centenares de piezas de artillería, millares de fusiles y enormes depósitos de municiones.

El éxito de esta operación, al decir del coronel Borgoño —quien tuvo una actuación trascendente durante el episodio del repaso, como comentamos previamente, y que actuaba entonces bajo las órdenes de San Martín—, fue “…el fenómeno más extraordinario de la guerra, derrotar a un ejército poderoso… con sólo ardides bien manejados.”

El triunfo final parecía inminente. San Martín era dueño de la mitad del territorio peruano, la flota española había sido destruida, el

ejército realista le había entregado armamentos y pertrechos en cantidades impensables y se hallaba en ese momento desmoralizado y maltrecho. Solamente hacía falta el genio y la decisión del cruce de los Andes, la energía desplegada después del desastre de Cancha Rayada o recordar las instrucciones redactadas antes de Maipo. Pero San Martín ya no era igual al de aquellos tiempos. Así lo asevera Vicuña Mackenna, el ferviente admirador chileno: "…sea como quiera, San Martín se manifestó inferior a su misión desde que se sentó en el solio de los virreyes del Perú. Su mente parece herida de una súbita parálisis. Su acción se apaga, su espíritu se encoge, su grande alma se disipa en vagas quimeras, su cuerpo mismo se anonada a la fatiga." Mitre expresa: "La responsabilidad de San Martín es grave por el estado de inacción en que dejó caer la guerra después de la ocupación de Lima y la retirada de la sierra y puertos intermedios. Sus armas se habían destemplado y su inteligencia militar parecía adormecida." Y Galván Moreno en su libro: "Hemos ahondado mucho en documentación y en bibliografía este período de la vida del Libertador. El San Martín de San Lorenzo, de Mendoza, de Chile y de Huaura no es el San Martín de Lima. La ciudad de los reyes pone ante su razón, tan lúcida y serena, un espejismo que menudea de fantasías su actuación tras el triunfo de estas horas."

No hay razones para ocultarlo, quizá no podía o no quiso hacerlo. Recordemos que dos días después de rendida la fortaleza, en carta a O'Higgins le expresaba: "En conclusión yo ya veo el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras y a retirarme a un rincón para vivir como un hombre."

El éxito de la toma de El Callao fue empañado por Cochrane. Cuando San Martín supo que Canterac se acercaba a Lima, ordenó que los caudales de la Casa de la Moneda —tanto del gobierno como de los particulares— fuesen transportados en la primera quincena de septiembre a los buques mercantes de Ancón. En cuanto lo supo, Cochrane se apoderó de ellos por la fuerza. Al enterarse San Martín, con lógico estupor, le comunicó: "…ordeno a V.E. como protector del Perú y como general en jefe, restituya a bordo de los respectivos buques las propiedades que han sido tomadas de ellos por pertenecer, como he dicho, las más al gobierno, y las otras a particulares que de hecho se hallan bajo mi protección. Yo espero que V.E. no diferirá el cumplimiento de una orden que está apoyada por derecho universal de los pueblos civilizados, y cuya infracción hará responsable a V.E. ante los gobiernos independientes de Chile y del Perú y ante la opinión de los hombres sensatos…".

Pero Cochrane no restituyó nada sino que, con parte de lo apoderado, pagó los haberes de la tripulación que estaban atrasados y agregó además una bonificación equivalente a la paga de un año

entero. Pero esta actitud no debía haber sorprendido a San Martín, al conocer sus antecedentes en Inglaterra y las reservas que Bowles había expresado en el informe hecho a Gran Bretaña de febrero de 1819: "… V. Señoría apreciaría que mis aprensiones en el sentido de que lord Cochrane adoptaría una línea de conducta aquí que nos proporcionaría muchos disgustos, no han sido infundadas y si llega a tener éxito en su intento en El Callao, no tengo dudas de que su insolencia será intolerable…". Además debemos recordar el botín de más de cien mil pesos, que el lord tomó en Tacna. Lógico es pensar que San Martín no conocía la carta a O'Higgins del 10 de agosto del año '21 donde, por sobre todo, ¡Cochrane se manifestaba preocupado por los cinco millones de pesos encerrados en las murallas de El Callao!

Frente a la rebeldía del almirante, no le queda a San Martín otro recurso que ordenarle se retirara inmediatamente hacia Chile y lo hace a través de su ministro Monteagudo, quien se lo comunica en dos oportunidades, la última el 3 de octubre. Cuando lo creyó oportuno, abandonó El Callao, se dirigió hacia el norte y, en Guayaquil, cumple un típico acto de piratería al apoderarse de la *Venganza*, barco español que se había entregado espontáneamente al gobierno del Perú ¡y que devuelve después de recibir cuarenta mil pesos de "garantía" hasta que los gobiernos de Chile y Perú decidieran la cuestión!

Cochrane, a quien no hay que negarle su ilimitado coraje, evidentemente no había venido a América solamente para luchar por la independencia americana. Sin embargo, es recibido en Chile como un héroe a mediados de mayo de 1822. Aunque O'Higgins reconoció ante García del Río y Paroissien que "era el hombre más perverso de la tierra", pensaba que había que tolerarlo pues, si no, podía "llevarse la escuadra". Por desgracia ¡ya se la había llevado del Perú!

La actuación civil del Protector merece destacarse, a pesar de estar en parte acompañada por los decretos que declaraban subsistentes los títulos de Castilla, con el derecho de conservar los blasones aunque modificando los símbolos. Se mantenía así el andamiaje de la nobleza tradicional que, inclusive, estaba representada por tres condes en el Consejo de Estado originado en el nuevo estatuto. Además se impulsó una nueva aristocracia a través de la institución de la Orden del Sol, aun cuando su creación se basaba en los grandes servicios rendidos a la patria.

El decreto decía: "He contemplado hacer hereditario el amor a la gloria", llegando la herencia hasta la tercera generación. Sus componentes se dividían en tres clases: fundadores, beneméritos y asociados, y percibían una renta vitalicia de acuerdo con los grados establecidos. San Martín hizo una profusa distribución entre sus colaboradores. Si bien en algunos podía tener alguna justificación, en

otros solo aparecían los clásicos figurones y acomodaticios que se encuentran siempre a lo largo de la historia. Habría innumerables ejemplos para coleccionar entre los gobernantes de turno… Inclusive se crea una orden similar para las mujeres que, según Mitre, se distribuyó con poca discreción —valía más una cara bonita o un carácter condescendiente— y dio motivo a murmuraciones que perduraban todavía en los tiempos del historiador.

Con respecto a la Orden del Sol es necesario aclarar que, después de haber sido abolida por el Congreso Constituyente peruano el 9 de marzo de 1825, fue restablecida el 14 de abril de 1921 por el presidente A. B. Leguía y confirmada después por el Congreso, próximo a celebrarse el primer centenario de la proclamación de la Independencia como “un homenaje a la memoria del Protector de la Libertad del Perú… de acuerdo con las actuales ideas democráticas”, sin crear “ni privilegios ni prerrogativas”.

Si además agregamos el acuerdo de enviar una misión a Europa el 24 de diciembre de 1821 integrada por García del Río y Paroissien, para negociar la protección de Gran Bretaña y aceptar un príncipe de la casa reinante —dejada sin efecto por el Congreso Peruano el 22 de noviembre de 1822, dos meses después de que San Martín partiera para Chile—, es lógico aceptar que en las murmuraciones que todas estas medidas provocaban en civiles y militares se hablara del “Rey José”, ¡y algunos llegaron a pensar que pretendía coronarse como Napoleón! Ciertos cantos populares lo llamaban “el emperador”.

No obstante, su espíritu republicano prevalecía, y así extendió el beneficio de la libertad a todos los hijos de esclavos que hubieran nacido o nacieran en el Perú a partir del 28 de julio, día de la Independencia. Además, el 27 de agosto disponía la abolición del tributo pagado por el indio al español y agregaba: “En adelante no se denominarán los aborígenes indios o naturales: ellos son hijos y ciudadanos del Perú y con el nombre de peruanos deben ser conocidos.” Al día siguiente decreta:

“1) Queda extinguido el servicio que los peruanos conocidos antes con el nombre de indios o naturales hacían bajo la denominación de mitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos y toda clase de servidumbre personal; nadie podrá forzarlos a que sirvan contra su voluntad.

”2) Cualquier persona bien sea eclesiástica o secular, que contravenga a lo dispuesto en el artículo anterior, sufrirá la pena de expatriación.” En sus considerandos establecía: “Siendo un atentado contra la naturaleza y la libertad el obligar a un ciudadano a consagrarse gratuitamente al servicio de otro…”.

Consagró la inviolabilidad del domicilio, el hábeas corpus y las garantías individuales, y abolió, como es lógico, la Inquisición.

Prohibió los azotes en las escuelas y los tormentos en las cárceles, y Piñeiro recuerda: "…que a solo dos meses de llegar, cumplió otro gesto inusual: visitar las cárceles. Inusual porque ningún mandatario lo había hecho hasta entonces. Y le confirió a la visita aires de gran solemnidad. Escuchó a los presos, tomó nota de varias injusticias, y en el acto mismo dispuso la libertad de ciertos reclusos, aliviando las condenas de otros y ordenando que todas las causas pendientes debían concluir en un término perentorio: veinte días. Dispuso, asimismo, la construcción de un nuevo establecimiento, y dictó un reglamento carcelario con principios de humanidad y moralidad, legislando sobre orden, higiene, visitas, servicio médico, vestimenta, etc." Algo semejante había decretado en Cuyo el 25 de marzo de 1816: "Me ha conmovido la noticia que acabo de oír, de que a los infelices encarcelados no se les suministra sino una comida cada veinticuatro horas. La transmito a V.S., sin embargo del feriado, para que penetrado de iguales sentimientos propios de su conmiseración, se sirva disponer se les proporcione cena a horas que no alteren el régimen de la cárcel. Aquel escaso alimento no puede conservar a unos hombres, que no dejan de serlo por considerarlos delincuentes. Muchos de ellos sufren un arresto precautorio solo en clase de presuntos reos. Las cárceles no son un castigo sino el depósito que asegura al que debe recibirlo."

Aseguró la libertad de imprenta al abolir la censura previa. El decreto del 23 de octubre de 1821 expresaba: "Todo individuo puede publicar libremente sus pensamientos sobre cualquier materia sin estar sujeto a ninguna previa censura." No obstante aclaraba que, a través de la ley, se penarían los excesos, agravios y calumnias.

Todas las garantías individuales fueron cuidadosamente incluidas en el Estatuto Provisional dictado el 8 de octubre de 1821 que, además, sostenía el gobierno municipal por elecciones populares. Es indudable que lo más trascendente era la organización de una administración judicial independiente, proclamando que el Poder Ejecutivo siempre se abstendría de mezclarse en las funciones jurídicas. Su independencia era la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo, pues nada importaban las leyes ¡si el que las reglamentaba era su ejecutor!

Para tener una idea de la valentía con que todas esas leyes eran dictadas "en la muy noble ciudad de los virreyes", vale recordar que el decreto que abolía la esclavitud fue publicado el 28 de agosto de 1821 cuando en el Perú había más de cuarenta mil propietarios de esclavos, es decir, cuarenta mil enemigos de toda reforma civilizadora.

Las manifestaciones monárquicas de San Martín, que eran compartidas abiertamente por Monteagudo, habían producido discusiones y controversias entre los jefes del ejército, y se vieron

acrecentadas por un decreto de la Municipalidad de Lima aceptado por San Martín. Este dispuso la distribución, entre los jefes militares, de quinientos mil pesos en fincas confiscadas a españoles y prometió, además, a oficiales y soldados que siguieran en el servicio de las armas, las tierras vacantes en las provincias que eligiesen de residencia. San Martín distribuyó los quinientos mil pesos entre veinte de los jefes principales y asignó a cada uno de ellos una suma igual. Como es lógico, aumentaron así las rivalidades y resentimientos.

El 15 de octubre, después de poner en alerta a su regimiento, Tomás Heres llamó a los coroneles Pinto, Gamarra y Necochea y los puso en conocimiento de que sabía se estaba tramando una conspiración para deponer al Protector y atentar contra su vida. Todos estuvieron de acuerdo en informar a San Martín, quien restó importancia a las versiones que conocía de antemano. No obstante, al generalizarse la noticia, Las Heras, como jefe del estado mayor, solicitó al Protector una reunión de todos los jefes a la que, además de Heres, concurrió Monteagudo. En la misma se pidieron pruebas al denunciante quien, al dar los nombres, explicó que se le había solicitado que permaneciera neutral. Como es lógico, los testigos negaron lo manifestado por Heres y hubo incluso acusaciones de que había recurrido a esta trama para insubordinarse y hacerse cargo del mando.

La solución del problema suscitado quedó en manos del Protector. San Martín debió vivir por aquel entonces horas muy difíciles pues, cierta o no, la denuncia del militar colombiano servía para demostrar que se había perdido la confianza y la unidad en los hombres bajo su mando. Pero tomó la decisión —seguramente con profunda amargura — de sacrificar a Heres y lo intimó a pasar a Guayaquil.

Años después quedaría el testimonio de Guido al despedirse San Martín, ya de regreso de Guayaquil, el 20 de septiembre de 1822: "… para sostener el honor y la disciplina del ejército tendría necesidad de fusilar a algunos jefes y me falta valor para hacerlo con compañeros que me han seguido en los días prósperos y adversos." Y años más tarde el de Iriarte, quien fue testigo de una acalorada discusión entre San Martín y Alvear en casa de Robertson en Londres en el año '24. El Libertador entonces aceptó: "Es verdad, tuve que descender del gobierno, el palo se me cayó de las manos por no saberlo manejar." Agregaría, sin temor de equivocarme, que una vez más el humanista había superado al militar.

Durante todos aquellos meses, las tropas realistas se habían retirado al Cuzco y establecido ahí la sede del último gobierno colonial. En ese clima sano se habían recuperado e inclusive aumentado con nuevos reclutamientos.

San Martín se había dado cuenta de este peligro y, pensando en

una operación de gran envergadura, decide ocupar nuevamente el Valle de Ica para facilitar así la insurrección popular, aumentar sus propias tropas e iniciar operaciones de hostigamiento a los realistas. Para ello, a principios de enero de 1822, envía una división de más de dos mil hombres a cargo de dos peruanos: el general Tristán y el coronel Gamarra. Ninguno de los dos jefes gozaba de gran predicamento en lo militar, lo que quedó demostrado el 7 de abril de 1822, a casi siete meses de la caída de El Callao, cuando Canterac los sorprendió en La Macacona, a ocho kilómetros de Ica y destruyó la división, al tomar cerca de mil prisioneros y fusilar a varios oficiales, para luego retirarse nuevamente a las posiciones de la sierra.

Tristán y Gamarra fueron sometidos a un consejo de guerra por cobardía e ineptitud y fueron condenados a suspensión de mando. Indirectamente, el responsable era el propio San Martín pues él los había seleccionado.

Más o menos en la misma fecha que enviaba a Tristán y Gamarra a la sierra, San Martín decidió entrevistarse con Bolívar. Partió de Lima el 8 de febrero de 1822 y durante el viaje tuvo noticias de que Bolívar no iría por ese entonces a Guayaquil, por lo que decidió regresar a Lima adonde arribó el 3 de marzo. Poco después, y ante el desastre de la última expedición a las sierras, el Protector asumió en persona la suprema autoridad militar y delegó la totalidad del poder civil en Torre Tagle. Sintiéndose confiado, dicta una proclama al ejército el día 11 en la que expresa: "Vuestros hermanos de la división del sud no han sido batidos, pero sí dispersados. A vosotros toca vengar este ultraje. Sois valientes y conocéis tiempo ha el camino de la gloria. Afilad vuestras bayonetas y sables. La campaña del Perú debe concluirse este año."

Los acontecimientos no le darían la razón a pesar de que tenía un plan organizado, pero necesitaba para su realización la cooperación de los gobiernos de Chile, Argentina y del propio Bolívar, pues sus tropas eran escasas para encarar por sí solas la etapa final.

Ante el gobierno de Chile, San Martín acreditó un enviado diplomático para proceder de acuerdo con el representante de Colombia y obtener tropas para la expedición que preparaba hacia los puertos intermedios, que comandaría Alvarado. San Martín había decidido dividir sus tropas en dos direcciones: una al mando de Arenales —otra vez hacia las sierras— y la otra ya mencionada que —previo desembarco en Arica—, debía atacar el Alto Perú desde la costa. Precisamente la expedición argentina, que calculaba debía estar compuesta por aproximadamente mil hombres, se dirigiría desde Salta al mismo destino —el Alto Perú—, para abrir otro frente en esos territorios.

San Martín envía un pedido a Rivadavia y una carta al caudillo

cordobés Juan B. Bustos, e incita a este último a ponerse a la cabeza de la expedición.

Siempre se ha atribuido a Rivadavia el haber desoído los pedidos del Libertador, en especial, por los historiadores rosistas que consideran este hecho uno de sus principales baldones. La verdad histórica es que, como correspondía, Rivadavia envió la carta de San Martín y otra de Bustos a la junta de representantes, con el agregado de un proyecto del gobierno que proponía hallar una solución pacífica, como lo expresaban claramente los artículos I y II.

La primera consideración tuvo lugar el 2 de agosto de 1822, pasa a comisión y se trata en la sesión del 14 del mismo mes. En representación del gobierno, habló el ministro Manuel J. García, quien apoyó el proyecto pacificador que mereció la aprobación de los representantes Gómez, Agüero, Paso, Cruz y Anchorena, con argumentos poco sólidos como los expresados por este último: "Que la sala debía convencerse que, cuando el general San Martín dirigía la nota al gobierno, no debía tener conocimiento del estado de Tucumán, Salta, Jujuy, Santiago, Córdoba, ni tampoco de la invasión de los pampas a nuestro territorio. Pero se trataba de empeñar a la sala para el apresto de una expedición al Perú, que el señor Diputado preopinante no había tenido presente las dificultades que se aparecerían para arreglar la marcha de esa expedición, que si llegaba a Tucumán, quién prestaría garantías a su seguridad, y si aquellos mismos jefes no se opondrían a su tránsito…".

El único que defendió la propuesta de San Martín fue el doctor Esteban A. Gazcón quien, en un momento de la discusión, dijo: "Que el problema era grande, pero de fácil solución, y preferible el arbitrio propuesto por el general San Martín, por lo que había visto, se estaba viendo, y se vería. *Si vis pacem, para bellum*. Que lejos de presentar probabilidades sobre el buen éxito de las negociaciones, se veían las puertas cerradas, y las probabilidades en contra. Que ayer el general San Martín, con la ventaja y la moral de los pueblos en su favor, propuso la paz a Pezuela y este no la admitió: que en el Desaguadero el representante por esta ciudad, don Juan José Castelli, el general don Antonio Balcarce la propusieron, cuando el Perú todo presentaba el más lisonjero aspecto, se frustraron las negociaciones, y no encontraron más que orgullo. Que el general Belgrano hizo los mayores esfuerzos al propio fin en Ayohúma, y aun desde Tucumán y no halló sino desprecios. Que, con estos antecedentes, no podía esperarse, que el general La Serna, cuyo carácter era peor que el de todos los generales españoles, entrase en cesaciones de guerra…".

Una vez más, los representantes de Buenos Aires y no Rivadavia solamente —recordemos que Manuel J. García y en particular Tomás M. de Anchorena serían fervientes rosistas—, se desentendían de la

defensa de los intereses del país pues estaban ocupados en seguir luchando por los propios, en especial aquellos que protegían los provenientes de la asociación entre ganaderos y comerciantes. No era nada nuevo, pues ya lo había explicado claramente Miguel Zañartú, representante de Chile en Buenos Aires y hombre de la Logia Lautaro, en comunicación a O'Higgins el 14 de noviembre de 1821: "¡Qué sensible es el aislamiento en que se hallan estas Provincias, en circunstancias para ellas tan felices! Buenos Aires sigue invariable en su sistema de reconcentración o de egoísmo y sin que vea sobre sí el nublado de otras Provincias, ella no moverá un hombre, ni prestará el menor auxilio para tomar posesión del Perú."

La explicación de este proceder la daba el mismo Zañartú el 5 de febrero de 1820 en otra comunicación a su gobierno: "Todos abominan a San Martín, y no ven en él más que a un enemigo de la Sociedad desde que se ha resistido a tomar parte en las guerras civiles, y ha impedido la marcha de sus tropas. A él atribuyen la sublevación de los pueblos…". ¡No perdonarían jamás que el Libertador, en vez de venir a socorrerlos, prosiguiera con su destino!

Las gestiones encomendadas por San Martín al comandante de escuadrón Antonio Gutiérrez de la Fuente —peruano— ante Rivadavia, la Junta de Representantes de Buenos Aires y los caudillos provinciales y lo relacionado con el último intento del Libertador para terminar la guerra cuanto antes han sido profundamente analizados, con hallazgos originales, por Enrique de Gandía en su trabajo *La prensa porteña y los últimos planes de San Martín*, presentado ante el VI Congreso Internacional de Historia de América que se realizó en Buenos Aires en 1982.

Es este el momento de dedicar algo de tiempo a la relación entre San Martín y Rivadavia, que ha sido analizada en profundidad por Piccirilli. Parece ser que se conocieron en un banquete, en la casa de Antonio José Escalada, padre político de San Martín. En ese primer contacto, San Martín expresó sus ideas monárquicas que por aquel entonces no sustentaba Rivadavia y así se enfrentan por primera vez. Otras versiones hacen centrar la controversia en la oposición a la logia pues, según Vicente Fidel López, fue una de las causas fundamentales del cuartelazo de 1812 que echó por tierra al Primer Triunvirato del que Rivadavia era, sin duda, la figura más representativa.

Sin embargo esto no impidió que Rivadavia, en carta enviada a Belgrano desde París el 6 de junio de 1817, expresara su gran alegría por el triunfo de Chacabuco y admiración por la campaña de Chile, y que San Martín, ya de regreso, en carta a Guido desde Mendoza el 31 de julio de 1823, manifestara: "U. sabe que Rivadavia no es un amigo mío; a pesar de esto solo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en

América.”

Y así, una vez en Buenos Aires, San Martín tiene reuniones frecuentes con Rivadavia (atestiguadas por John Forbes, agente de Estados Unidos, y Woodbine Parish, cónsul general de Gran Bretaña). Persistían las discusiones sobre qué tipo de gobierno convenía a las naciones de América.

Tomás de Iriarte relata en sus memorias que San Martín obsequió a Rivadavia un retrato de Pizarro y la campanilla de plata de la Inquisición de Lima que el mismo Rivadavia mostró a Iriarte y que, además, figuraron en el inventario que se labró en Cádiz después de su muerte. Según lo que se ve por ese entonces —año 1824—, las relaciones eran bastante amistosas.

Ya en Europa (hay que destacar que por rara coincidencia en el año ’24 San Martín, Rivadavia y Alvear viajan con ese destino) Rivadavia, en carta a Manuel J. García fechada el 20 de septiembre, deja traslucir por primera vez sus desavenencias profundas al decir: “…es un gran bien para ese país que dicho general esté lejos de él.”

El 22 de marzo de 1825 se encuentran en Londres nuevamente. No se conoce con profundidad lo sucedido —es lógico pensar que insistían en sostener cada uno las mismas ideas—, pero lo cierto es que se disgustaron y separaron para siempre.

Las opiniones de San Martín sobre la administración de Rivadavia cambiaron totalmente, como queda documentado en carta a O’Higgins desde Bruselas el 20 de octubre del año ’27, donde expresa: “Ya habrá usted sabido la renuncia de Rivadavia; su administración ha sido desastrosa, y solo ha contribuido a dividir los ánimos; él me ha hecho una guerra de zapa, sin otro objeto que minar mi opinión, suponiendo que mi viaje a Europa no ha tenido otro objeto que el de establecer gobiernos en América; yo he despreciado tanto sus groseras imposturas, como su innoble persona. Con un hombre como este al frente de la administración, no creí necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra contra Brasil, y por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido despreciados…”.

Rivadavia, cinco años después de la acalorada y última discusión con San Martín en Londres, y ya en Francia solo, triste y pobre (como relata Piccirilli), expresa y resume su pensamiento político en carta que escribió el 14 de marzo de 1830 a un amigo: “Usted me expresa —decía—, que el mal éxito que han tenido hasta el presente todos los ensayos del gobierno que se han puesto a prueba, bajo formas republicanas en las nuevas Repúblicas, ha desesperado en tal grado a esos pueblos, que empiezan a inclinarse a preferir el sistema monárquico: esta es la más funesta y triste prueba de su incapacidad. Mi amigo: las causas del mal no son las formas, los principios ni el sistema; son la desproporción del territorio con la población, la falta

de capitales, la ignorancia e imperfección social de los individuos, y las consecuencias del sistema colonial y de la guerra de la independencia… A pesar de lo infelices que son esos pueblos 'gemirán aun peor, si para obtener o conservar su independencia, hubieran adoptado y conseguido establecer el sistema monárquico'… En esos pueblos no pueden establecerse monarquías ni príncipes de Europa, y menos podrían sostenerse sin la independencia de Europa, o lo que es lo mismo, sin recursos de capitales y fuerzas que ella no quiere ni podrá nunca dar, y, lo que más hace al caso, que no puede absolutamente prestar.

”Es preciso que el extremo de los males y la desesperación ciegue a esos pueblos para que no adviertan lo que en los años se ha destruido y creado en ellos… Para mí es evidente, y me sería muy fácil demostrarlo, que los trastornos de nuestro país provienen, mucho más inmediatamente de la falta de espíritu público y cooperación en el sostén del orden y de las leyes, por los hombres de orden, que en los ataques de los díscolos, ambiciosos sin méritos ni aptitud, codiciosos sin industria…”.

¡Qué trascendencia esclarecedora tienen estos conceptos en nuestros días en la lucha permanente entre democracia y autoritarismo!

Piccirilli, al final de su meticuloso análisis, sintetiza lo ocurrido de esta manera: “Dos distingos fueron en ellos fundamentales y trajeron con el tiempo las desavenencias. San Martín monárquico, por práctica y conveniente circunstancia de los hechos, no cambió, prosiguió invariable en sus principios; Rivadavia marchado a Europa para trabajar una monarquía, después de un lustro de ver el espectáculo de las cortes y escuchar la prédica de algunos pensadores franceses destacados y de Jeremías Bentham, retornó entusiasmado con la República. San Martín consideró que habían fallado las instituciones; Rivadavia creyó en ellas, y adujo que las deficiencias fincaban en la falta de fuerza moral y de historia con que aparecían revestidas.”

Con respecto a la ayuda de Bolívar, el Protector era optimista pues el Libertador venezolano ya lo había expresado en carta enviada desde Bogotá el 10 de enero de 1821: “…Me hallo en marcha para ir a cumplir mis ofertas de reunir el imperio de los incas al imperio de la libertad. Sin duda que más fácil es entrar en Quito que en Lima; pero V.E. podrá hacer más fácilmente lo difícil que yo lo fácil. Bien pronto la divina providencia, que ha protegido hasta ahora los estandartes de la ley y de la libertad nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano.”

Además, después de la ayuda prestada por San Martín a Sucre por pedido de este último —que se encontraba en graves dificultades—, el

Protector ordena el envío desde la frontera de Quito de una división auxiliar de mil trescientos hombres, al mando de Andrés Santa Cruz, lo que permite a Sucre triunfar precisamente en Riobamba y Pichincha el 24 de marzo de 1822. Bolívar le escribe nuevamente desde Quito el 17 de junio: “Al llegar a esta capital después de los triunfos obtenidos por las armas del Perú y Colombia, en los campos de Bomboná y Pichincha, es mi más grande satisfacción dirigir a V.E. los testimonios más sinceros de la gratitud con que el pueblo y el gobierno de Colombia han recibido a los beneméritos libertadores del Perú, que han venido con sus armas vencedoras a prestar su poderoso auxilio en la campaña que ha libertado tres provincias del sur de Colombia… Tengo la mayor satisfacción en anunciar a V.E. que la guerra de Colombia está terminada, que su ejército está pronto para marchar dondequiera que sus hermanos lo llamen y muy particularmente a la patria de nuestros vecinos del sur, a quienes por tantos títulos debemos preferir como los primeros amigos y hermanos de armas.” San Martín responde el 13 de julio: “Los triunfos de Bomboná y Pichincha han puesto el sello de la unión de Colombia y del Perú… El Perú es el único campo de batalla que queda en América y en él deben reunirse los que quieren obtener los honores del último triunfo contra los que ya han sido vencidos en todo el continente. Yo acepto la generosa oferta que V.E. se sirve hacerme en su despacho del 17 del pasado: El Perú recibirá con entusiasmo y gratitud todas las tropas de que V.E. pueda disponer, a fin de acelerar la campaña y no dejar el mayor influjo a las vicisitudes de la fortuna…”.

Esta unión tenía como base jurídica el tratado firmado en Lima el 6 de julio por el general Joaquín de Mosquera en representación de Colombia y Bernardo Monteagudo, cuyo artículo primero establecía: “La república de Colombia y el estado del Perú se unen, ligan y confederan desde ahora para siempre en paz y guerra para sostener con su influjo y fuerzas marítimas y terrestres, en cuanto lo permitan las circunstancias, su independencia de la nación española y de cualquier otra dominación extranjera, y asegurar, después de reconocida aquella, su mutua prosperidad, la mejor armonía y buena inteligencia, así entre sus pueblos súbditos y ciudadanos, como con las demás potencias con quienes deben entrar en relaciones.” La ayuda bolivariana no llega a concretarse pues ya estamos cerca de Guayaquil.

Creo que es importante recalcar una frase, que contiene la carta de Sucre para solicitar ayuda, que ha pasado casi inadvertida para los historiadores argentinos pero no para el venezolano Ruiz Rivas: “Los colombianos verán con una orgullosa satisfacción marchar entre sus filas a los libertadores del sur y ESTAR A LAS ÓRDENES DE V.E.” Era una invitación directa para que el Protector se hiciera cargo

personalmente de las tropas conjuntas y, de esa manera, entrar en Quito después del triunfo de Pichincha, AL MANDO DE LAS MISMAS y ahí esperar a Bolívar que venía desde el norte. La historia, desde ese momento, hubiera sido escrita de otra manera. ¿Por qué San Martín no aceptó el convite? No está claro pero evidentemente dejó escapar otra oportunidad, quizá superior a la que se le presentó después de la toma de El Callao.

La terminación de la guerra en el norte, con la entrada de Bolívar y Sucre en Quito, coincidió con una nueva resolución de las cortes españolas para tratar alguna forma de solución pacífica. Como consecuencia, San Martín escribe a La Serna el 14 de julio y le propone un armisticio por sesenta días y, al mismo tiempo, se nombran representantes por ambas partes para que, de común acuerdo, redactasen un tratado que sería presentado al congreso constituyente peruano, próximo a reunírse

Bolívar apoyaba la idea en carta que le enviara el 21 de julio de 1822. La Serna, conociendo con seguridad los complejos problemas que San Martín estaba enfrentando, contesta negativamente y dice que solo las armas decidirían la contienda. Una vez más los esfuerzos de San Martín por evitar nuevos derramamientos de sangre se veían frustrados.

Se acercaba el momento trascendente en que los dos libertadores se encontrarían en Guayaquil, donde Bolívar se hallaba después de haberla ocupado militarmente desde el 16 de junio de 1822.

Capítulo XI
GUAYAQUIL

Es evidente que la conferencia de Guayaquil constituye, a pesar de su corta duración, el hecho más trascendente de la vida del general San Martín debido a sus consecuencias, que el mismo Libertador reconoce en la carta que envía veintiséis años después —el 11 de septiembre de 1848— al mariscal peruano Ramón Castilla: "Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometía mi honor y reputación, sino que era tanto más sensible, cuanto que conocía que, con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la Independencia hubiera sido terminada en todo el año '23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) por los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que Ud. podrá calcular y que no está al alcance de todos el poder apreciarlos."

Y así es. Hay que admitir que este nuevo renunciamiento muestra no solamente la lucidez mental que poseía para analizar los factores en juego y tomar al final la decisión que más convenía a los destinos de la gesta libertadora —aunque comprometía "su reputación"— sino además —y esto es para mí lo más significativo— ¡"tener que guardar silencio" a pesar de todas las diatribas, acusaciones e insultos que cayeron sobre sus espaldas! Son pocos los ejemplos semejantes del pasado que nos da la historia. Son pocos los ejemplos semejantes que encontramos en la de nuestro tiempo.

Mucho es lo que se ha escrito sobre la entrevista de Guayaquil por autores argentinos y sudamericanos, pero pocos son los que han mantenido la ecuanimidad y el sentido común. Abundan los que, pecando de un nacionalismo exagerado (tanto venezolanos como argentinos), han tergiversado los hechos y enturbiado la historia a través de la impugnación de documentos y antecedentes. Así contribuyeron, sin darse cuenta, a la desunión de Latinoamérica.

Lógicamente para narrar lo ocurrido en Guayaquil hay que volver una vez más a la historia de Mitre —quien tuvo la suerte de consultar no solo los documentos sino a ciudadanos civiles o militares que todavía vivían en su tiempo— y al trabajo minucioso de José Pacífico

Otero. Pero después ha habido nuevos aportes que completaron el conocimiento preciso de los hechos.

A mi entender, las contribuciones de Ricardo Rojas en *El santo de la espada* y principalmente el análisis crítico de Enrique de Gandía en sus libros *Bolívar y la libertad, San Martín: su pensamiento político* y *El pensamiento político de Simón Bolívar y la unidad de América*, publicados en 1957, 1964 y 1976 respectivamente, han sido los que con más criterio indagaron acerca de la conferencia de Guayaquil. También Petriella realizó un resumen minucioso que complementa el anterior de Galván Moreno.

Antes de analizar la conferencia en sí, veamos en qué condiciones se hallaban ambos Libertadores.

a) Bolívar: desde el punto de vista militar tenía ventajas positivas. Después de Pichincha, donde el mariscal Aymerich capituló frente a Sucre, la lucha había terminado en la gran Colombia. Sin embargo la situación económica y financiera de ese país era grave, con escasos recursos. Por otra parte se habían difundido movimientos separatistas —como lo documenta Ruiz Rivas—, que tenían en aprietos al gobierno de Santander. Este reclamaba insistentemente la presencia de Bolívar en Bogotá y Caracas para mantener la unidad territorial.

b) San Martín: su situación militar era diferente. Parte importante del Perú seguía en poder de los realistas al mando de La Serna y Canterac, quienes habían reorganizado sus fuerzas y contaban con suficiente poderío demostrado al derrotar a Tristán y Gamarra. Lima estaba pues amenazada, y se agregaba a ello la pérdida de la escuadra (Cochrane había abandonado El Callao) y el estado de inercia y desconfianza, como quedaba claramente demostrado después de la toma de El Callao y de la supuesta conspiración denunciada por Tomás Heres. Tampoco hay que olvidar el deterioro que se había producido entre jefes y oficiales por el reparto de los quinientos mil pesos.

En lo social, la creación de órdenes nobiliarias, además de hacer aparecer a los adulones de turno, había dañado la imagen del Protector frente a las masas populares ("Emperador", "Rey José") y, por otra parte, las medidas de profundas reformas sociales habían creado fricciones con la aristocracia limeña.

No hay que olvidar el severo autoritarismo desplegado por Monteagudo —por aquel entonces ferviente monárquico— que había cambiado la opinión popular con respecto a San Martín y a sus colaboradores inmediatos. No tiene otra explicación el hecho de que el mismo Congreso que el 20 de septiembre de 1822 había proclamado a San Martín fundador de la Libertad del Perú, tributara un destacado

homenaje a lord Cochrane dos días después. Es importante transcribir el acta: “El Congreso Soberano Constituyente del Perú, contemplando lo que la libertad del Perú debe al Honorable Lord Cochrane, por cuyo genio, fortuna y valor, el Pacífico ha sido liberado de los traidores enemigos y el estandarte de la libertad plantado en todas las costas del Mar del Sur.

”Resuelve:

”Que la Junta Ejecutiva de Gobierno, en nombre de la Nación, brinde a lord Cochrane, almirante de la escuadra de Chile, los más sinceros sentimientos de gratitud por sus esfuerzos en favor de este pueblo, tiranizado hasta el presente por fuerzas poderosas, pero ahora árbitro de su propia fuerza. La Junta Ejecutiva habrá comprometido sus sentimientos y tomará las medidas necesarias para este propósito, ordenando que se publique, se imprima y circule esta resolución.”

El valor desplegado por el lord justificaba en parte el homenaje rendido pero la frase de que el pueblo estuvo “tiranizado hasta el presente por fuerzas poderosas” hace pensar que los intentos de este Congreso por retener a San Martín fueron solamente de forma, ya que se sabía de antemano la resolución irrevocable del Libertador. La historia, a veces, está manchada de hipocresía que hay que saber buscar pues no siempre está presente en la superficie sino que, por el contrario, yace sumergida y enmarcada entre sus propios actores. En este caso en particular, los que redactaron la resolución del 22 de septiembre no tenían derecho a insultar a San Martín de tal manera, pues el análisis global de su actuación en el Perú es ampliamente favorable. ¡Muchos de ellos le escribirían poco después a Chile y a Mendoza rogándole su pronto regreso!

En conclusión, el estado espiritual de los dos Libertadores era bien diferente con ventajas significativas a favor de Bolívar, quien seguía manteniendo su espíritu guerrero, como lo demostrara al tomar Guayaquil, a pesar de las opiniones desfavorables del pueblo, que estaba de acuerdo con seguir formando parte del Perú.

Si se rastrea con cuidado la documentación preexistente a Guayaquil, se puede encontrar que después de la rendición de El Callao, en carta a O’Higgins del 23 de septiembre de 1821, San Martín manifiesta: “En conclusión yo ya veo cercano el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras y retirarme a un rincón para vivir como hombre.” Corroborando lo manifestado con anterioridad, en la proclama al pueblo peruano desde Pisco el 13 de octubre de 1820, expresa: “El día que el Perú pronuncie libremente su voluntad sobre la forma de sus instituciones que deben regirlo, cualesquiera que ellas sean, cesarán de hecho mis funciones.” Posteriormente escribe al mismo O’Higgins el 10 de agosto de 1821: “Espero que mi permanencia no pasará de un año pues usted, que

conoce mis sentimientos, sabe que no son mis deseos otros que el de vivir tranquilo y retirarme a mi casa a descansar.”

Como dice Piccirilli, parecía llevar prisa por alejarse de la escena pues, tres días después de que el consejo de estado se reuniera para decretar el envío de del Río y Paroissien a Europa, el 27 de diciembre de 1821, anunciaba por decreto la convocatoria del congreso que determinaría la forma de gobierno para los peruanos. El artículo segundo era definitorio: “Los objetos únicos —decía— de su reunión serán: establecer la forma definitiva de Gobierno, y dar la constitución que mejor convenga al Perú, según la circunstancias en que se hallan su territorio y población. Los poderes que den los pueblos a sus diputados, se contraerán exclusivamente a estos objetos, y serán nulos los que se excedan de ellos…”. Esto contradecía en parte lo resuelto el 8 de octubre de 1821 cuando, una vez dictado el nuevo “Estatuto Provisional”, el Protector se empeñaba por juramento a cumplir fielmente el Estatuto hasta que, asegurada la independencia de todo el territorio del Perú, se convocara a un congreso general que estableciese la Constitución. Como bien se sabe, todavía no era independiente todo el territorio nacional.

Enrique de Gandía afirma que San Martín estaba muy decidido desde que asumió el mando de Lima a no gobernar más de un año. Y siguió los consejos que García del Río le transmitió desde Santiago de Chile, el 21 de marzo de 1822 —cuatro meses antes de Guayaquil— con respecto a su renuncia al mando: “Personas hay aquí que creen que usted se ha ido de puro aburrido, y que en lugar de tener la entrevista con Bolívar, solo ha sido este un pretexto para marcharse a Europa. Otros creen que usted ha tenido que ceder a la necesidad y aparentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución, y como la causa perdería mucho con que esta vez se generalizase y, por otra parte, no hay para que dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que, cuando usted regrese de su viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible, en seguida proceda usted a la apertura del Congreso, y allí puede renunciar al mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a usted ni quede lugar a creer que el paso ha sido forzado. Esta es mi opinión, usted resolverá todo lo que crea más conveniente.”

¡Quizás esto explique el que no aceptara la invitación de Sucre a comandar las tropas colombianas antes de Riobamba y Pichincha, ya comentado anteriormente!

Creo que estos antecedentes previos que he indagado con sumo cuidado son de importancia para establecer el clima de Guayaquil.

En la mañana del 25 de julio de 1822 Bolívar terminaba de escribirle a San Martín una extensa carta, precisamente en el momento

en que se avistaba la goleta *Macedonia* que conducía al Protector y que anclaba frente a la isla de Puná. En esa carta el Libertador del Norte expresaba: "Es con suma satisfacción, dignísimo amigo y señor, que doy a usted por la primera vez el título que mucho tiempo a mi corazón le ha consagrado. Amigo le llamo a Usted, y este nombre será el solo que debe quedarnos por la vida, porque la amistad es el único vínculo que corresponde a hermanos de armas, de empresa y de opinión… Tan sensible me será el que usted no venga a esta ciudad como si fuésemos vencidos en muchas batallas, pero no, usted no dejará burlada el ansia que tengo de estrechar en el suelo de Colombia al primer amigo de mi corazón y de mi patria. ¿Cómo es posible que usted venga de tan lejos para dejarnos sin la posesión positiva en Guayaquil, del hombre singular que todos anhelan conocer, y si es posible tocar?

"No es posible, respetable amigo, yo espero a usted y también iré a encontrarlo dondequiera que usted tenga la bondad de esperarme; pero sin desistir que usted nos honre en esta ciudad…".

Algunas versiones que circulaban decían que el Protector no desembarcaría. Bolívar destacó a dos de sus edecanes para saludarlo, hacerle entrega de la carta y ofrecerle entera hospitalidad.

Al día siguiente, 26 de julio, el Protector, con sus edecanes y el personal de acompañamiento desembarcó entre los aplausos del pueblo. Se dirigió a la casa que se le había destinado donde el Libertador del Norte lo esperaba rodeado de su estado mayor. Los dos próceres se abrazaron y tomados del brazo se dirigieron al interior de la misma. Se destacaba la diferencia de estatura: Bolívar bajo y delgado, San Martín alto y corpulento, y la distinta vestimenta —Bolívar con su uniforme de gala lleno de entorchados, San Martín vestido con su habitual sencillez espartana—.

En el salón, tras las presentaciones correspondientes, San Martín atendió a las delegaciones que iban a saludarlo. Un grupo de damas le dio la bienvenida y una hermosa joven de dieciocho años, Carmen Garaycoa, se adelantó y ciñó la frente del Protector con una corona de laureles de oro esmaltado. San Martín, perturbado, quitándosela expresó que otros más que él eran merecedores de esa demostración, pero que conservaría el presente por el sentimiento patriótico que lo inspiraban y por las manos que se lo ofrecían.

Una vez retirada la concurrencia, los dos próceres quedaron solos por primera vez, durante algo más de una hora y media. La puerta se abrió en una sola oportunidad alcanzando Tomás Mosquera, el secretario de Bolívar, a pedido de éste, algunas cartas de Santander, presidente de Colombia. Luego, Bolívar se retiró con rostro grave y preocupado y San Martín hubo de acercarse al balcón para saludar a la multitud que lo aclamaba. Algunas horas más tarde, después de un

breve descanso, San Martín retribuyó la visita a Bolívar y estuvieron juntos aproximadamente durante media hora.

Al día siguiente el Protector, desde temprano, ordenó embarcar su equipaje, y anunció que esa misma noche pensaba hacerse a la vela. A la una de la tarde se dirigió a la casa del Libertador del Norte y ambos, sin testigos, conferenciaron hasta las cinco. Por último, participaron de un banquete. A la hora de los brindis Bolívar se puso de pie y expresó: “Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo.” A lo que el Protector contestó: “Brindo por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas repúblicas del continente americano y por la salud del Libertador de Colombia.”

El banquete duró aproximadamente dos horas. A las siete San Martín se retiró a su hospedaje para concurrir más tarde al baile que le ofrecía el Ayuntamiento donde, a diferencia de Bolívar que bailó con entusiasmo, permaneció como frío espectador. Se retiró, de acuerdo con lo convenido con el Libertador del Norte, a eso de la una de la madrugada, y salió por una puerta secreta en compañía de su ayudante Rufino Guido y el coronel Soyer. Se dirigió directamente a la *Macedonia* con un bote que lo esperaba en el embarcadero donde Bolívar, que lo había acompañado, le obsequió una miniatura con su retrato que el Protector conservó celosamente durante el resto de su vida.

Dice Gerónimo Espejo que al día siguiente San Martín se levantó “al parecer muy preocupado y pensativo”. Mientras se paseaba por cubierta después del almuerzo, dijo a sus edecanes: “¿Pero han visto Uds. cómo el general Bolívar nos ha ganado de mano? Mas espero que Guayaquil no será agregada a Colombia porque la mayoría del pueblo rechaza esta idea.”

¿Cuáles fueron los temas que realmente se trataron, discutieron y profundizaron durante las seis horas de las entrevistas? ¿Cuáles fueron las principales discrepancias y a qué acuerdos llegaron los Libertadores? Al no labrarse ninguna acta ni haber testigos presenciales, la entrevista solo ha podido ser reconstruida a través de: a) documentos —algunos altamente cuestionados—, principalmente por historiadores argentinos y venezolanos; b) algunas declaraciones ampliatorias posteriores y c) el análisis de los hechos reales que precedieron a Guayaquil y de los que acontecieron en los años subsiguientes.

Ya se han analizado previamente las cartas intercambiadas entre Bolívar y San Martín en las que este último aceptaba sin reservas la ayuda ofrecida por el Libertador venezolano, que queda corroborada por el acuerdo suscripto el 6 de julio entre Mosquera y Monteagudo.

Existía, sin duda, una gran admiración mutua que se había iniciado

con la carta que Bolívar envió a San Martín después de la batalla de Carabobo, el 23 de agosto de 1821: "…Mi primer pensamiento en el campo de Carabobo, cuando vi mi patria libre, fue V.E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo se oponía a que yo volase a extender mis brazos al LIBERTADOR DE LA AMÉRICA DEL SUR, el gozo colmó mis sentimientos.

"V.E. debe creerme: después del bien de Colombia, nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de V.E., tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos donde quiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra.

"¡Quiera el cielo que los servicios del ejército colombiano no sean necesarios a los pueblos de Perú! Pero él marcha penetrado de la confianza de que, unido con San Martín, todos los tiranos de la América no se atreverán ni aun a mirarlo…". Esta admiración continuó a través del tiempo. Así, en carta a Santander el 23 de enero de 1824 expresa: "Yo insto de nuevo por esta vía, porque se acepte mi dimisión a fin de que no me obliguen a seguir a mi compañero San Martín, pues no será extraño que yo tome tan bello modelo."

De la misma forma era correspondido por San Martín quien, en carta a Guido del 18 de diciembre del '27 precisamente por comentarios que su entrañable amigo le hace llegar sobre Guayaquil, después de explayarse sobre "la baja y sucia chismografía que por desgracia abunda en nuestra América", dice más adelante refiriéndose a Bolívar: "…pero nunca me ha merecido la de impostor, defecto no propio de un hombre constituido en su rango y elevación." En carta a Lafond del 2 de abril de 1840, resume su juicio definitivo de esta manera: "En cuanto a los hechos militares de este general, se puede decir que ellos le han granjeado con razón la fama de ser considerado como el hombre más asombroso que ha conocido la América del Sud. Lo que le caracteriza por sobre todo, formando en cierto sentido su rasgo especial, es su constancia a prueba, que se fortalecía en las dificultades, sin dejarse abatir por ellas, por más grandes que fuesen los peligros a los cuales se hubiera arrojado su alma ardiente."

Es preciso recordar, como detalles significativos, que una de las primeras medidas de Bolívar, al llegar a Lima, fue reponer el retrato de San Martín que Riva Agüero había hecho retirar del Salón de Honor del Palacio Gubernativo. San Martín —como ya se ha dicho— conservó hasta la muerte el de Bolívar, obsequiado en Guayaquil por el mismo Libertador del Norte, junto al retrato pintado por su propia hija.

¿Cómo es posible entonces que tanto se haya escrito —insisto, a veces con exceso de parcialidad— sobre dos hombres que tanto se respetaron y admiraron mutuamente?

No obstante, para no dejar al lector sin información, hay que

repetir aquí —extractando sus conceptos capitales— los documentos más citados:

a) Dos días después de la entrevista, Bolívar redactó una carta al general Santander llena de optimismo: "…El Protector me ha ofrecido su eterna amistad hacia Colombia; intervenir en favor del arreglo de límites; no mezclarse en los negocios de Guayaquil; una confederación completa y absoluta aunque no sea más que con Colombia, debiendo ser la residencia del congreso Guayaquil; ha convenido en mandar un diputado por el Perú a tratar, de mancomún con nosotros, los negocios de España con sus enviados; también ha recomendado a Mosquera a Chile y Buenos Aires, para que admitan la federación; desea que tengamos guarniciones cambiadas en uno y otro Estado. En fin, él desea que todo marche bajo el aspecto de la unión, porque conoce que no puede haber paz y tranquilidad sin ella. Diré que no quiere ser rey, pero que tampoco quiere la democracia y sí el que venga un príncipe de Europa a reinar en el Perú. Esto último yo creo que es proforma. Dice que se retirará a Mendoza, porque está cansado del mando y de sufrir a sus enemigos… Su carácter me ha parecido muy militar y parece activo, pronto y no lerdo. Tiene ideas correctas de las que a Ud. le gustan, pero no me parece bastante delicado en los géneros de sublime que hay en las ideas y en las empresas… Gracias a Dios, mi querido general, que he logrado con mucha fortuna y gloria cosas bien importantes: primera, la libertad del Sur; segunda: la incorporación a Colombia de Guayaquil, Quito y las otras provincias; tercera: la amistad de San Martín y del Perú para Colombia; y cuarta, salir del ejército aliado, que va a darnos en el Perú gloria y gratitud, y todos nos respetan, porque a nadie he cedido. Los españoles mismos van llenos de respeto y de reconocimiento al gobierno de Colombia."

b) La carta que San Martín envió a Bolívar el 29 de agosto de 1822, que apareció por primera vez en francés en el libro de Gabriel Lafond de Lurcy —que había servido en un barco de la escuadra peruana durante el Protectorado de San Martín—, *Voyages autour du monde et naufrages célèbres*, en el año 1843.

"Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso, de que su delicadeza no le permitiría jamás mandarme, y que, aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el Congreso de Colombia no consentiría su separación de la república, permítame, general, le diga no me han parecido plausibles. La primera

se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al congreso sería acogida con unánime aprobación cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y la del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

”No se haga V. ilusiones, general. Las noticias que tienen de las fuerzas realistas son equivocadas: ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de 19.000 veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres, y de estos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas, según me escribe este general, no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones), en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que V. envía será necesaria para mantener la guarnición del Callao y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido, porque estoy íntimamente convencido, que sean cuales fueran las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de la América es irrevocable; pero también lo estoy de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos, y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos evitar la continuación de tamaños males.

”En fin, general: mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú, y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América del Sur debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo, y es preciso conformarse.

”No dudando que después de mi salida del Perú el gobierno que se establezca reclamará la activa cooperación de Colombia, y que usted no podrá negarse a tan justa exigencia, remitiré a usted una nota de todos los jefes cuya conducta militar y privada puede ser a usted de alguna utilidad su conocimiento.

”El general Arenales quedará encargado del mando de las fuerzas argentinas. Su honradez, coraje y conocimientos, estoy seguro lo harán acreedor que usted le dispense toda consideración.

”Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de

Colombia. Permítame, general, que le diga que creí que no era a nosotros a quienes correspondía decidir este importante asunto. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos Estados de Sud América.

”He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalecerse para perjudicarla, y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

”Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil. Admita usted, general, esta memoria del primero de sus admiradores.

”Con estos sentimientos, y con los de desearle únicamente sea usted quien tenga la gloria de terminar la guerra de la independencia de la América del Sud, se repite su afectísimo servidor. José de San Martín.”

No se sabe con seguridad cómo Lafond obtuvo esta información. Algunos autores sostienen que fue el propio Mosquera quien se la facilitó; en cambio Mitre afirma que fue el propio general San Martín quien le entregó el original. Si indagamos en la correspondencia de Lafond, nos encontramos con que la carta a San Martín del 5 de septiembre de 1838 le expresa: “Yo no disimularé, mi general, que busco la verdad y nada más que la verdad.” En su libro deja claramente establecido que los datos de la carta los ha obtenido del propio San Martín y del ayudante de campo de Bolívar que servía de secretario en esa ocasión, pero no menciona su nombre. Otero lógicamente deduce que la carta le fue facilitada por José Gabriel Pérez o el coronel Tomás Mosquera.

Después de haber leído con detención las contribuciones de Enrique de Gandía, Alberdi y Mitre, me queda la sensación de que el original estaba en manos del secretario de Bolívar y el borrador en los archivos de San Martín. Estos borradores son los que Balcarce, en ausencia de San Martín, facilitó a Alberdi en París y entregó años después de la muerte de San Martín a Mitre.

La autenticidad de la carta puede probarse, por otra parte, a través de un párrafo que nada tiene que ver con Guayaquil: “Con el comandante Delgado, dador de esta, remito a usted una escopeta y un par de pistolas, juntamente con un caballo de paso que le ofrecí en Guayaquil”, lo que ha sido comprobado a través de las investigaciones de Julio César Chaves.

Es importante agregar la comparación y el análisis realizados por Enrique de Gandía que demuestran que la carta de Lafond, en esencia,

sostiene los mismos argumentos que se hallan documentados en las memorias que José Gabriel Pérez envió al gobierno de Bogotá y a Sucre, la primera dictada por Bolívar. El análisis de Gandía tiene un alto valor histórico, pues estos mismos documentos han sido contrapuestos por otros historiadores al no haberlos analizado en profundidad.

El sector bolivariano la trató de apócrifa o escrita por San Martín muchos años después, ya que cuando fue publicada el Libertador todavía vivía. San Martín continuaba guardando riguroso e impenetrable silencio.

Por otra parte, sería difícil aceptar que un hombre, que había dado tantas muestras de una conducta intachable a través de su larga lucha (y que llegara a expresar los siguientes conceptos en carta a Guido del 18 de diciembre del ’27: “La conciencia es el mejor y más imparcial juez que tiene el hombre de bien. Ella debe servir para corregirnos pero no para depositar una confianza que nos pueda ser funesta”), fuera capaz de aceptar la publicación de una carta apócrifa máxime que, como era lógico, Bolívar no podía contestarle pues había fallecido en el exilio el 17 de diciembre de 1830. Quizás era esta una razón más, que justificaba su largo silencio. Ricardo Rojas refiere a su vez que, a su pedido, el profesor Paul Rivet realizó una investigación en los archivos franceses y comprobó la autenticidad de la carta.

c) Relacionadas con la carta de Lafond existen otras dos. Una de Bolívar del 25 de agosto de 1822, que obviamente debe haberse cruzado con la de San Martín y en la que el venezolano, al recapacitar, acepta la oferta de aquel: “Su ayuda militar con la cooperación de V.E. bajo mi inmediata iniciativa”. San Martín contesta el 10 de septiembre: “Mi obra ha llegado al cenit; no la expondré jamás a las ambiciones personales; de aquí que no acepte ser el cooperador de vuestra obra. El Perú aceptará la alianza ofrecida y Colombia no ha de negarle su ayuda, pero asumiendo esta directamente las obligaciones que sean de su cargo.

”He convocado al Congreso para presentar ante él mi renuncia y retirarme a la vida privada con la satisfacción de haber puesto a la causa de la libertad toda la honradez de mi espíritu y la convicción de mi patriotismo. Dios, los hombres y la historia juzgarán mis actos públicos. V.E. será el continuador de mi obra y siendo V.E. militar afortunado, ha de coronar con la gloria de la victoria.” Como se ve, ya ha decidido retirarse de la gesta libertadora.

Estas dos cartas fueron publicadas por Eduardo L. Colombres Mármol en su libro sobre la entrevista de Guayaquil y ocasionaron acaloradas discusiones entre historiadores venezolanos y argentinos. Los primeros las declararon apócrifas y los segundos demostraron su

veracidad.

Para aquellos que quieran profundizar sobre este tema es aconsejable la lectura del libro *San Martín y Bolívar frente al hallazgo de nuevos documentos históricos*, de Rómulo D. Carbia.

d) Desde Bruselas San Martín escribe a Guillermo Miller —uno de los grandes protagonistas de la gesta libertadora— el 9 de abril de 1827 y dice: “En cuanto a mi viaje a Guayaquil, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que me pudiera prestar para terminar la guerra del Perú; auxilios que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia, después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba con 9600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primer conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles solo podía desprenderse de tres batallones con la fuerza total de 1070 plazas. Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia; así es que mi resolución fue tomada en el acto, creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día, y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que, habiendo convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: ‘Ahora le queda a usted, general, un nuevo campo de gloria en el que va usted a poner el último sello a la libertad de la América. (Yo autorizo y ruego a usted escriba al general Blanco a fin de ratificar este hecho)’. A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué, habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote y entregándome su retrato como una memoria de lo sincero de su amistad; mi estadía en Guayaquil no fue más que de cuarenta horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba.”

Es necesario destacar que esta carta aparece por primera vez en Londres, en el libro *Memories of General Miller in the Service of the Republic of Peru.* Las memorias fueron arregladas y publicadas por su hermano John en 1828. Al año siguiente se reproduce en la segunda edición inglesa y en la traducción al español realizada por el general español José María Torrijos, en la misma ciudad. Es lógico pensar que llegaron a conocimiento de Bolívar —vivía por ese entonces— directamente o a través de alguno de sus colaboradores que mantenían estrecha comunicación con ciudadanos ingleses.

e) El 11 de septiembre de 1848 San Martín escribe al mariscal Ramón Castilla —parte de la carta ya ha sido citada previamente— y al hacer un balance manifiesta: “En el período de diez años de mi carrera pública, en diferentes mandos y estados, la política que me propuse seguir fue invariable en dos puntos, y que la suerte y circunstancias más que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera, a saber, la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por el espacio de nueve años, El segundo punto fue el de mirar a todos los Estados americanos, en que las fuerzas de mi mando penetraron, como Estados hermanos interesados todos en un santo y mismo fin.

”Consecuente a este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase.

”He aquí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en el Perú, pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció, no obstante sus promesas, que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército de su mando, no era otro que la presencia del general San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme a sus órdenes, con todas las fuerzas de que yo disponía.

”Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no solo comprometía mi honor y reputación, sino que era tanto más sensible, cuanto que conocía que, con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la Independencia hubiera sido terminada en todo el año ’23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto (tan necesario en aquellas circunstancias) por los motivos que me obligaron a dar este paso, son esfuerzos que Ud. podrá calcular y que no está al alcance de todos el poder apreciarlos.”

Resumiendo, y de acuerdo con lo expresado por Enrique de Gandía: “San Martín fue a Guayaquil para tratar con Bolívar la unión de los ejércitos del Perú y Colombia a fin de terminar cuanto antes la guerra contra España. Esto es lo que historiadores mal informados interpretan como un pedido de hombres que Bolívar no quiso conceder. San Martín estaba dispuesto a ser el segundo de este gran ejército que podía estar a las órdenes de Bolívar y de él. Bolívar no pudo acceder a este pedido, que ya era motivo de un tratado sin ratificar, porque no tenía poderes suficientes y debía resolverlo el Congreso de Colombia. Era evidente que Bolívar no estaba autorizado a resolver por sí mismo este espinoso problema, como que no penetró

en territorio peruano sin antes recibir una formal autorización para ello.”

El Libertador del Norte, cuando las circunstancias lo permitían, obedecía al Congreso. Así, en carta al marqués de Toro en mayo de 1823, le refiere: “Hemos mandado seis mil hombres al Perú, no lo he llevado yo mismo por no faltar a la ley, espero el permiso del Congreso para hacerlo.”

No habría más que recordar el brindis de San Martín al finalizar el banquete: “Brindo por la pronta terminación de la guerra…” para comprender el motivo principal de la entrevista de Guayaquil. San Martín lo consiguió y desapareció para siempre de la escena americana como lo había adelantado en la carta a O’Higgins del 23 de septiembre de 1821, que cité en la iniciación de este capítulo y que conviene repetir ahora: “…yo ya veo cercano el término de mi vida pública y voy a tratar de entregar esta pesada carga a manos seguras…”. Pero lo consiguió con el alto precio de recibir de ahí en adelante la incomprensión —acompañada de acusaciones y diatribas que lo presentaban hasta como un simple desertor—, a la que respondió con el silencio.

Concretaba así el mayor renunciamiento de su carrera militar y demostró, en forma concluyente, que poco le interesaba su situación personal cuando estaba en juego la terminación de la gran gesta libertadora.

Terminemos, pues, de una vez y para siempre de presentar a San Martín y a Bolívar como enemigos. No hay duda alguna de que se diferenciaban temperamentalmente y serían innumerables los ejemplos por relatar para marcar sus distinciones caracterológicas particulares. No habría más que reproducir los conceptos vertidos por el general Luis de la Cruz, en carta a O’Higgins del 22 de agosto de 1822, o lo subrayado por el vicealmirante Blanco Encalada al mismo O’Higgins el 9 de diciembre del mismo año, que servirían además para seguir fomentando la desunión latinoamericana. A pesar de ello se comprendieron, se respetaron y se admiraron mutuamente. Los dos sabían que luchaban por la misma causa: la libertad de América y los derechos republicanos del hombre. Los dos deberían constituir el basamento de la verdadera y sólida unidad latinoamericana.

Capítulo XII
DE REGRESO. EL CAMINO AL OSTRACISMO

Durante la ausencia de San Martín, el descontento en Lima había ido aumentando, en particular, contra su ministro y cercano colaborador Monteagudo. Por un lado, las grandes reformas sociales instauradas, de las que Monteagudo sin duda había participado activamente y, por el otro, sus abiertas tendencias monárquicas, asociadas a su vida fastuosa y rumores de malos manejos económicos en su propio beneficio, lo obligaron a presentar la renuncia que el municipio, a cargo de Riva Agüero, transformó en prisión y posterior deportación a Panamá.

El 20 de agosto, al regresar San Martín a Lima y notificado de las novedades, decidió dar curso a su renuncia que ya había resuelto meses antes. El 25 del mismo mes escribió una carta a O'Higgins, su viejo amigo de lucha, donde revelaba el estado de ánimo que lo embargaba en aquellos tiempos: "Usted me reconvendrá por no concluir la obra empezada. Usted tiene mucha razón; pero más tengo yo. Créame, amigo, ya estoy cansado de que me llamen tirano, que en todas partes quiero ser rey, emperador y hasta demonio. Por otra parte mi salud está muy deteriorada: el temperamento de este país me lleva a la tumba; en fin, mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles y mi edad media al de mi patria, creo que tengo el derecho de disponer de mi vejez…".

Al reasumir el mando del ejército, se ocupó de su reorganización y concluyó el proyecto en el que tenía fundadas esperanzas para terminar con las fuerzas realistas que seguían en las montañas. Se podía calcular que el ejército patriota contaba por aquel entonces con alrededor de once mil hombres, a los que se agregarían mil provenientes de Chile. Lo que no sabía San Martín era que por aquellos días, precisamente, Rivadavia y la Junta de Representantes habían desechado su pedido de auxilio.

El 18 de septiembre dictó un decreto y fijó la reunión del primer Congreso Constituyente —que había convocado ya, antes de partir hacia Guayaquil— para el 20, solo dos días después. Una vez constituido, el Protector se despojó de la banda que simbolizaba su autoridad y dijo: "Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe

Supremo del Perú no hago sino cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener. Hoy felizmente que lo dimito, pido al Ser Supremo el acierto, luces y tino que necesita para hacer la felicidad de sus representados.” Seguidamente, después de dejar sobre la mesa seis pliegos cerrados, se retiró entre grandes aplausos. Al abrirlos, se encontró en uno de ellos la renuncia: “Señores: lleno de laureles en los campos de batalla, mi corazón no ha sido jamás agitado de la dulce emoción que lo conmueve en este día venturoso…”.

”Un encadenamiento prodigioso de sucesos ha hecho ya indudable la suerte futura de América, y la del pueblo peruano solo necesitaba de la representación nacional para fijar su permanencia y felicidad. Mi gloria es colmada cuando veo instalado el Congreso Constituyente, en él dimito el mando supremo que la absoluta necesidad me hizo tomar contra los sentimientos de mi corazón y lo he ejercido con tanta repugnancia que solo la memoria de haberlo obtenido acibarará, si puedo decirlo así, los momentos del gozo más satisfactorio: si mis servicios por la causa de América merecen consideraciones al Congreso, yo los represento hoy, solo con el objeto de que no haya un solo sufragante que opine sobre mi continuación al frente del gobierno.” Los otros pliegos contenían recomendaciones relacionadas con la administración del Perú y la continuación de la guerra.

El Congreso acordó que San Martín llevase el título de “Fundador de la Libertad del Perú” con el uso de la banda, y lo nombró Capitán General de los Ejércitos de Mar y Tierra de la República con la asignación de una pensión vitalicia que, como se verá, lo ayudaría en parte durante su exilio europeo.

Una diputación de cinco miembros se dirigió a su residencia de campo *La Magdalena,* donde estaba acompañado por Tomás Guido, para comunicarle lo resuelto. San Martín aceptó el título como un honor y la pensión como una necesidad, pero rehusó desempeñar el mando.

Al respecto envió una nota al Congreso, donde expresaba: “Resuelto a no traicionar mis propios sentimientos y los grandes intereses públicos, séame permitido manifestar que la distinguida clase a que el Congreso se ha dignado elevarme, lejos de ser útil a la Nación, si la ejerciera frustraría sus propios designios, alarmando el celo de los que anhelan por una positiva libertad; dividiría la opinión de los pueblos y disminuiría la confianza que solo puede inspirar el Congreso con la absoluta independencia de sus decisiones. Mi presencia en el Perú, con las relaciones del poder que he dejado y con las de la fuerza, es inconsistente con la moral del cuerpo soberano y con mi opinión propia, porque ninguna prescindencia personal por mi

parte alejaría los tiros de la maledicencia y la calumnia. He cumplido la promesa que hice al Perú: he visto reunidos sus representantes. La fuerza enemiga ya no amenaza la independencia de unos pueblos que quieren ser libres y que tienen los medios para serlo. El ejército está dispuesto a marchar por siempre a la guerra…”.

Horas más tarde, una nueva delegación insistiría inútilmente en cambiar su decisión, aun cuando esta vez le ofrecieron poderes absolutos. Desde *La Magdalena*, San Martín redactó de esta manera sus palabras de despedida a los peruanos: “Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y el Perú: existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas y he dejado de ser hombre público; he aquí recompensados con usura diez años de revolución y guerra. Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer la independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos. La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los Estados que de nuevo se constituyen. Por otra parte ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré dispuesto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de simple particular y no más. En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones; los hijos de estos darán el verdadero fallo…”.

Poco después, alrededor de las nueve de la noche, le comunicó a Guido que se embarcaba de regreso a Chile. Entonces, su consejero y amigo de tantas horas difíciles, a quien el Libertador respetaba quizá como a ningún otro, intenta convencerlo de que prosiga la lucha. Le hace notar el abismo en que dejaba a todos y las diatribas y el desprestigio que caerían sobre su persona. El general no dejó de escucharlo atentamente, y con serenidad le contestó: “Todo eso lo he meditado con detenimiento… pero no podría demorarme un solo día sin complicar mi situación. Nadie, amigo mío, me apeará de la convicción en que estoy de que mi presencia en el Perú acarreará peores desgracias que mi separación…”. Ese es el momento cuando menciona que debería fusilar a algunos jefes —ya analizado con anterioridad—, para finalmente agregar: “Existe una dificultad mayor que no podría yo vencer sino a expensas de la suerte del país y de mi propio crédito… Bolívar y yo no cabemos en el Perú. He penetrado sus miras arrojadas, he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña. Él no excusará medios para penetrar a esta república seguido de sus tropas y quizás entonces no me sería dado evitar un conflicto, dando al mundo un humillante escándalo…”.

Al poco rato todo estaba preparado para la marcha. Se despidió de Guido con un abrazo y al trote de su caballo, en compañía de su paje

Eusebio Soto y un asistente, partió hacia Ancón donde esa misma noche se embarcó en el bergantín *Belgrano* que lo conduciría a Chile. Inició así el gran camino al ostracismo.

Por todo caudal llevaba ciento veinte onzas de oro (¡pensar que sus enemigos, entre ellos Cochrane, lo acusaron después de haber robado gran parte de los tesoros del Perú!) y dos cosas que, a mi entender, son definitorias en cuanto a las convicciones del Libertador: el estandarte de Pizarro, bordado por Juana la Loca, símbolo de la dominación y la esclavitud del Imperio de los Incas, y la campanilla con que la Inquisición de Lima reunía a los tribunales para castigar a sus víctimas, casi siempre en la hoguera.

A todos los que lo acompañaron les agradece en carta que envía al general Alvarado en el último instante: "Tenga usted la bondad de decir a nuestros compañeros de armas cuál es mi reconocimiento por lo que les debo. Por ellos tengo una existencia con honor. En fin a ellos debo mi buen nombre."

Pero San Martín no parte del todo, pues allí quedan sus soldados para mantener el espíritu que el Libertador les había inculcado. Y son precisamente sus granaderos, al mando del capitán Suárez, los que salvan a Bolívar de otra Cancha Rayada en Junín y se baten junto a Sucre, en Ayacucho, el 6 de agosto de 1824 y terminan con la dominación española.

El Libertador llega a Valparaíso el 12 de octubre de 1822, encontrándose con las primeras consecuencias de la injusticia de sus contemporáneos por las mentiras divulgadas por Cochrane y algunos oficiales que se retiraron descontentos de Lima. Pero el gobernador de Valparaíso es su antiguo secretario José Ignacio Zenteno, quien lo recibe con afectuosa consideración y respeto.

Dos días después llega un buen amigo, el general Joaquín Prieto, comisionado por O'Higgins para llevarlo a Santiago en un coche oficial con escolta. Arriba a Santiago el 16 y se traslada a la quinta del *Conventillo,* propiedad del héroe chileno, donde pensaba estar solo unos días para seguir a Mendoza, pero reaparecen los vómitos de sangre —su enfermedad ulcerógena se ha reactivado después de tantas tensiones vividas— y poco después es atacado por la fiebre tifoidea (quizá gastroenteritis). Su salud se deteriora y está cercana su muerte. Es atendido solícitamente por la madre y la hermana de O'Higgins y se recupera como en tantas otras oportunidades, después de sesenta y seis días en el hogar amigo.

Sus recursos son escasos: ha vendido su chacra de Chile a un amigo sin poder cobrar. Por suerte el gobierno del Perú, enterado de su indigencia, le envía dos mil pesos con los que cruza la cordillera por última vez —la octava— después de restablecerse totalmente en Cauquenes, al finalizar enero de 1823. Esa vez montaba una mula

zaina con silla húngara, cubría su cabeza un sombrero de paja de Guayaquil y sus hombros un poncho chileno. ¡Qué sentimientos embargarían su alma al recorrer rutas conocidas, rodeado por la inmensidad de las montañas! Imagino que en el largo camino entre cuestas y quebradas, protegido por el silencio, habrá rememorado a todos aquellos, desde Las Heras a Stay, que poco tiempo atrás lo habían acompañado para cumplir con su destino.

Lo recibe el coronel Manuel de Olazábal, que fuera su cadete en el Regimiento de Granaderos a Caballo. Llorando, abrazó a su jefe, que solo pudo decirle: “¡Hijo!” En el Totoral descansó dos días, y llegó a Mendoza el 3 de febrero. Se dirigió a la casa de su gran amiga Josefa María de los Ríos Huidobro.

En esa ciudad tiene noticias del derrocamiento de O’Higgins, a quien escribe dándole “millones de enhorabuenas”. “Ahora es cuando gozará Ud. de paz y tranquilidad… goce Ud. de la calma que le proporcionará la memoria de haber trabajado por el bien de la patria.” El 5 de marzo de 1823 O’Higgins le comunica que ha terminado su arresto, pero con la prohibición de salir del país. San Martín le contesta: “Es bien singular lo que nos sucede, están persuadidos que hemos robado a troche y moche… y yo estoy viviendo de prestado.”

Los amigos del Perú escriben al Libertador, encareciéndole su regreso. Así les contesta en carta al general Luis J. Orbegoso, miembro de la Sociedad Patriótica: “Usted, mi querido amigo, me ha tratado con inmediación. Usted tiene una idea de mi modo de pensar y conoce hasta el punto que llegan mis sentimientos, no solo con respecto al Perú, sino de toda la América, su independencia y felicidad. A estos dos objetos sacrificaría mil vidas, y partiendo de este principio tan sagrado y de la amistad sincera, que siempre le he profesado, y lo mismo al almirante Guise, tengo de decir a usted mi opinión franca y sencillamente.

”El Perú se pierde, sí, se pierde irremediablemente, y tal vez la causa general de América: un solo arbitrio ha de salvarlo, y este está en manos de usted, de Guise, de Soyer, de Santa Cruz y Portocarrero. Y está dicho: estos solos individuos son o los redentores de la América, o sus verdugos. No hay que dudarlo. Repito, Uds. van a decidir de sus nombres.

”Sin perder un solo momento, cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener. Reconózcase la autoridad del Congreso, malo, bueno, o como sea, pues los pueblos lo han jurado. Únanse como es necesario, y con este paso desaparezcan los españoles del Perú, y después matémonos unos contra otros, si este es el desgraciado destino que espera a los patriotas…”. ¡Y vaya si lo fue! Valga como ejemplo la batalla del Portete de Tarqui —26 de enero del ’29— entre tropas colombianas y ecuatorianas al mando de Sucre, y peruanas

comandadas por La Mar, donde se produce mayor derramamiento de sangre que en Ayacucho.

Al terminar la carta, una vez más, se compromete a acompañarlos si la lucha es por la independencia de América: "…He dicho a usted mi opinión. Si ella es aceptada por ustedes, estoy pronto a sacrificar mi vida privada. Venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del Congreso, pues la espero para decidir de mi destino.

"Diga usted a esos señores que tengan esta por suya, y de consiguiente es un equivalente a mi contestación."

En Lima, espíritus aviesos siguen desacreditándolo, a lo que contribuyen los artículos que publica el periódico *La Abeja Republicana*, de tal virulencia que el mismo San Martín se dirige a la junta gubernativa para que se exija su justificación o se lo sancione.

En marzo se instala en su chacra *Los Barriales* y se dedica a las tareas rurales, en contacto con la naturaleza que tanto amaba. Realiza sustanciales mejoras y pone especial esmero en la crianza de caballos de raza.

En mayo, su esposa, atacada de tuberculosis, se agrava e insiste en solicitar su presencia. Dejemos a Galván Moreno que nos explique el enigma con su autorizada opinión: "Su compañera… es para él solo como un símbolo… Sorprende que al regresar al país se quede en Mendoza, sabiendo a la esposa débil y enferma. Después de tan larga ausencia, es dable suponer que el hombre hiciera lo posible por formar su hogar y llevar a él su compañera y su hija. Lo vemos, en cambio, quedarse en su chacra, embriagarse con el trabajo para olvidar amarguras, y vivir sin pensar, al parecer, en la esposa que allá lejos lo espera, en la hija que apenas conoce y a la cual, como lo demostró en la consagración que le dedicó todo el resto de su vida, quiere con hondura entrañable.

"El enigma tiene, en apariencia, su explicación sencilla. Su esposa está en Buenos Aires y el gobierno de esta provincia desconfía de él. Algún amigo le avisa que en Santa Fe y Buenos Aires hay partidas destacadas para prenderlo en el camino. Su orgullo de hombre honrado no se resigna a la humillación de caer preso, aunque sea por unas horas, en la tierra donde nació y que le debe su libertad. Su esposa, en el estado en que está, no puede hacer el largo viaje a Mendoza. De la decadente salud de ella le informa repetidas veces su amigo Blanco Encalada que, después de entrevistarlo en Mendoza, pasó a Buenos Aires en comisión del gobierno del Perú.

"En mayo de aquel año veintitrés, San Martín se apresta a partir a Buenos Aires, ante insistentes pedidos de su esposa. Cuando lo sabe López, gobernador de Santa Fe, escríbele: '..A su solo aviso estaré con la provincia en masa a esperar a V.E. en El Desmochado, para llevarlo

en triunfo hasta la plaza de la Victoria…’.

”Él le responde: ‘Iré, pero iré solo como he cruzado el Pacífico y estoy entre mis mendocinos.’

”Recibe, entonces, avisos de que en los caminos hay patrullas para prenderlo, y suspende el viaje. Era la última humillación que podía depararle el destino; y su estoicismo no llega a tanto.”

No obstante, la ayuda ofrecida por López y repetida por varios historiadores, de acuerdo con lo que hallamos en el libro de Piccirilli, tiene fecha octubre del ’23. Así lo describe este autor: “En octubre de 1823, el capitán retirado Manuel Guevara, salido de Buenos Aires, le hizo entrega de una carta de don Estanislao López, gobernador de Santa Fe, que le había sido dada en la posta de la Candelaria. San Martín se impuso de las noticias de López, y encontrándose con Olazábal al día siguiente, le pasó el texto para que se impusiera del contenido.”

Si así fue, la oferta de López era tardía pues Remedios falleció el 3 de agosto de 1823, lo que atenúa la responsabilidad de San Martín. Si bien sabía que se habían apostado “partidas en el camino para prenderme como un facineroso”, como lo reconfirma en carta a Guido del 27 de abril de 1829, —insisto— la ayuda del caudillo santafesino fue bien posterior. Esto tranquilizó mis pensamientos pues me resultaba difícil aceptar que, con semejante protección, San Martín no hubiera atendido los llamados de su esposa moribunda.

Por esa época se produce la entrada de Bolívar en el Perú y, al investirlo el Congreso Peruano con la suma del poder dictatorial el 10 de septiembre de 1823 —había transcurrido más de un año desde Guayaquil—, se ofreció un banquete en el que el Libertador del Norte brindó como lo recuerda Otero: “Por el buen genio de la América que trajo al general San Martín con su ejército libertador, desde las márgenes del Río de la Plata hasta las playas del Perú”, dando una muestra más del respeto y admiración que le profesaba.

El 20 de noviembre de 1823, San Martín parte desde Mendoza rumbo a Buenos Aires con la diligencia postal y arriba el 4 de diciembre. *El Argos*, periódico del gobierno, describe así su llegada: “…Sin traicionar los deberes de patriota, no hay quien pueda mostrarse indiferente a la presencia de un héroe que ha coronado a la nación de tantos triunfos y laureles. Su alma más grande que la fortuna echó en olvido su persona para acordarse de la nuestra, y por un camino erizado de peligros elevó nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera de los cálculos de la esperanza. No es dudable que nuestros nobles ciudadanos le tributen las señales de gratitud que corresponden al beneficio. *El Argos*, por su parte, después de celebrar como debe su feliz arribo, nada tiene que ofrecerle de los bienes de la fortuna, pero le ofrece de los suyos, quiere decir, su

reconocimiento y voluntad.”

Claro que no siempre había sido así. Tanto *El Argos* como *El Centinela*, antes de la llegada de San Martín a Buenos Aires como después de su partida, publicaron artículos incisivos y a veces despectivos sobre actividades del Libertador de los que, como es lógico, este se enteraba.

Es necesario comprender lo que el mismo San Martín expresaba en carta a Chilavert del 1.º de enero de 1825: “Yo había figurado demasiado en la revolución para que me dejasen vivir con tranquilidad.” Los hombres del gobierno, recelosos, lo vigilaban y los de la oposición lo utilizaban.

Algunos llegaron hasta silbarlo y como dice Mitre: “…fue recibido por el menosprecio y la indiferencia pública. No tenía patria, esposa ni hogar, y el capitán ilustre de tres repúblicas no tenía donde pasar revista en el ejército argentino.” Se estaba cumpliendo lo expresado por el Libertador al despedirse de los peruanos: “En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas (como en lo general de las cosas) dividirán sus opiniones…”.

El 10 de febrero de 1824 se embarca junto a su hija Mercedes en el navío *Le Bayonnais*, rumbo a Francia. Antes de partir, ordenó construir un mausoleo para guardar los restos mortales de su esposa con la siguiente inscripción: “Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín.”

Al llegar a El Havre, el 23 de abril de 1824, la policía de Luis XVIII realizó una minuciosa pesquisa de su equipaje, que finalmente secuestró. Encontró que sus papeles estaban “impregnados de un republicanismo exaltado”, por lo que no le permitieron residir en Francia en ese momento. ¡Seguía siendo hombre peligroso!

Recuperados todos sus papeles reembarca la noche del 4 de mayo y desembarca en Southampton. Desde ahí se traslada a Londres donde se ocupa —antes de nada— de su hija, a quien primero deja en casa de la esposa del capitán Peter Heywood para luego pasar al colegio de Hampstead, donde fue admitida como pupila.

En Londres se encuentra con viejos amigos ingleses y exiliados americanos, además de García del Río y Paroissien, a quien él mismo había enviado. Su antiguo camarada Macduff, lord Fife, se encarga de hacerlo conocer por la sociedad inglesa y, siendo lord del condado de Banff, San Martín recibe el título de ciudadano perpetuo del mismo. Participó de diversas reuniones sociales y —como ya se analizó— es en una de ellas donde se produce la separación definitiva de Rivadavia a quien, inclusive, quiere retar a duelo pero es disuadido por Paroissien.

El 11 de septiembre de 1824 parte para Bruselas, por primera vez, buscando un lugar donde vivir con mayor economía dado lo escaso de

sus recursos. Deja a su hija en el colegio y regresa a buscarla en marzo de 1825.

En Bruselas fija su residencia en las afueras de la ciudad, en una casa con suficiente tierra, lo que le permite seguir practicando uno de sus entretenimientos favoritos: el cultivo de las flores, mientras la “niña” —como llamaba a su hija— continúa con su educación en un internado. Solamente la visitaba los domingos y salían a caminar por la ciudad, siempre y cuando Mercedes no hubiera sido amonestada. Esta es la época en que redacta las conocidas *Máximas* para la “niña” y que siguen teniendo en nuestros días la misma actualidad de entonces. Mitre las encontró entre los documentos que le fueron entregados por Mercedes y Mariano Balcarce, cuando trabajaba en la redacción de su libro sobre el Libertador. Volvamos a reproducirlas:

1. “Humanizar el carácter y hacerlo sensible aun con los insectos que no perjudican. Stern ha dicho a una mosca abriéndole la ventana para que saliese: anda, pobre animal, el mundo es demasiado grande para nosotros dos.
2. ”Inspirarla amor a la verdad y odio a la mentira.
3. ”Inspirarla gran confianza y amistad pero uniendo el respeto.
4. ”Estimular en Mercedes la caridad con los pobres.
5. ”Respeto sobre la propiedad ajena.
6. ”Acostumbrarla a guardar un secreto.
7. ”Inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones.
8. ”Dulzura con los criados, pobres y viejos.
9. ”Que hable poco y lo preciso.
10. ”Acostumbrarla a estar formal en la mesa.
11. ”Amor al aseo y desprecio al lujo.
12. ”Inspirarla amor por la patria y por la libertad.”

Su pobreza es extrema. Así está documentado en su correspondencia con O’Higgins. El Perú ha dejado de enviarle regularmente los haberes de la pensión decretada. Se le deben treinta y tres mil pesos. En una de las cartas manifiesta: “Yo remediaría mis necesidades con cuatro mil pesos anuales sin molestar por más a ese gobierno.” Sus cartas, especialmente cuando son extensas como las que intercambiaba con Miller, están escritas en letra muy pequeña y en papel liviano para ahorrar gastos, ¡especialmente de correos!

El 9 de octubre de 1826 el mayor Iglesias, que actúa como su apoderado, le anuncia la llegada a Mendoza de ciento dos granaderos a caballo del Ejército de los Andes. Según Sarmiento, de los que iniciaron la tarea en los cuarteles del Retiro, solo siete volvieron después de tan extensa campaña; los demás dejaron sus huesos

esparcidos por medio continente.

En carta a Guido, en diciembre del '28, aclara por qué no le ha escrito a Bolívar en todo ese tiempo: "Por un exceso de delicadeza, o llámele usted orgullo, pues teniendo señalada una pensión por el congreso del Perú y hallándose él mandando aquel Estado me persuadí que el continuar escribiéndole sería con miras de interés."

Es precisamente en ese año '28, cuando tiene que dejar la casa de las afueras de la ciudad por una más económica en la *rue* de la Finance. En mayo de este año su reumatismo empeora, por lo que se dirige a los baños de Aix-la-Chapelle, que lo mejoran.

Es interesante mencionar que, de regreso a Bruselas, contesta a Miller (que está escribiendo sus memorias) su pregunta sobre la participación de Arcos en Cancha Rayada: "Es la primera noticia que tengo —dícele respecto a determinadas actividades de ese ayudante, y agrega: —Mi indulgencia podía extenderse a disimular cualquier acto de debilidad, pero jamás, jamás, hubiera consentido en el de infidencia." Así rehabilita a ese oficial a quien nos hemos referido en su oportunidad.

Desde hacía un tiempo maduraba otra vez en su espíritu hacer un viaje a Buenos Aires. Recordemos que en 1825, cuando Las Heras estaba a cargo del gobierno, ofreció sus servicios para defender los intereses de nuestro país en la lucha entablada con Brasil. Parece ser que este generoso ofrecimiento se extravió, como está documentado en la carta que San Martín envió a Guido a fines de 1826. Pero ahora su viaje estaba próximo. Con Dorrego en el gobierno —después de la caída de Rivadavia—, quizá todavía podía ser útil o pensaba que en el futuro podría regresar con su hija a pasar el resto de la vejez en su patria.

El 21 de noviembre de 1828, después de permanecer algunos días en Canterbury en casa de Miller y de ver otra vez a lord Fife, se traslada a Falmouth donde se embarca en el buque de vapor *Countess of Chichester*, que inauguraba este tipo de transporte, revolucionario para su época. Viaja con pasaporte a nombre de José Matorras. Al llegar a Río de Janeiro, se entera de los sucesos de la revolución de diciembre de 1828 que trajeron aparejado el fusilamiento trágico de Dorrego. Se iniciaban así días sombríos para nuestro país. Como era lógico, sus planes se habían trastocado. Es de imaginar que en el resto de la travesía pensó en que la esperanza de reconstrucción y, por sobre todo, de tranquilidad para su patria se había esfumado una vez más, por lo que decidió no desembarcar en Buenos Aires.

El 6 de febrero de 1829 solicitó al ministro de gobierno —José Díaz Vélez— pasaporte para seguir a Montevideo, que es acordado al día siguiente. El 9 trasbordó al bergantín de guerra *General Rondeau,* que lo trasladó a aquella ciudad. Varios amigos acudieron a saludarlo

al *Countess of Chichester*, entre ellos el coronel Manuel de Olazábal a quien, según Otero, le manifestó una vez más su decisión de regresar a Europa, pues "mi sable, no, jamás se desenvainará en guerra civil."

Nuevamente llovían diatribas sobre San Martín. Así, *El Pampero*, con el título "Ambigüedades", expresaba: "…este general ha venido a este país a los cuatro años, pero después de haber sabido que se habían hecho 'las paces' con el Emperador de Brasil." Se equivocaba en la fecha y, por cierto, con respecto a 'las paces' habría mucho que comentar aunque no es la finalidad de este trabajo.

El 3 de abril, desde Montevideo, envía a Guido una extensa carta que conviene reproducir por su importancia: "Las agitaciones en 19 años de ensayos en busca de una libertad que no ha existido, y más que todo, las difíciles circunstancias en que se halla en el día nuestro país, hacen clamar a lo general de los hombres, que ven sus fortunas al borde del precipicio, y su futura suerte cubierta de una funesta incertidumbre, no por un cambio en los principios que nos rigen y que en mi opinión es donde está el mal, sino por un gobierno vigoroso, en una palabra, militar; porque el que se ahoga no repara en lo que se agarra. Igualmente convienen en que para que el país pueda existir, es de necesidad absoluta que uno de los partidos en cuestión desaparezca de él, al efecto, se trata de buscar un salvador, que reuniendo al prestigio de la victoria, el concepto de las demás provincias y más que todo un brazo vigoroso, salve a la patria de los males que le amenazan: la opinión presenta este candidato, él es el general San Martín. Para esta aserción yo me fundo en el número de cartas que he recibido de personas de respeto y otras que me han hablado en esta sobre el particular; yo apoyo mi opinión sobre las circunstancias del día. Ahora bien; partiendo del principio que es absolutamente necesario el que desaparezca uno de los partidos contendientes, por ser incompatible la presencia de ambos con la tranquilidad pública. ¿Será posible sea yo el escogido para ser el verdugo de mis conciudadanos y, cual otro Sila, cubra mi patria de proscripciones? No, jamás, jamás, mil veces preferiría correr y envolverme en los males que la amenazan, que ser yo el instrumento de tamaños horrores…". Se adelantaba así a la historia y predecía la llegada de Rosas.

Al día siguiente de esta carta recibía a los emisarios de Lavalle que le ofrecen el gobierno, pero lo rechaza por las razones ya expuestas y las confirma en otra similar enviada a O'Higgins. A Fructuoso Rivera que le escribe: "¿Regresa usted a Europa cuando todos le creíamos deseoso de vivir en América? ¿…o la patria ya no le inspira interés…?", le contesta con demasiada serenidad de espíritu, dándole las verdaderas razones: "Después de lo expuesto queda pendiente el porqué me voy, siendo así que ninguna de las dos razones que usted

cree son las causales de mi regreso a Europa. Varias tengo, pero las dos principales son las que me han decidido a privarme del consuelo de no estar por ahora en mi patria. La primera no mandar; la segunda, la convicción de no poder habitar en mi país, como particular, en tiempo de convulsión sin mezclarme en sus divisiones. En el primer caso (y no se persuada usted que son las afligentes circunstancias en que se halla la Patria las que me hacen no desearlo, persuadido por la experiencia que jamás se puede gobernar a los pueblos con más seguridad que después de una gran crisis), es la certeza de que mi carácter no es propio para el desempeño de ningún mando político. Y en el segundo el que habiendo (desgraciadamente para mí) figurado en nuestra revolución siempre seré un foco en que los partidos creerían encontrar un apoyo, como me lo ha acreditado la experiencia a mi regreso del Perú, y en las actuales circunstancias.

”He aquí, en extracto, general, los motivos que me impulsan a confinarme de mi suelo, porque, firme e inalterable en mi resolución de no mandar jamás, mi presencia en el país es embarazosa.

”Si este cree algún día que como un soldado le puedo ser útil en una guerra extranjera (nunca contra mis compatriotas) yo lo serviré con la lealtad que siempre lo he hecho, no solo como general sino en cualquier clase inferior en que me ocupe. Si no lo hiciese, yo no sería digno de ser americano.”

Finalmente, el 17 de abril de 1829 regresa a Europa en el mismo buque que lo había traído. Volvería a su tierra por tercera vez, después de muerto.

Ya en Europa, en el trayecto de Falmouth a Londres, el coche que lo transportaba vuelca y San Martín sufre una profunda herida en el brazo izquierdo, de la que no se hace tratar ¡“para no exponerme a andar danzando en papeles públicos”! Seguía incólume el estoicismo del verdadero soldado.

De regreso en Bruselas, es tanta su pobreza que escribe a O’Higgins el 16 de febrero de 1830 solicitando su intermediación para obtener ayuda del gobierno peruano: “Para remitirme algún socorro lo más pronto que pueda, pues mi situación, a pesar de la más rigurosa economía, se hace cada día más embarazosa.” Parecida solicitud había enviado cuatro días antes a su viejo amigo, entonces presidente del Perú, general Antonio Gutiérrez de la Fuente. San Martín le recuerda que, en la comisión que el gobierno del Perú le encargó para solicitar la ayuda a Buenos Aires (denegada por la Junta de Representantes, como ya hemos comentado), siendo él Protector, los gastos de viaje fueron solventados con mil pesos que San Martín entregó de su propia cuenta bajo garantía del gobierno peruano. Le solicitaba ahora, previa verificación de los hechos, se le enviara esa cantidad de dinero. ¡Era tan poco lo que pedía! Sin embargo, su solicitud queda sin respuesta.

Mientras tanto, de su propio país solo recibe cartas laudatorias de Vicente Fidel López primero y de Rosas después, sin demostrar la menor intención de reconocer su grado militar o de incluirlo en la lista de pensionados, como hubiera correspondido.

Por ese entonces, Bélgica se convulsiona al producirse el levantamiento popular del '30 por lo que, a fines de ese año, se traslada a París, donde vive en una modesta casa de la *rue* de Provence. En el '32, ante nuevas gestiones de O'Higgins, el gobierno peruano le envía tres mil pesos a través del propio general chileno, que en parte sirven para pagar algunas deudas pero, fundamentalmente, para los gastos del casamiento de su hija con Mariano Balcarce, formado también en la dura escuela de la austeridad y, por coincidencia, hijo de uno de los compañeros de lucha de San Martín.

Mitre finaliza sus comentarios de la boda, que tuvo lugar el 13 de diciembre de 1832, diciendo: "¡Triste es pensar que el primer vestido de seda que se puso esta hija bien amada fue debido a una limosna!"

Por ese entonces, aunque no existen datos sobre la fecha exacta, se produce el reencuentro con Alejandro Aguado, con quien había intimado cuando ambos eran oficiales del ejército español, amistad que se interrumpió con la venida de San Martín a América. Aguado se retiró de las armas en 1815. Se dedicó a los negocios y llegó a ser banquero de Fernando VII quien, agradecido por sus servicios, le confirió el título de marqués de las Marismas del Guadalquivir.

La aparición de Aguado no podía ser más oportuna, pues al darse cuenta de la situación de su amigo lo ayudó desde entonces, como lo reconoce el propio San Martín en su correspondencia. La amistad estuvo por encima de las circunstancias materiales. Aguado tenía tanta estima por San Martín que, antes de fallecer el 12 de abril de 1842, lo nombró su albacea y tutor de sus hijos. Sabía que nadie mejor podía reemplazarlo, e inclusive legó a San Martín todas sus joyas y diamantes, cuyo producto lo "puso a cubierto de la indigencia en el porvenir."

Es así como el Libertador compró, el 25 de abril de 1834, en la suma de trece mil quinientos pesos, en los alrededores de París, la casa de Grand Bourg con suficiente terreno, donde San Martín se dedica preferentemente al cultivo de las rosas y las dalias; al decir de Sarmiento existían también variedades de árboles americanos y frutales. Por esos días su vida era tranquila; se ocupaba de la carpintería en su propio taller o del iluminado de litografías. Cuidaba personalmente de sus prendas de vestir, para lo cual tenía su propio costurero. Dedicaba largas horas a la lectura y algunas veces por las tardes daba un paseo a caballo.

Un año después de comprar la finca de Grand Bourg, adquirió una

valiosa casa en París por la que pagó ciento cuatro mil doscientos pesos, en un barrio aristocrático cercano a la residencia señorial de Aguado. Por lo que se ve, su situación económica había cambiado sustancialmente.

Su tranquilidad es interrumpida por las acusaciones de Manuel Moreno, representante argentino en Londres, acerca de sus proyectos monárquicos y de los que había puesto sobre aviso al gobierno de Buenos Aires. Denunciaba a San Martín por el proyecto de un viaje a España, donde gestionaría el reconocimiento de la independencia de Hispanoamérica, a cambio de la instauración de monarquías. En forma parecida, Moreno también acusaba a Rivadavia.

La respuesta de San Martín fue violenta y es digna de transcripción la parte final: "Todo hombre que se respeta, después de recibir una carta como esta, exige los esclarecimientos que son sus consecuencias: usted es joven y con salud y por consiguiente no tendrá dificultad en hacer un corto viaje a esta con el objeto de pedírmelos, seguro que se los daré los más completos."

Y ni qué decir de la posdata: "Dos cosas tengo que prevenir a usted: primero, que esta carta no es dirigida al representante de la República Argentina y sí sólo al doctor Moreno; segundo, que, aunque me había propuesto ir a tomar los baños termales que reclama mi salud el 1.º del próximo agosto, suspendo mi marcha hasta el 20 del mismo mes, por si, como creo, usted se digna venir a hacerme una visita."

La vejez no había amortiguado sus sentimientos de respetar la verdad de los hechos a través de la honestidad de las personas, ni adormecido su sentido del honor comenzando por el propio. Como era de esperar, Moreno solo contestó a través de una humilde carta en la que confesaba que había llorado al leer la del general.

Mercedes y Mariano Balcarce viajaron a Buenos Aires después de la boda y el 14 de octubre del '33 nace su primera nieta, Mercedes. Regresan a principios del '36 y tiene la felicidad de conocer a esa nietecita. El 14 de julio de 1836 nace la segunda nieta, Josefa, la única que se casa, con el tiempo, con el mexicano Gutiérrez Estrada, sin dejar descendencia y que fallece el 21 de mayo de 1924 en París, a los ochenta y ocho años. Con sus nietas, terminan los descendientes directos de San Martín.

Rosas, como bien dice en expresión feliz Galván Moreno, "se propuso tenerlo de su lado pero no a su lado", por lo que lo nombra el 17 de julio de 1839 Ministro Plenipotenciario de la Confederación Argentina ante el gobierno del Perú, cargo que San Martín no acepta. Aduce con suficiente lógica que: "El primer congreso me nombró generalísimo de sus ejércitos señalándome al mismo tiempo una pensión vitalicia de nueve mil pesos. Esta circunstancia no puede

menos de resentir mi delicadeza al pensar que tendría que representar los intereses de nuestra República ante un estado de quien soy deudor de moralidad necesaria a desempeñarla con lealtad y honor.”

Pasados los sesenta años, hacia 1840, su salud comienza a deteriorarse. Su alegría principal siguen brindándosela sus nietecitas, con quienes se lo puede ver a veces paseando por los alrededores de su residencia.

Los países por los cuales transitó, con la carga enorme de luchar por su independencia, casi no lo tienen en cuenta y le corresponde a un argentino exiliado rescatarlo de ese olvido en un artículo que publica en el diario chileno *El Mercurio*, con la firma de Un Teniente de Artillería, el 12 de febrero de 1841 (aniversario de Chacabuco).

Sarmiento —el Teniente de Artillería— hace renacer así la admiración de los chilenos y, como consecuencia, el gobierno de Chile manda reincorporar su nombre a la lista activa del ejército el 6 de octubre de 1842 con reconocimiento del sueldo correspondiente, de acuerdo con su grado, “aun cuando resida fuera del territorio de la República”. Todavía más, su presidente, el general Bulnes, lo invita a fijar su residencia en ese país. San Martín le contesta que no puede hacerlo, como lo explica en carta del 22 de julio de 1842, pues Aguado, recientemente fallecido, no solo lo ha nombrado albacea sino además tutor de sus hijos.

Son innumerables los argentinos que lo visitan en Europa. Es interesante transcribir la descripción que hace Alberdi, quien lo conoce el 1.º de septiembre de 1843: “Yo lo esperaba más alto, y no es sino un poco más alto que los hombres de mediana estatura. Yo le creía un indio, como tantas veces me lo habían pintado, y no es más que un hombre de color moreno, de los de temperamentos biliosos. Yo le suponía grueso, y, sin embargo de que lo está más que cuando hacía la guerra en América, me ha parecido más bien delgado; yo creía que su aspecto y porte debían tener algo de grave y solemne, pero le hallé vivo y fácil en sus ademanes, y su marcha, aunque grave, desnudo de todo viso de afectación. Me llamó la atención su metal de voz, notablemente gruesa y varonil. Habla sin la menor afectación, con toda la llanura de un hombre común…”.

El que más tiempo pasó a su lado fue Sarmiento, quien llegó a Grand Bourg en el verano de 1846 y se quedó varios meses. Se instaló cerca de la casa de San Martín en un establecimiento modelo, que se dedicaba a la cría de gusanos de seda y que Sarmiento quería introducir en la Argentina. Las Heras le había entregado una carta de presentación, lo que facilitó el acercamiento al Libertador, con quien pasó largas horas. Esa fue la ocasión en que Sarmiento da la conferencia sobre Guayaquil, en el Instituto Histórico el 1.º de julio de 1847, en presencia del propio San Martín.

El conflicto entre la Confederación Argentina y las flotas aliadas de Francia e Inglaterra sorprende a San Martín en Italia, en uno de sus frecuentes viajes. El 28 de diciembre escribe a Federico Dickson, cónsul general de la Confederación Argentina, una larga carta defendiendo al gobierno de Rosas. En uno de sus párrafos expresa: “Yo no dudo un momento podrán apoderarse de Buenos Aires con más o menos pérdida de hombres y gastos —dice en ella—; pero estoy convencido que no podrán sostenerse por mucho tiempo en su posesión: los ganados, primer alimento… pueden ser retirados en muy pocos días a distancia de muchas leguas, lo mismo que las caballadas y demás medios de transporte; los pozos de las estancias inutilizados, en fin, formando un verdadero desierto de 200 leguas de llanura, sin agua ni leña, imposible de atravesarse por una fuerza europea…”.

Dicha carta tiene tremenda repercusión y hasta el *Morning Chronicle* la comenta. El Parlamento francés también la analiza y despierta la atención de las cancillerías europeas. Sin darse cuenta San Martín había contribuido al triunfo del gobierno de Rosas que se concreta el 24 de noviembre de 1849 con el tratado Southern-Arana, al que los argentinos —sin distinción de banderías— debemos atribuirle gran trascendencia histórica. Era la primera vez que una gran potencia reconocía la plenitud de la soberanía de una de las repúblicas del Nuevo Mundo, sin olvidar que Rosas había defendido, principalmente en la trastienda, los intereses hegemónicos de la provincia de Buenos Aires.

Desde Nápoles, San Martín ofreció nuevamente sus servicios a Rosas el 11 de enero de 1846. En la carta decía: “Que en la injustísima agresión y abuso de la fuerza de Inglaterra y Francia contra nuestro país, este tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia.” Rosas no lo creyó indispensable.

Esta definición de San Martín demuestra que, a pesar de la influencia que hayan podido tener todos sus amigos ingleses, las ideas monárquicas que lo llevan a buscar hasta un príncipe inglés —analizado por Piccirilli y comentado anteriormente en este trabajo— nunca tuvieron como objeto cambiar a las colonias de dueño. Su independencia no fue negociable y fue defendida por el Libertador a todo trance de cualquier otra potencia extranjera.

El afecto que sentía San Martín por Rosas proviene fundamentalmente de su política exterior y de que lo recordaba todos los años en sus mensajes cuando tantos otros lo habían olvidado. Sus intercambios epistolares demuestran un mutuo respeto y están redactados por ambas partes siempre con ese mismo sentimiento. Y es precisamente por la firmeza de Rosas frente a la intromisión de Francia e Inglaterra que San Martín decide legarle el sable corvo en el artículo tercero de su testamento. Conociendo el alma del Libertador

en profundidad, sería injusto pensar que el nombramiento de Mariano Balcarce como miembro de la embajada en París, por el mismo Rosas, haya tenido alguna influencia en su pensamiento.

Pero San Martín también conocía la política interna de Rosas, como lo demuestra la carta a su amigo Gregorio Gómez el 21 de septiembre de 1839: “Tú conoces mis sentimientos y por consiguiente yo no puedo aprobar la conducta del general Rosas cuando veo una persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país; por otra parte el asesinato del doctor Maza me convence que el gobierno de Buenos Aires no se apoya sino en la violencia. A pesar de esto, yo no aprobaré jamás el que ningún hijo del país se una a una nación extranjera para humillar a su patria.” Pensemos en que todavía no habíamos llegado a lo más duro de “las persecuciones a los hombres más honrados”, que tienen real trascendencia precisamente al año siguiente. Gregorio Gómez es uno de los pocos hombres con que San Martín se tuteaba y, como tantos otros, debió emigrar de Buenos Aires a Lima en 1842 por “la persecución general contra los hombres más honrados de nuestro país”.

La vista de San Martín se deterioraba, privándolo de una de sus pasiones: la lectura, por lo que finalmente decide operarse en París en el año 1846, a los sesenta y nueve años. Por supuesto, como resalta Christmann, con heroicidad pues no existía ni anestesia ni asepsia. La operación debe haber sido exitosa, pues uno de sus amigos de Boulogne-sur-Mer era precisamente el bibliotecario Alfredo Gerard, quien le proveía regularmente algunos libros. Aunque nos queda la duda, ya que el 2 de noviembre del ’48 en carta a Rosas se refiere al progreso de su ceguera. Quizá Gerard, además de facilitárselos, se los leía; de ahí su amistad.

Al llegar el año 1848 el fermento de la revolución se expande por Francia y terminará con la instalación de la tercera república. San Martín resuelve dejar su residencia de Grand Bourg y se instala el 16 de marzo de 1848 en Boulogne-sur-Mer, en la costa del canal de la Mancha. Sería muy fácil pasar a Inglaterra si las circunstancias así lo determinaban.

En el año 1849 su salud se deteriora con intensos dolores y convulsiones que solo el opio, que siempre ha tomado con moderación, consigue calmar en parte. Félix Frías, el último argentino que lo visita, resalta la ternura y el cuidado que le dispensaban sus nietecitas: “El viejo guerrero de los Andes había concentrado sus postreras alegrías en la frente de aquellas niñas. A parte alguna de la ciudad iba sin ellas. En sus paseos de la tarde a orillas del Liane, o en el jardín de las Tintellerías, ellas le servían de guía y él, a su vez, de protección. El abuelo achacoso y las aladas nietas tenían celebrado un tácito contrato de mutuo amor y de tiernos servicios retribuidos. Así

ambas le habían bordado un gorro de casa que él usaba con orgullo, dejándose llamar ‘cosaco’…”.

En los primeros días de agosto de 1850 regresa de los baños de Enghien que, esta vez, lo ayudan muy poco. Su estado físico se había deteriorado sobremanera. No obstante, el 6 de agosto insistió en dar un paseo en carruaje; a su regreso hubo que bajarlo en brazos.

El 13 del mismo mes los dolores aumentaron y debió recurrir al opio con más frecuencia. El 14 amaneció moribundo, pero reaccionó por la tarde y mejoró de tal manera que el 17 por la mañana se empeñó en levantarse y pasar a las habitaciones de su hija, donde solicitó le leyeran los diarios. Parecía que otra vez se repondría, pero a las 2 de la tarde, súbitamente, entró en agonía después de una nueva convulsión y falleció a las tres en punto. Gerard escribió la primera nota necrológica.

La noticia llegó a Buenos Aires el 30 de agosto y Rosas solo hizo llegar a los hijos una nota de pésame. ¡Pensar en los funerales que decretó a la muerte de su mujer doña Encarnación! Los peruanos, en cambio, realizaron las ceremonias con toda pompa el 19 de noviembre de 1850.

La repatriación de la urna funeraria con sus cenizas se efectúa solo en 1880, en el transporte *Villariño*. Sarmiento les da la bienvenida en el muelle de Santa Catalina y, desde allí, son transportados al mausoleo erigido por disposición del Congreso en una de las capillas laterales de la Catedral de Buenos Aires, tal su deseo manifestado en el testamento: “…pero sí desearía, el que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires.”

A veces me he preguntado si el Libertador no quiso significar con esa frase que deseaba que sus restos regresaran a la Argentina —y no específicamente a su capital—, pues en varias oportunidades se refiere también a Mendoza. Por ejemplo, el 19 de agosto de 1820, en carta a su gobernador, Tomás Godoy Cruz: “Si la patria afirma sus derechos yo volveré a Mendoza a ser útil con todo mi posible a mis conciudadanos y a vivir con ellos hermanablemente.” El 5 de diciembre de 1820 desde el Perú dice en nota al gobierno de Buenos Aires, aparecida en *La Gaceta* el 21 de febrero de 1821: “Mi ambición está limitada a asegurar la independencia de la América y retirarme después a Mendoza, reducido al círculo de la vida doméstica.” El 3 de febrero de 1825, en carta a O’Higgins manifiesta: “…regresaré a América para concluir mis días en mi chacra y separado de todo lo que sea cargo público y, si es posible, de la sociedad de los hombres”, y desde Bruselas, el 6 de enero de 1827 a Guido: “Usted dirá que soy feliz. Sí, amigo mío, verdaderamente lo soy, a pesar de esto. ¿Creerá usted si le aseguro que mi alma encuentra un vacío que existe en la misma felicidad? ¿Sabe usted cuál es? El de no estar en Mendoza.

Usted reirá: hágalo, pero le protesto que prefiero la vida que seguía en mi chacra, a todas las ventajas que presenta la culta Europa…”.

Quizá se podrían transformar los pastizales actuales de El Plumerillo, donde preparó y organizó al Ejército de los Andes, en un monumento nacional sencillo y adusto, y trasladar sus cenizas a ese lugar, respetando tal vez sus verdaderos sentimientos.

Capítulo XIII
SU PRESENCIA ACTUAL

En este ensayo he tratado de resumir la vida del general San Martín basándome en hechos históricos probados y no en meras superficialidades que, a veces, al correr del lápiz (así he escrito todos los borradores de este trabajo, pues debo confesar que no sé ni escribir a máquina ni usar correctamente un dictáfono), se distorsionan y se alejan de la realidad.

Como dije en el prólogo, me enclaustré durante tres semanas y, acostumbrado a trabajar diariamente en forma ininterrumpida durante diez o doce horas, no fue difícil alargarlas un poco más y terminar casi todos los días a la madrugada con la mano derecha y los ojos doloridos.

Nunca he creído en las vacaciones largas, pero en esta oportunidad estuve ausente, por primera vez, de mis tareas habituales demasiado tiempo. Gocé leyendo y releyendo viejos libros amigos que, como siempre, terminan destartalados de tanto marcar y subrayar aquello que me impresiona por su valor y que solo resalta después de varias lecturas. Esta vez, los pobres estuvieron desparramados en una larga mesa y fueron y vinieron de mis manos en infinidad de ocasiones para comparar, aclarar y certificar lo que iba analizando.

¿Qué sentido tiene que mi inquietud por nuestra historia, en particular la relacionada con San Martín, me haya impulsado a escribir este ensayo? Lo primero que ustedes deben descartar es que haya pretendido relatar una vez más la vida del Libertador. Esto ha sido realizado tantas veces desde el trabajo de Mitre, que sería absolutamente redundante. *He presentado sus aspectos salientes nada más que como introducción de este capítulo final.* Así se lo debe tomar.

Preocupado desde siempre con todo lo que sucede en este, mi pobre y amado país, he creído que recordando la vida de San Martín podemos obtener algunas conclusiones que nos guíen en un momento muy especial, en el que todos buscamos desesperadamente —a través de un nuevo intento democrático— el camino seguro y firme que nos lleve a concretar, en justicia y libertad, una nueva sociedad que la evolución de la humanidad requiere.

El verdadero San Martín, con sus virtudes y defectos, nos puede

ayudar. Veamos cuáles fueron sus principales mensajes:

1) ESFUERZO

Su vida fue, sin ninguna duda, la demostración más acabada de que todo, absolutamente todo aquello que queremos y pretendemos alcanzar y desarrollar, se consigue a través del esfuerzo.

En nuestro tiempo, y en especial al comienzo de la década del ’60, el facilismo comienza a deteriorar a nuestra sociedad y, en particular, a la juventud de ese híbrido que conocemos como el mundo “occidental y cristiano”. No hay más que recordar algunas de las letras de las canciones de aquel entonces, que se continúan a través de los años en la música rock y que ahora se nos pretende vender como el “rock nacional”.

Así surge la cultura *hippie*, que para unos representa solo un estilo de vestir o lo que algunos sociólogos de medio pelo pretenden hacernos creer que fue y es: una manifestación de protesta. Entendámonos bien, corresponde a los jóvenes ahora y siempre estar a la vanguardia de los movimientos que luchan por una sociedad más justa, pero el acto de vivir lleva implícito obligaciones, deberes y responsabilidades, además de derechos.

A ese facilismo, acompañado de la evasión que se consigue todavía más rápidamente si le agregamos un poco de droga, obscenidad y pornografía barata, como actos justificativos de una falsa liberación, San Martín le ofrece un camino mejor a través del esfuerzo honesto en aras de grandes ideales. En su caso en particular, estos son: la libertad y la independencia del absolutismo —representado por la España feudal de aquellos tiempos—, que le impone a América muchos sacrificios en tributos y en vidas humanas documentados en la carta de Jamaica, resumen del pensamiento de todos los que se unieron en esa tarea común.

Por eso describo en detalle el paso de los Andes, como ejemplo principal y trascendente de San Martín y sus hombres. Como se vio, no fue tarea simple. Hubo que preparar un ejército casi de la nada y cruzar la cordillera por seis pasos diferentes, atravesando caminos a veces desconocidos que demandaron sacrificios heroicos —recordemos las batallas y encontronazos— donde todos, desde el jefe hasta el último soldado, ayudados por los guías y paisanos conocedores de la región, buscaban solamente la libertad. Agregaría, como ejemplos, la retirada después de Cancha Rayada comandada por Las Heras, la tarea de fray Luis Beltrán antes de Maipo o la campaña de la sierra a cargo de Arenales.

Para San Martín el esfuerzo fue doble, no por la responsabilidad sino por el estado de su salud, en particular sus malestares gástricos que lo desangraron desde Tucumán hasta su regreso. Es preciso

recordar que estuvo a punto de morir en Mendoza, donde encontró algo de reposo durmiendo sentado durante tres meses, que cruzó la cordillera por séptima vez en camilla a hombros de sus soldados y que, inclusive, no lo perdonan ni en el regreso, pues reaparecen en Santiago en casa de los O'Higgins. Claro que para el Libertador el sufrimiento era lo cotidiano, porque desde los trece años en Orán —donde tuvo su primera experiencia militar— el malestar físico fue su eterno acompañante.

Quede claro, entonces, que el primer mensaje es el esfuerzo que lleva implícito el sufrimiento y que tiene como premio el inmenso goce espiritual del deber cumplido.

2) GENEROSIDAD

Nos referimos aquí solamente al aspecto civil, pues ya analizaremos el verdadero mensaje militar sanmartiniano. Desde que comenzó su actuación en tierra americana, es esa una característica definitoria de sus sentimientos para con la comunidad. Es ese el sentido que tiene el haber donado la mitad de su sueldo, al ser nombrado comandante de Granaderos a Caballo, hecho que repite en Mendoza donde, finalmente, por no alcanzarte para vivir, pide sea reducido a un tercio. Tiene conciencia de las dificultades económicas por las que atraviesa el país y es por ello que se impone sacrificios. Su ejemplo es, a su vez, imitado por varios de sus subordinados.

La generosidad tiene como sustento su sentido de la solidaridad social, que se manifiesta también al ceder un tercio de los productos de la quinta *Los Barriales*: "Obligados a hacer el bien de nuestros semejantes por la naturaleza y por la sociedad", dice en nota al gobernador. Pero ese gesto lleva un destino determinado: "la dotación de una cátedra de matemática y geografía…", pues pretende que "la juventud forme las más fuertes columnas sostenedoras de la libertad y el decoro nacional…".

Cuatro años más tarde, desde el Perú, le escribe al cuidador de la chacra con los mismos sentimientos: "Auxilie Ud. a los pobres con ellos y con granos y herramientas que pueda…". "*Los Barriales* tiene que ser el paraíso de Mendoza y el auxilio de todos los infelices…".

La misma determinación tomará con la finca donada por el gobierno de Chile: "…asignando la tercera parte de sus productos para el fomento del Hospital de Mujeres —en esa capital— y dotación de un vacunador que, recorriendo la provincia, la libre de los estragos de la viruela."

Es también digno de recordar que, al otorgarle Chile —después de Chacabuco— un sueldo de seis mil pesos anuales, se resiste a recibirlo en dos oportunidades y lo comunica finalmente por escrito al comisario del ejército para su estricto cumplimiento. Sabe muy bien

que hay que utilizar hasta el último peso para la expedición a Lima.

3) MODESTIA

No hay duda de que este fue un sentimiento profundamente arraigado en su manera de ser. Claro está que hablo de la verdadera y natural y no de la falsa que, a pesar de los esfuerzos de los individuos que la utilizan, al final sirve para desenmascararlos, ya que es imposible ocultar lo que no se posee.

Acordémonos de su vestimenta escasa y sencilla, que manda componer y remendar cuantas veces sea necesario mientras se pueda usar.

Acordémonos de cómo huía de los homenajes después de los éxitos militares, entrando en las ciudades de noche o de madrugada en el día y la hora que él solo determinaba. Así, por ejemplo, al darse cuenta de que sería muy difícil eludir el homenaje después de Maipo, escribe a Pueyrredón el 9 de abril anunciándole su próximo viaje y agrega: "… no quiero bullas ni fandango". ¡Por eso el arco de triunfo que el Director había ordenado preparar solo sirvió para que San Martín le echara una miradita a la madrugada con las calles desiertas!

En su residencia del Palacio de los Obispos en Chile —al regresar de su viaje a Buenos Aires, después de Chacabuco—, se encuentra con una hermosa vajilla de plata que el gobierno le obsequia. A un general que estaba acostumbrado a comer en la cocina, seguramente intercambiando palabras con el cocinero que le preparaba puchero o churrasco la mayoría de las veces, no le habrá costado mucho redactar: "No estamos en tiempos de tanto lujo: el Estado se halla en necesidad y es necesario que todos contribuyamos a remediarla." No acepta el regalo, y agrega al final que la nota de rechazo sea reservada al público. He aquí reflejada su auténtica y verdadera modestia.

GENEROSIDAD, SOLIDARIDAD SOCIAL, MODESTIA. Tres condiciones fundamentales, indispensables en la sociedad de nuestro tiempo, que todos deberíamos practicar a diario para contribuir a su mejor desarrollo.

Estoy convencido de que estos sentimientos existen en gran parte del pueblo, en especial a medida que nos alejamos de la Capital Federal. Estoy convencido también de que escasean en nuestra clase dirigente, y me refiero no solamente a los pocos que son representativos (líderes, por darles alguna denominación) de los diversos sectores que componen la banca, el comercio, la industria, los ganaderos, los profesionales, los profesores universitarios, etc., sino a esa mayoría silenciosa que conforma la clase media alta de nuestro país, en especial la que vive en las grandes ciudades.

Son miles de argentinos los que, junto a los pocos que quedan de la

clase alta, producen el “ruido”, es decir, llenan las costas en el verano, no solo las nuestras sino las vecinas de Punta del Este o las algo más distantes de Brasil. Son los que en invierno copan Bariloche o los lugares cordilleranos transformados en centros de esquí, los que compran miles de pasajes rebajados de los vuelos internacionales. Son los mismos que para tener *status* —compitiendo con los habitantes de los países centrales aunque vivan en un país pobre— transitan con el coche importado, mantienen la ostentosa casa de fin de semana, el yate de ser posible y se visten con ropa fina rotulada a la vista para que los demás se enteren del dinero gastado.

Los más adinerados invierten, de cuando en cuando, millones de dólares en cuadros de pintores famosos —que deberían estar en museos para goce de todos—, no porque los sepan apreciar sino para exhibirlos en sus casas o pisos lujosos a los amigos, que invitan a sus acostumbradas recepciones y que contribuyen a mantener la adulación sin la que les sería difícil vivir. Todavía quedan aquellos que tienen acceso al *jet* privado para viajar a descansar, de tanto en tanto, con preferencia a Punta del Este aunque más no sea por un fin de semana.

Estoy seguro de que los que me acompañan en la Fundación —por haber sido testigos de las innumerables gestiones en busca de apoyo para la investigación y la docencia— comparten mis convicciones de que los sentimientos de generosidad, solidaridad social y modestia hace rato dejaron de pertenecer a la mayoría de esa clase dirigente (en relación directa con su capacidad económica). Claro está que existen las excepciones muy honrosas, por cierto, que sirven para confirmar la regla.

Estoy convencido, también, de que San Martín estaría de acuerdo —al compararla con aquellos que colaboraron en la preparación del Ejército de los Andes en Cuyo— en que los años han pasado en vano y que el individualismo egoísta ha infectado nuestra sociedad. Esto lleva a esa clase dirigente a defender sus propios intereses y a oponerse al devenir social que, de cualquier manera, llegará como consecuencia inevitable de la evolución del hombre.

La falsa y hueca clase dirigente, que no es exclusiva de nuestro país sino que es común a toda Latinoamérica, es la que pone el grito en el cielo cuando se quiere avanzar en el sentido correcto. ¿Qué es eso de querer gravar las tierras improductivas? ¿Qué es eso de que los beneficiarios de una universidad gratuita —lo que significa que la sociedad pagó sus estudios— sean obligados con un pequeño impuesto para sostener los centros de excelencia que el país reclama? ¿Qué es eso de querer gravar las casas de fin de semana? ¿Qué es eso de declarar la nominatividad de las acciones? ¿Qué es eso de terminar con el secreto bancario? “Todas medidas comunistas”, contestarán.

A esa clase dirigente le pido que vuelva a leer el resumen de los

decretos de San Martín en Mendoza; ¡hasta los muertos debieron efectuar donativos! En este momento difícil que nos toca vivir, corresponde a la democracia realizar las medidas de cambio profundo para que la solidaridad social y la generosidad sean establecidas por leyes justas y soberanas, como lo fueron en Mendoza —en algunos casos por decretos compulsivos—, ya que esperar de la espontaneidad es esperar en vano.

Esas leyes existen desde hace años en otros países y forman parte sustancial del desarrollo de los pueblos. Preguntémosles a los profesionales argentinos radicados en Estados Unidos, que suman centenares de miles, si pagan o no el altísimo impuesto a los réditos. ¡Vaya si lo pagan con porcentajes que serían calificados de extorsivos en nuestro país! Y son los mismos argentinos de carne y hueso.

Ya estoy oyendo las réplicas. De acuerdo; terminemos con la burocracia estatal. Pero no dejemos de leer y releer —perdóneseme la insistencia— los decretos de San Martín en Mendoza obligando a los argentinos a la solidaridad. No nos quejemos, después, si esas banderas son utilizadas por los falsos líderes izquierdoides de nuestro país —quienes también se visten con camisas, corbatas y medias con rótulos— para contaminar a nuestros jóvenes y desviarlos de la libertad y la democracia.

4) HONESTIDAD

Sin duda es esta una de las grandes lecciones de la vida del general San Martín. A través de sus pasos —desde San Lorenzo hacia Lima—, su trayectoria fue de una honestidad transparente. Pensemos que tuvo en sus manos el gobierno de Mendoza, que indirectamente se ocupó del de Chile —el gobierno real estaba a cargo de O'Higgins—, en particular lo referente a la preparación de la expedición a Lima, y que después fue el Protector con poderes ilimitados en esa ciudad, la de mayor riqueza en América por aquellos años.

No habría más que recordar los tesoros depositados en El Callao —que hacían encender el espíritu pirateril de Cochrane—, para darse cuenta de que oro y dinero estuvieron a su alcance en innumerables oportunidades. El único episodio que dejó cierta duda fue el dinero depositado por Álvarez Condarco en Londres y que, a mi entender, ha sido un hecho correctamente aclarado por Galván Moreno.

Hay que insistir en que no solo no se apropió de un céntimo, sino que —como ya se expresó previamente— hasta donó parte de sus haberes. Llegó al colmo de renunciar al sueldo de general en jefe del Ejército de los Andes mientras dura su separación por enfermedad en Chile, en diciembre de 1817. ¡Mayor honestidad, imposible!

Sus administraciones fueron siempre modelo de cómo utilizar correctamente los dineros públicos, sin gastos superfluos y dando

cuenta hasta del último centavo, como queda bien ejemplificado en los archivos correspondientes.

Como consecuencia, siempre vivió en la mayor estrechez económica. Recordemos que Pueyrredón debió prestarle seiscientos pesos para costear el viaje de su mujer, quien, si bien pertenecía a una familia destacada de la sociedad de Buenos Aires, tampoco contaba con recursos y que, antes de cruzar la cordillera, San Martín pide al gobierno central descuente ochenta pesos mensuales de su sueldo para ser entregados a Remedios que regresa a Buenos Aires.

Por su honestidad y al no recibir regularmente la pensión decretada por el Perú, vive de penuria en penuria en Europa hasta la aparición de su amigo Aguado. No se conoce la fecha exacta, pero debe haber sido después del casamiento de su hija en 1832. Fueron ocho años de verdadera indigencia.

No obstante sus virtudes, la maledicencia lo acompañó siempre —como a casi todo hombre público— no solo por desconfiarse de sus verdaderos propósitos políticos sino de enriquecimientos ilícitos. Así, después del acta de Rancagua, en Buenos Aires se hablaba de someter a San Martín a juicio militar por su desobediencia y por haber recibido —se decía— quinientos mil pesos. Una de las imputaciones era que el dinero había sido entregado para pagar los gastos realizados por Mendoza y que, por el contrario, San Martín se había apoderado del mismo. El Libertador se dirige al gobierno chileno, en julio de 1820, pidiendo aclare los trascendidos que, como es lógico, O'Higgins responde inmediatamente reivindicándolo y recalca: "…que la mayoría de la opinión pública conoce el mérito de su honestidad."

Ya de regreso —inesperado para chilenos y argentinos—, la maledicencia vuelve a acompañarlo y es acusado de haber entrado de contrabando por Valparaíso parte del oro de Lima. ¡No sabían que el oro que había traído era el estandarte de Pizarro y la campanilla de la Inquisición!

Y lo seguirá acompañando en Buenos Aires y en Europa, a través de las noticias que recibe de América. Recordemos las publicaciones de los periódicos de Buenos Aires y Lima. Aunque se rebela de cuando en cuando ante tanta mentira, sus conocimientos filosóficos lo ayudan. Así desde Mendoza, en 1816, recurre a Epicteto —el mismo que influyó en la redacción de las Máximas para su hija—: "Si hablan mal de ti y esto es verdad, corrígete. Si son mentiras, ríete" y en la famosa proclama del año 1820 enfatiza: "…porque al fin la calumnia, como todos los crímenes, no es sino obra de la ignorancia y del discernimiento pervertido."

En carta a don Vicente Chilavert, dolorido por tantas tergiversaciones, y como él mismo lo dice ante la necesidad de desahogarse (pensemos que por ese entonces estaba en la miseria),

expresa desde Bruselas, en enero de 1825: "…Por lo expuesto no sé ya qué línea de conducta seguir, pues hasta la de separarme de las grandes capitales y vivir oscurecido en esta no ponen a cubierto de los repetidos ataques a un general que, por lo menos, no ha hecho derramar lágrimas a su patria. Me he extendido más de lo que pensaba, pero séame permitido un corto desahogo a 2500 leguas del suelo que he servido con los mejores deseos…".

Es evidente que la honestidad constituye otro legado importante de San Martín, en especial para aquellos que cumplen tareas de gobierno en un país como el nuestro que, a lo largo de su existencia, ha hecho de lo opuesto —la deshonestidad— algo tan frecuente hasta ser considerado como típico o característico del proceder argentino, público o privado.

Desde que tengo uso de razón, pocos son los períodos en que los gobernantes han dado pruebas fehacientes de su honestidad. Los negociados conocidos y los que no trascienden han sido moneda corriente de tal manera que la gente se ha ido acostumbrando y hasta los acepta como hechos normales. En algunos casos —existen ejemplos a montones para relatar—, el pueblo sin darse cuenta de semejante barbaridad suele decir: "Bueno, han robado pero han hecho obras, ¡peor sería que, robando, no hubieran hecho nada!" Y el ejemplo cunde y se propaga en la comunidad donde la coima y el acomodo son lo habitual en los diversos niveles y grados. "¡Por algo hay que acomodarse!"

A mi entender, este constituye el hecho negativo más importante de nuestra decadencia como nación. Todo se ha ido degenerando por la inmoralidad. Recuerdo que, pocos años después de haber regresado al país, participé en una reunión televisiva como único invitado y cuando se me preguntó a qué atribuía la decadencia argentina, contesté: "A una sola cosa: la falta de moral", y agregué: "Existe desde la presidencia para abajo". Esto causó estupor en los periodistas que me entrevistaban y uno de ellos, en el resumen final, habló de mi "ingenuidad". Por ese entonces, ya con cincuenta y un años, como era lógico, me negué a aceptarlo pues había vivido lo suficiente para perder el candor de mi niñez.

Estoy convencido de que sin honestidad no hay proyecto posible para el futuro. Hará falta una larga tarea educativa que debe comenzar desde las funciones de gobierno. La inmoralidad y la deshonestidad mancomunadas representan el cáncer que destruye a los hombres y a las instituciones y solo pueden ser derrotadas con el uso debido de las leyes en plena libertad. Está bien demostrado que a mayor autoritarismo mayor deshonestidad, pues solo la libertad permite desenmascarar a los inmorales. Deberíamos tener presente diariamente ejemplos como los de San Martín, para que su vida recta,

limpia y honesta sirva de modelo.

Pero es tan difícil demostrar la honestidad en medio de tanta inmundicia, que aquel que se decida a transitar por ese camino —por convicciones éticas que haya recibido de padres y maestros— deberá saber, como gran paradoja, que la sociedad le exigirá dar examen todos los días, pues la maledicencia —hoy como ayer— todo lo enturbia.

5) TRASCENDENCIA DE LA EDUCACIÓN

En el capítulo correspondiente, he señalado la importancia que San Martín le daba a la educación. Pensaba fundamentalmente en la formación de ciudadanos que supieran defender la libertad, pues como lo especifica en la circular a los maestros de Cuyo: "La libertad, ídolo de los pueblos libres es aun despreciada por los siervos, porque no la conocen."

Enamorado de los libros, fundó tres bibliotecas y, en el decreto por el que se creó la de Lima, estampó esta frase definitoria: "Los días de estreno de los establecimientos de ilustración son tan luctuosos para los tiranos como plausibles a los amantes de la libertad." Para darle todo su valor, en el acto de la inauguración insiste en que la ilustración universal es más poderosa que los ejércitos para sostener la independencia.

Pero es importante comprender —como lo había manifestado al donar los diez mil pesos para crear la biblioteca de Chile— que por sobre todo le preocupa que se lean "los sagrados libros que forman la esencia de los hombres libres." Así lo había hecho él con su "librería"; no hay más que releer la lista de algunos de los setecientos libros que poseía y de los que solamente sesenta y tres eran militares. En la colección, se destacan los de historia y filosofía y son dignos de mención los doce tomos de Montesquieu, su autor favorito, que tanto influyó en su carácter y pensamiento.

Es indudable que, a medida que recorría los pueblos, comprobaba que no estaban preparados para recibir la independencia y sentirse libres con ella. Por eso, a pesar de sus ideas republicanas, se convence cada vez más de que todavía no estaban listos para practicarla. De ahí, su propuesta de instaurar monarquías constitucionales, quizá como algo transitorio que permitiera luego —a través de la educación— el paso definitivo a la democracia.

Estos mismos pensamientos docentes eran compartidos por Bolívar, y en especial por Sucre, un militar de alma transparente poco conocido por los argentinos, quien durante su presidencia en Bolivia ¡pretendió instalar un colegio en cada pueblo!

Por desgracia, ese mensaje sanmartiniano sigue sin cumplirse. A muchos les llamará la atención esta aseveración tan concluyente,

cuando siempre nos hemos jactado del alto nivel alcanzado por la educación en nuestro país.

No podemos negar que, con la implantación de la ley 1420 de enseñanza primaria obligatoria, se dio un paso significativo. Si analizamos en profundidad el presente, en particular el alto índice de ausentismo escolar, observaremos —como es lógico— que está directamente relacionado con la pobreza y con los índices de mortalidad infantil. Claro está, por otra parte, que esta conclusión es semejante en las villas miseria que están allí nomás, a las puertas de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires.

Es este el problema más trascendente que debe afrontar nuestra sociedad: el de la enseñanza, pero el de la enseñanza primaria. ¿Qué sentido tiene que se siga dando tanto tiempo y tanto espacio a la discusión de los problemas universitarios en un país donde sobran profesionales de mala calidad, formados por casas de estudios fabricantes de títulos? Precisamente en eso se han convertido nuestras universidades a través del populismo barato que, además, ha pervertido la mente de nuestros jóvenes.

A veces, en charlas o conferencias en colegios secundarios y en las mismas universidades, para que el problema se comprenda en profundidad, he manifestado, como hipótesis, que nada pasaría si cerráramos las universidades por algunos años. En el fondo soy un convencido de que podría ser así. ¡Ni siquiera nos daríamos cuenta de ello!

Necesitamos, sin duda, una profunda reforma universitaria como la del año ’18, adecuada al tiempo en que vivimos, pues el país demanda universidades que formen profesionales capaces, además de centros de excelencia para la única elite que se justifica —la de las neuronas— y que deberá constituir el basamento de nuestra clase dirigente. Sin duda, habrá que agregar la investigación a la tarea educacional, pues sin ella seremos siempre un país de segunda.

Los esfuerzos máximos deben estar orientados hacia la planificación de la enseñanza primaria. Terminemos con los millones de argentinos analfabetos y semianalfabetos; si no lo hacemos, serán siempre utilizados por los demagogos de turno —civiles o militares— y no comprenderán la verdadera razón de lo que les está pasando. Lo más urgente es rehabilitar la ley número 12.558, conocida como ley Palacios, pues fue este ilustre político argentino el que la gestó en el año 1938 para la creación de las escuelas hogares, en particular en las áreas rurales. Sin duda, habrá que adecuarla a nuestro tiempo.

Desde mis lejanos tiempos de Jacinto Aráuz sigo soñando con esas escuelas hogares, no solamente para evitar que el niño camine o, montado en un caballo o en sulki —si son varios—, recorra la distancia, a veces medida en leguas, para llegar a la escuelita —en

general pobre y destartalada— y allí aprender a leer, dividir y multiplicar.

La escuela hogar deberá estar rodeada de una huerta, de colmenas, de frutales, de gallineros donde los niños, dirigidos por sus maestros, produzcan sus propios alimentos aprendiendo al mismo tiempo a amar la naturaleza y comprender que, con poco esfuerzo, la tierra nos lo brinda todo y, por ser tan generosa, hasta con belleza si se mezclan por allí algunas flores. No es esta una utopía. Algunas pocas se pueden ver, por ejemplo, en la provincia de La Pampa, donde el verdadero maestro enseña cómo, distribuyendo los canteros con inteligencia, los niños compiten por obtener el mejor zapallo, o maíz o tomate. Y sin darse cuenta están, al mismo tiempo, imitando al general San Martín en su quinta *Los Barriales* de Mendoza, o en sus casas de Bruselas y Grand Bourg, pues —como él muy bien decía— el estado de labrador era el más apropiado para su carácter y temperamento.

El niño debe vivir en la escuela, excepto los fines de semana. De esta manera quizá conocería, por primera vez, una mesa para comer con los platos y cubiertos correspondientes, un baño con ducha y una cama con sábanas limpias. Un honesto y ferviente maestro pampeano me narró que, al presenciar la primera ducha de niños que nunca se habían bañado, el canto del agua que salpicaba sus cuerpecitos y repiqueteaba en el suelo se entremezclaba con las vocecitas que exclamaban de continuo: “¡Qué lindo, qué lindo había sido bañarse!”

Quisiera ver las escuelas rurales aquí y allá, desde La Quiaca hasta Tierra del Fuego y, como San Martín, con la pretensión de que se enseñe a amar a la Patria Americana y a preparar a los ciudadanos del futuro como defensores acérrimos de la libertad del hombre.

No debe ser esto tarea tan difícil, si el espíritu de solidaridad social vuelve a las almas de los argentinos. No olvidemos que los organismos internacionales casi siempre están dispuestos a otorgar los fondos necesarios para proyectos de esta naturaleza. Pensemos, además, todo lo que podríamos hacer en aras de la educación si la televisión fuera utilizada en forma correcta. No habría más que buscar lo que es moneda corriente en países de avanzada, agregando nuestra propia inventiva.

A veces sonrío ante el cartelito que aparece a las diez de la noche previniendo que, desde esa hora en adelante, la responsabilidad es únicamente de los padres pues ha terminado el horario de los niños cuando, en realidad, han sido expuestos durante el día a series televisivas cargadas de violencia y, a veces, hasta ensuciadas con pornografía barata, y también intoxicados por los programas filmados en su mayoría en otros países, defensores del mundo “occidental y cristiano”, ¡que cuestan al estado enormes sumas de dinero pagadas en dólares! Los pocos programas realmente educativos solo aparecen a

altas horas de la noche, mientras los niños y jovencitos están durmiendo.

¿A qué se debe, por ejemplo, que una ley tan antigua —la ley Palacios cumplirá pronto cincuenta años— no sea una realidad en nuestro país? Me lo he preguntado muchas veces y la única explicación es que aquí, como en el resto de Latinoamérica, las clases poseyentes no tienen interés en que ello ocurra. Y aún voy más lejos, tienen temor de que ello pueda suceder. Como diría don Ezequiel Martínez Estrada, uno de mis maestros en el Colegio Nacional: "Si razona el caballo se acabó la equitación."

6) DEFENSA DE LA LIBERTAD Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE

Es este otro mensaje fundamental que los argentinos tenemos que analizar en profundidad. San Martín los había incorporado a su propio pensamiento desde los lejanos tiempos de Cádiz —a los treinta y cuatro años—, cuando alcanzó la madurez física y mental tan necesaria para razonar con equilibrio.

Allí se juramentó a cumplirlos cuando ingresó a la Logia Lautaro y toda su Gesta Libertadora se hace con un solo fin: su ansia de libertad, tantas veces registrada en sus proclamas y en los hechos, a diferencia de los grandes guerreros que nos describe la historia, quienes lucharon por mantener la opresión, la anexión de nuevos dominios territoriales o por el placer que les ocasionaba el mero triunfo militar, buscando solamente la gloria.

Transcribo un solo párrafo de la resolución tomada en Mendoza al ordenar se agregara una comida a los presos: "Conozca el mundo que el genio americano abjura con horror los crueles hábitos de sus antiguos opresores. Y que el nuevo aire de libertad que empieza a respirarse extiende su benigno influjo a todas las clases del Estado…".

Hubo que esperar que el Libertador cruzara las montañas y el océano para que en Lima —nada menos que la ciudad de la opulencia, la nobleza y los privilegios amparados por una legislación medieval— se dictaran los decretos, terminando con la esclavitud de los indios y los negros y estableciendo las garantías individuales. Hizo incorporar estas el 8 de octubre de 1821 al Estatuto Provisional que precede al Congreso Constituyente y termina con los azotes, torturas y tormentos, poniendo énfasis en el hábeas corpus, la inviolabilidad del domicilio y el respeto de la justicia, como poder totalmente independiente.

El amante de los libros y la educación no podía olvidarse de establecer la libertad de imprenta sin censura previa. Es esta una lección trascendente que debería enfatizarse en la enseñanza primaria y secundaria donde, salvo algunas excepciones, casi ni se menciona. Mi experiencia me dice que pocos argentinos realmente la conocen, pues, cuando la he mencionado en clases de colegios secundarios, en

algunas charlas públicas en la capital o en el interior, o en conversaciones con mis colaboradores y amigos, mis comentarios siempre han producido grandes sorpresas. LA GESTA SANMARTINIANA FUE POR LA LIBERTAD Y LOS DERECHOS DEL HOMBRE. No demos más vueltas tratando de ocultarlo para hacer resaltar, en contraposición, sus ideas monárquicas —que ya he analizado en su momento—. Es hora de que los eternos soñadores de los gobiernos fuertes y dictatoriales cesen de intentar demostrar lo indemostrable: que San Martín fue un autoritario y que Rosas fue su continuador.

No es el motivo de este trabajo analizar las razones del advenimiento de Rosas al poder, a fines del año 1829. Pero San Martín, el hombre que hacía una defensa tan destacada de los derechos del hombre, muy poco tenía que ver con aquel que, a través de su ministro Tomás M. de Anchorena, decretara el 15 de octubre de 1831 el restablecimiento de la enajenación de los esclavos que introdujeran los viajeros, el establecimiento de la censura para "libros heréticos" y que el 21 de septiembre quemara en ceremonia pública en la plaza de la Victoria "libros peligrosos", entre los que se hallaban, precisamente, varios de los autores que formaban parte de la "librería" que acompañó al Libertador durante toda su campaña.

Por esas cosas del destino, San Martín se notificaría de lo ocurrido a través de una carta enviada por uno de sus antiguos colaboradores, el general Tomás Guido, el 27 de marzo de 1833, quien fue precisamente ministro de Rosas, aunque solamente hasta mayo de 1830.

Recordemos una vez más que San Martín les responde desde Bruselas, el 6 de enero de 1827, a todos los que sostienen estas comparaciones: "…por inclinación y principios amo el gobierno republicano y nadie lo es más que yo."

7) LA UNIÓN NACIONAL

A pesar de no conocer en profundidad —según mi modesto entender— las verdaderas razones de la anarquía que comprometía la propia existencia de nuestro país y que desembocaría en la crisis del aciago año '20, San Martín vivía preocupado por la disolución y el derramamiento de sangre entre hermanos.

Así —más o menos al mismo tiempo—, desde Mendoza escribe tres cartas de similar contenido: el 26 de febrero de 1819 a Estanislao López y Francisco Ramírez y el 13 de marzo del mismo año a José Artigas. Conviene leer con detención el siguiente párrafo, extractado de la enviada al caudillo oriental: "…No puedo ni debo analizar las causas de esta guerra entre hermanos; y lo más sensible es que, siendo todos de iguales opiniones en sus principios, es decir, en la

emancipación e independencia absoluta de la España… creo que debemos cortar toda diferencia y dedicarnos a la destrucción de nuestros crueles enemigos los españoles, quedándonos tiempo para transar nuestras desavenencias como nos acomode sin que haya un tercero en discordia que pueda aprovecharse de estas críticas circunstancias… Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón… No tengo más pretensiones que la felicidad de la patria…”.

Creo que las expresiones son de por sí definitorias y tienen hoy —si las sabemos extrapolar a nuestro tiempo— quizá todavía más significación. Los que estamos entrando en el tercio final de nuestras vidas, hemos sido testigos —y a veces hemos participado desde la universidad— de las luchas políticas que han dividido a los argentinos en antinomias, la mayoría de las veces de neto corte partidario y que han esfumado los verdaderos objetivos que debieron establecer un país que, basado en sólidos principios democráticos, desarrollara todas sus potencialidades en las claras oportunidades que le brindó la historia.

Yendo hacia atrás, pensemos solamente en dos: a principios de este siglo el producto bruto interno era mayor que el promedio mundial; al finalizar la Segunda Guerra, nuestro Banco Central tenía tanto oro “que no se podía caminar porque golpeaba nuestras rodillas”, como solía expresar el líder carismático que rigió los destinos de los argentinos después del golpe militar de 1943.

Así nos fue y así nos encontramos hoy en esta nueva encrucijada histórica. ¿Tienen los argentinos responsables —en especial su dirigencia política— conciencia real de la situación nacional y de las implicancias que, sobre nuestro país, ocasiona la crítica situación internacional? Parecería que no, en la gran mayoría, dadas las manifestaciones públicas que diariamente oímos en la radio y la televisión o leemos en los diarios. Sería muy extenso introducirme en este tema en profundidad, pero intentaré hacer un resumen.

En las últimas décadas, el país quedó detenido en el tiempo porque se pensó en que se podía continuar gozando de los beneficios que provenían de la producción agropecuaria que alcanzaban y sobraban, mientras fuimos parte del Imperio Británico, de acuerdo con la distribución económica y con las reglas de juego que subsistieron hasta la Segunda Guerra Mundial.

Durante todo ese tiempo no podemos negar que el país creció, pero toda su riqueza dependía del campo. Las continuas luchas internas —provocadas la mayoría de las veces de afuera, desde donde hasta llegaban a elegir a nuestros propios presidentes— nos entretuvieron en cosas menores y nos hicieron perder los verdaderos objetivos. Todo empeoró después de la revolución del ’43, cuando se produjo un

intento de industrialización que no alcanzó los niveles previos de los gobiernos oligárquicos, como lo demuestra Sebreli en *Los deseos imaginarios del peronismo*, con cifras incontrovertibles, o Julio Irazusta en *Perón y la crisis argentina*, dos libros que en particular los jóvenes deberían leer con detención.

La crisis económica se fue profundizando en la larga alternancia de los gobiernos civiles y militares posteriores al peronismo, con la sola excepción del breve período del gobierno de Illia, para llegar al tobogán incontrolable de la inflación que se desencadenó con el "rodrigazo" y se profundizó con el Proceso.

Así hoy —después de tantos años transcurridos— seguimos dependiendo casi exclusivamente del campo, en un país al que muchos todavía creen el granero del mundo. La realidad es que: a) Europa no solo se autoabastece sino que exporta carne, cereales, leche, manteca y queso en cantidades significativas; b) Estados Unidos tiene tanto cereal acumulado que uno de los sectores más comprometidos de su economía es precisamente el rural, con los granjeros pobres e hipotecados; c) este año China ha exportado maíz por primera vez en su historia y la India está llegando al autoabastecimiento con la introducción de nueva tecnología.

¿Qué otra cosa nos queda por exportar? Algunos pocos productos industriales de bajo rendimiento económico, algodón, porotos, manzanas, té, y —con vergüenza— cueros y lana (como en la época de la colonia), esta última, sin lavar en su mayoría. Deberíamos estar exportando, por lo menos suéteres, casimires, ropa y calzado de la mejor calidad, con fábricas instaladas en los lugares de producción.

¿Cuál es la explicación? A mi entender, simple y sencilla: a nuestras clases dirigentes —salvo rarísimas excepciones— poco les ha importado la planificación de un país con sentido nacional. Han estado entretenidas en las discusiones superficiales —a veces de aparente alto tono político—, ocasionando los frecuentes golpes de estado y buscando en el militar iluminado la solución que ellos no habían encontrado. Han actuado casi siempre de espaldas al país, defendiendo sus propios intereses menores, la mayoría de las veces en connivencia con los factores de poder del extranjero, que han manejado nuestro pobre país. Alguna vez don Arturo Illia me dijo que, además de la asociación sindicomilitar, su caída se debió a las pocas manzanas que rodeaban la Casa Rosada, y tenía razón. La *city* sigue gobernando y dividiendo a los argentinos.

Se dirá que esto ha sido oído ya otras veces, pero la historia, si se la profundiza, va mostrando la verdadera realidad. Y nuestros "prohombres", la mayoría de las veces, lo han pasado "bicicleteando" en vez de producir o, ¿acaso la economía del Proceso no tiene semejanza con la implantada por Juárez Celman, quien presidió la

decadencia de la Generación del Ochenta? Y no nos justifiquemos aduciendo que somos un país joven cuando nuestra independencia ocurre solamente treinta y cuatro años después de la de Estados Unidos. ¡Qué jóvenes eran la Alemania y el Japón destruidos después de la Segunda Guerra Mundial!

Los responsables de nuestro desastre son todos aquellos que contribuyeron a la desunión de los argentinos —insisto—, manteniéndonos entretenidos en reyertas de calibre menor. Como siempre, los porteños a la cabeza. Hoy, como ayer, la capital sigue viviendo de espaldas al interior, consumiendo en su propio beneficio lo que este produce. Mientras el interior trabaja, la burocracia capitalina vive, se sostiene y goza de una civilización europeizada y ahora yanquizada que invade la propia cultura y hasta las costumbres en todos los niveles: desde los niños y adolescentes, que lucen *jeans* y remeras importadas con inscripciones visibles en idioma extranjero, hasta las damas con las fragancias de los perfumes franceses. La lengua y el idioma se han ido deteriorando, con neologismos que demuestran a las claras el descastamiento; así decimos, por ejemplo, música folclórica en lugar de música criolla.

En una oportunidad, en Caleta Olivia —después del clásico asado con que los colegas del interior agradecen a los que nos acercamos, a veces con esfuerzo, para llevar nuevos conocimientos médicos para beneficio de los pacientes, y en presencia de tres ex gobernadores del sur de diversa extracción política—, manifesté que, en esa Patagonia olvidada, tendrían que elegir un día de crudo invierno y, en demostración absolutamente pacífica, interrumpir la energía proveniente del Chocón y el gasoducto ¡para que los porteños valoraran al resto de nuestro territorio!

San Martín podría servir como testigo de valor en la acusación a la capital. Así lo he dejado documentado en varios pasajes de este trabajo y, muy en especial, en el momento final, cuando tan poco necesitaba del gobierno de Buenos Aires para culminar su tarea en agosto de 1822. Quizá por eso, en carta a Tomás Godoy Cruz del 24 de julio de 1816, ya planteaba lo que muchos argentinos estamos convencidos tendrá que ocurrir: "¿No sería más conveniente trasplantar la capital a otro punto cortando por ese medio las justas quejas de las provincias?"

Hoy, frente al desastre, todo sigue igual. Hubo elecciones inobjetables en las que se eligió a un presidente honesto, que trata con esfuerzo de darles solución a los problemas —graves problemas—, mientras que en su propio partido sectores diversos luchan denodadamente por ocupar el "espacio político" a través de candidaturas y postulaciones a senadurías, diputaciones y gobernaciones sin excluir la posible nominación a la sucesión

presidencial. Las críticas despiadadas de los principales sectores de la oposición —con divisiones internas semejantes a las del partido oficial — no aportan, salvo rarísimas excepciones, nuevas soluciones. Debo confesar que la miopía imperante en nuestra dirigencia política —incapaz de mirar en profundidad hacia el horizonte accesible para una Argentina soberana, progresista, libre y justa— demuestra su incapacidad y falta de preparación para comprender este difícil momento histórico que les toca liderar.

¿O acaso, por ejemplo, es tan fácil la reactivación de la economía cuando se requiere planificación y posterior ejecución, que necesita tiempo si se la quiere hacer bien y llegar a buen puerto? ¿Cómo hacer para recuperar el atraso científico y tecnológico cuando las computadoras, por ejemplo, han llegado a nuestro país con tantos años de atraso? ¿Cómo hacer para desarrollar una industria competitiva cuando los países adelantados ya están en la etapa de la robotización? Así podríamos seguir y seguir.

Pero de alguna manera hay que empezar a caminar, a correr —dentro de lo posible—, pero para ello “creo que debemos cortar toda diferencia” y hacer el sacrificio que la grave situación requiere. Después, al cabo de varios años —pues el camino sufriente de la recuperación será largo—, habrá “tiempo para transar nuestras desavenencias”. Es necesario recordar el mensaje que, desde el Perú, nos dejó el Libertador el 5 de diciembre de 1820: “…Los triunfos que hasta aquí ha tenido el ejército de mi mando, y el glorioso brillante aspecto que ofrece la campaña del Perú, vuelve a cada paso mi memoria sobre el estado político de las Provincias del Río de la Plata, donde ha nacido la libertad de América y desde donde recibió el primer impulso la misma empresa que actualmente arrebata la atención de todo el continente… Yo no puedo dejar de pensar en el peligro que amenaza a esos pueblos…” Concluye: “…seguro que el gran voto de mi corazón es ver restablecida la armonía entre unos pueblos que por su heroísmo… son llamados a grandes destinos…”, ¡que todavía estamos esperando!

Deberíamos recoger el mensaje Sanmartiniano de unidad nacional, para que con la colaboración de todos planifiquemos la Argentina del futuro pero, entendámoslo bien, sin guitarreos. Es este período de transición que lo exige. Material humano —que es lo difícil de conseguir— existe y así lo atestiguan los dos millones de argentinos que están diseminados por el mundo.

8) UNIDAD LATINOAMERICANA

Es indudable que los reglamentos de la Logia Lautaro ya establecían este punto. El plan era trabajar por “la independencia de la América”; por eso todos se juramentan desde Cádiz, luego lo

ratifican en Londres y lo cumplen en territorio sudamericano.

La Gesta Sanmartiniana es la causa de América. Basta recordar las proclamas de Cuyo de 1815, su decisiva participación para que desde Tucumán se declare la independencia de las “Provincias Unidas de Sud América”, el primer parte después de la victoria de Maipo, la correspondencia con O’Higgins de 1819, las cartas a los caudillos del mismo año, la extensa proclama a los habitantes del Río de la Plata antes de iniciar la parte final de la campaña del año 1820, la correspondencia con Bolívar y, ya de regreso, la renuncia ante el Congreso Peruano del año 1822.

Su causa es la causa de América y su Gesta lleva implícita la hermandad de los hijos de esta tierra. Así surge el ejército unido de chilenos y argentinos para llevar la libertad a los peruanos. Es bien conocida la identidad de criterio que lo une a Bolívar. Para el Libertador del Norte, con Maipo ha llegado “el día de América” y sus sentimientos son claros cuando, en carta al gobierno argentino en junio de 1818, expresa: “Una sola debe ser la Patria de los americanos ya que en todo hemos tenido una perfecta unidad.”

Por desgracia, esos sentimientos han ido desapareciendo con el correr del tiempo y los pueblos de América se fueron separando por caudillismos locales que pregonaron —la mayoría de las veces— falsos nacionalismos y que, inclusive, provocaron guerras entre hermanos. San Martín ya lo había visto con claridad al exponer en carta a Vicente López, desde Bruselas el 12 de mayo de 1830: “Por todas partes los nuevos Estados presentan los mismos síntomas, el mismo cuadro de desórdenes y la misma inestabilidad. Si sus relaciones políticas o comerciales los uniesen entre sí, como al viejo continente, tanto por la facilidad de sus diarias comunicaciones, como por el encadenamiento de sus recíprocos intereses y el rápido contacto de las ideas, podría asegurarse que la república era dada a la América por un sentimiento general; mas los nuevos Estados aislados, entre sí mucho más que lo que están con la Europa, no permiten creer que la simultánea y exacta igualdad que se nota en veinte años de no interrumpidas agitaciones, sea el efecto de una impulsión moral que los arrastra sino, al contrario, que la causa o el agente que los dirige no pende tanto de los hombres como de las instituciones —en una palabra— las cuales no ofrecen a los gobiernos las garantías necesarias —me explicaré— que no estén en armonía con sus necesidades.”

Hoy, la unidad latinoamericana todavía está por verse. Por razones de mi tarea docente la he recorrido toda y, con dolor, he podido comprobar que aquella utopía: “América tierra de la justicia” con que soñara Pedro Henríquez Ureña, no sólo no se ha cumplido sino que, por el contrario, la injusticia es lo que resalta.

Así lo he constatado personalmente, ya que siempre me ha gustado

mirar a los costados del camino y no me canso de decir que, quizá, mi única cualidad es la de ser un profundo observador. Sí, en Latinoamérica predomina la injusticia, está allí si se la sabe ver en el simple recorrido del aeropuerto a cualquiera de sus capitales ostentosas. ¡Y no se le ocurra alejarse unos pocos kilómetros para ver el resto!

Los índices de desnutrición y mortalidad infantil, la enorme cantidad de niños de padres desconocidos que se cuentan por millones, la falta de habitaciones adecuadas, aunque se las quiera disfrazar con colorido como las "favelas" brasileñas, están al alcance de la mano en toda Latinoamérica. La carencia de educación apropiada queda reflejada con índices que, como en Bolivia —¡sí, en Bolivia, donde Sucre quería una escuela en cada pueblo!—, se acercan a los más altos del mundo. La tuberculosis todavía mantiene una preponderancia imposible de aceptar en nuestro tiempo en algunas regiones de América. Sí, América, tierra de la injusticia, en oposición al sueño del maestro dominicano, a quien los platenses tuvimos el honor de cobijar y de quien recibimos la savia pura de sus enseñanzas.

Mientras tanto, unos pocos privilegiados gozan hasta el exceso de las comodidades y el lujo de la vida moderna.

¿Cuándo se concretarán los deseos de San Martín, Bolívar, O'Higgins, Sucre y tantos otros? A la falta de una hermandad solidaria, que debería basarse en su propia cultura, se agrega la carencia de una adecuada interrelación económica.

¿Alguien ha pensado alguna vez lo que significaría que los países latinoamericanos, con reservas incalculables de agua, bosques, cereales, ganado, hierro, cobre, estaño, petróleo y enormes extensiones de tierra virgen, con principios sólidos —excluyendo falsos nacionalismos, ya que el verdadero dice que cada país mantenga, como es lógico, sus particularidades—, se unieran estructuralmente para que, de una vez y para siempre, ocupemos un lugar en el mundo? Ha llegado la hora de la verdadera unidad latinoamericana y no la que se proclama, a veces, en los discursos de circunstancias o la que afloró solo por un instante durante el conflicto de las Malvinas.

Entendamos claramente que esa unidad no es auspiciada y, por el contrario, es temida por los grandes consorcios que dictan los reglamentos utilitaristas del mundo de nuestro tiempo. ¿Se imaginan ustedes lo que ocurriría si en este preciso momento una América unida y solidaria planteara en conjunto, y no país por país, el problema político-económico de la deuda que nos acorrala?

Ha llegado el momento en que, en especial nuestra clase dirigente, escuche los mensajes de la historia y entre ellos el de San Martín. Luchemos todos, cada uno en su propio terreno —cultural, educativo,

económico o científico—, para que ello ocurra. Una de mis más grandes alegrías es precisamente que, desde mi regreso al país en 1971, más de cien médicos latinoamericanos han pasado por nuestra Fundación y están hoy desparramados en todos los países de Hispanoamérica. Cada uno de ellos, además de su tarea específica, se ha constituido en parte de la patria común latinoamericana, pues se ha imbuido de los principios que he expuesto.

9) RENUNCIAMIENTO

Al analizar lo relacionado con la entrevista de Guayaquil traté de exponer las razones fundamentales del alejamiento temprano de San Martín, que dejó inconclusa su tarea. Muchos son los que todavía hoy no comprenden la magnitud de ese gesto: saber retirarse a tiempo cuando las circunstancias lo indican, contribuyendo de esa manera al triunfo de ideales en los que se han depositado tantas esperanzas. Las circunstancias de aquel momento así lo habían determinado y su mente privilegiada lo vio con claridad meridiana. No lo entendieron sus colaboradores más cercanos, menos aún lo harían los hombres de Chile o Buenos Aires.

Su renunciamiento es todavía más admirable porque se acompaña del silencio y el camino al ostracismo que, como él lo manifestara en carta a Ramón Castilla años más tarde, en septiembre de 1848, es el servicio más grande que América tiene que agradecerle, pues comprometía su honor y su reputación. ¡Y vaya si los comprometía! Solamente muy de tanto en tanto hace llegar sus quejas, cuando las diatribas y las maledicencias alcanzan niveles intolerables, pero sin dar explicación de su renunciamiento. Ha comprendido de sobra su tarea por la independencia y la libertad y llevará la cruz del sacrificio, que no otra cosa implica su “retirada”, así calificada despectivamente por el periódico más importante de Buenos Aires.

¡Qué diferencia con lo que sucede en nuestros días, cuando, “al menor paso al costado”, el protagonista —en la mayoría de las ocasiones impulsado por el periodista de turno— se ve en la obligación de cacarear hasta el cansancio para explicar su “gesto patriótico”!

Recordemos siempre el renunciamiento de San Martín. Tengámoslo presente, pues en algún momento de la vida —grande o pequeño, según sea nuestra responsabilidad individual o social— tendremos que hacerlo y, como el Libertador, hagámoslo en silencio.

10) MENSAJE A LOS MILITARES ARGENTINOS

Siempre se nos ha enseñado que nuestros militares son los herederos de San Martín y que las normas que rigen a nuestras fuerzas armadas son estrictamente sanmartinianas. Resumiendo su vida

militar, quizá hallaremos la respuesta justa.

A) *Código de Honor.* Al comenzar la preparación de los soldados que iban a formar los cuerpos de granaderos a caballo, el general San Martín no solo estableció rígidas normas de disciplina, sino que además redactó un Código de Honor claro y preciso, que he analizado en su momento. A ello agregó la reunión mensual de oficiales y cadetes, precisamente en su casa del regimiento, donde en forma democrática se juzgaba al acusado —como ya se ha visto— si había incurrido en alguna transgresión. Es decir, el Código de Honor no era una simple declamación volcada en un papel, sino que había que obedecerlo estrictamente por la "obligación que tiene todo oficial de honor de no permitir en el seno del cuerpo ninguno que no corresponda a él". Y de allí en adelante, sin dudas, se cumple durante toda la campaña.

Recordemos el acta de Rancagua, consecuencia de la reunión de oficiales —hasta entonces bajo el mando de San Martín— para decidir quién debía dirigirlos. Es lógico pensar que esto no era necesario pero sus convicciones así lo demandan. Conviene transcribir los artículos que debían observarse:

"1. El jefe más antiguo del Ejército de los Andes reunirá al cuerpo de oficiales en un punto cómodo, y el más espacioso que se encuentre, dando principio a la lectura de este manifiesto;

"2. Reunidos todos procederá a escribir su votación para General en Jefe en una papeleta verificándolo uno a uno, la que depositará en algún cajón o saco que se llevará al efecto;

"3. Finalizada esta votación se pasará al escrutinio que deberán presenciar el jefe principal y el capitán más antiguo de cada cuerpo; dicho escrutinio se hará en presencia de todos;

"4. Se prohíbe toda discusión que pueda preparar el ánimo en favor de algún individuo;

"5. En el momento de concluido el escrutinio se tirará un acta que acredite el nombramiento del elegido, la que firmarán todos los jefes y el oficial más antiguo por clase;

"6. En el momento de verificada la elección, se dará a reconocer el nuevo nombrado por un bando solemne y por un saludo de 15 cañonazos."

B) *Código de Deberes Militares.* En Mendoza, durante la preparación del Ejército de los Andes, se dicta el Código de Deberes Militares y pena para sus infractores que comprende cuarenta y un artículos expresando: "La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de

estas ventajas, ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene.”

C) *Instrucciones profesionales.* He analizado en el capítulo correspondiente las instrucciones reservadas para los jefes de cuerpo antes de Maipo. Son de extrema severidad, pues en esa batalla se iba a decidir la suerte de América. Recordemos que había grupos de caballería en la retaguardia para sablear a todo aquel que intentara volver la cara. Y es bien sabido el valor con que se batieron nuestras tropas, no solamente en Maipo sino a lo largo de toda la Gesta Libertadora; basta recordar el coraje de Arenales en diciembre del año ’20, cuando debe atravesar pantanos en medio de una tormenta de nieve en plena cordillera.

¿Se cumplieron acaso aquellas instrucciones en las islas Malvinas?

D) *Trato al enemigo y a los habitantes.* Desde el combate de San Lorenzo —al finalizar proveyó de víveres a Zabala— hasta Lima, San Martín cumplió estrictamente los lineamientos de la conducta militar que se había impuesto. Así, antes de comenzar su cruzada por la libertad de América, hace conocer una proclama a los chilenos, donde enfatiza: “La tropa está prevenida de una disciplina rigurosa y respeto que debe a la religión, a la propiedad y al honor de todo ciudadano… Se castigará con severidad el menor insulto. Me prometo que no se cometerá crimen alguno bajo las banderas americanas, y que se arrepentirá tarde y sin recurso el que ofenda.”

El 30 de septiembre de 1817 —por falsas noticias y defendiendo una vez más la conducta de su ejército y, en especial, el trato a los prisioneros—, hace llegar una proclama al resto de las fuerzas españolas que están en el sur de Chile y pone por testigos a dos mil prisioneros y ochenta oficiales tomados en Chacabuco, que han sido tratados con todo respeto y de acuerdo con el derecho de gentes, incluyendo al propio Marcó del Pont, que había prometido ahorcarlo. Es importante recalcar: “…pero jamás crean imposturas que degradan al siglo ilustrado en que vivimos, y que ofenden a mi ejército con tanta injusticia…”.

Los verdaderos sentimientos del alma sanmartiniana, quedan reflejados en la anécdota que nos relata Ricardo Rojas en su libro: “San Martín después de Maipú, al pasar por San Luis, oyó contar a Dupuy los pormenores de la sublevación de los prisioneros españoles, en que Ordóñez, Morla, Marcó, y algunos otros oficiales habían sido sacrificados. Al saber que sobrevivía un joven sobrino de Ordóñez, fue a verlo en la cárcel; y lo halló con una cadena tan larga que envolvía la cintura y tan pesada que no le permitía moverse. San Martín mandó venir un herrero para que limara la cadena y el grillete, y luego llamó al gobernador para disponer que lo vistieran con decencia y lo trataran con más consideración, trasladándolo como simple arrestado

del cuartel. El propio interesado, cuarenta años después, refería esta anécdota, con palabras de gratitud para su protector. La refirió en carta a Balcarce, desde Barcelona, después que San Martín había muerto. 'Este señor, dice, me sentó en una silla, me acarició, y con dulces palabras me preguntó por lo acontecido.' En esa carta el joven Ordóñez protesta de que se hubiera calumniado a San Martín con motivo de las muertes que siguieron a la sublevación de los españoles…".

El 8 de septiembre de 1820, al desembarcar en Pisco, da a conocer una proclama reafirmando sus ideas: "Los peruanos son nuestros hermanos: abrazadlos, y respetad sus derechos como respetasteis los de los chilenos después de Chacabuco…".

Y determinó las siguientes penas:

"El que robase o tomase por valor de dos reales para arriba será pasado por las armas, previo consejo de guerra verbal sobre el tambor. El que derramase una gota de sangre fuera del campo de batalla será castigado con la pena del talión. Todo insulto contra los habitantes del país, fuesen americanos o europeos, o exceso contra la moral pública y sus costumbres, será castigado hasta con la pérdida de la vida.

"Acordaos que toda la América os contempla, y que sus grandes esperanzas penden de que acreditéis la humanidad, el coraje y el honor que os han distinguido siempre, donde quiera que los oprimidos han implorado vuestro auxilio contra los opresores. El mundo envidiará vuestros destinos si observáis la misma conducta que hasta aquí. Pero, ¡desgraciado el que quebrante sus deberes y sirva de escándalo a sus compañeros de armas! Yo lo castigaré de un modo terrible y desaparecerá de entre los otros con oprobio e ignominia…".

Medidas similares fueron tomadas para tranquilidad de los ciudadanos, a través de bandos en Lima desde el 14 de julio de 1821.

E) *Humanización de la guerra.* Es esta una de las características salientes de los ejércitos bajo el mando del general San Martín. Esta actitud queda claramente ejemplificada en las cartas al virrey Pezuela de Lima, primero el 30 de octubre de 1817, donde expresa: "Estoy seguro que la filantropía de V.E. suavizará en cuanto esté a sus alcances los horrores de la actual guerra. Yo ofrezco a V.E. hacerlo así y ambos tendremos el placer de hacer algún bien a nuestros semejantes." Luego, reconfirma esto en dos cartas del 11 de abril del año siguiente: la primera en procura de la pacificación, la segunda con el deseo de aliviar la situación de los prisioneros y, por sobre todo, la del 10 de noviembre de 1818, llena de sentimientos humanitarios, en la que recuerda la ingratitud de los gobiernos españoles para con América y la decisión de exterminar a los americanos rebeldes, agregando finalmente: "…Quisiera que el tiempo apresurase la terminación de los males de que se resiente América… y protesto me

hallará siempre pronto a medios pacíficos en cuanto sea compatible con la libertad de esos pueblos.”

Los mismos sentimientos se encuentran en la proclama del 13 de noviembre al pueblo peruano, que adelantan los barcos chilenos, donde se puede leer: “La sangre, pues, que se derrame, será solamente crimen de los tiranos y de sus orgullosos satélites.” Los soldados del Libertador solo prometen “amistad y protección a los hermanos que la victoria ha de librar de la tiranía.”

Esos barcos llevaban para los soldados otra proclama, donde decía: “En las filas de vuestros hermanos patriotas encontraréis el camino del honor, de la felicidad y de la paz. Os lo asegura un general que nunca ha faltado a su palabra.”

Estos son los sentimientos que lo llevan a entrevistarse con La Serna en Punchauca, el 2 de junio de 1821, y los que, a pesar de las presiones que recibe, con inteligencia y sin disparar un tiro le permitieron apoderarse de Lima el 9 de julio y de la fortaleza de El Callao el 21 de septiembre del mismo año, ahorrando sangre americana.

F) *Los derechos del hombre. Trascendencia de la educación.* Los hemos analizado en extenso en dos oportunidades. Yo pido que los miembros de las fuerzas armadas vuelvan a leerlos con detención.

A veces he pensado que si San Martín hubiera sido sorprendido antes de cruzar la cordillera y se hubiera revisado su “librería”, ¡hubiera sido catalogado como subversivo por los militares de nuestro tiempo! Hay que recordar que llevaba varios volúmenes de Rousseau, Voltaire y Montesquieu, entre otros. Por algo luchaba únicamente por la libertad y en contra del absolutismo y, por esa razón, plantó un árbol al pisar por primera vez tierra peruana.

G) *Austeridad.* Volvamos a recordar que San Martín se levantaba a la madrugada, preparaba su propio café, lustraba sus botas, vestía humildemente y dormía la siesta sobre un cuero, sin perder luego ni un solo minuto hasta las diez de la noche, tanto en Mendoza como en Chile, adonde llegó con lo puesto, y se negó a comer en bandeja de plata. Recordemos que su secretario Zenteno andaba con zapatos rotos, que su escribiente Uriarte no tenía ni qué ponerse, que Las Heras regresa de Cancha Rayada con el uniforme hecho jirones y se cubre con la mejor casaca de San Martín —que estaba remendada—, que el general Balcarce asistió al tedeum después de Maipo con una camisa prestada, que Arenales —perdido entre las sierras y comiendo un poco de queso y carne fría— ensillaba y desensillaba su caballo al que también herraba, y remendaba sus propias botas y su propio uniforme. Es fácil demostrar, con todo esto, la austeridad y sentimientos de San Martín y sus colaboradores, expresados claramente por otra parte en carta a Tomás Guido, desde Mendoza el

15 de agosto de 1819: “La guerra se la tenemos que hacer del modo que podamos. Si no tenemos dinero, carne y un pedazo de tabaco no nos ha de faltar; cuando se acaben los vestuarios nos vestiremos con las bayetitas que nos trabajan nuestras mujeres, y si no andaremos en pelota como nuestros paisanos los indios.

”Seamos libres y lo demás no importa nada.

”Yo y vuestros oficiales os daremos el ejemplo en las privaciones y trabajos.”

H) *Compartir con sus subordinados*. San Martín tuvo siempre la claridad de entender que la tarea no se debe únicamente al hombre providencial, que poco puede hacer si no tiene la ayuda total de sus colaboradores con quienes debe compartir éxitos y fracasos. Así lo señala *El Redactor* del Congreso Nacional, al comentar el discurso de agradecimiento del Libertador durante la sesión extraordinaria, en su homenaje, el 17 de mayo de 1818 después del triunfo de Maipo: “…que la victoria se debía a sus compañeros de armas; que él no había sido sino el órgano del Ejército de los Andes…”. El agradecimiento era para todos y, me imagino, particularmente los soldados de quienes se había ocupado de que tuvieran uniforme abrigado, botas apropiadas para el cruce de los Andes —por él mismo diseñadas— y comida adecuada con suficientes calorías. Me pregunto nuevamente: ¿ocurrió así en las islas Malvinas?

Por supuesto, aquel agradecimiento incluía a los negros a quienes rindió homenaje en el campo de Chacabuco, en oportunidad de su segundo viaje a Buenos Aires y, muchos años después —el 9 de abril de 1827—, en carta al general Miller.

Sus sentimientos se mantienen hasta el último día. En su despedida —en carta al general Alvarado— dice: “Tenga usted la bondad de decir a nuestros compañeros de armas cuál es mi reconocimiento por lo que les debo. Por ellos tengo una existencia de honor. En fin, a ellos debo mi buen nombre.” Y en la proclama al ejército: “…buscaré en el retiro el seno de la paz, y en cada día que abrace a un viejo soldado del Ejército Libertador recibiré la más dulce recompensa de todos mis trabajos…”.

En la vejez —como lo atestiguan sus visitantes—, el general San Martín recordaba con respeto y agradecimiento a sus paisanos, como Justo Stay, Pedro Vargas o Pedro Sosa, que tanto lo habían ayudado. Quizá por su modestia no podía agregar que todos, absolutamente todos, no habían hecho más que seguir los pasos de un jefe tan particular.

I) *No aceptar empleos públicos*. En las innumerables ocasiones en que rechazó todo nuevo ascenso militar —como lo he documentado claramente en este trabajo—, aclaraba al mismo tiempo que, al terminar su carrera, no aceptaría empleo público o político. No hay

más que recordar la nota enviada a *El Censor* de Buenos Aires el 9 de noviembre de 1816, a raíz de un nuevo pedido del gobierno de Mendoza al de Buenos Aires, la enviada desde Chile a Pueyrredón el 17 de marzo de 1817 —después de la victoria de Chacabuco—, la carta a O'Higgins desde Montevideo, el 3 de abril de 1829, donde en forma taxativa expresa: "No he querido hablarle una palabra sobre mi espantosa aversión a todo mando político." Estaba absolutamente convencido de que los militares están hechos únicamente para la vida militar. Es este un mensaje de tremenda trascendencia para los tiempos que hoy transcurren.

Su frase tan conocida, incluida en la proclama de despedida a los peruanos en Lima, el 20 de septiembre de 1822, que expresa: "La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible a los Estados que de nuevo se constituyen", ¿tiene hoy el mismo valor para los militares argentinos y latinoamericanos? Habría que proyectarla en el tiempo de esta manera: "La presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible, cuando se halla ocupando empleo público o político." Así lo entendía el Libertador.

Creo necesario reiterar lo expresado en el capítulo IV: "solo espero que las decenas y decenas de militares que al término de su carrera y después del retiro han recibido como tributo o recompensa empleos públicos —de preferencia alguna embajada— o, lo que es peor, pasaron a ocupar posiciones prominentes en empresas comerciales nacionales o extranjeras, al solo efecto de 'facilitar' las gestiones coyunturales de las mismas, mediten en el silencio de la noche este sustancial mensaje sanmartiniano. A los jóvenes oficiales solo quisiera decirles que deben incorporarlo como norma definitiva, que está dentro de lo lógico y razonable 'no atribuyéndose por ello ninguna virtud' para 'gozar de tranquilidad el resto de sus días.' "

J) *No temer ser juzgados*. Cuando la conducta ha sido recta y ha mantenido principios morales y honestos, el posible juzgamiento no debe infundir temor. San Martín lo deja documentado en carta a O'Higgins el 1.º de marzo de 1823: "…Se me asegura que el mismo día que usted dejó el mando, se envió una partida para mi aprehensión… No puedo creer semejante procedimiento. Sin embargo, desearía saberlo para presentarme en Santiago, aunque después me muriese, y responder a los cargos que quisiesen hacerme…". Lo mismo expresó Sucre al dejar su mandato en Bolivia.

Claro que, como lo manifestara en carta a Guido desde Bruselas el 18 de diciembre de 1827 (la misma donde deja estampado: "Serás lo que hay que ser, si no no serás nada"), expresa: "La conciencia es el mejor y más imparcial juez que tiene el hombre de bien. Ella debe servir para corregirnos, pero no para depositar una confianza que nos

pueda ser funesta...".

K) *Las fuerzas armadas no deben ser utilizadas en las guerras civiles*. Es esta la razón por la que no participó jamás (a pesar de querer obligárselo en varias circunstancias) en las luchas que ocurren en el período anárquico que le toca sufrir, porque así lo siente, y expresa a Artigas el 13 de marzo de 1819: "Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón." El mismo día le manifestará a Estanislao López: "Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas", lo que es equivalente, en nuestro tiempo, a nunca más golpes de estado. Como explícitamente lo deja establecido en la carta a Vicente López, desde Bruselas: "El empleo de la fuerza, siendo incompatible con nuestras instituciones, es por otra parte el peor enemigo que estas tienen, como la experiencia lo ha demostrado y porque nuestros guerreros creados en la revolución y partidos se resentirán siempre de su influencia." Más claro imposible. Las fuerzas armadas han sido creadas para defender las fronteras, manteniendo la integridad territorial y la independencia. Ese es su cometido.

En conclusión, el Libertador dejó claramente establecidos estos mensajes para sus camaradas, que conviene agrupar para dar énfasis a su unidad:

A) Código de Honor para los oficiales en el Retiro, de estricto cumplimiento siendo juzgados por sus propios pares.

B) Código de deberes militares en Mendoza.

C) Instrucciones reservadas a los jefes de cuerpo antes de Maipo.

D) Trato al enemigo y a los habitantes.

E) Humanización de la guerra.

F) Defensa de los derechos del hombre. Trascendencia de la educación.

G) Austeridad.

H) Compartir con los subordinados.

I) No aceptar empleos públicos.

J) No temer ser juzgados.

K) Las fuerzas armadas no deben ser utilizadas en las guerras civiles.

Si se leen con detención y se analiza toda nuestra historia, se comprenderá que el verdadero ejército sanmartiniano ha ido desvirtuándose a través del tiempo. Sería larga la lista de antecedentes que dan base sólida a esta afirmación desde que el coronel Manuel Pagola se apoderó de la ciudad de Buenos Aires y derrocó al gobernador Martín Rodriguez el 1.º de octubre de 1820. ¡Como se ve, el golpismo se inicia mucho antes del 6 de septiembre de 1930!

Después de lo expuesto, ¿piensan ustedes que San Martín hubiera

aceptado participar en lo que los historiadores liberales nos han vendido como Guerra de la Triple Alianza, que produjo gran derramamiento de sangre americana, principalmente en la masacre del pueblo paraguayo? ¿Hubiera aceptado San Martín comandar las tropas de la Campaña del Desierto, no tan desierto pues estaba ocupado por comunidades indígenas a las que el Libertador había devuelto su dignidad a través de los decretos de Lima? Campaña del Desierto, donde se produjo el despojo y la repartija de la tierras fértiles de la pampa húmeda —no del desierto— entre civiles y militares, encabezados por el propio general Roca, que también cosechó su propia recompensa.

¿Hubiera aceptado San Martín los excesos ocurridos en el pasado reciente durante el Proceso, justamente él, que humanizó la guerra, que trató al enemigo como correspondía y que tuvo el coraje de implementar los derechos del hombre en la Lima virreinal?

Y estoy muy convencido de que la verdadera responsable y culpable de los años trágicos que nos tocaron vivir en la década del ’70 fue la estructura social de nuestro país, tan atrasada en el tiempo. Por defender sus propios privilegios y no avanzar en el inevitable desarrollo social, dio origen a la guerrilla comandada por falsos dirigentes del fascismo de izquierda (como tan justamente los califica Sebreli), que transformaron el heroísmo en fetichismo y confundieron a los jóvenes, eternos idealistas (y si no, preguntémosle al Lugones de su juventud), que hoy conforman la lista de desaparecidos, pues ellos —casi todos los dirigentes— solo se ocupaban de redactar las órdenes.

Es esa misma estructura social que, frente al peligro de perder sus privilegios, en defensa de “nuestro estilo de vida”, de “nuestro patrimonio espiritual”, de “nuestro ser nacional”, impulsa a los militares argentinos —la mayoría influenciados por el fascismo de derecha durante largos años— a combatir la guerrilla por medio de una guerra, así reconocida por ambos bandos en lucha (aunque solo lo fue en realidad en los montes tucumanos), con los excesos cometidos, impropios de un ejército sanmartiniano.

Recordemos una vez más que la lista de los desaparecidos —además de los dirigentes y los guerrilleros— está compuesta en su mayoría por los eternos jóvenes idealistas, los inocentes que nada tenían que ver y hasta los niños.

Tengámoslo, pues, bien en claro: estaban los que empuñaban las armas en los dos bandos, pero a los muertos los mató —apretando el gatillo— una estructura social injusta. Mientras no lo entendamos así, todo lo demás seguirá confundiendo a los argentinos.

Nuestras fuerzas armadas deben reconquistar el espíritu sanmartiniano, terminando con todo rastro de “militarismo” y ocuparse estrictamente de sus funciones. Para ello, hará falta una

larga tarea educativa, en la que se reciten, cada día y en cada unidad militar, los mandamientos que San Martín les legó a través de su trayectoria ejemplar en aras de la libertad.

La tarea educativa deberá extenderse muy particularmente a los jóvenes de hoy —para que no sean engañados otra vez—, analizando en profundidad nuestro pasado reciente. Habrá que juzgar con la misma severidad a los falsos dirigentes y guerrilleros desenfrenados. Por sobre todas las cosas, la juventud tendrá que comprender que nada se consigue por el camino de la violencia y el terrorismo, que deben ser condenados abiertamente si es que realmente se pretende vivir en libertad, progresando quizá más lentamente hacia una sociedad más justa.

En este trabajo, he analizado también algunos de los errores que San Martín —por ser humano— cometió y de los que se pueden obtener algunas conclusiones. Me refiero, en particular, a ciertos decretos de Lima que —es lógico imaginar— redactó pensando en que debía transar en algo con la ciudad aristocrática por excelencia.

Así, recordemos aquellos que declaraban subsistentes los títulos nobiliarios de Castilla, la creación de la Orden del Sol y de otra similar para las mujeres "contemplando hacer hereditario el amor a la gloria" con distribución de los títulos —que llevan implícitas retribuciones monetarias hasta la tercera generación— y la distribución de quinientos mil pesos entre veinte de sus oficiales.

Así fue como la estima y la alta reputación de que gozaba se deterioraran frente a los civiles y —lo que es más grave— entre los jefes, oficiales y soldados que lo habían acompañado a lo largo de su tan extensa campaña. Esta vez las murmuraciones tenían dónde sustentarse.

Esta lección vale en especial para los gobernantes. Lo que se consigue en muchos años de lucha, a través de ideales y realizaciones concretas, puede esfumarse en instantes si, por amoldarse a las circunstancias, se pierde de vista el horizonte donde están esperando los pilares para la concreción de lo soñado con tanto esfuerzo. Hay muchos ejemplos lejanos y recientes en nuestra historia.

Y LLEGANDO AL FINAL, SEÑOR GENERAL LIBERTADOR, QUISIERA RECTIFICARLO. CANSADO DE TANTA INJUSTICIA USTED DIJO EL 28 DE FEBRERO DE 1823, EN ESE REGRESO TAN PENOSO: "EL NOMBRE DEL GENERAL SAN MARTÍN HA SIDO MÁS CONSIDERADO POR LOS ENEMIGOS DE LA INDEPENDENCIA QUE POR LOS MUCHOS AMERICANOS A QUIENES HE ARRANCADO LAS VILES CADENAS QUE ARRASTRABAN."

USTED CONOCÍA MUY BIEN LA CALUMNIA PUES ASÍ LA DEFINIÓ: "COMO TODOS LOS CRÍMENES, NO ES SINO OBRA DE LA

IGNORANCIA Y DEL DISCERNIMIENTO PERVERTIDO" Y USTED TAMBIÉN NOS DIJO: "LO GENERAL DE LOS HOMBRES JUZGAN DE LO PASADO SEGÚN LA VERDADERA JUSTICIA, Y DE LO PRESENTE SEGÚN SUS INTERESES."

QUÉDESE USTED TRANQUILO, SEÑOR GENERAL LIBERTADOR, LE ESTAMOS PROFUNDAMENTE AGRADECIDOS PUES COINCIDIMOS: "LOS ANALES DEL MUNDO NO RECUERDAN REVOLUCIÓN MÁS SANTA EN SU FIN, MÁS NECESARIA A LOS HOMBRES, NI MÁS AUGUSTA POR LA REUNIÓN DE TANTAS VOLUNTADES Y BRAZOS." SERÁ COMPRENDIDO MEJOR CUANDO PROFUNDICEMOS NUESTRA EDUCACIÓN, POR LA QUE USTED TANTO HIZO.

COINCIDIMOS NUEVAMENTE: "LAS LEYES, NO PUEDEN ALCANZAR SU INFLUENCIA A HOMBRES QUE EN RAZÓN DE SU EDUCACIÓN LAS IGNORAN COMO SUCEDE a LA MASA DE NUESTRO PUEBLO Y HE AQUÍ POR LA CUAL SE HALLA LA REVOLUCIÓN EN PERMANENCIA…"

ACEPTAMOS TAMBIÉN SU ÚLTIMO CONSEJO: "OS RUEGO QUE APRENDÁIS A DISTINGUIR LOS QUE TRABAJAN POR VUESTRO BIEN, DE LOS QUE MEDITAN VUESTRA RUINA. NO OS EXPONGÁIS A QUE LOS HOMBRES DE BIEN OS ABANDONEN AL CONSEJO DE LOS AMBICIOSOS." SIGA DESCANSANDO EN PAZ.

DEBO CONFESAR QUE MI VISTA ESTÁ NUBLADA, señor GENERAL LIBERTADOR. HE TENIDO LA SUERTE Y EL PRIVILEGIO DE AISLARME CON USTED DURANTE TRES SEMANAS —DÍA Y NOCHE—, LOS DOS SUFRIENDO POR LA PATRIA.

SOLO ESPERO QUE NUESTRO DIÁLOGO HAYA SIDO FECUNDO PARA NUESTROS JÓVENES —CIVILES Y MILITARES— QUE TIENEN LA OBLIGACIÓN DE REALIZAR EL FUTURO.

EN ESTE MOMENTO DIFÍCIL QUE LOS ARGENTINOS ESTAMOS OBLIGADOS A SOBRELLEVAR, CONVENCIDOS DE QUE ALGUNA VEZ LA DEMOCRACIA PODRÁ DEMOSTRAR QUE LOS DERECHOS CIVILES NO BASTAN Y QUE ES NECESARIO DESARROLLAR LOS DERECHOS SOCIALES, ECONÓMICOS Y POLÍTICOS PARA TODOS Y NO PARA UNOS POCOS PRIVILEGIADOS, EL SEÑOR GENERAL LIBERTADOR NOS DEJÓ UNA POSDATA: *"DESDE ESTE INSTANTE EL LUJO Y LAS COMODIDADES DEBEN AVERGONZARNOS COMO UN CRIMEN DE TRAICIÓN CONTRA LA PATRIA Y CONTRA NOSOTROS MISMOS*" (MENDOZA, 5 DE JUNIO DE 1815).

OJALÁ NOS COMPROMETAMOS TODOS UNIDOS A MARCHAR EN PROCESIÓN EN BUSCA DE UN CALDÉN ALTO Y FUERTE, ALLÁ EN MEDIO DE LA PAMPA, PARA QUEMAR NUESTROS PECADOS, ¡COMO SAN MARTÍN LO HIZO CON LOS PECADORES DE AQUEL ENTONCES DESPUÉS DE MAIPO!, PARA EMPRENDER, SIN PÉRDIDA

DE TIEMPO, LA AUTÉNTICA RECONSTRUCCIÓN.

Febrero 16 de 1986

"Todos somos culpables, pero si hubiera que repartir responsabilidades las mayores caerían sobre las clases dirigentes. ¡SI RESURGIERA SAN MARTÍN CAPARÍA A LO PAISANO VARIAS GENERACIONES DE MANDANTES!"

Recuerdos de un médico rural (página 157)
RENÉ G. FAVALORO, enero 26 de 1980

BIBLIOGRAFÍA

Enumero aquí las obras fundamentales que, durante años, me fueron nutriendo en el conocimiento profundo del alma sanmartiniana. Solo menciono aquellas que tuvieron trascendencia —el listado es por demás incompleto— y que pueden ser útiles a los lectores ávidos de ampliar lo que se ha expuesto en este breve ensayo.

Antes que nada, es importante analizar el momento histórico en que se desarrolló la actividad de San Martín. Para ello es recomendable leer:

1. Palacio, Ernesto: *Historia de la argentina 1515-1943,* Bs. As., 1979, Ed. A. Peña Lillo, undécima edición (la primera es de 1954).

2. Gastiazoro, Eugenio: *Historia argentina. Introducción al análisis económico-social (1536-1880),* Bs.As., marzo 1980, Ed. Ágora.

3. Halperín Donghi, Tulio: *Historia Argentina, volumen 3, De la revolución de independencia a la confederación rosista,* Bs.As., 1980, Ed. Paidós.

A través de estos libros, el lector tendrá acceso a tres enfoques diferentes que le permitirán obtener sus propias conclusiones sin caer en sectarismos.

Una vez ambientado y conociendo el escenario, debería leer las dos obras capitales que describen en detalle la vida del Libertador:

4. Mitre, Bartolomé: *Historia de San Martín y de la emancipación sud-americana,* Bs. As., 1887, Imprenta de *La Nación*.

Primer libro basado “en documentos nuevos en su mayor parte, y no se afirma un hecho ni se avanza un juicio sin acompañarlo de su justificativo o sin ser deducido de ellos interpretándolos rectamente”, como lo expresa el autor en el prólogo. Además de haber analizado minuciosamente el archivo del general San Martín, Balcarce donó a Mitre documentación de inestimable valor desconocida hasta entonces y que incluía oficios reservados. Es una obra monumental, basada, además en “todos los libros, folletos, periódicos y papeles sueltos impresos que a San Martín se refieren” conocidos hasta su publicación.

5. Otero, José Pacífico: *Historia del Libertador don José de San Martín,* Bs. As., 1932, Compañía Argentina de Editores.

Es este el libro más completo escrito hasta la fecha. Estamos convencidos de que “representa ella la síntesis de una disciplina de la voluntad en un apreciable lapso de tiempo, y esto permite que, sin faltar a la modestia, podamos decir aquí que su todo refleja con sinceridad un esfuerzo honesto, metódico y perseverante”, como lo manifiesta Otero en el prólogo.

Constituye el análisis de más de diez años de trabajo, consultando archivos nacionales y extranjeros en sus innumerables viajes a Chile, Bélgica, España, Francia, Holanda, Inglaterra e Italia.

Si alguna duda se quiere disipar después de la lectura de estos dos libros fundamentales, se puede recurrir a los documentos del:

6. *Archivo de San Martín,* recopilados por la Comisión Nacional del Centenario, 12 tomos, Bs. As., 1910.

Como es 1ógico, la mayoría de los lectores no disponen ni de tiempo ni de dinero para dedicarles a obras tan extensas. Por ello aconsejaría leer:

7. Galván Moreno, C.: *San Martín. El Libertador,* Bs. As., 1942, Ed. Claridad.

Es este un libro equilibrado, basado en conocimientos sólidos (430 citas bibliográficas), en el que el autor propuso “difundir, con absoluto respeto de la verdad histórica, el ejemplo sin igual de vidas ejemplares como la de San Martín; en la esperanza de que el sonrojo de la vergüenza o también el espíritu de imitación, despierte el afán de ser como él fue, que, al prender en la colectividad, arrojará a los mercaderes del templo y hará de esta patria nuestra lo que el ilustre vencedor de Los Andes con tanta fe soñara.” ¡Y vaya si Galván Moreno lo logró!

Si se busca algo más breve y conciso, recomiendo:

8. Petriella, Dionisio: *José de San Martín. Su obra, su personalidad y su papel en la gesta emancipadora de América,* Bs. As., 1974, Academia Nacional de la Historia.

Trabajo galardonado en el concurso que la Organización de Estados Americanos realizó con motivo del sesquicentenario de la Independencia del Perú. En poco más de trescientas páginas, el lector encontrará un resumen minucioso de la Gesta Sanmartiniana.

Si se desea conocer en detalle la importancia de las logias, el significado de Gran Bretaña, los amigos ingleses de San Martín y las relaciones con Rivadavia, se hace imprescindible leer:

9. Piccirilli, Ricardo: *San Martín y la política de los pueblos,* Bs. As.,

1957, Ed. Gure.

Representa, además, un modelo de investigación histórica seria. Por su gran valor doctrinario y sus contribuciones originales, en especial las relacionadas con la entrevista de Guayaquil, es fundamental leer a Enrique de Gandía, particularmente:

10. *Bolívar y la libertad,* Bs. As., 1957, Ed. Oberón.

11. *San Martín. Su pensamiento político,* Bs. As., 1964, Ed. Pleamar.

12. *El pensamiento político de Simón Bolívar y la unidad de América,* Bs. As., 1976, publicaciones de la Embajada de Venezuela.

13. *Las ideas políticas del monarquismo y del republicanismo,* Bs. As., 1975, Ed. Depalma.

Además de participar de un enfoque particular de algunos momentos de nuestra historia, sorprenderá al lector la actitud polémica y valiente de su autor.

El basamento americano —más allá del rioplatense— puede hallarse en:

14. Piñeiro, Alonso: *El supremo americano,* Bs. As., 1975, Ed. Depalma.

Si el lector desea conocer el análisis de las nuevas contribuciones relacionadas con la entrevista de Guayaquil, es imprescindible leer:

15. Carbia, Rómulo: *San Martín y Bolívar. Frente al hallazgo de nuevos documentos*, Bs. As., 1941, Talleres Gráficos de Compañía General Fabril Editora S.A.

Sería impropio no incluir a:

16. Rojas, Ricardo: El *santo de la espada,* Bs. As., 1933, Talleres Gráficos Argentinos L. J. Rosso.

Historia novelada de nuestro héroe, escrita con pasión algo desmedida, pero justificada por la admiración que el mismo autor remarca en el prólogo. A pesar de las “Observaciones críticas” efectuadas por José Pacífico Otero en 1939, posee algunas contribuciones originales. Valgan como ejemplo las relacionadas con la entrevista de Guayaquil.

Es fundamental poseer algún conocimiento con respecto a Bolívar, si pretendemos comprender a ambos Libertadores. De la innumerable bibliografía del Libertador del Norte de Hispanoamérica, escogí:

17. Ruiz Rivas, Guillermo (autor venezolano): *Simón Bolívar, más*

allá del mito, Caracas, 1972, Foto-Prin.

Creo que es verdad lo que su autor nos comenta en el prólogo: “He tratado de trabajar con el ánimo de serenidad necesario para producir una obra que se aparte de la bibliografía subvencionada a tanto la página, fabricada a la medida de quienes gustan del ditirambo o de la contumelia. Ella no está subvencionada por ninguna entidad oficial y ha sido escrita con entera independencia…”.

18. Bazán, Armando: *San Martín y Bolívar. Paralelo de sus vidas,* Bs. As., 1949, Ed. Claridad.

A través de esta contribución de autor peruano, se podrá corroborar la similitud de los ideales por los que lucharon los dos Libertadores.

Para los que gustan de lo anecdótico, recomiendo leer:

19. Espejo, Gerónimo: *El paso de los Andes,* Bs. As., 1953, Ed. Guillermo Kraft Ltda.

20. Haigh, Samuel: *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú,* traducción de Carlos A. Aldao, Bs. As., 1949, Ed. Columbia.

21. Hall, Basil: *Con el general San Martín en el Perú*, traducción de Carlos A. Aldao, Bs As., 1949, Ed. Columbia.

22. Hudson, Damián: *Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo*, Bs. As., 1898, Imprenta de Juan A. Alsina.

23. Miller, John: *Memorias del general Guillermo Miller.* Traducido al castellano por el general Torrijos, Madrid, 1910, Librería General de Victoriano Suárez.

24. Sarmiento, Domingo F.: *Vida de San Martín,* Bs. As., 1939, Ed. Claridad.

Esta última es una recopilación de todos los escritos de Sarmiento referidos a San Martín, extractados por Enrique Espinoza de las *Obras Completas.*

De esta manera se tendrá acceso a detalles que abarcan desde hechos trascendentes a intimidades a veces enternecedoras de nuestro héroe.

A los médicos interesados en las enfermedades que aquejaron a San Martín:

25. Galatoire, Adolfo: *Cuáles fueron las enfermedades de San Martín,* Bs. As., 1973, Ed. Plus Ultra.

26. Dreyer, Mario: *Las enfermedades del general don José de San Martín,* Bs. As., 1980, Academia Nacional de Ciencias.

27. Christmann, Federico E.: *La salud de San Martín y la medicina de su época,* La Plata, Asociación Cultural Sanmartiniana de La Plata,

Cielo Cultural 1972.

Al conocimiento de lo biológico, podemos agregar el bosquejo psicológico efectuado por:

28. Wienhauser, Santiago: *Fortaleza sanmartiniana,* Bs. As., 1979, Ed. Theoria.

Finalmente, las innumerables publicaciones del Instituto Nacional Sanmartiniano permiten adentrarse en cada una de las facetas de la extensa y fecunda vida del Libertador, a través de diversos autores. Los interesados encontrarán en el señor Horacio E. Timpanaro, secretario general del Instituto, la cooperación desinteresada y altruista de la que soy testigo. A él, mi profundo agradecimiento.